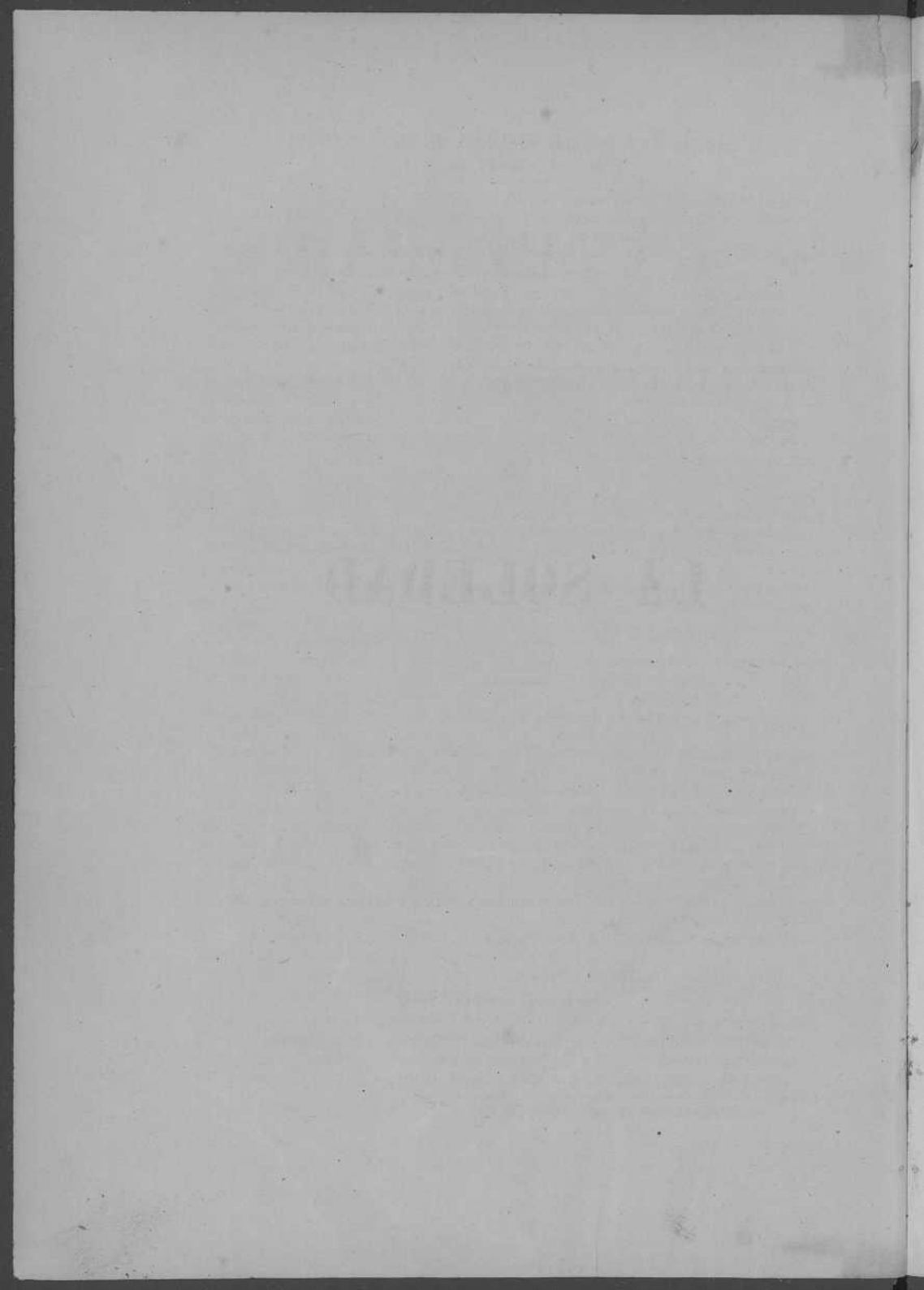


14443

24
—
128



El libro de D. CÉSAR BAILLY-BALLIÈRE, titulado "LA SOLEDAD", es un libro de gran interés para todos los que se interesan por la vida humana y por el alma humana. El libro está dividido en dos partes: la primera trata de la soledad física y la segunda de la soledad moral. En la primera parte se estudia la soledad desde el punto de vista físico, es decir, desde el punto de vista de la separación del individuo de los demás. En la segunda parte se estudia la soledad desde el punto de vista moral, es decir, desde el punto de vista de la separación del individuo de sí mismo. El libro está escrito en un lenguaje claro y sencillo, y es muy interesante para todos los que se interesan por la vida humana y por el alma humana. El libro está dividido en dos partes: la primera trata de la soledad física y la segunda de la soledad moral. En la primera parte se estudia la soledad desde el punto de vista físico, es decir, desde el punto de vista de la separación del individuo de los demás. En la segunda parte se estudia la soledad desde el punto de vista moral, es decir, desde el punto de vista de la separación del individuo de sí mismo. El libro está escrito en un lenguaje claro y sencillo, y es muy interesante para todos los que se interesan por la vida humana y por el alma humana.

DE

LA SOLEDAD

El libro de D. CÉSAR BAILLY-BALLIÈRE, titulado "LA SOLEDAD", es un libro de gran interés para todos los que se interesan por la vida humana y por el alma humana. El libro está dividido en dos partes: la primera trata de la soledad física y la segunda de la soledad moral. En la primera parte se estudia la soledad desde el punto de vista físico, es decir, desde el punto de vista de la separación del individuo de los demás. En la segunda parte se estudia la soledad desde el punto de vista moral, es decir, desde el punto de vista de la separación del individuo de sí mismo. El libro está escrito en un lenguaje claro y sencillo, y es muy interesante para todos los que se interesan por la vida humana y por el alma humana. El libro está dividido en dos partes: la primera trata de la soledad física y la segunda de la soledad moral. En la primera parte se estudia la soledad desde el punto de vista físico, es decir, desde el punto de vista de la separación del individuo de los demás. En la segunda parte se estudia la soledad desde el punto de vista moral, es decir, desde el punto de vista de la separación del individuo de sí mismo. El libro está escrito en un lenguaje claro y sencillo, y es muy interesante para todos los que se interesan por la vida humana y por el alma humana.

Otros publicados.

El libro de D. CÉSAR BAILLY-BALLIÈRE, titulado "LA SOLEDAD", es un libro de gran interés para todos los que se interesan por la vida humana y por el alma humana. El libro está dividido en dos partes: la primera trata de la soledad física y la segunda de la soledad moral. En la primera parte se estudia la soledad desde el punto de vista físico, es decir, desde el punto de vista de la separación del individuo de los demás. En la segunda parte se estudia la soledad desde el punto de vista moral, es decir, desde el punto de vista de la separación del individuo de sí mismo. El libro está escrito en un lenguaje claro y sencillo, y es muy interesante para todos los que se interesan por la vida humana y por el alma humana.

LIBRERIA DE D. CARLOS BAILLY-BAILLIERE.

Calle del Principe, núm. 44.

Elementos de Higiene privada, ó arte de conservar la salud del individuo, por el Dr. D. Felipe Monlau; segunda edicion revisada y aumentada. Madrid, 1857. Un tomo en 8.º, 24 rs. en Madrid, y 28 en provincias.

Estudios elementales de Homeopatía y aplicaciones prácticas para uso de los médicos, de los eclesiásticos, de las comunidades religiosas, de las familias, etc. obra escrita en francés por el doctor Fray Alejo Espanet, vertida al español bajo la direccion del Dr. D. Juan Sanllehy. Barcelona, 1856, en 42.º, 42 rs.

Medicina homeopática doméstica ó guía de las familias para que puedan tratarse por si mismas homeopáticamente en las indisposiciones ligeras, y prestar socorros eficaces á los enfermos en los casos urgentes hasta la llegada del médico, por el Dr. Hering (de Filadelfia.) Redactada con arreglo á las mejores obras homeopáticas y á su propia esperiencia, con adiciones de los doctores Goullon, Gross y Staph. Traducida al castellano de las ediciones segunda inglesa y la francesa por D. Roman Fernandez del Rio, doctor en medicina y cirugía, socio fundador y secretario general de la sociedad Hahnemanniana Matritense, socio corresponsal de la sociedad Hahnemanniana de Paris, etc. Madrid, 1854. Un tomo en 8.º marquilla de unas 400 páginas. 24 rs.

De la Degeneracion física y moral de la especie humana ocasionada por la vacuna, por el Dr. Verdé-Delisle, traducida al castellano por D. Félix Guerro Vidal, médico-director de aguas minerales, etc. Madrid, 1855, un tomo en 8.º prolongado. 14 rs.

La Veterinaria doméstica, ó método tan económico como fácil de preservar y curar á los animales domésticos y á los vegetales cultivados de la mayor parte de sus enfermedades, por F. V. Raspail, traducida al castellano de la última edicion. Madrid, 1853, un tomo en 42. 8 rs.

Biblioteca económica de Medicina y Cirujia. Se publica por entregas de 24 páginas en 4.º á dos columnas, de letra clara y compacta, conteniendo cada una la lectura de un tomo en 8.º Su precio es *real y medio* en Madrid y *dos reales* en provincias, franco de porte.—Se publican **cuatro** entregas al mes.

Se está publicando

Diccionario de Medicina y Cirujia, ó Repertorio general de ciencias médicas, consideradas bajo su aspecto teórico-práctico, por MM. Adelon, Béclard, A. Berard, P. H. Berard, Bielt, Biache, Breschet, Calmeil, Al. Cazenave, Chomel, H. Cloquet, T. Cloquet, Coutanceau, Dalmas, Dance, Desormeaux, Dezenneris, P. Dubois, Ferrus, Georget, Gerdy, Guerard, Guérsant, Itard, Lagneau, Landré-Beauvais, Laugier, Littré, Louis, Marc, Marjolin, Murat, Ollivier, Orfila, Oudet, Pelletier, Pravaz, Raige-Delorme, Reynaud, Richard, Rochoux, Rostan, Roux, Rullier, Soubeiran, Trousseau, Velpeau y Villermé. **Segunda edicion**, enteramente refundida y considerablemente aumentada, traducida al castellano por D. Manuel Alvarez Chamorro. Madrid, 1834-1836. Tomos 1 á 5 en 4.º.—Precio de los 5 tomos, 257 rs. en Madrid, y 344, franco de porte, para provincias.

El tomo 6.º está publicándose: la obra constará de 8 tomos.

Obras publicadas.

TRATADOS ESPECIALES.—*Enfermedades del corazon*, etc., por Forget.—*Enfermedades escrofulosas*, por Duval.—*Enfermedades crónicas del aparato respiratorio*, por Bricheteau.—*Afecciones de la piel*, por Bassereau. Madrid, 1857. Un tomo en 4.º, 46 rs. en Madrid y 48 en provincias, franco de porte.

CHAMBERI.—Imp. de Bailly-Baillière.

07e

DE
LA SOLEDAD

CONSIDERADA

EN LAS CAUSAS DE SU DESARROLLO

Y DE SUS INCONVENIENTES Y VENTAJAS

CON RESPECTO Á LAS

PASIONES, LA IMAGINACION, LA INTELIGENCIA Y EL CORAZON

Por J. G. ZIMMERMANN.

TRADUCIDA DE LA ÚLTIMA EDICION FRANCESA.



MADRID

CÁRLOS BAILLY-BAILLIERE,

Librero de la Universidad central.

LIBRERIA ESTRANGERA Y NACIONAL, CIENTÍFICA Y LITERARIA

Calle del Principe, núm. 44.

Paris, J. B BAILLIERE.—Londres y Nueva-York, H. BAILLIERE.

1857.

DE
LA SOLEDAD

EN LAS CAJAS DE SU DESARROLLO

Y DE SUS INCORPORACIONES Y VESTIDAS
LOS RESPECTOS A LAS
PASIONES, LA INVENCIÓN, LA INTELIGENCIA Y EL CORAZÓN
POR J. G. KIMBERLIN A. A.

TRADUCCIÓN DE LA ÚLTIMA EDICIÓN FRANCESA



MADRID
CARLOS BILLY-BAILLIÉRE
Librería de la Universidad central
LIBRERÍA ESTANCERÍA Y NACIONAL, CARRERITA Y LITERARIA
Calle de Príncipe, 100, 10
Paseo de la Castellana, 100, 10, MADRID
1887.

DEDICATORIA

A LA JUVENTUD AMERICANA

Jóvenes compatriotas : os ofrezco un libro que ha hecho mis delicias durante el tiempo que me ocupé en leerle y traducirle : jamas pensé dar á luz esta traduccion, pues no la creí digna del público por su imperfeccion : era el primer ensayo de un jóven que aprendia el frances en 1834. Mi objeto solo fué el de proporcionarme en mis ocios un entretenimiento que me encantaba y conducia á meditaciones serias, que me producian paz y contento ; pero considerando despues, que las ideas profundas y sublimes del autor podian hacer mucho bien en estos paises, en que, quizá, se medita poco sobre las ventajas de un racional alejamiento de las disipaciones y diversiones tumultuosas del mundo, y sobre el buen empleo del tiempo, me he resuelto á ofrecerla al público. Y, ¿ á quién podia dedicarla mas bien que á la juventud ansiosa de saber y susceptible de aprovechar ? Ella puede todavía variar sus costumbres : sus hábitos no están envejecidos, si ellos son malos ; tal vez la lectura de este libro podrá detener á un jóven ántes que caiga en el precipicio, tal vez le hará mudar de conducta y le procurará la felicidad. Mi deseo es que los jóvenes compatriotas míos se aprovechen de este libro. Si leyéndole, se complacen en las ideas que contiene, disimulando los defectos del lenguaje ; si meditando, mejoran su modo de pensar y sus costumbres, habrá recibido la recompensa su amante compatriota.

EL TRADUCTOR.

Chuquisaca, Enero de 1834.

LIBRARY

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY
1207 EAST 58TH STREET
CHICAGO, ILL. 60637
TEL. 773-936-5000
FAX 773-936-5001
WWW.CHICAGO.EDU
CHICAGO.EDU/LIBRARY

AL LECTOR

Si meditas con cuidado y practicas las sabias máximas de este gran libro, empezarás, lector amado, á comprender por experiencia propia, cuan engañados viven los hombres del mundo que buscan tan en vano la felicidad donde no se halla. ¡O cuánto yerran cuando se figuran que la virtud es austera! Error deplorable que da tantos sectarios á los vicios. Pero solo tu experiencia te enseñará que la vida retirada y ocupada es mas agradable, y que los que viven en la calma, en la inocencia, y con la esperanza de la vida eterna, son mas felices aun en la tierra, que los que se entregan á las pérfidas dulzuras del placer, malgastando sus dias en convulsiones dañosas y pérdidas irreparables.

El hombre, siempre ansioso é insaciable de felicidad, desde que empieza á buscarla donde no la puede hallar, desde que ha errado el camino, á cada paso que da se estravia mas. Un placer engañoso que no le ha satisfecho, ó que le ha saciado, es un nuevo estímulo para buscar otro que no le satisface mas, ó que no le sacia ménos. La ociosidad que no piensa mas que en llenar aquel vacío del corazon, la necesidad de buscar sensaciones dulces para que le saquen de aquel letargo, y el falaz aspecto de placeres nuevos que prometen lo que no cumplen, enredan al alma en una complicada y sucesiva cadena de errores y deseos que la precipitan de vicio en

vicio. ¡Dichoso aquel á quien una luz temprana le ataja ántes que se despeñe y le descubre el verdadero camino de la felicidad !

Entónces distingue mejor los objetos, entónces alcanza á ver el término de la dicha, reconoce el camino que conduce á ella, y le sigue con ardor y sin peligro. Este es ya el único deseo que le ocupa. Arroja de sí la ociosidad ; el tiempo que le pesaba ántes tanto, que procuraba engañarle á costa de su inocencia, entregándose á los placeres rápidos de los sentidos, era la causa verdadera de todo su desórden ; ya léjos de sobrarle no le basta para las ocupaciones serias, y le llena todo con la satisfaccion de saber el fin del dia que le ha empleado bien, la suave fatiga de su trabajo le procura un apacible sueño que le preserva de muchos peligros porque los aleja de su imaginacion.

¿ No has visto alguna vez, lector amado, desde la orilla del mar el combate de los vientos disputándose el imperio de las aguas ? ¿ Aquel bramido espantoso de las olas, que, chocando consigo mismas van á estrellarse con tanta fuerza contra las rocas ? ¿ Aquellas montañas de aguas y de espumas, que levantándose hasta el cielo se precipitan de repente hasta el fondo del abismo ? ¿ No te ha inspirado aquella vista no sé qué terror mezclado de cierto placer, que te obligaba á recogerte profundamente dentro de tí mismo ? Tales son, pues, las agitaciones, los tormentos y los furores implacables de las pasiones y de los intereses mundanos. Mas para descubrir y juzgar de este sombrío y tempestuoso espectáculo, es preciso estar colocado fuera del horizonte que le encierra, y mirar desde la altura de la eterna verdad las alegrías, los afectos, los odios, las amistades, las querellas, las reconciliaciones, las prosperidades y las desdichas de los hombres ; aquel flujo y reflujo de sus placeres, disgustos, temores, esperanzas, planes y empresas : cómo hacen y deshacen, edifican y demuelen, huyen y vuelven á buscar los mismos objetos : como se despedazan, engañan y chocan unos con

otros, y como se suceden las generaciones unas á otras, sustituyéndose al abuelo el padre, y al padre el hijo, sin que ninguno de ellos advierta la espantosa rapidez del movimiento universal que los arrastra al abismo de la muerte. Hé aqui lo que es el mundo con todas sus desigualdades, inconsecuencias, escándalos y desórdenes. Por lo que á tí toca, lector amado (siguiendo las ventajas de la soledad), no será ya agitada tu vida con estas tempestades; sino que correrá apaciblemente como el tranquilo riachuelo, que lleva por el valle solitario sus aguas cristalinas con una lentitud suave y majestuosa. Mira con cuánta serenidad serpentean sus ondas, que parece que no se mueven, y cómo se multiplican por los campos que fertilizan y enriquecen. Aquí en medio del silencio mas profundo representa su tersa superficie como la de un espejo resplandeciente, la imagen de los arbolillos y jarales que coronan sus orillas. Allí corriendo entre pedriscos con ligero murmurio convida al fatigado caminante á entregarse á las dulzuras del sueño. Nada tienen de penoso los rodeos de este benéfico arroyuelo: nada de violento su caída, nada de sospechoso la profundidad de sus aguas, nada de desapacible el ruido de su curso; su vista no admira pero complace; no asombra pero lisonjea y hechiza los ojos, que van siguiendo su camino, y variando la uniformidad de su perspectiva agradable, al mismo tiempo que inspira una dulce melancolía, y un género de languidez que absorbe los sentidos. Tal es la imagen del trascurso de los años y de las obras consagradas al espíritu de la religion y de la verdadera filosofía en la soledad: tales las ocupaciones de una vida retirada y cristiana en su modo de caminar siempre apacible y uniforme, que te deseo, amado lector, con las veras de mi corazon.

PROLOGO DEL TRADUCTOR FRANCES

El título de esta obra espantará tal vez á los hombres delicados, y la palabra soledad podrá inspirar ideas lúgubres y siniestras; pero bastará leer algunas páginas de ella para desengañarse. No es el autor uno de aquellos misántropos tétricos que quieren obligar á los hombres nacidos para la sociedad, retenidos en la sociedad por una porcion de lazos indisolubles, á huir á los bosques y no habitar mas que los antros y las cavernas, á no vivir sino con las bestias feroces; es un amigo de la humanidad, un hombre sensible y virtuoso, un ciudadano íntegro, honrado con la estimacion de su príncipe, el que acaba de ilustrar á sus semejantes sobre el objeto mas interesante para ellos; sobre su felicidad (*).

Nadie parece mas penetrado que M. Zimmermann de que el hombre ha nacido para la sociedad, y nadie parece sentir mejor sus deberes. ¿Pero cuál es esta sociedad? ¿cuáles estos deberes? Esto es lo que examina el autor. Hijo, esposo, padre, ciudadano, todos estos títulos imponen al hombre obligaciones indispensables, y siempre caras al corazón virtuoso; ellas establecen entre él, su patria y su familia relaciones muy necesarias y muy agradables para ser descuidadas. Pero no es en el tumulto de las fiestas, en medio de los placeres ruidosos; no entregándose á las quimeras de la ambición, á las ilusiones del amor propio, á las especulaciones de la concupiscencia, que el hombre aprende á conocer el encanto de estos lazos recíprocos que le unen á sus semejantes; á sentir la dignidad de sus deberes, de que la naturaleza ha querido hacer tantos placeres; á gustar la verdadera felicidad tan poco envidiada porque es poco conocida, y que cada uno podría encontrar en su corazón.

¡ Ah! ¿quién de nosotros no ha experimentado cien veces la necesidad de entrar en este asilo sagrado, de buscar en él socorro contra los males de la vida y frecuentemente aun contra la fatiga de sus penosos goces? Sí, desde el mercenario que sucumbe bajo el peso de sus trabajos hasta

(*) El 26 de enero de 1783 un correo despachado por el enviado ruso á Hamburgo trajo á M. Zimmermann una cajita de S. M. la emperatriz de Rusia. Esta cajita contenía un anillo enriquecido de diamantes de un grueso y hermosura extraordinarios con una medalla de oro que llevaba en el un lado el busto de la emperatriz, y al reverso la época de la reforma feliz de la monarquía rusa. En fin, la princesa había incluido un billete de su puño, que contenía estas palabras notables: « A M. Zimmermann, con-
« sejero de estado y médico de S. M. británica, en agradecimiento de las excelentes
« recetas que ha dado á la humanidad en su libro sobre la soledad. »

el ministro orgulloso, embriagado del incienso de una multitud ciega, todos los hombres experimentan la necesidad de ver el fin de un largo día, todos sienten la misma avidez para el reposo; todos quieren sustraerse del torbellino de una vida activa é inquieta para ir á buscarlo en la soledad. Bajo sus apacibles sombras es que el hombre renace; allí es donde va á adquirir nuevas fuerzas; allí es donde el feliz va á saborear su felicidad, el desgraciado á olvidar sus penas; allí va el corazon sensible á gozar sus emociones deliciosas; el genio creador á librarse de las trabas de la sociedad, y entregarse á las ansias impetuosas de una imaginacion ardiente. A este término deseado es donde nos llevan todas nuestras ideas, todos nuestros deseos. « Acaso no hay un escritor, dice
 « un ingles juicioso, que no celebre las ventajas de una morada solitaria,
 « que no quiera entretener á sus lectores con la tocante melodía de los
 « pájaros, con la dulce agitacion de la frondosidad de un bosque, con
 « el murmurio de un arroyuelo; y entre esta porcion de hombres privi-
 « legiados, que, dotados de un espíritu elevado, de una sagacidad poco
 « comun, se han adquirido una gloria inmortal por grandes acciones,
 « tal vez no hay uno que no haya debido su sabiduría y sus virtudes al
 « silencio de la soledad. »

Es á los jóvenes á quienes se dirige particularmente la parte de la obra á que me he dedicado; á ellos es á quienes puede ser útil, y me persuado tambien, que á ellos es á quienes debe agradar mas. Jóven yo mismo y sensible á lo verdaderamente hermoso, me he sentido arrastrado por los encantos de una lectura que elevaba mi espíritu, inflamaba mi imaginacion y hablaba á mi corazon. ¡Pueda ella producir los mismos efectos en mis jóvenes compatriotas! Pueda ella, á pesar de la debilidad de esta traduccion, inspirarles el mismo entusiasmo. Me atreveré á decir al ménos con M. Zimmermann: « ¡Amado y virtuoso jóven en cuyas manos puede
 « caer este libro, recibe con amor lo bueno que contiene y rechaza todo
 « lo que es frio y malo, todo lo que no te toca ni te penetra! ¡Me regoci-
 « jaré en la sinceridad de mi corazon, me creeré ricamente recompensado
 « de mi trabajo si me agradeces de mi libro, si me bendices, si dices que
 « te he ilustrado, que te he corregido, tranquilizado! No pediré ya otra
 « bendicion para mi obra si, leyéndola, crees poder justificarte de tu in-
 « clinacion hácia una soledad sabia y activa; de tu aversion á las socie-
 « dades que no sirven mas que para matar el tiempo; de tu repugnancia
 « á emplear medios viles y vergonzosos para hacer tu fortuna. »

LA SOLEDAD

CONSIDERADA

CON RELACION AL ESPIRITO Y AL CORAZON

CAPÍTULO I.

INTRODUCCION.

En esta vida inquieta y tumultuosa, en medio de la violencia de los deberes y de los negocios, de las trabas de la sociedad, y en la noche de mis días, no son los placeres que se han desvanecido tan pronto, cuya imagen quiero recordar; mi corazón se detiene con mas satisfaccion sobre los hermosos días de mi juventud, en que la soledad era mi único entretenimiento, en que no conocía morada mas agradable, que los claustros y las celdas, las montañas inhabitadas, el horror sublime de los bosques; ni placeres mas vivos, que la conversacion con los muertos.

Quiero acordarme de los gozes tranquilos de la soledad, compararlos con las inquietudes y los chismes del mundo; meditar sobre su mérito, reconocido en todos tiempos por los hombres mas

célebres, aunque acaso muy rara vez experimentado; sobre los poderosos consuelos que nos ofrece cuando el pesar nos deseca, cuando las enfermedades nos enervan, cuando el peso de los años nos destruye; en fin, sobre su influencia benéfica en las penas del corazón.

La soledad es un estado del alma en el que uno se abandona libremente á sus reflexiones. Así, el sabio que olvida todo lo que le rodea para recogerse en sí mismo, no es menos solitario que el que huye la sociedad para entregarse enteramente á las dulzuras de una vida tranquila.

En la soledad cada uno se entrega sin regla y sin ley á sus ideas, y sigue ciegamente su gusto y su temperamento, su inclinacion y sus luces. Véd los pastores de estos vastos desiertos: el uno canta la hermosura de que está enamorado; el otro le esculpe un vaso rústico: este no tiene otro placer, que el de examinar las hermosuras de la naturaleza; aquél gusta estudiar las leyes de la moral ó contemplar las verdades sublimes de la religion. Acaso si cada uno encontrase bajo la sombra de su vergel, sobre el borde de un tranquilo arroyuelo una preciosa pastora, cada uno se haría amante. Pero privado de cuanto es caro á su corazón y entregado á una soledad involuntaria, lo mejor que tiene uno que hacer, es abandonarse á su inclinacion, y el hombre virtuoso puede hacerlo siempre sin peligro.

Todo hombre cuando está enteramente libre, tiene el derecho innato de seguir su humor. Los unos aman el canto lisonjero del ruiseñor, los otros no quieren oír sino los llores lúgubres del buho nocturno. Alguno hay á quien las eternas visitas desagradan; para distraerse se queda en su casa, escribe un libro ó mata moseas.

El pobre corazón se afieciona siempre á lo que mas le agrada, al menos en lo que su estado le ofrece y permite. Paseándome en el claustro de la Magdalena vi con sorpresa una pajarera de canarios

en la celda de una religiosa. Un gentilhomme brabanzon vivió en Bruselas veinticinco años sin salir de su casa. No tenía en ella otro entretenimiento que amontonar un magnífico gabinete de cuadros y grabados; pero jamas salia por que temía acatarrarse, y porque tenía á las mugeres la aversion que ciertas personas tienen á las ratas.

En las prisiones mismas los hombres privados para siempre de su libertad quieren indemnizarse de la soledad forzada en que viven, entregándose cuanto pueden á las ideas que mas les agradan. Desde la ciudad de Aasburgo en el canton de Berna en Suiza el filósofo genovés Miguel Ducret media las alturas de los Alpes; en la ciudadela de Magdeburgo el baron de Trenke se ocupaba en hacer proyectos para ponerse en libertad, y en el mismo lugar el general Walrave pasaba su tiempo en criar gallinas.

No llamo siempre soledad un alejamiento total del mundo. Algunas veces entiendo por esta palabra la morada de un claustro ó de un pueblo pequeño; algunas veces el gabinete de un sabio. Otras veces tambien las horas y dias pasados léjos del tumulto de los hombres. Frecuentemente está uno solitario sin estar solo, basta para ello entregarse enteramente á sus reflexiones. Así un orgulloso baron ufano de su nacimiento es solitario en toda sociedad, donde él solo tiene diez y seis cuarteles de nobleza. Un pensador juicioso está solitario en una mesa agradable. En medio de una asamblea numerosa podemos estar tan alejados de todo lo que nos rodea, como recogidos en nosotros mismos, tan solitarios, en fin, como un monge en su celda, ó un ermitaño en su desierto. Puede estar uno solitario en su casa, en medio de la ciudad mas brillante como en el silencio monótono de una aldea, en Lóndres y Paris, como en los desiertos de la Tebaida y de la Nitria.

Un libro sobre el mérito de la soledad me parece muy propio para facilitar á los hombres la indagacion de la verdadera felicidad.

Mientras menos recursos tiene el hombre, mas esfuerzos hace para descubrir en sí mismo motivos de placer. Cuanto mas fácilmente se separa de los otros hombres, tanto mas ciertamente encuentra la verdadera felicidad. Todos los placeres del gran mundo no me parecen dignos de la envidia con que se les honra. Pero tambien todos estos sistemas célebres de una fuga entera del mundo parecen impracticables, cuando se les examina muy seriamente. Es noble, convengo, hacerse independiente de los hombres y bastarse á sí mismo; pero tambien es ciertamente hermoso, vivir en medio de la sociedad y saber hacerse en ella útil y amable á todo el mundo.

Así que, invitando á la soledad, procuraré precaver á mis lectores contra los excesos peligrosos en que han dado algunos de sus sectarios; excesos condenados igualmente por la razon y la religion. ¡ Ojalá pueda yo pasar felizmente por medio de todos los escollos que me ofrece mi proyecto! ¡ no sacrificar nada á la preocupacion, no decir cosa impropia, nada que pueda desagradar á un observador juicioso y reflexivo! Se llenarán mis votos, si el afligido encuentra consuelo cerca de mí, si el hombre melancólico me bendice y olvida el horror de su situacion; si puedo hacer concebir á los hombres honrados del campo, como todas las fuentes de alegría se agotan luego en las ciudades, como el corazon queda frio en medio de nuestros ruidosos placeres. ¡ Cuán agradable es, al contrario, la vida del campo; cuántos recursos se encuentran en él contra el enfado y la ociosidad; qué sentimientos puros, qué paz, qué felicidad inspiran la vista de la verdura y el espectáculo vivo de los numerosos ganados, que al anochecer dejan á pasos lentos sus nutritivos pastos; qué imponentes son las bellezas sublimes de las comarcas salvages, donde el aspecto encantador de las habitaciones solitarias de hombres libres y satisfechos roban el alma; cuanto mas interesantes son las ocupaciones campestres, que nuestros juegos y diversiones! en fin ¡ cuanto mas fácilmente olvidamos

nuestras penas y nuestras pesares cerca de un tranquilo arroyuelo, que en medio de los placeres impostores, que se vá á buscar en las cortes de los monarcas!

CAPÍTULO II.

Ventajas de la soledad en general.

La soledad nos interesa por todas partes por donde nos ofrece la imágen de la tranquilidad. El sonido lúgubre y monótono de la campana de un monasterio aislado, el silencio de la naturaleza en una bella noche; el aire puro que se respira sobre una alta montaña, la espesura tenebrosa de un antiguo bosque, la vista de un monumento arruinado, inspiran al alma una dulce melancolía y la hacen olvidar el mundo y los hombres. Mas aquel que no sabe encontrar en su corazon un amigo, una sociedad, que teme entregarse á sus reflexiones y pasar un instante consigo mismo, mira con un mismo ojo la soledad y la muerte. Quiere gozar de todos los gustos del mundo, quiere agotarlos, y solo el instante en que ve sus nervios debilitados, todas las fuerzas de su alma aniquiladas, se atreve á hacer esta confesion tardía : estoy cansado del mundo y sus locuras, y prefiero las sombras de los tristes cipreses á la embriaguez de sus placeres ruidosos y de sus disipaciones tumultuosas.

Todos los peligros que puede ofrecer la soledad y que realmente existen, no prueban nada contra ella, se evitan fácilmente cuando se sabe emplear el reposo y la libertad, y se vela sobre su corazon.

Los escollos mas peligrosos no aterran ya al navegante intrépido desde que percibe las señales, y conoce los lugares que amenazan. Lo que aun prueba menos son las quejas de los hombres que, sintiendo una necesidad continua fuera de sí mismos, no aman sino las concurrencias, á quienes la calma y el retiro parecen una locura, y que no conociendo otra felicidad que la de hacer ó recibir visitas, no tienen la menor idea de las ventajas de la soledad.

Así que, yo no pretendo recomendarla, sino á los seres privilegiados que saben encontrar en su espíritu recursos contra el enfado, que no están aterrados de los numerosos sacrificios que exige la virtud, y que teniendo en su alma bastante energía para no temer encontrarse solos consigo mismos, son susceptibles de los placeres puros y tranquilos de la felicidad doméstica. Aquel en quien el mundo ha destruido ya estos preciosos dones de la naturaleza, que no reconoce otro placer, otra felicidad, que la de jugar los naipes ó estar en una mesa opíparamente cubierta, que desdén todo trabajo de espíritu, que toma todos los sentimientos delicados por una manía, y que por una brutalidad inconcebible rie á solo el nombre de sensibilidad; aquel, sin duda, no encuentra placer en sí mismo.

Los ministros del Evangelio y los filósofos darian seguramente á la sabiduria y á la virtud una mala reputacion, si se robasen del todo á la sociedad y se privasen demasiado severamente de los placeres honestos y tranquilos, pero tambien hay pocos que den en este exceso. ¡ Cuántos hay, al contrario, para quienes la soledad fuera insupportable en el campo ó en la ciudad, y que se entregan escandalosamente á las disipaciones mas ruidosas y menos análogas á su carácter ! Ya no existen aquellos tiempos célebres en que no se estimaba sino la vida solitaria y contemplativa, y en que se creía acercarse al cielo á medida que se alejaba del mundo.

Despues de haber examinado, desde luego, cuáles son en general

las ventajas de la soledad en la vida ordinaria del mundo y en los placeres que en él se buscan con tanto esmero, haré ver en la primera division de este capítulo, que ella acostumbra el hombre á vivir consigo mismo, que no hay pesadumbre ni tristeza que no suavize, que da al carácter y á los sentimientos mas fuerza y energia, que en ninguna parte se aprende á conocerse mejor, que allí se consideran los objetos con ojos mas reflexivos y atentos: en fin, que la soledad sola ofrece placeres durables y una felicidad constante.

Que se comparen los goces de los mundanos con las ventajas mas ordinarias de la soledad, y luego se verá cuan fundada era la opinion de los sabios, que vieron el tumulto y el amor de la disipacion como incompatibles con el erapleo de una razon tranquila y de un juicio sano, con el deseo de encontrar la verdad, y el estudio del corazon humano.

La razon del mundano está oprimida bajo aquella multitud de preocupaciones diversas, á que está obligado á sacrificar lo que enerva su alma. Forzado á prestarse á mil pequenezes, á mil ridiculezes se hace el mismo pequeño y minucioso. Jamas vé las cosas como son en sí y no conoce placeres verdaderos y sólidos. El desórden está en su cabeza, y su corazon se encuentra lleno de ilusiones y de quimeras. ¡ Cuán diferentes le parecieran los objetos si estuviera acostumbrado á vivir consigo mismo, á reflexionar imparcialmente en el silencio de sus horas solitarias sobre la falsa felicidad que ofrecen nuestras eternas visitas, nuestras diversiones y placeres impostores! Muy luego conociera su vanidad, viera el mundo tál cual és, y sintiera que vuela ciegamente en pos de fantasmas, que todas tienen mas apariencia que realidad.

El enfado y el disgusto son siempre la consecuencia inevitable de este ardor que vuela tras las diversiones. El que ha bebido el caliz del placer hasta las heces, que está, en fin, obligado á confesarse á sí mismo, que nada tiene ya que buscar en el mundo y

nada que esperar de él; que no experimenta ya mas que disgusto en las diversiones, que está asombrado de su propia insensibilidad, y que ya no tiene aquella imaginacion encantadora que adorna y hermosea todos los objetos; llama en vano hácia sí las hijas del deleite sensual. Sus caricias no sabrian encantar su humor sombrío y pesaroso; su canto lisonjero no podría suspender su enfado. Ved ese anciano débil y desazonado correr tras unos placeres que ya no son para él. Quisiera estar alegre y es estravagante, quisiera brillar y se mofan de él, quisiera demostrar viveza y desatina, chochea. Sus discursos gastados y enfadosamente repetidos no inspiran mas que disgusto, y no excitan ya sino una risa de piedad entre sus jóvenes rivales. Pero siempre es el mismo á los ojos del sabio que lo ha visto brillar en otro tiempo en los corrillos de la locura y de la estravagancia.

El sabio dá frecuentemente una útil vuelta sobre sí mismo en medio de los placeres tumultuosos, comparando lo que podría hacer con lo que hace. En medio de la embriaguez comun se encuentran almas fuertes y enérgicas que son arrastradas hácia los deseos mas virtuosos y los sentimientos mas sublimes. Mas de una empresa útil ejecutada en el silencio, mas de una accion célebre no fueron acaso imaginadas, sino en medio de la música y de la danza. Tal vez una bella alma nunca entra mas en sí misma, que en aquellos lugares donde el vulgo entregado al vértigo y á la ilusion de los sentidos, es incapaz de ninguna reflexion, y se deja llevar ciegamente del torrente de la locura.

Las almas vacías están á cargo de sí mismas y esto es lo que allí las hace correr sin cesar tras la disipacion. Esta inclinacion irresistible, que las lleva siempre afuera y las arrastra continuamente hácia los hombres, las pequeñeces de que se ocupan diariamente, todo anuncia su vacío y su vanidad. No teniendo en sí cosa alguna que sea capaz de ocuparlas buscan por fuera; se adhieren á todos

los objetos que fijan su atencion, hasta que encuentran el puerto deseado que las pone en seguridad contra el enfado y las impide reflexionar sobre su indignidad.

Así que éste continuo afán de buscar los placeres de los sentidos, no es sino un medio de huir de sí mismo. Se abarca todo lo que puede ocupar agradablemente en el dia actual, en el momento presente; y es menester que sea siempre alguna cosa que impida quedar consigo mismo. Teneis bastante imaginacion para inventar cada dia y á cada hora del dia medios de hacer pasar el tiempo al hombre ocioso, sois una compañía preciosa para él, sois su mejor amigo; no quiere decir esto que sea difícil á cada uno encontrar ocupaciones que le impidan estar á cargo de sí mismo y perder enteramente su tiempo; pero como quiere siempre ser llevado hácia algun objeto estranero, la disipacion viene á ser la primera necesidad de la vida y el voto mas ardiente. Se pierde entonces la fuerza de obrar por sí mismo, y se depende de todo lo que nos rodea, sin poder dirigir y determinar las impresiones que se deben recibir. Ved ahí por qué nadie en el mundo es tan desgraciado como el rico, que no conoce mas placeres que los de los sentidos. La nobleza y los cortesanos creen, que sus placeres no parecen vanos, sino á los que no tienen parte en ellos. Este dictámen no es solo mio. Un domingo que volví de Trianon á Versailles percibí de lejos mucha gente en la azotea del castillo. Acercándome ví á Luis XV con toda su corte en las ventanas. Un hombre muy ligero, á quien se le habia atado una asta de ciervo en la cabeza y que se le llamaba ciervo, era perseguido por una docena de otros que componían la sarta. Ciervo y perros saltaban al gran canal y volvían á salir y corrian por todas partes con palmadas de manos á no acabar. ¿Qué quiere decir esto? pregunté á un frances que estaba cerca de mí. Señor, me contestó con grande seriedad, es para la diversion de la corte.

Los hombres mas oscuros son mas felices, que estos dueños del mundo y sus esclavos con sus tristes diversiones. El cortesano afecta júbilo en sus asambleas cuando su corazon es presa de los mas dolorosos pesares, habla con el mas vivo interes de aventuras en que no tiene la menor parte, pero es menester que haga ilusion á gentes que le imponen otras igualmente ; lo hace y no obstante no conoce otro placer que ver habitaciones llenas de hombres, cuyo mérito á sus ojos es tener muchos títulos y una antigüedad las mas veces equivoca. De un tal oscurecimiento de la razon es que depende tan á menudo la felicidad de la vida social ; de allí viene entre las gentes de condicion este orgullo escesivo, y entre los simples ciudadanos esta ambicion no menos desarreglada ; de allí el desprecio de los unos, la envidia de los otros y la locura de todos.

Todas estas reuniones ruidosas, estas asambleas numerosas, son unos templos de placer para los hombres disipados, que temen todo lo que pudiera llamarlos á reflexiones serias. El que busca su felicidad en la ociosidad ó que agota toda su actividad y energía en pequeñeces que absorven todo su tiempo, ocupan todas las fuerzas de su alma y animan todos sus discursos, no puede acostumbrarse á la idea de quedar solo un dia entero. ¿ Pues qué ! ¿ una ocupacion cualquiera que sea útil ó simplemente agradable no corresponderia á su dignidad ? ¿ estaria reducido al punto de no hacer nada bueno en calma ? ¿ No podria ser de alguna utilidad á sus amigos, á su patria, á sí mismo ? ¿ No puede encontrar desgraciados á quienes servir ? ¿ le es imposible ser hoy en alguna cosa mas sabio y mejor que lo fue ayer ?

Las fuerzas de nuestra alma se estienden mas lejos de lo que creemos. El que por necesidad ó por gusto las ejerce á menudo luego siente, que nuestra mayor felicidad está en nosotros mismos. La mayor parte de nuestras necesidades son artificiales. Si los objetos

esteriores contribuyen tan eficazmente á nuestra felicidad y contento, no es porque sean absolutamente necesarios, sino porque nos hemos acostumbrado á ellos. Los placeres que nos proporcionan hace que nos persuadamos fácilmente que son de una necesidad indispensable. Pero si tuviéramos la fuerza de pasar sin ellos y buscáramos en nosotros mismos la felicidad que esperamos de fuerza, encontraríamos frecuentemente mas recursos que en las cosas exteriores.

Los hombres superficiales encuentran, á la verdad, con que entretenerse en las reuniones, dónde no se vá propiamente sino á ver y ser vistos. Pero ¡ cuántas bellas señoras mueren tambien allí de enfado ! ¡ Cuántos hombres de talento están tristemente sentados en un rincon ! Nos lisonjamos siempre mucho yendo á las grandes sociedades. Esperamos allí mucho placer. El ingenio, la afectacion y la sensualidad ciertamente encuentran allí algunas veces su lugar. Cada uno hace ostentacion con poca diferencia de lo que tiene, y los menos ricos no son los que menos brillan. Mas tambien se ve y se aprende muchas cosas que lisonjean realmente. Alguna vez se oye una buena palabra, una observacion juiciosa. Se ve gentes amables é interesantes, se encuentra hombres de mérito, que no se conocia antes. Se halla mugeres amables y virtuosas, cuya conversacion nos sorprende tanto, cuanto su hermosura nos encanta.

¡ Pero por cuántos desagradados es menester comprar esta porcion de sentimientos agradables ! Aquel á quien un descontento interior, pesares secretos ó principios razonados impiden entregarse á la embriaguez comun, no ve sin gemir la confianza, la ligereza, la alegría, la suficiencia, la bachillería impudente de aquellos felices del mundo, que publican una felicidad casi siempre engañosa. A la verdad, es ridiculo ver la alegría estravagante de tantos hombres públicos, la petulancia burlesca de tantas viejas viudas, la

pretension y las ridiculezes de tantos jóvenes: pero ¿quién no se enfada de una buena comedia si la ve muy frecuentemente? Así que, cualquiera que ha experimentado muchas veces todo esto, muchas veces ha bostezado en la casa del placer, y está convencido de que hay allí mas mentira que verdad, mas apariencia é ilusion que gozo real, está triste en medio de aquellas diversiones y se apresura á entrar en su habitacion para entregarse en ella á placeres que no engañan, de que se goza en toda edad, que no dejan ni inquietud, ni descontento de sí mismo.

Se cree darnos gusto y hacernos honor cuando se nos convida á un banquete, donde cada uno sabe de antemano, que el enfado reinará con su cetro de plomo, y que ciertamente ninguno de los convidados oirá si no lo que no quisiera oír, donde la maledicencia y la calumnia dañarán indiferentemente todas las reputaciones. Pero el que siente en sí mismo alguna energía tiene aversion á toda sociedad que tiende á enervarlo. Para él una sopa comun y libertad en el seno de su familia son mil veces mas agradables, que manjares esquisitos y buen vino en una mesa donde es menester callar por política delante de pretendidos sabios, de cuya boca no salen sino disparates.

Lo que hace el verdadero placer de la sociedad es la confianza que en ella reina, es un cambio amable y reciproco de pensamientos y sentimientos. Las asambleas insípidas y numerosas donde no se conversa sino de pequeñeces y minuciosidades, donde no se pretende sino ostentar su lujo y su galantería, pueden ofrecer algunos agrados á las almas vacías y ligeras, que se apresuran á llevar allí el peso de su ociosidad; pero el sabio que va á buscar un comercio racional, un descanso agradable, y no encuentra mas que una bachillería monótona y uniforme, un pasatiempo enfadoso, muy luego siente aversion á estas casas de gozo y no entra en ellas, sino con disgusto y un corazon frio.

Se cansa uno luego del mundo en los brazos de una amistad ilustrada, tierna y paciente : se renuncia fácilmente á las trabas de la sociedad por este comercio independiente é íntimo, donde puede uno estar libremente y sin violencia todo el tiempo que quiera, decir lo que siente y lo que piensa ; confiarse mutuamente sus pensamientos y sus deseos, sus placeres y sus penas, donde es dirigido siempre con dulzura por el sendero de la virtud y de la verdad, donde se entiende siempre á la primera palabra, donde se encuentran siempre y se dan socorros, consejos y consuelos en todas las desgracias, en todos los accidentes de la vida. Reanimando por la consolante amistad el espíritu despierta de su inaccion, de su poco ánimo y apatía, y se ve renacer el lisonjero día de la esperanza. Echando los ojos sobre lo pasado, se dice mutuamente con la opresion mas dulce : ¡ Ah ! ¡ qué no hemos visto ya ! ¡ cuánto no hemos experimentado juntos ! Uno de los dos derrama una lágrima, el otro la enjuga ; el dolor del uno es el dolor de ambos ¿ y que pesar podrá resistir á esta efusion de dos corazones unidos de una manera tan íntima y tan inmediata ? Cada día se comunica cuanto se ve, cuanto se oye, cuanto se experimenta y cuanto se sabe ; las tardes pasan como minutos ; jamas se cansa de escucharse y conversar mutuamente ; y no se teme otro pesar que el mas horrible de todos, el pesar de la separacion, del alejamiento y de la muerte.

En una tal felicidad no es aspereza de carácter, no es incivilidad sino un error bien perdonable de la imaginacion, si los hombres ordinarios no nos satisfacen ya, si somos indiferentes á su indiferencia, y sobre todo á su aversion ; y si en consecuencia, no esperando nada de los ruidosos placeres del mundo, evitamos todas las sociedades numerosas.

Mas, ¡ cuán frágil es una tal felicidad ! las mas veces ¡ ah ! en el momento en que con mas seguridad gozábamos de ella, un golpe

imprevisto y rápido, viene á herir en nuestros brazos la desgraciada víctima de la sueta. Todos los placeres de la vida nos parecen entonces aniquilados para siempre, todo lo que nos rodea nos parece lúgubre y desierto, todo inspira espanto. En vano se estienden los brazos para abrazar al que ya no existe, en vano se le llama. Se cree oír sus pasos, pasos tan conocidos, y no se oyen absolutamente. Todo nos parece muerto, y nosotros estamos muertos para todo. La soledad nos rodea por todas partes. Por todas partes nos creemos solos con el corazon ensangrentado. Nos persuadimos en nuestro abatimiento que ya no hay quien nos ame, y que nosotros ya no amamos á nadie; y una vida sin amor es para un corazon que ha amado la muerte mas terrible. El desafortunado que ha experimentado esta desgracia, quiere también vivir y morir solitario. En estos crueles momentos, en este tránsito rápido de la felicidad suprema al colmo de la desgracia no ve á persona alguna, que le estienda una mano consolante que participe sus sufrimientos, ni aun que se forme una idea de ellos, porque es una pérdida que no se conoce sino despues de haberla sufrido.

Pero aquí es el triunfo de la soledad, aquí es que se conoce todas sus ventajas, no hay pesar, no hay tristeza que no suavize, y que al fin no cure cuando es empleada prudentemente.

A la verdad esta curacion viene poco á poco y por grados. El arte de vivir consigo mismo necesita tanta experiencia, está fundado sobre tan diversas fatalidades, sobre situaciones tan particulares para el temple del carácter, que es menester ser ya muy maduro para la soledad, antes de esperar en ella semejantes efectos. Empero, el que ha llegado á sacudir el yugo de nuestras preocupaciones, que desde su tierna juventud ha sabido estimar y amar la soledad, no se embaraza para hacer su eleccion en tales circunstancias. Desde que siente que todo lo que le rodea le es indiferente, que la sociedad ya no tiene encantos para él, entonces em-

plea todas las fuerzas de su alma, para no estar jamas menos solo que lo está en su habitacion.

Las mas veces hombres de talento están obligados á ocuparse en negocios, que son para su espíritu, lo que la ipecacuana para el estómago de quien tiene hambre. Condenados á un trabajo seco y enfadoso, no pueden moverse de su lugar y sustraerse de un yugo pesado é importuno. Tampoco ven muchas veces tranquilidad, sino en la tumba. Todo les inspira disgusto en el mundo, sin que puedan jamas procurarse distraccion alguna : se diría que no es para ellos que los suaves zéfiros agitan las nacientes copas de los árboles con su cariñoso aliento, que los pájaros hacen oír sus rústicos conciertos, que los prados están esmaltados de flores. Mas dejádllos solos, dádles libertad y tiempo desocupado, entonces vereis renacer su entusiasmo, luego les vereis elevarse con el vuelo intrépido y la mirada firme del pájaro de Júpiter.

Si la soledad disipa pesares de esta naturaleza, ¿ qué no obrará sobre el que puede retirarse siempre bajo sus sombras bienhechoras, y que no busca ni desea mas que un aire puro y la felicidad doméstica? Cuando se le preguntó á Anthisteno, para qué le habia servido la filosofía, respondió : para saber vencerme á mi mismo. Pope, decia, que jamas se acostaba sin pensar que nosotros no teníamos sobre la tierra negocio mas importante, que el de aprender bien á ser felices en nuestra casa. Me parece que todos hemos encontrado lo que buscaba Pope cuando estamos contentos en nuestra casa y amamos todo lo que en ella nos rodea hasta el perro y el gato.

Aquellos placeres y disipaciones que se busca con tanto cuidado y ardor tienen, á la verdad, la ventaja de conducirnos á hacer mas serías reflexiones cuando entramos en nosotros mismos. Entónces se aprende á conocer donde yace propiamente la verdadera felicidad, si es en los objetos extranjeros que no podemos mudar ni

reformular, ó sí es en nosotros mismos. Entónces se aprende á conocer cuán falsas eran aquellas ilusiones lisonjeras, que nos prometían la felicidad. Una señorita jóven y hermosa me escribió una tarde de vuelta de un famoso paseo : « Habeis visto cuán alegre estaba y cuán contenta al partir de aquí ; ¡ pues bien ! á la vista de este gozo aparente no he sentido ya sino un vacío espantoso, de modo que habría arrancado de buena gana las flores de mi vestido. »

Toda la felicidad del mundo es nada si no nos hace mas felices en nosotros mismos y en nuestra casa. Al contrario, toda desgracia viene á ser soportable para el que puede encontrar tranquilidad en su habitacion y entre sus libros ; y esta es ya una grande felicidad, porque sería una presuncion querer exigir de nosotros mas, que la voluntad de reglar nuestro corazon y nuestros deseos. Tambien ha dicho un grande filósofo con bastante exactitud, que habia una especie de orgullo y falsedad en pretender, que nosotros solos hacemos nuestra felicidad. Sin duda podemos nosotros mudarnos á nosotros mismos, podemos arreglar nuestro gusto, nuestros sentimientos, nuestras inclinaciones y aun nuestras pasiones, y entónces no solamente somos menos sensibles á todo lo que nos falta ; pero aun encontramos satisfaccion en un estado, que otros miran como triste y deplorable. La salud es sin duda uno de los bienes mas preciosos, no obstante hay circunstancias y casos en que una verdadera tranquilidad acompaña á su privacion. ¡ Ah ! ¡ cuántas veces he agradecido á Dios de una enfermedad que me obligó á quedar en casa y que me permitió recoger mi alma en el silencio ! Esta felicidad acabó, á la verdad, cuando me puse mejor, pero despues de haberme visto obligado á arrastrarme por las calles todos los dias de mi vida, y esto durante muchos años, con un cuerpo lánguido y miembros debilitados, experimentando al menor frio la misma sensacion que si se me hubiese cortado con cuchillos la carne, los huesos y las piernas ; despues de haber experimen-

tado habitualmente en medio de las ocupaciones diarias de mi estado dolores tan vivos, que agradecía á Dios con lágrimas de gozo, cuando tenía un momento soportable; debía serme bien permitido encontrar una felicidad inesplicable en poder estar una vez enfermo en mi casa. Ocupado continuamente el médico sensible de los padecimientos de otros, las mas veces, sin duda olvida los suyos; mas ah! ¿cuántas veces siente tambien todo el horror de su estado cuando es interpelado á ir, á pesar de los dolores que experimenta el mismo, á ejercer fuerzas que no tiene? En este caso la enfermedad que deja la cabeza algo libre es para mí un dulce reposo, una soledad lisonjera, con tal que no vengan importunos por política á abrumarme con sus fatigantes visitas. Entónces deseo todas las bendiciones del cielo á cualquiera que me deje solo, y no venga á molerme con sus coloquios ociosos, ni se inquiete en compadecerme por el estado de mi salud. Una sola mañana tranquila en que pueda quedar en casa, sin estar obligado á ver á nadie, ni escribir cartas, aun cuando por lo demas esté muy enfermo, me dá mas gusto que á nuestras señoras sus fiestas y á los grandes del mundo sus diversiones.

Esta disminucion de nuestros padecimientos en la soledad es ya una grande ventaja; porque la tranquilidad del alma para un hombre que depende del público, de quien se exige una actividad multiplicada, y que pasa sus dias en un tormento continuo, es una muy grande felicidad.

No teme uno encontrarse solo consigo mismo cuando, jóven ó anciano, sabe ocuparse en su habitacion en alguna cosa útil ó agradable. ¿Está uno de mal humor? es menester esforzarse á leer en algun dibujo cualquiera que sea. No leemos jamas sin objeto con tal que al leer tengamos siempre una pluma ó un lapiz en la mano, y que señalemos las ideas nuevas ó lo que confirma las ideas existentes. Se cansa luego de toda lectura desde que no se atri-

buye á sí ó á otros lo que se lee, y no se tiene otro objeto que el de leer. Pero la esperiencia da fácilmente esta habitud, y entonces la lectura es uno de los remedios mas seguros contra el enfado.

Con tal que uno sepa ocupar su atencion, siempre es dueño de rechazar las ideas desagradables. La vista de un objeto noble é interesante, el estudio de una ciencia útil, el cuadro variado de las diversas revoluciones que ofrece la historia de los hombres, los progresos que se hacen en un arte cualquiera que sea, fijan agradablemente la atencion y suavizan el pesar. Asi es que el hombre se hace sociable consigo mismo, así es que encuentra su mejor amigo en su propio corazon.

Los placeres de este género sobrepujan ciertamente con mucho á todos los que pueden ofrecer los sentidos, sé, que ordinariamente hablando de los placeres del espíritu, se entienden las meditaciones sublimes, las indagaciones difíciles del genio, ó las producciones brillantes de la imaginacion. Pero aun hay otros, que para gozarlos no es menester ni saber, ni talentos extraordinarios; estos son los placeres que resultan de la ocupacion y de la actividad, placeres que están igualmente al alcance del ignorante y del filósofo, y que no procuran goces menos dulces que los primeros. Tampoco se debe despreciar jamas ningun trabajo de manos. Conozco alemanes nobles que están en estado de componer sus relojes, que son pintores, herreros, carpinteros que tienen poco mas ó menos los útiles de todas las artes y saben servirse de ellos. Estos hombres tampoco se inquietan jamas por sociedad alguna, y son los hombres mas felices del mundo.

Todo lo que se emprende en una ciencia ó en un arte cualquiera que sea en forma de descanso, y que se lleva hasta una cierta perfeccion, hace al hombre sociable consigo mismo y contrapesa los mayores males morales. Toda dificultad vencida causa placer; cada vez que se mira con complacencia una obra acabada siente el

alma una calma, una satisfaccion inesplicable, y contenta de sí misma no busca ya otro placer.

Los goces del corazon están al alcance de todos los hombres, que, libres, tranquilos y amantes están siempre contentos de sí mismos y de los otros. ¡ Ah! ¡ cuánto mas grande es tambien por esta razon la felicidad que se gusta en el campo, que la felicidad engañosa que se afecta en los palacios y corrillos brillantes! Esto es lo que saben muy bien los mundanos á quienes se oye tan frecuentemente quejarse del enfado.

No se conoce el disgusto en los valles de los Alpes, en aquellas montañas donde la inocencia habita aun y que ningun extranjero deja sin derramar lagrimas.

Pero es fácil evitar este veneno funesto en las ciudades, renunciando al género de vida insipida que alli se lleva. Toda accion virtuosa lleva la tranquilidad al alma y un gozo seguro y tranquilo acompaña hasta lo interior de su casa al que acaba de hacer alguna cosa por el bien de la humanidad. Con qué placer tambien nos acordamos todos de las burlas que hicimos en la escuela y de las travesuras malignas de nuestra juventud; la historia de los primeros periodos de nuestra vida, el recuerdo de nuestros juguetes y de nuestros pasatiempos, de nuestros pesares y deseos pueriles de nuestra infancia, ofrecen siempre á nuestro espíritu ideas agradables. ¡ Ah! ¡ con qué sonrisa de complacencia, con qué dolor tan dulce pasea el anciano sus miradas sobre aquellos felices tiempos, en que lo encarnado de la juventud animaba sus mejillas, en que todo lo emprendia con vivacidad y vigor, y ejecutaba todo con valor; en que buscaba dificultades únicamente para tener ocasion de ejercitar sus fuerzas!

Comparemos lo que éramos en otro tiempo con lo que ahora somos; ó bien, dando á nuestras ideas una mas libre carrera, echemos nuestras miradas sobre los diversos acontecimientos de

que hemos sido testigos, sobre los medios que Dios emplea para elevar ó destruir los imperios, sobre los rápidos progresos de nuestro siglo en las ciencias y las artes, sobre sus luces y preocupaciones; sobre el imperio que la barbarie y la supersticion ejercen aun, á pesar de los esfuerzos de algunos felices genios para derribarlo, sobre las producciones sublimes del espíritu y sus boberías; y verémos desaparecer luego la melancolía y reinar en la casa la tranquilidad, la paz y el buen humor. Esta felicidad inesplicable, estos goces tan deliciosos y tan superiores á todos los placeres de los sentidos que la soledad ofrece á cualquiera que sepa reflexionar, se pueden gustar en toda edad, en la vejez mas avanzada, como en el vigor de la juventud. En todos tiempos con una constitucion sana y una alma libre y contenta, el que ha cultivado las fuerzas de su espíritu encontrará en si mismo placeres puros é inalterables, si su corazon disfruta de paz y de inocencia. El amor al trabajo anima todas las fuerzas de nuestra alma y les dá mas energía. La ocupacion es la primera necesidad de las imaginaciones vivas, es el conocimiento interior que tienen de si mismas, de sus fuerzas y de su dignidad, que dá á las almas sanas aquella noble inquietud que las lleva á esfuerzos los mas sublimes. Pero si por deber ó por estado tiene uno relaciones con muchos hombres, si está uno obligado á someterse, á pesar suyo, á disipaciones frívolas y fatigantes; al salir de este tumulto para entrar en el silencio de la meditacion es, que vuelve á sentir esta efervescencia, esta necesidad de romper todos sus lazos, de alejar de si todos los pasatiempos, todos los placeres ruidosos y tumultuosos. Jamas sentimos con mas energía y mas satisfaccion, de una manera mas consolante y mas íntima, que vivimos, que pensamos, que somos criaturas racionales, activas por si mismas, libres, capaces de grandes cosas é inmortales, como al instante en que cerramos la puerta á los molestos é importunos.

Hay pocos desagradados tan insoportables como esas visitas insípidas, esas bagatelas enfadosas, que ocupan la vida de los hombres frívolos y ociosos. Mis pensamientos vienen cuando quieren, y no cuando yo quiero, decía Rousseau (1); por eso es que los recibía tan bien cuando venían. Por eso es que entónces todas las visitas de los extranjeros y de los desconocidos le eran tan odiosas; por eso es que este grande hombre que tenía tan rara vez una hora tranquila y sin dolor, se incomodaba tan fuertemente contra toda civilidad importuna, contra el tonto y necio pasatiempo de la conversacion, aunque por otra parte tuviese algun gusto en el comercio de gentes amables.

¡ Cuántas chispas de buenos pensamientos son apagadas por un comercio ocioso, y cuán frívolo se vuelve uno mismo viviendo con gentes frívolas ! Estas chispas preciosas son una emanacion inmediata de la divinidad ; pero es menester que la reflexion y meditacion las hagan fructificar, y den mas elevacion y connitencia al espíritu y al carácter.

Virtudes á las que no se eleva uno en el comercio mas amable, son las mas veces el fruto de la soledad. ¿ Nuestros amigos están lejos de nosotros ? ¿ nos vemos privados para siempre de su presencia tan cara á nuestro corazon, para calmar el vacío de nuestra soledad ? entónces nos elevamos á esfuerzos mas sublimes, á resoluciones mas atrevidas ; al contrario, si el amor y la amistad cuidan siempre de nosotros, lo hacen todo por nosotros, nos llevan sin cesar en sus brazos, olvidamos luego la facultad de movernos por nosotros mismos, de obrar, de marchar por nosotros mismos al traves de las adversidades de la vida. Por eso es menester tambien vivir solitario y abandonado á sus propias fuerzas ; entónces el alma com-

(1) Jamas he podido soportar, dice Rousseau, el tonto y necio pasatiempo de las conversaciones ordinarias ; pero las conversaciones útiles y sólidas siempre me han agradado mucho, y jamas las he evitado.

batida por las tempestades de la vida adquiere un nuevo vigor, aprende á mirar con una vista fija y evitar los escollos amenazadores contra los cuales va á destrozarse el vulgo. El que vive en soledad encuentra en sí mismo recursos de que ni aun idea tenía, y un valor estóico viene á sostenerle contra los rigores de la suerte.

El carácter y los sentimientos adquieren siempre mas fuerza y propiedad cuando está uno alejado del tumulto, y que en el silencio de su corazón reflexiona sobre el mundo y sobre sí mismo. Si no teneis un carácter decidido, es porque sois muy débil para elevaros á pensar vos mismo; porque consultais siempre la opinion pública, este oráculo infalible á vuestros ojos, para saber lo que debeis pensar y hacer para arreglar vuestro juicio y vuestra conducta.

Las gentes débiles creen siempre que van seguras con el mayor número. Jamas juzgan antes que el mayor número haya juzgado, y siguen todas sus decisiones sobre los hombres y las cosas sin tomarse el trabajo de ver á quien pertenece el derecho y la verdad. No se puede esperar equidad sinó de quien no teme estar solo consigo mismo. Un hombre disipado jamas toma el partido del débil y oprimido. ¿Teneis por enemigos la secta poderosa de los tontos y malos; sois injuriado y desacreditado por la injusticia y la calumnia? no busqueis apoyo entre los hombres disipados y superficiales, que no son sino el eco del error y de la preocupacion.

Vivir solo, sentirse solo, no inspira espanto, sino mientras se trate de rechazar un poder corporal por otro. La fuerza del espíritu al contrario, se aumenta por lo mismo que se recoge mas, cuando nadie se une á nosotros y nadie combate por nosotros. Es menester vivir solo, precisamente para poder estar solo, sufrir menos impresiones presentes, elevarse sobre los accidentes de la vida y hacerse intrépido contra el peligro. Que tranquilamente se pasa la vida cuando no se pregunta, ¿qué dice este? ¿qué dice aquel? ¿Cuántas miserables preocupaciones y pasiones m despreciables

aun, han disipado una seria reflexion! ¡Cuán prontamente desaparece entónces esta veneracion idólatra, vergonzosa y servil por todo lo que no es digno! Con qué noble energía se rechaza lejos de sí el temor de los hombres que creen, que los nombres de sus abuelos les dan el derecho de ejercer un poder tiránico sobre otros hombres, que las mas veces tienen tanta razon de despreciarlos!

Un observador ingenioso y célebre de la naturaleza del hombre y de las cosas nos enseña, que en el tiempo libre y en la tranquilidad es que el alma se eleva á aquella paz sublime sobre los accidentes de la vida, sobre la felicidad y la desgracia, sobre la alabanza y el vituperio, y aun sobre la vida y la muerte. Allí es donde se desenvuelven las ideas grandes y nobles, los principios seguros é invariables que hacen al gran hombre y le sirven de apoyo. La filosofía misma, dice este filósofo aleman, en sus observaciones sobre Ciceron; aquella filosofía que sirve de base á la sublimidad del hombre de estado, que le pone en situacion de desempeñar bien el papel importante de que está encargado, se forma en la soledad y en el alejamiento del teatro del gran mundo.

El carácter y los sentimientos ganan, pues, en la soledad no solamente mas propiedad y fuerza, sino tambien una verdadera elevacion. En ninguna parte aprendemos tampoco á conocernos mejor. En el retiro estamos mucho mas cerca de nosotros, y vivimos mas íntimamente con nosotros. A la verdad, puede uno ser sabio y reflexivo en el mundo, sobre todo, si no entra en él sin principios; pero es mucho mas difícil ser bueno y virtuoso. ¡Cuántos hombres no agradan sino por sus defectos y aun por sus vicios! ¡Cuántos picaros, cuántos atrevidos son vistos con placer, porque saben prestarse á las debilidades, á las ridiculeces y á los vicios de los que dán el tono en la sociedad! ¿Cómo se quiere que sepan apreciarse, cuando están embriagados con el incienso que humea en su honor? En la calma, al contrario, y en el silencio aprende-

rían lo que son y lo que deben ser, si quisiesen estudiarse á sí mismos, si estuviesen en alguna desgracia, si se viesen obligados á entrar sériamente en sí mismos, y examinar el estado de su corazón.

¡ Cuántos descubrimientos nuevos y útiles se podrian hacer, si se apartase uno algunas veces del torbellino del mundo para entregarse á sus reflexiones ! Bastaría para eso entrar sinceramente en sí mismo y examinar sus acciones con la mayor imparcialidad. El mundano tiene razon de alejar este exámen, le sería muy poco favorable. El que no se juzga sino por la opinion ventajosa que los otros tienen de él, vería entónces con espanto que es un miserable esclavo de la etiqueta, de la costumbre y del público, sometién-dose con la exactitud mas escrupulosa y la mejor gracia posible á todo lo que exigen de él la política y los usos recibidos, no elevándose jamas contra nada por insensato, por absurdo que pueda ser, acompañando á los otros con docilidad, creyendo y haciendo todo lo que los otros creen, todo lo que hacen, y no atreviéndose jamas á desaprobare lo que los otros no desapruedian. Si es de buena fé verá tambien, que dice y aprueba todos los dias una infinidad de cosas, únicamente por el temor de los hombres y por complacerles; que cerca de los principes y de los grandes no se ocupa sino de lisonjear sus caprichos y fantasías; que por conveniencia mas bien quiere ser el ministro de sus injusticias, que contradecirles ó tener una opinion que pueda desagradarles. Cualquiera que reflexione á sangre fria y en el silencio de su corazón sobre este cuadro espantoso, sentirá la necesidad de vivir algun tiempo en la soledad con hombres que piensen mas noblemente y tengan principios mas seguros.

Alternativas violentas de gozo y tristeza, de esperanza y temor, de contento y de pena atormentan sin cesar al que no tiene la fuerza de elevarse sobre todo lo que ve. Toda virtud cesa cuando no se

entrega uno á la primera impresion, y se deja siempre gobernar por los acontecimientos, sin saberlos contener á su vez. Cesa tambien en el mundano que se deja conducir enteramente por los hombres, cuya conducta no mira sino lo que le importa, y es siempre dirigida por un interes próximo ó remoto. Es menester vivir solitario y no detenerse en los accidentes del dia actual, es menester examinar en el silencio el precio de todas las cosas y de todas las acciones humanas, para tener la fuerza de practicar el bien aun á sus espensas. Los hombres del mundo no saben lo que es despreciar una ventaja presente, y hacer el noble sacrificio de su gloria y de su fortuna. No aprecian ninguna accion por su valor interno, toda su conducta está calculada sobre un vil interes, y su hipócrita virtud no es sino un medio de arrancar un miserable favor, obtener honores y reputacion; hacen la corte, lisonjean, mienten, calumnian y se envilecen delante del que podría hacerles mal, si fuese tan vil y despreciable como ellos, y lo dejan para ir á hacer nuevas bajas.

El hombre reconoce mucho mejor las pasiones que lo dominan, cuando reflexiona sobre ellas en la calma y en el silencio; el alma está allí mucho mas libre, y no vacila tan á menudo entre el temor y la firmeza. ¡ Ah! ¡ qué bueno es uno en la desgracia! ¡ Qué dóciles somos, indulgentes y afables cuando la mano de Dios nos castiga, cuando muda nuestra sabiduría en locura, y nuestros consejos mas reflexivos en un delirio tocante y manifiesto! Entónces una caricia de un niño, una civilidad de uno de nuestros inferiores nos causan el mayor placer. Pero, ¡ cómo de repente vemos los objetos bajo un aspecto diferente, como nos volvemos luego menos dulces y menos pacientes, cuando comenzamos á restablecernos, cuando el conocimiento de nuestras fuerzas nos vuelve mas indiferentes á todo lo que nos es extranjero, cuando sentímos nuestro poder y nuestra superioridad sobre todo lo que antes inquietaba nuestra timidez y alarmaba nuestra debilidad!

En la soledad se deja uno abatir menos por los reveses, y embriagar menos por los buenos sucesos, porque no está tan espuesto á los golpes de la fortuna en los lugares donde la vida corre como una sombra ligera. No hay necesidad de ser instruido allí por la desgracia, para concebir que nosotros somos nada delante de Dios, y nada somos sino por Dios; que la fiereza sin la fuerza es el verdadero veneno de la vida, el tormento del corazon y un aumento continuo de nuestra miseria: aun cuando perdamos allí toda esperanza, que no veamos ya recursos, nos sometemos á nuestros destinos mucho mas fácilmente y con mucha mas paciencia en el sosiego y el retiro, donde nada choca nuestra vista, donde nadie nos desprecia injustamente, y no nos estima sin razon.

Que cada uno vaya, pues, á la soledad y hable allí á su corazon, si quiere aprender á pensar mas noble y sabiamente. ¡ Ah! cuán dóciles y flexibles nos vuelven un poco de verdadera filosofía y una razon esclarecida. Mas, en el vértigo de nuestras preocupaciones, y al resplandor engañoso de nuestras falsas luces, cada cual yerra su camino, y todos buscan la felicidad al traves de las tinieblas y de la oscuridad. Es menester vivir tranquilo y retirado para no estimar á los hombres y á las cosas en mas de su valor. Renunciar todas las preocupaciones de la sociedad, es el primer paso hácia la razon y la felicidad.

La soledad nos dá esta felicidad, si, cuando estamos en ella solos delante de Dios y lejos de las miradas de los hombres, el lenguaje silencioso de la conciencia nos repite cuán poco somos de lo que se nos cree, cuánto nos falta aun de lo que debiéramos ser; y qué dificultades tenemos que vencer antes de llegar allí. En el mundo los hombres se engañan mutuamente. Allí se blasonan virtudes, se afectan sentimientos que no se tienen, se deslumbra el uno al otro, y cada uno acaba por hacerse ilusion á si mismo. En la soledad, con buena fe, se conoce uno y se juzga mas exactamente;

lejos de los adúladores y perversos se aprende á estimar la sinceridad y sencillez de corazón. No se teme que estas virtudes nos engañen, porque ningún bien es allí ridiculo y despreciable; allí se compara lo que parece uno en el mundo con lo que es, y entónces se ve desvanecer, como un vapor ligero, todas las ventajas que se nos creía, y todas las virtudes aparentes de que se nos honraba. Toda la vanidad de nuestro saber, todos los falsos pasos de nuestra razón se desenvuelven á la vista imparcial. Todo lo que hay de falso en nuestra virtud, en nuestros sentimientos los mas sublimes, en nuestras acciones mas generosas, toda la ostentacion de nuestro amor propio, se muestran allí en su desnudez. ¿ Se aprende jamas á conocerse tan bien en el tumulto del mundo, en medio del embrollo de los negocios y entre los escollos de la vida social?

Para disipar las pasiones peligrosas y las inclinaciones perniciosas, que fomentan en nuestro corazón, es menester adherirse á otros objetos, á otras pasiones mas laudables que fijan y apartan la atencion. Pero en ninguna parte se encuentra tanto como en la soledad recursos inagotables para nuevos sentimientos, para nuevas ideas; el alma obra libremente en todas direcciones, con toda la fuerza y toda la energía de que es susceptible. Sí: si la soledad puede favorecer entre los ociosos la seduccion de los deseos, asegura, al contrario, al alma activa una victoria cierta sobre todas sus inclinaciones desregladas.

Separado de las ilusiones y lazos del mundo, y retirado en la soledad ve uno los objetos bajo su verdadera forma tan bien como en las congojas del infortunio y de la enfermedad, y en el lecho de la muerte. Allí se descubre la vanidad y la nada de todas las ventajas, que no son sino exteriores, y se ve la necesidad de poner un freno á sus pensamientos y deseos. Allí desaparece toda apariencia, y el que en el mundo está tanto mas elevado sobre los otros, cuanto mas abatido debería estar por sus faltas y sus vicios,

percibe allí lo que sus aduladores no le dicen, y lo que un tropel de miserables esclavos tienen acaso la baja y cobardía de justificar enteramente.

Mas, para encontrar un placer durable, y una verdadera felicidad es menester tener aquella filosofía juiciosa y racional, que hace de la vida un negocio serio que corre tras los placeres, que ningun accidente destruye, y que ve con piedad al vulgo estúpido agitarse y atormentarse por miserias y niñerías. Al contrario, nada tienen que esperar de la soledad aquellos que no conocen su propio corazon, que no tienen la habitud de la reflexion y del trabajo, que jamas han perseverado en el bien y no escuchan la voz de la razon. Todos sus placeres se aniquilan cuando su sangre ha perdido su calor, cuando sus sentidos están embotados y disminuidas sus fuerzas. A la menor incomodidad, al menor contratiempo sienten las inquietudes mas vivas, las ideas mas espantosas y todas las torturas de una imaginacion alarmada.

Hasta aquí no hemos aun indicado sino una parte de las ventajas generales de la soledad, todavía hay muchas otras que tocan al hombre de mas cerca. ¡ Ah! ¿ quién no ha experimentado su influencia bienhechora en las adversidades de la vida? ¿ quién no ha ido á buscar alivio bajo sus sombras saludables en las convalecencias, en la melancolia, ó bien cuando la muerte ó la separacion le ha privado del comercio de amigos caros á su corazon? Feliz el que conoce las ventajas de un religioso alejamiento del mundo, y de una tranquilidad santa, donde todo el bien que se trae del mundo se graba mas profundamente en el alma, donde se consagra á la práctica de virtudes dulces y apacibles, donde cada uno hubiera querido vivir cuando se halla próximo á la muerte! Pero estas ventajas son mucho mas sensibles cuando se compara el modo de pensar del solitario religioso, con el del mundano irreligioso: la vida tumultuosa y fatigante del uno con la dulce tranquilidad del

otro, cuando se opone la muerte espantosa y terrible del hombre del mundo, al fin dulce y tranquilo de aquellas almas religiosas que se abandonan y se someten á todas las disposiciones del cielo. Entónces se siente la necesidad de una vuelta seria sobre sí mismo, y de un comercio religioso con Dios para aprender á padecer y morir.

La soledad ofrece ventajas incontestables en las adversidades de la vida. El convaleciente, el desafortunado, el miserable, el misántropo, todos igualmente encuentran allí socorros; su alma ulcerada ve cicatrizar sus profundas llagas, y vuelve á tomar luego su primer vigor.

Los enfermos y afligidos se alejarían con horror de la soledad, si sus sombras no les ofrecieren socorros, que no encuentran en las casas del placer. Para ellos ha desaparecido el vapor sutil, que la sensualidad y la embriaguez arrojan sobre todos los objetos que rodean á los felices y sanos. Para ellos ha desaparecido todo agrado que no está en las cosas sino en la imaginacion. Todo es color de rosa para el hombre feliz; todo es negro y lúgubre para el desgraciado; ambos se engañan; pero ambos no reconocen su error sino al instante en que cae el velo, en que la escena se muda, en que la ilusion se disipa. Ambos recuerdan de su sueño al punto que la imaginacion calla. Estos sienten, enfin, que Dios se ocupa de nosotros, aun cuando se creen los mas abandonados; aquellos vén la vanidad de los placeres, á que se han entregado en la embriaguez y en el tumulto del mundo, cuando reflexionan seriamente sobre sí mismos, sobre su estado, su destino y sobre los caminos que conducen á la verdadera felicidad.

¡Qué desgraciados seríamos si Dios cumpliese todos nuestros votos! Al instante en que el hombre cree que toda la felicidad de su vida se ha aniquilado, acaso Dios se propone alguna cosa extraordinaria con respecto á él. Nuevas circunstancias excitan nuevas

fuerzas. Una vida que hasta entónces habia sido poco activa lo viene á ser las mas veces de repente, si en la soledad y tranquilidad se tiente todo para vencer la desgracia. El vigor y la vida vuelven cuando se creia condenado á una inaccion eterna.

Aun hay mas : vamos tristes á la soledad, luego la paciencia y la perseverancia vuelven al alma su tranquilidad y su gozo. No deberiamos jamas proyectar en el porvenir, porque nos engañáramos, deberiamos, al contrario, repetirnos siempre esta verdad de esperiencia, esta verdad tan consolante, que tal acontecimiento que el hombre miraba á lo lejos con un ojo inquieto y temeroso, pierde, acercándose, este aspecto amenazador y terrible, y las mas veces aun tiene las consecuencias mas felices y mas inesperadas. El que ensaya todos los espedientes, lucha contra todas las dificultades, resiste á todos los obstáculos, no descuida nada de lo que está en su poder, sin faltar á la confianza que debe á Dios, quita á las aflicciones su acritud y picante, y á la melancolía su victoria.

La pena, la desgracia y las enfermedades nos hacen cómoda y prontamente familiares con la soledad. ¡ Qué pronto se renuncia al mundo, que indiferente se vuelve uno á todos sus placeres, que débil se hace el lenguaje interior de las pasiones, cuando el dolor y el pesar nos abrumen, y todas nuestras fuerzas nos abandonan ! ¡ Qué pronto se ve entónces cuán frágiles son todos los apoyos que el mundo nos ofrece ! ¡ Cómo se mezcla la pena á todo, y la vanidad reina en todo ! ¡ Ah ! ¡ cuántas verdades útiles enseñan las enfermedades aun á los príncipes y á los grandes, cuando todo el resto de la tierra los engaña !

Sin duda el tiempo es corto y pasa rápidamente donde el valedunario es capaz de emplear sus fuerzas con facilidad y suceso, y de una manera conforme á sus designios. Una tal felicidad no es concedida sino á los que gozan de una constitucion robusta ; aquellos solos pueden decir : El tiempo es mio ; pero el que está pade-

ciendo siempre y enfermo, y que por otra parte depende del público, jamas puede decir, esta hora es mia. Entónces es menester que robe el tiempo donde pueda y como pueda. Tambien por razon y por necesidad es menester, á pesar de sus padecimientos diarios, á pesar de su abatimiento y mal humor, resistir todos sus males, combatir contra todas las dificultades si no quiere uno dejarse abatir enteramente. Quanto mas se escucha, mas enfermo se hace : las mas veces el ánimo y una resistencia porfiada son en este caso un resto de fuerza, y el que en el reposo lucha vigorosamente contra su desgracia, debe siempre al fin alcanzar alguna ventaja.

En la enfermedad se acostumbra fácilmente á escucharse con demasiada minuciosidad, se olvida las fuerzas que nos restan, y se insiste sobre todos los sentimientos desagradables en lugar de apartar de ellos la atencion y distraerse. Así es que el alma cae en la inquietud y abatimiento, y pierde toda la fuerza y razon que le queda. Se tiene tambien muy poca confianza en lo que se emprende en un estado continuo de dolor y padecimiento. Que el valetudinario se esfuerze á olvidar sus males, que desembaraze, por decirlo así, su alma del velo grosero que la cubre y hace pesada; encontrará ciertamente un alivio inesperado, y hará cosas que le parecian imposibles; pero para ese es menester tambien que despida á los médicos que vienen cada dia á informarse de su salud, le tocan el pulso con una seriedad grotesca, agitando gravemente la cabeza y haciendo los otros ademanes de costumbre; que tienen siempre la rabia de ver lo que no hay, y desgraciadamente nada ven donde hay tanto que ver. Estos hombres no sirven mas que para espantarlo, para fijar su atencion sobre los objetos que debería olvidar y redoblar sus padecimientos por la importancia mercenaria que les dan. Es menester tambien que prohiba á sus amigos, y á los que le rodean lisonjearle por sus flaquezas. Es menester que les ruegue no le crean todo lo que les diga, por-

que si todas sus sensaciones son verdaderas, su imaginacion les añade muchas fantasmas y quimeras.

Restan, pues, aun recursos y consuelos en la soledad hasta en las pérdidas mas difíciles de reparar. Son atacados vuestros nervios, vuestra cabeza padece vahidos, no teneis ya la fuerza de pensar, de leer, de escribir, os es físicamente imposible ocupar las facultades de vuestra alma; en este caso es menester aprender á vegetar. Esto es lo que me dijo uno de los mas esclarecidos filósofos de Alemania cuando me vió en Hannover, fuera de estado de poder hacer otra cosa. ¡O Garve! ¡cómo me estrechaba contra tu seno, con cuanta emocion te escuchaba cuando me hiciste ver la necesidad de aprender á soportarme á mí mismo en este estado, y cuando me contabas que habias sufrido lo que yo padecía y practicado lo que me enseñabas!

Hubo un tiempo en que el sublime Mendelsohn estaba obligado á retirarse cuando se hablaba de filosofia porque sino caía en desfallecimiento. En este estado se prohibió ocuparse en nada, ni pensar en nada. Su médico le preguntó un dia: ¿Qué haceis, pues, en vuestra habitacion, si no os atreveis á pensar en nada? Voy á la ventana, replico Mendelsohn, y cuento las tejas del techo de mi vecino.

Sin tu sabia tranquilidad, ó mi caro Mendelsohn, sin tu resignacion á la voluntad del cielo, jamas se llega á esta grandeza, á esta noble sumision en los padecimientos, á esta fuerza estóica, que hace la felicidad independiente de la suerte y del dolor! Tu ejemplo es consolante, y la humanidad debe regocijarse al ver cuán fuertes nos hace la resignacion aun contra los males físicos.

La resignacion en las desgracias inevitables, y un dulce esfuerzo al menor rayo de felicidad, deben socorrerse así mutuamente. Mientras el hombre se incline á la virtud jamas se dejará abatir hasta el punto de no esforzarse á vencerse á sí mismo, aun cuando

en instantes desgraciados de despecho no creyese ya en alivios y consuelos. El hombre mas paciente puede pasar por sensaciones muy dolorosas, con tal que no sea ocioso ni perezoso, con tal que se ocupe en el mundo de otras cosas que de sí mismo, con tal que haga algun esfuerzo para alejar de su alma todo pensamiento triste y atormentante, entregándose á una inclinacion noble y virtuosa y á una pasion generosa. Por esto es menester cultivar en sí todas las semillas de actividad, es menester aun forzarse á obrar hasta que el calor de la pasion venga, y que resulte de ella una actividad natural y sin esfuerzo, despues de una sumision entera y filial á las disposieiones de Dios. Yo miro una actividad tranquila en medio del disgusto y apatia que engendra la debilidad de los nervios, como el contra-veneno mas seguro y mas eficaz contra el enfado, el mal humor y la melancolía.

La influencia del alma sobre el cuerpo es una de las verdades mas consolantes para cualquiera que esté sujeto á padecimientos habituales. Sostenido por esta idea, jamas se deja abatir enteramente; jamas la religion pierde en él su fuerza y su imperio, y no se tiene la triste esperiencia de que los hombres ilustrados é instruidos son mas débiles en la afliccion, que el vulgo. Acaso no se querrá creer, que Campanella haya sido capaz de distraer su espíritu de sensaciones las mas dolorosas al punto de haber tolerado el tormento sin mucho dolor; pero puedo asegurar, despues de mi propia esperiencia, que aun en los instantes los mas críticos todo lo que distrae fuertemente la atencion alivia siempre el mal, y las mas veces le hace desaparecer sin que se perciba.

Muchos hombres célebres han llegado por este medio, no solamente á conservar su espíritu tranquilo en medio de las mas vivas inquietudes; sino tambien á aumentar su energía, á pesar de la debilidad de su constitucion. Rousseau escribió la mayor parte de sus obras con dolores casi continuos. Gellert se ha hecho por sus

escritos dulces, agradables é instructivos, el preceptor de Alemania, y esta ocupacion interesante fue ciertamente el remedio mas seguro contra la melancolía. En una edad ya avanzada Mendelsohn, que, á la verdad, jamas ha sido melancólico, pero que ha padecido largo tiempo una debilidad de nervios increíble, se ha elevado por su sumision en los dolores, por su paciencia y su docilidad, á la nobleza y sublimidad de los hermosos dias de su juventud. Garve, que ha estado años enteros sin leer, ni escribir, ni pensar, escribió despues un tratado sobre Ciceron, y en esta obra este hombre reflexivo tan circunspecto en todas sus espresiones, que se apesadumbraria de que una sola palabra fuerte se deslizase de su pluma, agradece á Dios con una suerte de enagenamiento de la debilidad de su constitucion, porque ella le ha enseñado todo lo que puede el espíritu sobre el cuerpo.

Resolucion y una vista firme hácia un fin noble é interesante hacen soportables los dolores mas agudos; un valor heróico es bastante natural en los grandes peligros, y es mas comun que la paciencia en las pequeñas molestias de la vida. Lo raro es un valor perseverante en los males de larga duracion; sobre todo cuando la melancolía enerva el alma, y cuando ésta, lo que es bastante ordinario, se abandona á la desesperacion y se representa su estado como eterno. Esto es tambien lo que ocasiona, que de todos los males que hacen gemir á la humanidad, ninguno sea comparable con el de la melancolía, y que de todos los remedios contra la melancolía, ninguno sea tan eficaz como la ocupacion en la calma y en el silencio.

Con algun esfuerzo y un poco de resistencia, la soledad disminuye siempre la melancolía: desde que se hace una ley de no estar jamas ocioso y de soportar sus males con paciencia, los dolores mas vivos del alma ceden siempre á la resignacion y sumision, y el espíritu vuelve á tomar nuevas fuerzas con tal que no se disguste uno de ninguna actividad, y que no cese jamas de combatir su mal

con una resistencia moderada pero continua. Una pequeña victoria conduce á otra mayor, y el gozo que se siente interrumpe ya el sentimiento de un disgusto continuo. Cuando la razon y la virtud no pueden ya nada contra la enfermedad y el mal humor, que se ocupe uno de cosas poco importantes y que no exigen mucha atencion ; porque un ligero esfuerzo basta algunas veces para disipar el pesar mas vivo. Las tinieblas de la melancolia desaparecen desde que se hace alguna cosa que interese. Las mas veces, ¡ ah ! aquella desesperacion excesiva que arroja todos los consejos y consuelos, aquella negligencia, aquella apatía, no son sino un disfraz de nuestro mal humor, y por consecuencia una verdadera enfermedad de la imaginacion, que no se puede vencer sino por una voluntad firme y constante.

La soledad es no solamente una necesidad, sino un deber real para los hombres de una sensibilidad demasiado delicada, de una imaginacion muy ardiente para vivir en el mundo, y que tienen siempre como quejarse de los hombres y de las cosas. El que se deja abatir por lo que no causaría la menor emocion á otro, que se queja de dolores terribles, cuando otro los sentiría apenas ; que se desespera por todo lo que no le hace feliz ni satisface en el momento ; que la ilusion y la fantasia hacen padecer y atormentan sin cesar ; que no se encuentra desgraciado sino porque la felicidad no corre delante de él ; que murmura contra todo, porque no sabe lo que quiere, que pasa siempre de un deseo al otro ; que teme todo y de nada goza : este no es hecho para la sociedad, y ciertamente si la soledad no le cura, no hay remedio para él en el mundo.

Hombres por otra parte muy racionales, hombres piadosos y honrados se dejan las mas veces llevar del desaliento é inquietud, pero hay alguna falta de su parte. Si su desaliento no está fundado por lo regular sino sobre temores pueriles, si quieren atormentarse á sí y á los otros por ligeras incomodidades, por la menor descom-

posicion en la salud, si buscan siempre en la medicina el alivio, que la razon sola puede hacerles encontrar; si no ponen cuidado en reprimir su imaginacion; si despues de haber soportado con paciencia los dolores mas vivos, las desgracias mas grandes no pueden ni quieren acostumbrarse á las picaduritas de alfiler, á los accidentes mas ligeros de la vida humana: entóncees no deben atribuir sino á sí solos este estado de desaliento; y estos hombres, que con un pequeño esfuerzo de imaginacion verian con vista tranquila el fuego matador de cien bocas de bronce, sucumben cuando creen que se les tira con garbanzos.

Todas estas calidades del alma, la firmeza, la resolucion, la dureza estóica de carácter, se adquieren mucho mas fácilmente en el comercio consigo mismo, que en el tumulto de los hombres, donde se encuentra mil dificultades que nos contrarian, donde la idea del deber, la servidumbre, la lisonja y el temor dañan toda energía, donde todo se reune contra toda especie de fuerza, y donde por esta razon las almas débiles y pequeñas son siempre mas móviles y activas, obtienen mas atencion y acogida que las almas mas nobles y mas enérgicas. La soledad nos fortifica tanto mas en los padecimientos y aflicciones, cuanto que todas las sombras y pequeñeces que arrancan el alma y la hacen errar al acaso en el vacío, desaparecen en el retiro. Se ha renunciado ya allí á tantos goces, se ha acostumbrado ya tan sólidamente á tener menos necesidades, se ha hecho ya acaso tantos progresos en el conocimiento de sí mismo, que se espanta menos, cuando Dios nos humilla por los padecimientos, abate nuestro espíritu vano y orgulloso, doma la violencia de nuestras pasiones y nos conduce al sentimiento vivo de nuestra nada y de nuestra debilidad. ¡ Cuántas reflexiones importantes hacemos allí en las que no piensa el mundano, y que el torrente de la vanidad ahoga en su disipada alma! ¡ Cuánto mas familiares no nos hacemos allí con los males adheridos á la huma-

nidad, á medida que nos observamos con mas reflexion á nosotros mismos y á todo lo que nos rodea ! ¡ Ah ! ¡ Qué diferentes nos parecen las cosas en la tranquilidad ! ¡ cómo se dilata y abre el corazon á sentimientos mas virtuosos ! ¡ cómo aprendemos á avergonzarnos delante de nosotros mismos ! ¡ cómo nos elevamos allí á reflexiones mas profundas, á resoluciones mas atrevidas, á una conducta mas irrepreensible !

Los desafortunados que deploran la muerte de una persona amada tienen todos el útil deseo de separarse de los hombres ; pero por todas partes se trabaja en destruirlo. No se quiere que se hable á los afligidos de su pérdida ; se quiere mas bien rodearlos de un tropel de hombres frios é indiferentes, que se imaginan que basta hacerles visitas y entretenerlos desde la mañana á la noche con noticias de la ciudad para disipar su tristeza , como si cada una de sus chocarrerías fuese un bálsamo para sus llagas.

Dejadme solo, exclamaba yo mil veces, cuando poco menos de dos años despues de mi llegada á Alemania, perdí á la que mi corazon adoraba, á la amable compañera de mi vida. Su alma vuela aun al rededor de mí y el dulce recuerdo de todo lo que ella era para mí, la idea atormentante de todo lo que ella ha padecido por mí, estan siempre presentes á mi espíritu. ¡ Qué pureza é inocencia ! ¡ Qué dulzura y amabilidad ! Su fin fue tan dulce como su vida habia sido pura y virtuosa. Durante cinco meses enteros se vió rodeada á cada instante de los horrores de la muerte. Un dia que leia cerca de su cama la muerte de Jesus por Rammeler miró en el libro conmigo y me mostró sin decir palabra las espresiones siguientes : « Mi aliento está débil, mis dias se abrevian, mi alma está llena de « afliccion, mi vida está pronta á desvanecerse. » ¡ Ay ! cuando me acuerdo todas estas circunstancias y la imposibilidad en que estaba de huir del mundo en aquellos tiempos de angustia y de dolor en que llevaba la muerte en mi seno, en que no tenia ya fuerza ni valor

y en que aun estaba perseguido y ultrajado por la calumnia ; si, yo concibo que en una tal posicion se puede decir : Dejadme solo.

Estar solo lejos del tumulto y de los embarazos de la sociedad es el primero y mas vivo deseo del corazon, cuando tiene uno la desgracia de vivir con hombres, que no habiendo experimentado tales padecimientos, ni aun se forman una idea de ellos.

Estar solo lejos del tumulto de los hombres, sepultado vivo en un lugar desierto y salvaje, ¡ah! es el mas dulce consuelo en todos los males que el corazon no puede olvidar. Tal es la separacion eterna de amigos queridos y sensibles; pérdida mas dolorosa y mas espantosa que el instante fatal que debe terminar nuestra existencia. El corazon se despedaza, se cree ver submergirse la tierra bajo los pies en esta hora terrible é imprevista que nos separa de los que tan largo tiempo han sido todo para nosotros, cuya memoria nos está siempre presente en todos los instantes de nuestra vida, y cuya pérdida nos hace para siempre odiosas todas las disipaciones del mundo. En este caso no hay mas recursos que la soledad; pero es menester ocuparse en ella, proponerse un fin capaz de fijarnos y distraer la imaginacion sobre diversos objetos, si se quiere suavizar el pesar mortal que nos causa la idea de esta separacion, el dolor que roe nuestro pobre corazon y altera todas las facciones de nuestro rostro.

¡Ay! ¡cuantos padecimientos y pesares hay, que el mundo no ve, que es menester llevar con sus propias fuerzas, y que en ninguna parte se soporta sino solo y lejos del mundo!

Que se represente á un hombre extranjero en un país donde todo le era sospechoso, donde la desgracia le abrumaba por todas partes, donde durante muchos años no podia inclinarse, ni sentarse para escribir sin sentir dolores mortales; donde por una parcialidad fanática se sembraba su carrera de zarzas y de espinas; donde se veia robar en medio de los tormentos lo que tenia de mas caro en

el mundo. Pues bien en este país, y en estas circunstancias es que encuentra una mano (1), que se extiende hácia él con afeccion; que escucha una voz que le parece venir del cielo y que le dice: Vén, yo quiero enjugar tus lágrimas; quiero volver el valor á tu alma enferma; quiero ser la confidente de tus padecimientos; quiero ayudarte á soportarlos todos; quiero hacerte olvidar la tristeza, volverte sensible á las tocantes bellezas de la naturaleza y obligarte á confesar que el Dios de nuestros lugares es tambien un Dios bienhechor, que esparce flores sobre nuestra vida. Tú me darás en seguida el brazo y entraremos á mi casa, donde quiero leer contigo, pensar contigo, sentir contigo y levantar contigo mis manos hácia Dios; cuando estés lánguido conversar contigo; cuando estés tranquilo recoger para tí todas las flores que encuentre en el sendero de la vida; hablarte de las almas sensibles que piensan y hablan de tí con amor, con estimacion y confianza; probarte que los hombres que te rodean no son tan malos como tú lo crees; quiero quitarte todos los cuidados domésticos, hacer por tí todo lo que pueda aliviarte y agradarte, quiero hacerte gustar toda la felicidad de una vida dulce y tranquila, trabajar en la correccion de todas tus faltas: tú, en reconocimiento corregirás tambien las mías, tú formarás mi espíritu, me comunicarás todos tus conocimientos; salvarás con el socorro de Dios y de tu arte mi vida, la de mi esposo y mis hijos; y despues amaremos juntos á nuestro prójimo, socorreremos á los desgraciados, consolaremos á los afligidos. Pero si despues de haber experimentado todo esto durante un grande número de años, despues de haber gozado todos los dias este consuelo en las circunstancias las mas crueles y críticas, despues de haberse lisonjeado con la esperanza de que sus párpados serian cerrados por estas queridas manos, de contemplarse feliz en los

(1) Se habla de madama Dorine, muger del consejero de Estado é hija del célebre vicescanciller Strube.

brazos de esta muger heróica, que, no siguiendo sino el impulso de la piedad mas sublime, se habia arrancado para siempre de sus amigos, de su patria, y se habia desterrado voluntariamente á un país extranjero; si despues de todo esto se viese privado para siempre de esta amiga, de esta divinidad protectora, ¿qué le quedaria? ¿donde huiria, abandonado? A la soledad, para combatir allí su desgracia y aprender á soportar sus destinos con valor.

No hay alivio sino en la soledad para un corazon que no pertenece ya á ningun objeto, que no sabe á qué adherirse, cómo comunicarse y que se ve arrancado por el rigor del destino, del corazon que se le habia entregado, que le habia prevenido, que le habia amado. La soledad es el último y único consuelo del que en la hora cruel de la separacion, esclama en la amargura de su alma: «En cuanto bien podia hacer, no esperaba sino agradarte; en todo lo que me sucedia de feliz, tu gozo solo me regocijaba.»

Hay pues casos en que nada alivia sino la soledad y la fuga de los hombres. Tambien es bueno muchas veces por esta razon, que los melancólicos queden solos, porque, como se va á ver, pueden encontrar una infinidad de consuelos en la soledad, y muchos recursos para el espíritu y el corazon.

Enfermos y sanos, felices y desgraciados, grandes y pequeños, todos los hombres sin excepcion encuentran ventajas infinitas en un frecuente alejamiento del mundo. ¡Ah! no es en las casas del placer, en los convites, donde cada uno desocupa hasta la última gota la copa de la ligereza, en las sociedades donde reina una grosera alegría, en las asambleas brillantes y en las mesas fastuosas que se familiariza con estos sentimientos tiernos y sublimes, que doman todos los deseos sensuales, ennoblecen el goze de todos los bienes de este mundo, vuelven importante el momento actual por su conexion con el futuro, y que así pueden hacer desaparecer de una vida que pasa como la sombra aquel gusto excesivo del mundo y de la disipacion.

En la soledad vemos de mas cerca y mas íntimamente el ojo que nos ve á todos. El silencio nos recuerda siempre esta idea consolante y este sentimiento dulce y satisfactorio de que Dios nos vé, nos rodea, domina sobre nosotros y gobierna todo al rededor de nosotros por su poder y su bondad. Por todas partes percibimos á Dios en la soledad. Libres de la fermentacion peligrosa de los sentidos, señoreados por inclinaciones mas nobles, llenos de un gozo puro é inalterable ; pensamos allí mas seria y vivamente con una confianza y libertad en nuestra felicidad suprema, y gozamos allí pensando en ella. En este santo recogimiento, todos los pensamientos innobles, todas las inquietudes, todos los cuidados bajos y terrestres, desaparecen.

La soledad nos ha acercado á Dios, si conserva en nosotros no solamente todos los sentimientos humanos y tiernos, sino tambien todos los movimientos de una desconfianza saludable, aquellos movimientos pasajeros y rápidos, que se borran tan fácilmente en el mundo. Cuando á los pies de la cama de un moribundo he visto los esfuerzos de la naturaleza para oponerse á su aniquilamiento, y las torturas que le hace, no obstante, experimentar cada momento ganado á la muerte ; cuando veia á aquel desafortunado estender sus trémulas y frias manos para agradecer al cielo del menor alivio ; cuando escuchaba sus gemidos y palabras entrecortadas, y contemplaba las miradas tristes y silenciosas de los enterrecidos asistentes ; todas mis fuerzas me abandonaban, se despedazaba mi corazon y me arrancaba de aquel triste espectáculo para ir á llorar libremente sobre la suerte de la humanidad y sobre mi impotencia, sobre esta confianza en un arte vano, confianza con que los hombres quieren engañarse. Por esto es que jamas me levanto por la mañana sin pensar que es un milagro del cielo el que viva aun. Jamas cuento mis años sin esclamar con el mas ardiente reconocimiento, que Dios me ha conducido léjos contra mi

esperanza. ¡ Al traves de qué mares de peligros me ha conducido su bondad ! ¿ Y podré hacer otra cosa que adorarle en silencio, cuando siento á cada instante mi debilidad y no obstante veo traer delante de mí al hombre lleno de vigor, que pocos dias antes no conocia peligros y que acaso contaba con seguridad una carrera mas dilatada ?

¿ Cómo podremos hacernos sábios y escapar de todos los escollos que nos ofrece el mundo, sino renunciando la vida tumultuosa y disipada que en él se lleva, para entrar dentro de nosotros mismos ? Solo entónces podemos reflexionar maduramente sobre lo que oimos y sobre lo que vemos todos los dias ; sobre aquellos objetos interesantes en los cuales jamas ponemos una atencion bastante séria para que pueda ser útil y durable, si no nos ocupamos de ellos en el silencio.

No se hace sabio corriendo sin cesar tras las diversiones, pasando sin reflexionar de una sociedad á otra, hablando continuamente de pequeñeces y bagatelas, y agitándose mucho sin hacer nada. En general, el que quiera hacerse sabio, dice un gran filósofo, debe aprender á vivir en la soledad. Estas disipaciones no interrumpidas de los sentidos, ahogan todo buen pensamiento. En esta embriaguez, se debilita el gobierno de la razon ; ya no se oye su voz, ya no se reconoce su autoridad, ya no se vence tentacion alguna, y, léjos de evitar los lazos que nos tienden nuestras pasiones, se les busca. En ninguna parte está Dios mas olvidado que en las disipaciones ordinarias de la sociedad. En medio de tantas ocupaciones absurdas y del delirio de la locura y de la alegría, de esta embriaguez continua que pone en movimiento todas las pasiones y escita todos los deseos ; todas las relaciones con el Criador son rotas. Renunciamos á este primer y único origen de nuestra felicidad, á las facultades de nuestra razon, y ya no pensamos en los deberes de nuestra religion, si no con ligereza é indiferencia. Al contrario, el

que entrando sériamente en sí mismo y meditando en el silencio eleva por todas partes su corazon á Dios, que mira como el templo de la divinidad la naturaleza entera, la bóveda celeste de los cielos, las praderías esmaltadas de flores, las montañas y los bosques silenciosos ; que dirige por todas partes su corazon hácia el autor y moderador de todas las cosas ; que tiene siempre delante de los ojos su providencia esclarecida, este seguramente ha vivido ya mucho en una santa soledad, en un piadoso recogimiento.

Así es que la soledad puede vencer los mayores ostáculos de la piedad si se quiere emplear en ella cada dia solamente tanto tiempo, cuanto se consagra al juego y á la compostura. Cada hora de recogimiento y de reflexion dá á nuestro espíritu mas fuerza y solidez, mas aversion al comercio demasiado frecuente con los hombres, mas disgusto á sus invitaciones. Puede uno ser bien intencionado para con todos sus semejantes, querer socorrerles en la necesidad, hacerles bien cuando se pueda, y no obstante, huir sus fiestas y reuniones y no tomar placer en su vida frívola.

Hay pocas personas que estén al cabo de ejercitar virtudes esclarecidas, de hacer acciones de una utilidad comun y de una beneficencia universal. ¡ Pero, cuántas virtudes silenciosas no tiene ocasion de practicar el hombre cada dia de su vida y sin salir de su habitacion ! El que sabe ocuparse en su casa, puede quedar en ella todo el año, y cada dia de este año contribuir á la felicidad de otros hombres, escuchar sus quejas, aliviar sus miserias, hacer bien á todo el que lo rodea, y aun estender su beneficencia sin que el mundo la vea ni sepa nada de ella.

Una inclinacion viva y decidida á la soledad es algunas veces una feliz vocacion que nos llama á Dios. En la melancolía vaga é indefinida que se experimenta en la juventud, y que viene á ser despues mas racional y por consecuencia mas eficaz, es que comenzamos á conocernos y hacernos justicia, y que vemos lo que somos y lo que

debiéramos ser. En los instantes en que acaso una revolucion en el físico hace tomar al alma una nueva direccion, es que la conciencia recuerda y habla mas fuertemente, y que nos prosternamos mas ardientemente ante Dios. La melancolia es la escuela de la modestia, y el desprecio de sí mismo es el primer grado del conocimiento de sí mismo. En las horas tristes y solitarias que se pasa en examinarse sinceramente, todos los sofismas de nuestras pasiones desaparecen. Si algunas veces vamos muy léjos, si nos volvemos muy inquietos, si caemos en principios escesivos ¡ ah ! estas impresiones se borran muy pronto. Mas este esceso mismo sería una felicidad en comparacion del defecto opuesto, de la negligencia funesta que aniquila todas las virtudes. La profunda tristeza causada por la vista de nuestras faltas se muda á la luz de una fe racional en una feliz tranquilidad ; y verdaderamente, al fin, el fanático observador de sí mismo, es ante Dios mucho mejor que el soberbio espíritu fuerte que se rie de su piedad y de lo que llama su debilidad.

El estudio de sí mismo es tan raro que todo lo que conduce á él debe hacérsenos amado y precioso. Es menester que el dolor nos recuerde, que la tristeza nos aparte del mundo ; que háyamos bebido largo tiempo en la copa de la adversidad, para que entremos en nosotros mismos, y que renunciemos nuestras disipaciones fútiles y volátiles y la inquietud que nos hace errar acá y allá sobre todos los objetos extranjeros. Por esto es tambien que uno de los mas grandes filósofos de Alemania, M. Garve, nos decia al respetable Dr Spalding y á mí : « Debo á mi enfermedad la ventaja de haberme conducido á la exacta observacion de mí mismo. »

Aquí la religion y la filosofía se reunen para conducirnos al mismo objeto. Ambas nos hacen entrar en nosotros mismos ; ambas nos dicen tambien que no sabrian temer bastante los peligros del fanatismo, ni describirlos de una manera bastante terrible. Pero si el bien no puede obrarse en nosotros sin que nuestra alma espe-

rimente algunas convulsiones, entónces debemos temerlas mucho menos. No es en los dias de gozo y cuando apartamos los ojos de Dios y de la eternidad que experimentamos estas saludables convulsiones. La religion misma, con todo su poder, no los produce tan bien como una debilidad física y una profunda melancolía. Pero si aun no avanzamos con bastante rapidez en la carrera heróica de la virtud; si en el tumulto del mundo se pierde esta energia de la conciencia, ¡ah! cada cual vaya tan á menudo como le sea posible á la soledad y póstrese alli delante de Dios.

En los últimos momentos de nuestra vida seguramente querríamos todos haber vivido mas solitarios, mas con nosotros mismos y con Dios. Rodeados de todas nuestras faltas veremos claramente entónces, que todas vienen de no haber huido bastante los lazos del mundo. Si se opone el modo de pensar de un solitario que vive con Dios al de los hombres aturdidos y disipados que jamas piensan en sí, y que sacrifican toda su existencia al placer del momento; si se compara al sabio que piensa en la eternidad en el silencio, con los elegantes, que no se ocupan sino de paseos, de bailes y asambleas; entónces se verá que la inclinación á la soledad, un noble retiro, el deseo de tener en sí mismo un amigo, una sociedad, producen desde el instante mas verdadero placer, y prometen para la muerte y la eternidad mas consuelo, que todos los placeres del mundo.

Pero sobre todo en el lecho de la muerte es donde se vé la diferencia que hay entre el hombre justo, que ha vivido á menudo con Dios en la tranquilidad, y el mundano que jamas ha pensado sino en satisfacer sus pasiones y deseos. ¡Qué distintamente acaba la vida tumultuosa y disipada del mundo, aun cuando no esté manchada de ningun crimen, de la vida tranquila, de la inocencia y de la dulzura!

Como los hechos tocan mas que las lecciones y los principios, como la curiosidad recoge mas bien los ejemplos recientes, que los

de los tiempos mas retirados, contaré aquí la historia de un hombre de condicion, que ha algunos años, se mató en Lóndres de un pistoletazo. Se verá en ella, que, aun con buenas calidades del corazon, se puede hacer estremamente desgraciado, si se vive en el mundo sin principios.

M. Damer, hijo mayor de lord Milton, tenia treinta y cinco años cuando terminó su vida con los principios segun los cuales habia vivido. Habia casado con la hija única del general Conway, rica heredera. No carecia de talentos y si los hubiera empleado mejor, acaso hubiera hecho su muerte una impresion mas profunda; pero el amor mas inaudito por la disipacion habia destruido todas sus buenas calidades y todas sus fuerzas. Su casa, su carruage, sus caballos, sus vestidos, sobrepujaban por su magnificencia y su elegancia á todo lo que se veia en Lóndres. Sus ricas rentas no siendo con mucho suficientes para proveer todos sus gastos, tomó prestadas ciento mil libras esterlinas. Una gran parte de este dinero fue empleado en socorrer á aquellos amigos que veia en necesidad, porque era muy compasivo; mas su sensibilidad por las necesidades de los otros le abrió en fin los ojos sobre las suyas. Su estado le puso en desesperacion. Fue, pues, á una casa de prostitucion, llamó cuatro mugeres, pasó algunas horas con ellas y estuvo muy alegre. A media noche rogó se retirasen estas mugeres, y dos minutos despues sacó de su faltriquera una pistola que habia cargado con sigo toda la noche y se mató.

Habia pasado la noche con estas damas, como acostumbraba pasar una infinidad con otras mugeres de esta especie, sin pedirles lo que conceden muy de buena gana. Su conversacion solamente era lo que deseaba y buscaba en ellas por su plata. Su reconocimiento por un tal comercio habia venido á ser una verdadera amistad. Una célebre actriz de Lóndres, cuya conversacion le habia costado mucha plata, le pidió tres dias antes de su muerte veinti-

cinco libras esterlinas. Le respondió que no tenia en el momento sino ocho ó diez guineas, que le envió ; pero salió al instante para tomar prestado el resto de la suma, y las veinticinco libras fueron remitidas á la comedianta. Poco tiempo antes de su muerte este desgraciado habia escrito á su padre y le habia descubierto toda su situacion. La noche misma en que se destapó los sesos, el buen lord Milton vino á Lóndres á pagar todas las deudas de su hijo.

Asi es como vivió y murió este hombre disipado y destituido de principios. ¡ Qué diferencia, al contrario, en la vida y la muerte de la inocencia ! Que se me perdone citar aquí la historia de una jóven, cuya memoria quisiera conservar siempre, porque puedo decir de ella, lo que Petrarca decia de su Laura : « El mundo no la conóció cuando la tuvo, y no fue conocida sino de los que quedan para llorarla. »

La soledad fue su morada y no conóció otro placer que una vida modesta y retirada. Se sometió con una santa resignacion á todas las disposiciones del cielo, y aunque nacida con la constitucion mas débil, sostuvo constantemente todos sus padecimientos. Dulce y buena, amable y no ostante siempre padeciendo, pero sin quejarse ; tímida y reservada, no comunicándose sino por una suerte de entusiasmo filial : tal fue la muger fuerte de quien hablo aquí, y que me ha mostrado por su firmeza en los mayores dolores cuánta fuerza adquiere el alma las mas veces en la soledad aun entre los seres mas débiles. Llena de confianza en Dios, de desconfianza en sí misma, no hacia jamas sino mi voluntad. Siempre igualmente sumisa y dócil, tenia por mí el amor mas ardiente, pero sin decírmelo jamas, veia modo de probarlo por sus acciones. Yo hubiera dado la vida por ella, como ella habria dado la suya por mí. No conocia mayor felicidad, que poder hacer alguna cosa que le fuese agradable. El mayor placer que me podia proporcionar era darme algunas veces una rosa, que de sus manos era un

tesoro. Una enfermedad poco comun, un golpe de sangre en el pulmon, vino á herir hasta en mis brazos á esta hija querida : conocia su constitucion, y vi al momento que el golpe era mortal. Doce veces en este dia con el corazon sangriento y traspasado de dolor me arrojé de rodillas para pedir al cielo su curacion. Ella nada sabia de esto. Tampoco sabia que su estado fuese tan alarmante, pero sentia el peligro, y no obstante no me hablaba de él. Se sonreia cuando yo entraba, se sonreia cuando salia. Abrumada de una enfermedad peligrosa, presa de los dolores mas agudos y mas complicados, no se quejaba jamas. A todas mis preguntas respondia en pocas palabras y con dulzura, pero sin entrar en ningun detal. Desfallecia á la vista y su rostro conservaba siempre la misma serenidad, que en él esparcian su corazon puro y su alma amable.

Así es como ví perecer á mi vista á mi hija querida, á mi hija única, á la edad de veinticinco años, y al cabo de nueve meses de enfermedad. Se encontró en su cuerpo á mas de los efectos ordinarios que obra la phthisis en los pulmones, el higado extremamente grueso, el estómago estraordinariamente pequeño y reunido y el vaso lleno de liquido. ¡ Ay ! menos bastaba para hacerla sucumbir. Desde su primera juventud habia estado sujeta á obstrucciones en el bajo vientre, pero ya casi no comia desde que con su dulzura ordinaria y sin la menor señal de repugnancia, dejó la Suiza conmigo.

En los pocos buenos dias que tuvo en Hannover donde era estreitamente querida se entretenia en copiar oraciones á Dios, que se encontraron entre sus papeles, y en las cuales pedia morir y morir muy luego. Se encontraron tambien cartas tocantes, y algunas sublimes escritas en la misma época. Ellas contenian igualmente la espresion de este deseo de una pronta reunion con el autor de sus dias. Las últimas palabras que mi hija, que mi muy querida hija me dijo en medio de la agonía mas cruel, fueron estas : « Hoy gozaré los placeres del cielo ! »

No seríamos dignos de un tal ejemplo, si despues de haber visto soportar padecimientos tan agudos en esa edad, y en un ser tan débil nos dejásemos abatir por el dolor cuando el valor pudiera sostenernos. En medio de tormentos inesplicables jamas se permitió la menor queja; se sometió siempre en silencio á las voluntades del cielo con la esperanza de una recompensa futura; siempre fue activa, siempre dulce y complaciente para con todos. Y nosotros que tenemos á la vista las lecciones sublimes que esta alma virtuosa y sensible nos ha dado durante una enfermedad desesperada, en los horrores de una larga y cruel agonía; nosotros que aspiramos como ella á la morada feliz de la paz y de la dicha; no querríamos sacrificarlo todo, tentar todo para encontrar fuerzas contra los padecimientos, y para adquirir esta paciencia y resignacion que prometen una vuelta tranquila sobre sí mismo y un comercio solitario con Dios?

Almas sensibles y desafortunadas, todo os abrumba hoy, y os desespera; no obstante hay, creédmelo, dulces aflicciones. Ellas elevan sobre la tierra y nos dan fuerzas que por el momento os parecen imposibles. Hoy estais en un abismo de padecimientos y dolores; pero llegará un tiempo en que os vereis en un feliz medio entre el cielo y la tierra. Entónces conoceréis el reposo; entonces gustareis placeres verdaderos y sublimes lejos del tumulto de los hombres, y en el comercio dulce y tierno de los muertos. Feliz, cien veces feliz el que sabe amar una vida tranquila y retirada; que se complace en el silencio de los campos, en la calma de los jardines solitarios! Gustará allí placeres celestiales, aun en sus instantes de abatimiento y de tristeza; se hará mas fuerte, mas valiente, mas libre; verá con un ojo firme los cortos padecimientos de este mundo; no temerá ya estar solo y sabrá hacer crecer rosas aun sobre las tumbas.

CAPÍTULO III.

Ventajas de la soledad para el espíritu.

Solo las almas libres conocen el valor de la libertad, las esclavas se complacen en su servidumbre. El que ha sido largo tiempo lanzado al torbellino de la sociedad, que ha aprendido allí por su experiencia á conocer el mundo y los hombres, que examina todos los objetos sin parcialidad, y que marchando por el sendero estrecho y escarpado de la virtud encuentra su felicidad en sí mismo; ese es libre.

A la verdad este sendero es montuoso, oscuro y escabroso; pero conduce por caminos difíciles á reposos sublimes sobre riberas apacibles y llanuras vastas y deliciosas. La soledad procura una independendencia perfecta, cuando se conoce bastante temprano todas sus ventajas y se le ama suficientemente. Es á los jóvenes sobre todo, á esas almas fáciles susceptibles aun de recibir las impresiones virtuosas, á los únicos á quienes yo pudiera ser útil, á quienes pretendo indicar aquí el camino que conduce á una tal felicidad. No quiero que sean absolutamente las quejas del descontento las que los lleve á la soledad sino la indiferencia por las disipaciones, el disgusto de los placeres ociosos, la desconfianza de las estudiadas cortesías en la casa del placer y el temor de dejarse tentar por las esterioridades brillantes é impostoras.

Muchos han adquirido y ejercitado en la soledad aquella superioridad de genio que se señorea sobre los acontecimientos. Semejantes al cedro majestuoso que menosprecia el furor de los aquí-

lones, una porcion de héroes de la virtud han resistido en su retiro á todas las seducciones del vicio. Cierta es que algunos solitarios han conservado todas las debilidades de la humanidad ; pero mas de uno tambien ha hecho ver que un sabio no degenera en la soledad mas apartada. Rodeado de las sombras augustas de los muertos, conversando con sus pensamientos, y alejado de cuanto respira, vive allí con solo Dios.

Es bueno ser dos veces solitario en el curso de su vida : en la juventud, para adquirir una infinidad de conocimientos útiles, y formarse un carácter decidido, un modo de pensar invariable para toda la vida : en la vejez, para echar aun un golpe de vista sobre el camino que se ha corrido, reflexionar sobre todo lo que nos ha sucedido, sobre todas las flores que hemos recogido, y sobre todas las tempestades de nuestros destinos.

El lord Bolingbroke dice que no se encuentra en todas las obras del chanciller Bacon observacion mas profunda ni mas juiciosa que esta : « Debemos elegir temprano para toda nuestra vida y para « todas nuestras acciones un fin honesto, virtuoso y posible, y « aderirnos á él con todas nuestras fuerzas, á fin de que nuestra « alma se forme y se preste continuamente á todas las virtudes (1). « Mas trabajando en formarnos un carácter moral, no debemos « seguir la marcha del estatuario que algunas veces ha acabado la « cara de su estatua; cuando el resto del cuerpo no es aun sino un « trozo de mármol grosero y apenas bosquejado ; sino imitar á la « naturaleza que criando una flor, un animal, ó cualquiera otra de « sus obras, produce y desenvuelve á la vez los elementos de todas « las partes (2). »

Amable jóven, á quien un mundo artificioso y brillante no ha hecho aun olvidar los sabios preceptos de una educacion virtuosa,

(1) *Ut continuo vertat et efformet se animus, una opera in virtutes omnes.*

(2) *Elementa partium omnium simul parit et producit.*

ni le ha infectado aun de su vana ociosidad; que extranjero todavía á las astucias y manejos de los artificios amorosos, has conservado el deseo y la fuerza de emprender alguna cosa grande; que, en medio de las fiestas, danzas y asambleas, quieres siempre escapar de ellas: la soledad te ofrece un asilo. Quiero retenerte en tu gabinete, animarte allí y fortificarte para grandes objetos; darte esta fuerza noble y preciosa, que te enseñará á no estimar á los hombres y á la sociedad sino por su justo valor.

Tienes razon de arrancarte de un mundo demasiado pequeño para darte grandes ejemplos. Estudiando á los Griegos, á los Romanos, á los Ingleses es como aprenderás á vencer todos los obstáculos. ¿Dónde se encuentra mas famosos ejemplos de la grandeza humana? ¿quién tenia mas ánimo y valor, mas firmeza, mas conocimientos, mas amor á las ciencias y á las artes? Pero guárdate de creer que baste llevar los cabellos cortos para hacerse un Ingles; en lugar de eso destruye en tí todos los vicios y todas las debilidades, y no imites sino lo que aquellos tienen de grande. El amor de la libertad, el valor, la penetracion, la grandeza y la fuerza de espiritu es lo que hacen al verdadero Ingles, y no un sombrero redondo y botines. La virtud sola eleva al hombre; la nobleza no eleva á nadie. Diez y seis generaciones de nobleza son una ventaja pero no un mérito. Te alabo de saber ya apreciar estas brillantes bagatelas, y sentir que el que no honra sino las cosas pequeñas jamas llegará á ser grande. Deja á las mugeres contar sus abuelos, que ha setecientos años no se distinguian sino porque iban á caballo á la guerra, mientras que el aldeano los seguia á pie. Cuenta los caballeros de tu familia que no han huido á caballo en las batallas, que han hecho grandes cosas, cuyos nombres brillan en la historia de tu patria, y son citados en los anales de los pueblos extranjeros; pero no pierdas jamas de vista esta verdad importante, que no se llega á ser grande, sino porque uno mismo se ha hecho.

Tienes delante de tí dos caminos. El uno que conduce por jardines agradables, bosques deliciosos, perfumados de los mas dulces olores, donde lechos de verdura y de rosas invitan al reposo al viagero encantado. La multitud sigue este camino fácil, donde la música, el baile y el amor le ofrecen por todas partes placeres variados. El otro es ménos frecuentado. Escarpado y escabroso, no se avanza en él sino lentamente, y las mas veces se cae de lo alto de las rocas cuando se creia estar ya bien léjos. No se oye allí sino los gritos de animales salvages, el graznido lúgubre de los cuervos y el silbido agudo de las serpientes. Por todas partes una soledad vasta y silenciosa inspira espanto y terror. El camino agradable es el del mundo ; el camino áspero y escarpado es el del honor. Aquel lleva por medio de la sociedad á los empleos y cargos de la corte y de la ciudad : este conduce siempre mas adelante por la soledad. Por el uno llegarás á ser acaso un pícaro ; pero un pícaro amable y querido : por el otro serás aborrecido, desconocido ; pero llegarás á ser un hombre segun mi corazon.

En la soledad es donde se forman los grandes hombres. Allí es donde se adquiere aquella solidez en el carácter, aquel amor al trabajo, aquel horror á la ociosidad que constituyen al sabio y al héroe. Muchos grandes Alemanes que conozco vivian solitarios é insociables durante su morada en las universidades. Huian el buen tono de los colegios y conservaban sus costumbres : tambien por su conducta estóica, su castidad y su aplicacion, han llegado á ser ministros que gobiernan hoy los estados ; escritores célebres que han sabido quitar el velo de las preocupaciones ; y filósofos que desde su juventud han abierto un camino desconocido al vulgo.

Gracias sean dadas al alma noble que ha dicho : Si veis un jóven de un espíritu profundo retirarse del mundo, hacerse melancólico, hablar poco, atestiguar por su frialdad y severidad el desprecio que le inspiran las almas despreciables, aunque no se queje

de ellas abiertamente. si veis parecer su espíritu como un relámpago en noche oscura, y ocultarse de nuevo en un largo silencio, si veis que por todas partes encuentra vacío, y que en consecuencia todo le inspira disgusto y aversion, entónces veis una planta feliz, que no espera para desarrollarse sino los cuidados de una mano juiciosa. Cuidadla, que sea sagrada para vos ; el que la quebrantase seria un matador detestable.

¡ Ah ! esta planta tierna seria mi gozo y mi placer ; la abrigaria entre mi corazon, la cuidaria con delicias, la ocultaria de las miradas zelosas y malignas del importante atrabiliario que hiere la vista de un jóven que se atreve á mostrar mas espíritu que él. Con un solo soplo arrojaria tambien léjos de mi bella planta la sabandija peligrosa de los entretenimientos enervados é insípidos. Mas si el amable jóven no se hiciese á tiempo dócil y flexible, sino se hiciese un poco á las maneras del mundo, le dejaria algunas veces chocar contra las rocas, y le veria caer blandamente donde un hombre de esperiencia no vacila un instante, aun cuando no pueda todo lo que quiere un jóven.

La soledad produce algunas veces un poco de aturdimiento y terquedad ; mas el comercio del mundo purifica luego estos sentimientos escesivos. La misantropia de los jóvenes, su desprecio, su fiera se ennoblecen cuando la edad de la madurez llega ; y no les deja sino una intrepidez generosa y una firmeza saludable contra el temor de los hombres. Sus sátiras pierden entónces toda su acritud, ya no son sino el contraste de lo que es y de lo que deberia ser. Su desprecio para los malos viene á ser una noble intrepidez, y vuelven á sacar de este largo combate una esperiencia razonada del mundo y una bondad compasiva, que no hace mas que advertir y no daña jamas.

Pero hay tambien una ciencia del corazon, las mas veces demasiado descuidada, con la cual es menester familiarizarse en la ju-

ventud luego que sea posible, y que hace perder temprano al espíritu toda su aspereza : esta ciencia es la filosofía que forma á los hombres, que los gana mas por el amor que por máximas fastuosas, que corrige por el sentimiento los errores de su razon, les muestra todos los peligros, los anima y los inflama á la práctica de todas las virtudes. Dion habia sido educado en la bajeza y la servidumbre de las cortes ; estaba habituado á costumbres moles y afeminadas, y, lo que aun es peor que todo, á la magnificencia, á la abundancia y á los placeres de toda especie ; pero apenas escuchó á Platon, apenas gustó aquella filosofía preciosa que conduce á la virtud, cuando todo su espíritu se inflamó por ella.

Lo que Platon hizo por Dion muchas madres lo hacen por sus hijos, las mas veces sin que el padre lo perciba. De la boca de una madre sabia y sensible, la filosofía penetra al espíritu por el corazon. ¿Quién no gusta caminar aun por caminos ásperos y difíciles cuando es conducido por una mano querida ? ¿Qué instruccion sobre la tierra sobrepuja las dulces lecciones de una muger dotada de un espíritu profundo, de un modo de pensar elevado y cuyo corazon respira el amor y le inspira ? Deseo á una tal madre un hijo que se complazca en cerrarse con ella en su habitacion, que con un libro en su faltriquera, suba sobre rocas para estar allí solo ; que se eche muchas veces con su fusil bajo una encina y busque mas bien grandes hombres en su Plutarco, que pájaros en las breñas. Ya no tiene nada que desear ella si el silencio del bosque y la soledad elevan y animan los pensamientos de este querido hijo (1), si ve que ha habido ya en el mundo, y aun hay mas grandes hombres que el corregidor y consejero de su pueblecito, ó el noble señor de la aldea vecina ; que estos hombres conocen placeres mas grandes

(1) *Mirum est, dice Plinio el jóven, ut animus agitatione motuque corporis excitetur. Jam undique silvæ et solitudo, ipsorumque illud silentium, quod venationi datur, magna cogitationis incitamenta sunt.*

y mas puros, que el de estar en una mesa de juego, ó en una reunion, que querian estar solitarios en sus horas de reposo ; que la soledad, el amor de la literatura y de la filosofía formaban su primera juventud y abrasaban aun sus corazones en los años mas avanzados, y que en los mayores peligros conservaban aquel gusto precioso que desterró la melancolía de la caverna mas profunda y el disgusto del desierto mas salvaje.

Mas este jóven se fija en una ciudad, ¡ qué de cosas le disgustan y le hacen desgraciado ! Por esto es, que será bueno ver cuántos recursos encuentra en la soledad contra las sociedades insípidas, los placeres falsos y engañadores, un hombre juicioso y sensible, cualquiera que sea su estado, su edad y el pais que habita.

Las ciudades pequeñas tienen una ventaja sobre las grandes con respecto al comercio consigo mismo. ¡ Cuanto mejor se goza allí de su tiempo, cuanta mayor libertad, tiempo desocupado y tranquilidad se disfruta, que en las grandes ciudades, donde está uno distraído con una muy grande cantidad de objetos ! Allí es mas dueño de sí, no está atormentado toda la mañana por un monton de tarjetas ; por conversaciones solo para matar la mañana. Allí no está obligado uno á renunciar por visitas continuas á todos los cuidados domésticos, á todos los trabajos del espíritu y aun á la dulce compañía de los amigos de su corazon. En las pequeñas ciudades se puede seguir sus sentimientos y sus ideas, examinar su valor y su exactitud antes de determinarse á una eleccion : en las grandes, al contrario, se principia por obrar y por reflexionar en seguida. En las pequeñas las impresiones son mas vivas y mas profundas ; en las grandes no está uno ocupado sino de crearse siempre entretenimientos, que desaparecen cuando quiere entregarse á ellos. No se goza de ningun reposo, se le rechaza continuamente léjos de sí suspirando sin cesar por él, y está uno siempre agitado por la pretension, la esperanza, el deseo, la ambicion, el

deber, el enfado, el disgusto y el arrepentimiento eterno de cada momento que se nos escapa.

A la verdad, en la calma de las pequeñas ciudades, las cabezas están las mas veces tan vacías y desiertas como las calles. Nadie sabe sacar allí partido de su tiempo, de este tiempo precioso de que goza sin conocer el precio. Hay pocos que sepan aprovechar útil y razonablemente de su soledad. Un horrible enfado es allí la propiedad de las gentes de condicion, que creen su compañía demasiado honrosa para los vecinos plebeyos; que quieren mas bien, en consecuencia, violentarse, apartarse, vegetar en un noble disgusto, que gozar de la vida con plebeyos de razon. Las gentes de condicion deberian hacer precisamente lo contrario, sobre todo cuando no saben soportarse á sí mismos; deberian vivir con todos los hombres honrados, y amar á todo el mundo, para que todo el mundo los amase. Un aldeano que no hiciese nacer sino un solo buen pensamiento, un solo sentimiento agradable, seria desde entónces sobrado interesante para un noble que no sabe ocuparse y está atormentado por el disgusto y mal humor. Hombres que no saben con qué llenar el tiempo, no deberian despreciar á nadie : el noble y el plebeyo deberian darse la mano en las pequeñas ciudades, y renunciar allí á todas las pequeneces y preocupaciones de las grandes sobre la diferencia de estado. Esto seria al ménos mas prudente, que ver á un plebeyo pagar caro una nobleza venal, únicamente porque los nobles de su provincia no le rehusen la puerta de sus tertulias.

Me parece que el verdadero modo de vivir de las gentes de distincion en los pueblos es comportarse apacible y honradamente con todo el mundo, sentir y mostrar á cada uno una benevolencia universal, y por lo demas guardar para sí tanto tiempo y libertad, cuanto lo juzguen á propósito. No podría creerse cuanto gana el espíritu por la soledad en los pueblos pequeños cuando se principia

á sentir disgusto por un comercio enfadoso. En ninguna parte se goza tanto de la vida ; en ninguna parte son mejor empleados los hermosos dias de la juventud ; en ninguna parte encuentra un hombre racional menos ocasion de perder su tiempo ; en ninguna parte se aprende mejor á conocer y evitar los peligros de la soledad. Se puede mirar cada pueblo como un convento, donde en un pequeño círculo de hombres alejados y desprendidos del mundo está uno limitado á pocas ideas : donde por esta razon las pasiones de los malos fermentan y se desencadenan con mas fuerza, y donde para una alma dulce y honesta no hay recurso sino con las almas que se le parecen, ó en su celda.

Los pueblos se parecen todos en ciertos puntos principales ; no se diferencian unos de otros sino en la manera de ser gobernados. Jamas está subyugado el espíritu bajo una tiranía mas odiosa como en estas pequeñas republiquetas, donde no solamente un ciudadano se erige en señor sobre sus conciudadanos, sino tambien donde el círculo de razon de este pequeño demagogo viene á ser el de todo el pueblo, si nadie se le opone.

Las republiquetas se bastan á si mismas : cuidan poco de lo que pasa afuera. El poderoso y suficiente magistrado mira su pueblecito como el universo : él es quien decide enteramente de todo lo que pasa en el fondo de la ciudad ; por lo demas su alma no está ocupada sino en la conservacion de su autoridad sobre la opinion de sus conciudadanos, de historias de familias, de cuentos supersticiosos, del precio del trigo, de diezmos, de rentas de estado, de la siega, de la vendimia y precios próximos. Despues de Dios, es él en su pueblo el mayor hombre del mundo. El ciudadano honrado no parece sino con temor y temblor delante de esta terrible magestad ; porque siente que podria perjudicarle en la primera ocasion. La cólera de un senador es mas terrible que el rayo del cielo ; porque este se disipa pronto, la otra es eterna. Las señoras corregidoras

se observan y murmuran, gobiernan, mandan, vituperan é injurian á diestra y siniestra ; su favor ó su desgracia fija la reputacion, el crédito, el bien estar. La mayor pasion de los habitantes de estos pueblos es ordinariamente la de los pleitos ; un abogado es para ellos un genio ; para ellos la sana razon no es sino una palabra ; ella habla en vano ; no creen sino lo que se prueba en justicia. Si alguno de ellos se aleja de sus reuniones y en su casa piensa y obra con alguna estension, creen que allí duerme ; no pueden concebir que un hombre estudie si no es religioso ; y en su modo de hablar no hay palabra que pueda espresar su desprecio por un hombre de quien se dice que escribe un libro. No saben que la supersticion y la sana razon se contradicen. Ven como imposible tener religion y reir cuando se les ve esperar una grande desgracia, porque un gallo haya hecho sus ruedas delante de su puerta, porque un buho se haya asentado sobre su techo, ó que una rata haya corrido en su habitacion. No saben que no es uno aun un espíritu fuerte para dudar humildemente si es verdad que frecuentes manchas en el lienzo anuncian la muerte de un próximo pariente. No saben que acaso es uno aun bueno para alguna cosa en el mundo, aunque no abra jamas la boca en sus corrillos, y que en todo caso puede un dia acercarse á los verdaderos grandes de la tierra, aunque desagrade á los grandes de su pueblo. No saben que hay hombres que jamas se envilecen en ninguna parte y que ellos solos son capaces de esta sumision servil para el gefe supremo de su aldea. No saben que un hombre de bien no se inclina sino delante de Dios, delante de las leyes, de los talentos, del mérito y de la virtud ; y que se contenta con sonreirse de la cólera pueril del risible magistrado, ó de que este le reciba con el sombrero en la cabeza. No saben que la maledicencia, este azote tan cruel en los pequeños pueblos, no es sino una necesidad de las almas vacías y limitadas, que van á espiar á su vecino hasta en su casa, y levantan con acrimonia la menor

falta que comete en ella, en su cocina y aun en su corral. Enfin, no saben ellos, que ignoran tantas cosas, que uno se enfada de la bachilleria y de las charlas de los pueblos pequeños; que ya no se entretiene en escudriñar la conducta de su vecino, cuando conoce las ventajas de la soledad; que con un noble ardor marcha á grandes pasos en la carrera de las ciencias, y que, superior á los tiros de la envidia y de la calumnia, prosigue constantemente su marcha atrevida y vigorosa.

Una soledad austera es el único remedio que se puede encontrar en una tal mansion. Una benevolencia universal para todos los hombres no podrá ahogar la envidia, porque se le supone siempre miras interesadas. Así, que viva uno mas bien sin política y que á excepcion de las personas que quiere y respecta, vuelva las espaldas á todas las otras.

Un jóven que acaso aspira á adelantar en el mundo, no encuentra en él socorros. En ningun corrillo del buen tono es instruido, animado, conocido, amado, escuchado, comprendido; se le mira como á un loco y á un estravagante que en lugar de buscar medios de agradar á los grandes de su patria y vivir como todo el mundo, gusta mas bien de leer y escribir en su casa: en vano ha crecido en el seno de hombres honrados, libres é ilustrados; en vano ha sido formado por las sabias lecciones de los mas grandes hombres de su tiempo; en vano se afirmó en sus principios por una correspondencia seguida con todo lo que su siglo tiene de mas instruido; estas no son sino razones de mas para oprimirlo y detenerlo en su carrera. ¿Se oye, se siente todo esto en un pueblo donde las luces no están esparcidas? ¡Cuántos hombres le quedarán favorables si su razon no sabe prestarse á una útil complacencia para los que tienen entre las manos un poder entero, que dan el pan y empleos, á quienes todo está sometido, que lo gobiernan todo, que dan y quitan el honor, la estimacion y la reputacion! Jamas puede hablar

de lo que sabe, de lo que ve, de lo que siente y es menester que escuche siempre cosas que no quiere saber. No le es permitido bostezar en esta miserable charlatanería, y es perdido sin remedio desde que por su silencio deja entrever una sombra de disgusto. Se le desprecia siempre como á un hombre de talento, mientras hace cuanto puede para dejar creer lo contrario (1). Es menester que entre tantos corcovados él y sus amigos se avergüenzen de no tener sobre las espaldas la saludable eminencia; que en los cabildos oiga hablar gravemente sobre un establo mas tiempo que el que se ocupa en los gabinetes de Lóndres y Versalles para reglar la suerte de la Europa; y que en un alegato por un muro medianero, esté tan atento como si estuviese sentado al consejo de los dioses. Cuando ve, pues, que la atrevida ignorancia y la orgullosa estupidez, son infinitamente mas estimadas en su patria que la sana razon; que el hombre mas limitado es el mas impudente, y que su bachillería solo gobierna los espíritus y dirige las opiniones; cuando ve á la envidia unirse tercamente á las gentes esclarecidas é instruidas; cuando ve tomar la filosofía por un delirio despreciable, y la libertad por un espíritu de rebelion; cuando ve, en fin, que no se puede salir bien sino con la ayuda de una complacencia servil y de una humilde sumision, ¿qué le queda que hacer al jóven honrado, sino salvarse en la soledad?

El pobre poeta Marcial (2) no encontró ya sino un espantoso desierto, una soledad horrible en su patria Bibilis de España, cuando volvió despues de haber vivido treinta y cuatro años en medio de todo lo que Roma tenia de mas sabio y mas esclarecido.

(1) El hombre ilustrado, dice Helvecio, por mucha destreza que tenga para disfrazarse, jamas se parece tan exactamente á un necio, como este se parece á si mismo.

(2) *Accedit his*, dice Marcial en el prefacio del duodécimo libro de sus epigramas, *municipalium rubigo dentium et judicis loco livor... adversus quod difficile est habere quotidie bonum stomachum.*

No experimentaba sino un disgusto mortal en la imposibilidad de formarse una sociedad á su gusto : obligado á vivir con sus conciudadanos, la mayor parte de los cuales no tenia ningun amor á las bellas letras, ni poseia ningunos conocimientos, aspiraba sin cesar á volver á ver aquella Roma querida, donde habia merecido la aprobacion general, donde Plinio el jóven admiraba su buen sentido, su penetracion y sagacidad, y encontraba tanta franqueza como sal y picante en sus escritos, que le parecian desde entonces hechos para la inmortalidad; mientras que al contrario en la estúpida Bibilis, su reputacion no le procuró mas que lo que es menester esperar en toda ciudad limitada, « la envidia y el desprecio. »

No obstante, en general, en todas las pequeñas ciudades el espíritu vuelve á ganar siempre en la soledad lo que pierde en el comercio. Si es menester que seais bestia por política y ciego con ojos claros; si en reuniones insipidas estais siempre obligado á ocultar vuestras ideas y sentimientos; si se os fuerza siempre á oír mientras deseais siempre estar sordo; si se os tiene preso en una mesa de juego, aunque no haya suplicio mas cruel para vos; si es menester que ahogveis siempre cada idea feliz, cada palabra expresiva, cada mirada bastante penetrante, cada verdad demasiado atrevida; si estais siempre obligado á estudiaros para agradar á gentes que no saben apreciaros, reflexionad entónces que el espíritu enervado queda sepultado en esto frio mortal, como el fuego en la piedra que el acero no hiere; que podeis penar muchos años en esta apatía peligrosa; y, tomando un noble vuelo, huid de las fiestas y asambleas de vuestra ciudad, retiráos á la calma de vuestra casa al silencio de los espesos bosques; vivid con vos mismo, y gustad, en fin, los encantos de esta preciosa libertad que habeis tan largo tiempo descuidado.

Entónces el velo que ofuscaba vuestra vista cae de repente, las nubes se disipan, el peso que os oprimia se aligera, no luchais

ya contra la desgracia, pero sabeis dulcificarla, no murmurais ya contra la providencia, reflexionais con una alma mas tranquila y mas serena sobre las ventajas de la soledad. Vuestro corazon satisfecho se acostumbra luego á la paciencia, arrojaís los cuidados por vuestra alegría: todo os ofrece imágenes agradables é interesantes: el sol que se pone tras las cimas inflamadas de las montañas cubiertas de nieve, los pájaros que se apresuran á gustar las dulzuras del reposo, el canto soberbio del enamorado gallo, el paso tardío y pesado del buey que vuelve del trabajo, la marcha soberbia del caballo generoso. Entónces recibís con un aire franco la visita del importuno y os reconciliais con todo el mundo, con tal que cada dia os dejen solo suficiente tiempo.

Muchas mas razones hay aun para salvarse del gran mundo, que de las pequeñas ciudades. Los errores y faltas del gran mundo son mucho mas contagiosos que los de la vida campestre. ¡ Como se apaga la imaginacion! ¡ Cuán fácilmente es borrada la virtud en esos lugares donde se aborrece la luz y la verdad, donde almas fuertes y enérgicas no inspiran sino aversion, y donde se rechaza á la virtud como un yugo incómodo! ¡ Cuan superficiales se hacen estos hombres insensatos que se separan de los que podian ilustrarlos! ¡ Con qué prontitud se desvanecen todas las fuerzas del espíritu y del corazon en aquel noble orgulloso que no encuentra gusto ni placer sino en las asambleas de nobles!

No obstante, en todo pais se toma al gran mundo por la única buena sociedad; pero desgraciadamente el gran mundo no se compone de la mejor gente, aunque sean despreciables las clases inferiores. Si tienes muchas generaciones, tu precio está determinado. Todas las cortes y mesas de los príncipes te están abiertas y por todas partes poco mas ó menos, donde no se trata de mérito, obtienes la preferencia sobre el hombre que no tiene sino el suyo por toda recomendacion. Mas lo que vales como hombre, no lo apren-

derás sino en las sociedades donde el espíritu y la razón hacen la única nobleza. No obstante si estás solo un instante en la antesala de un príncipe examina á sangre fría cuáles son estas prerogativas de que tanto te enorgulleses, que en tu espíritu te elevan tanto sobre los hombres, y que haces remontar hasta la creación del mundo. Encontrarás que con títulos y genealogías sin mérito, te pareces á las pelotas de viento, que no se elevan sino por su falta de peso.

No obstante casi en todo país, pruebas de nobleza separan á los nobles de los otros ciudadanos, aunque estos sean mas instruidos, mas sabios, mas virtuosos, y tengan las mas veces la verdadera nobleza, la del carácter. Hombres á quienes nada en el mundo da crédito, rango y consistencia sino sus abuelos, casi siempre tan poco respetables que no procuran adquirir mérito alguno porque su nacimiento es el único que tienen y de que necesitan ; tienen en todas partes el primer lugar. Es verdad que las mas veces tambien saben cuál es el gusto mas nuevo en los vestidos ; tienen la moda de la primera mano, conocen el buen tono, la etiqueta, los usos del día ; se han procurado todas las necesidades de la sensualidad, todos los recursos de la voluptuosidad, y se creen en consecuencia dotados de órganos mas delicados y mas sensibles.

El disgusto no obstante penetra hasta en aquellos corrillos donde se reúne todo lo que la nación tiene de mas ilustre, donde una nobleza pura y antigua no admite al profano plebeyo. Esta proposición parecerá acaso desde luego una paradoja, mas ved aquí, cómo una señora, mas respetable aun por sus calidades personales, que por el brillo de su nacimiento, me esplicó este enigma. Los hombres que componen nuestras asambleas, me dijo, no son siempre del mismo gusto y del mismo sentimiento, pero aun es mas raro, que las mugeres se aprecien allí realmente. Tal es en general la suerte de los grandes, ser nacidos para poseer mucho, desear mas y no

gozar de nada; en consecuencia se buscan en las asambleas sin amarse, se ven sin agradarse y se pierden en la multitud sin percibirse. ¿Qué es pues lo que los reúne? pregunté. El rango, me respondió, y despues la habitud, el disgusto, la necesidad continua de atolondrarse, necesidad siempre unida á nuestra condicion.

Pues que es realmente posible experimentar disgusto en las asambleas y en las otras diversiones de la nobleza, examinemos si la soledad nó podria ser útil aun para las personas de esta clase.

Nobles mal instruidos han sostenido, que todos los placeres de la soledad conducian á la misantropía, ó lo que aun es peor, que la misantropía los procuraba. Pero me parece al contrario, que volviendo de las asambleas numerosas se trae mas mal humor, que saliendo de su casa para ir al mundo. Nadie riñe con el que vive solo. ¡Cuántos hombres, al contrario, no van á las asambleas sino por buscar placer y no experimentan sino sensaciones desagradables! Todos sus votos les son rehusados. Una alma social es allí muy rara vez oida; se habla las mas veces en el aire y sin decir nada; se gustan tan rara vez nuestras ideas y nuestros sentimientos; nuestra satisfaccion escita tan á menudo la envidia, y nuestra serenidad la tristeza; en general, todos los miembros de la sociedad están animados por intereses tan diferentes y tan opuestos, que es imposible conciliarlos entre sí. Que se pregunte á esa jóven, si encuentra siempre en la reunion lo que busca. Que se le pregunte si no se incomoda cuando un caballerito muy elegante, muy pisa-verde, se le escapa y hace la corte á otras. Que se pregunte á aquella si está muy contenta cuando va á una tercera, y que esta última confiese, si le ve con placer ofrecer el mismo homenaje á la amiga de su corazon. Que se pregunte á esta honrada matrona, que en otro tiempo estaba en el mismo caso, si no se enfurece cuantas veces se ofrece menos incienso á una anciana sabiduría, que á una jóven hermosura. Un Ingles que vi en Alemania decia

de una manera muy graciosa : « Hay mujeres que son eternamente « zelosas de que no se les tributa bastante respeto, y que toman en « consecuencia un aire de orgullo, que seria insoportable en una « emperatriz. Miéntas que por una sonrisa de benevolencia tal « dama hace feliz cuanto la rodea, y cada uno aplaude su exterior « á la vez imponente y amable, la dignidad de las otras mujeres se « eriza como las puntas de un puerco espin, ó como las plumas de « un gallo en cólera. »

Ciertamente el hombre mas disipado del mundo ve tales personajes sin disgusto y sin misantropía, si reflexiona aun cuántos de estos espectaculos hay, para quienes la verdad y el error, la apariencia y la realidad, son cosas del todo indiferentes : ¡ cuántas veces esta buena sociedad, despues del juicio y relacion de sus mas equitativos y sinceros observadores, se contenta de menos conocimientos y mas débiles luces, que no podria ni deberia tener, segun su capacidad, segun su estado y los medios que le son propios ; cómo teme la reflexion, la tranquilidad y la soledad que le son tan favorables ; cómo quiere mas bien vivir en una disipacion continua y aturdirse voluntariamente ; cómo rara vez emplea su juicio y su inteligencia ; cómo vive siempre mas fuera de sí que en sí misma, consulta mas á menudo el parecer de los otros que el suyo propio ; cómo con la mayor facilidad de observar y estudiar á los hombres, no piensa ni habla sino despues de los otros ; cómo siempre se deja gobernar únicamente por las preocupaciones de la educacion, de la nobleza y de la moda ; cómo adopta siempre y defiende ciegamente la opinion dominante ; cómo vuelve continuamente al mismo círculo de imágenes defectuosas de ideas falsas y oscuras ! Reflexionando sobre estos caprichos, el hombre mas disipado del mundo esclamará con uno de los mas virtuosos y respetables sabios de la Alemania : « Estar forzado á frecuentar esta buena sociedad, es para una alma « pensadora y juiciosa uno de los mayores tormentos de la vida.

« Mas cuando un hombre racional está obligado por motivos indis-
« pensables á tomar esto sobre sí, aprende entónces por compara-
« cion á sentir tanto mejor el precio inestimable de una sabia so-
« ledad. »

Tambien todo hombre del mundo que sea de buena fe sobre este artículo, y que en la sinceridad de su corazon examine la buena sociedad, no tardará en sentir desprecio por esta vida ruidosa y tumultuosa, en preferir una tranquila soledad, y en ver renacer aquella feliz necesidad de desplegar todas sus fuerzas y toda su energía. En estas frecuentes vicisitudes de la vida, en este torbellino de embarazos, en esta distraccion continua todas las fuerzas del espíritu se evaporan. A la verdad por esta escrupulosa exactitud en observar todos los deberes de la decencia, en informarse de la salud de cada uno, de correr sin cesar de puerta en puerta se hace la corte á los grandes y á los pequeños, se lisonjea al mayor número; pero tambien prodiga uno vergonzosamente su vida. La pasion del fuego devora el tiempo y enerva el espíritu; la galanteria nos tiene en una servidumbre eterna.

Todas las otras diversiones del gran mundo no valen mas que sus conversaciones. Un hombre á quien el cielo no ha concedido sino el talento de bailar bien, es una pobre sociedad; una criatura mas triste aun es el cortesano que no sabe decir nada en el mundo sino: esto es contra la etiqueta; hé aquí la moda mas nueva; tales son todas las bordaduras en terciopelo, en paño y en seda; tal mes hay gala. Sin duda se hace amar uno en el gran mundo por tales conocimientos; por este interes afectado, con el cual se entra en mil pequeños negocios, mil chismesitos; por la aprobacion que se da á cada pasion, cada preocupacion, cada locura. Pero todo esto ciñe el espíritu y le quita la facultad de especular y apreciar alguna cosa grande. Por otra parte, todos los placeres del gran mundo son siempre gustados por muchos á la vez, y, por consiguiente, es me-

nester depender siempre de otros ; miéntras que se puede leer y meditar años enteros con el mayor placer, sin tener necesidad de un segundo. A la verdad un hombre del mundo que se propusiese hacerlo, sería despreciado como un misántropo, y se vería obligado á oír decir á cada minuto, que no se cura de misantropía sino en el gran mundo. Es precisamente lo contrario : la sociedad no hace mas que pulir un poco nuestra grosería y ablandar nuestra aspereza, pero hace á los misántropos mas peligrosos, porque les provee motivos de justificacion. Por fin, la suma de misantropía no es mayor en el misántropo que en el hombre del mundo. En efecto, el primero no aborrece sino el crimen y la locura ; al contrario, el hombre superficial y ocioso aborrece á cualquiera que se distingue por sus hechos ó sus escritos, y, burlándose así de todo lo que merece reputacion, hace ver por esto que no espera él mismo reputacion ni estimacion.

Si se pesasen de buena fe estas verdades y muchas otras aun, se sentiria la necesidad de huir algunas veces del gran mundo. Al menos se podria comenzar á encerrarse en un círculo de amigos estimables que por su espiritu y sus talentos se diferenciarian de los otros hombres, como se diferencia poco mas ó ménos una muestra de segundos del reloj de una torre. Este es sin duda bastante bueno para señalar las horas ; pero el otro que está trabajado con mas arte y cuidado, señala los minutos y los segundos. Aquel, pues, que quiere estudiar á los hombres y los libros, no encuentra ciertamente placeres sino en el comercio de gentes ilustradas, y si no los encuentra en su camino, la soledad le indemniza de esta privacion.

Un grande hombre, Plinio el jóven, no encontraba satisfaccion en ninguna diversion pública, en ninguna fiesta, en ninguna solemnidad, porque se sentia susceptible de todos los placeres de una cabeza pensadora. Escribia á un amigo suyo : « Todos estos

« últimos días he leído y escrito en la mas agradable tranquilidad.
« ¿ Vos me preguntareis cómo era posible esta en medio de Roma ?
« Vedlo aquí : era el tiempo de los espectáculos del circo, que no
« me hacen la menor impresion. No encuentro allí ya nada de nuevo,
« nada variado, nada que sea menester ver mas de una vez. Tam-
« poco puedo concebir cómo tantos miles de hombres sean bas-
« tante niños para ir á ver galopar caballos y correr esclavos sen-
« tados en un carro. Cuando pienso que los hombres ponen tanto
« interes, tanto afan, tanta avidez en cosas tan vanas, tan frias y tan
« á menudo repetidas, siento un cierto placer en confesar que eso no
« me entretiene de ningun modo, y que gozo mas que ellos consa-
« grando á las bellas letras el tiempo que ellos pierden tan misera-
« blemente en el circo. »

Mas, si sobre semejantes motivos un hombre del mundo se sustrajese de los placeres de la buena sociedad ; ¿ no se desagradaria por esto mismo ? ¿ En la soledad no olvidaria el buen tono, y por consiguiente no perderia todo lo que hace realmente la diferencia exterior entre la nobleza y la bajeza ?

El buen tono, que no es otra cosa que la facilidad en esplicarse y presentar sus ideas bajo la vista mas agradable, es de todo pais, y se encuentra en general entre todos los hombres de espíritu de cualquier estado que sean. Así que, la nobleza y la plebe pueden tener igualmente el buen tono. Acaso sea posible perder en la soledad el uso del momento, y traer ciertas propiedades que un pensador atrevido conserva, aunque sepa que desagrada en el mundo. El solitario vendrá acaso á la sociedad con un vestido cuyo color antiguo estaba de moda el año precedente ; acaso se encontrará en sus costumbres y sus maneras alguna cosa chocante á los ojos del hombre del mundo, que, en todas las cosas de esta importancia, marcha siempre con su siglo. Pero por su aire de franqueza y libertad, por la política natural á una alma amante y sensible, el

que queda un poco atras de su siglo, no desagradará jamas á un hombre fino y racional, cuando se le vea parecer en la corte con talento, con decencia y con una suficiente provision de ideas. No por esto, en este lugar es menester precisamente mucho; porque las mas veces, con todas sus maneras estudiadas y agradables, el cortesano mas cumplido no hace ver sino bien pronto que tiene pocas ideas, y que no se ocupa sino de objetos pequeños. Un solitario no sale siempre bien entre los hombres disipados, que toman el buen humor mas grosero y mas impudente por la señal mas cierta de una excelente sociedad y de una buena cabeza. No se aprende un tal buen humor en la soledad; porque el que hace reir mas á los hombres del mundo, no tiene las mas veces otro mérito que el de saber ridiculizar todo lo que es verdadero, grande y sublime; no es sino un hablador imprudente, sin juicio, sin principios y sin costumbres.

En todo lo que he considerado hasta aquí en este capítulo, no se ha tratado aun de las ventajas interiores é inmediatas de la soledad para el espíritu. Sin duda ha ganado ya uno mucho cuando se ha acostumbrado desde su juventud á la soledad y á un empleo uicioso del tiempo: no es absolutamente indiferente, que en una pequeña ciudad esté uno penetrado del mayor disgusto por todos los caprichos que son propios de las pequeñas ciudades; es bueno que sin perder nada del respeto que es debido á los talentos y virtudes de los hombres de calidad no se note tambien sus debilidades y defectos, á fin de tomar mayor gusto en la fuga del mundo, en el comercio consigo mismo; de sentir mejor cuan interesante es emplear todas las fuerzas de su espíritu y de adquirir ideas nuevas, grandes y útiles, que rara vez circulan en lo que se llama la buena compañía.

Pero la primera y la mas incontestable de las ventajas de la soledad para el espíritu es la de acostumbrarnos á pensar. La imaginacion se hace mas viva, y mas fiel la memoria, cuando nada dis-

trae nuestros sentidos y que ningun objeto exterior inquieta el alma. Alejado del tumulto fatigante del mundo, donde mil imágenes extranjeras, mil ideas incoherentes pasaban continuamente por nuestra vista, no se busca ya sino una sola cosa en la soledad. Se sustrae de todo lo que no es aquello que se ama y se busca. Un escritor (1) que yo querria leer cada dia, dice: « La fuerza de la « atencion es la que distingue casi siempre el sabio y grande hombre « del comun de los hombres: estos no tienen regla ni objeto en su « marcha incierta; cada cosa flota separada y sin sostén sobre la « superficie de sus almas, semejantes á las hojas que el viento hace « volar acá y allá, y dispersa sobre la superficie del agua. »

Se acostumbra uno á pensar cuando se sustrae muchas veces de todo lo que puede distraer, cuando aparta sus ideas de los objetos exteriores, y se encuentra en una situacion que el curso diario de las cosas no muda continuamente. Si estuviésemos ociosos en la soledad, todas sus ventajas serian perdidas luego para nosotros; porque la ociosidad pone en fermentacion nuestras pasiones las mas peligrosas y produce en el solitario una porcion de ideas estravagantes y deseos desarreglados. Si queremos pues ejercitarnos en pensar, es menester retirarnos de la multitud y elevarnos sobre las cosas sensuales; es entónces cuando uno se acuerda fácilmente de todo lo que ha leído, de todo lo que ha visto y oído, ha hecho y experimentado; entónces cada reflexion en la tranquilidad produce nuevos pensamientos y procura al espíritu los placeres mas puros. Echa uno la vista sobre lo pasado, lo porvenir y olvida luego todo lo pasado y porvenir en el goze de su felicidad actual. Mas para que la razon conserve su fuerza en la soledad, es menester que

(1) M. Blair, autor de sermones muy estimables y de una obra muy excelente é indispensable á quien quiera estudiar el arte de hablar y escribir bien, impresa en Londres por la primera vez en 1783 bajo el título de *Lecciones sobre la retórica y las bellas letras*.

dirijamos siempre nuestra actividad hácia una ocupacion noble é interesante.

Se reirán de mí si digo que la soledad es una escuela del conocimiento de los hombres. No obstante, está reconocido que en la sociedad no hacemos sino reunir materiales, pero sin sacar mucho uso de ellos. No buscamos propiamente en el mundo, sino hacer observaciones, y estas observaciones son colocadas y puestas en obra en la soledad. No veo, pues, cómo bajo este respecto, se pudiera llamar envidioso y misántropo al que quiere descubrir las debilidades mas ocultas de los hombres, y pone en claro sus imperfecciones y sus faltas. Es bueno conocer á los hombres; y para conocerlos, es menester observarlos. No creo que este estudio sea tan ilusorio, tan peligroso, como se dice, que tienda á rebajar al hombre, á cubrirle de oprobio, que tarde ó temprano traiga el arrepentimiento y el dolor, que le prive de una porcion de placeres puros y nobles, y que le quite al fin el ejercicio de todas sus facultades. No veo allí sino un espíritu de observacion muy estimable.

¿Soy envidioso y misántropo cuando estudio las enfermedades; cuando sigo las huellas de las debilidades mas ocultas del cuerpo humano; cuando en la ocasion examino de cerca y hago conocer todo lo que hay de imperfecto y vicioso en la constitucion de los hombres, y me regocijo cuando he penetrado lo que era oscuro para los otros y para mí mismo? No digo por eso á los otros fulano ó zutano tiene tal enfermedad; ¿pero quién puede impedirme cuando la necesidad lo exige, decir lo que sé, y hacer conocer la enfermedad con todas sus complicaciones y rodeos?

Que se fije ahora una línea de demarcacion entre las observaciones que se permite hacer sobre el cuerpo, y las que se prohíbe sobre el alma. Se dirá, el médico estudia las enfermedades del cuerpo para remediarlas, si puede; pero no es este el objeto del moralista. ¿De dónde lo sabeis? Una alma sensible ve con el mismo

grado de interes las faltas morales de su prójimo que sus faltas físicas. ¿ Por qué los dejaria, por qué se retiraria uno á la soledad si no fuese para evitar el contagio ? Mas hay mil suertes de debilidades y de imperfecciones morales que no pasan por tales en los lugares en que se ven todos los dias. Sin duda es un placer incontestable conocer sus faltas ; y cuando esto puede ser útil y no daña á nadie, ponerlas en claro, darlas su verdadero nombre y bautizarlas con fuego á los ojos de todos los hombres ; esté placer me parece tan poco diabólico, que creo mas bien, y creeré hasta la muerte, que este es precisamente el verdadero modo de descubrir las astucias del diablo, y de destruir sus obras.

La soledad es, pues, una escuela del conocimiento de los hombres ; porque escita el espíritu de observacion ; porque despues de una tranquila reflexion, sabemos mejor á lo que es menester poner atencion en el mundo ; y, sobre todo, porque en la soledad digerimos todas nuestras observaciones ; mientras que, al contrario, tantos hombres del mundo y tantos cortesanos, toman todo por capricho y los vuelven tambien sin ser digerido.

Bonet cuenta en un pasaje tocante del prefacio de su obra sobre el alma, como la soledad le ha vuelto ventajosa la debilidad de sus ojos. « La soledad lleva naturalmente á la meditacion : aquella en « que en cierta manera he vivido hasta aquí, unida á las tristes « circunstancias que la han acompañado desde algunos años y que « la acompañan aun, me ha hecho buscar en los recursos del espíritu una distraccion que el estado de mi alma hacia necesaria. Mi « cerebro se ha hecho para mí un retiro, donde he gustado placeres « que han encantado mis aflicciones. » En esta época el virtuoso Bonet estaba casi ciego.

Un excelente hombre en otro género y que se ha consagrado á la educacion de la juventud, Pfeffel en Colmar soporta una ceguedad total de una manera tan tocante y tan noble en una vida menos so-

litaria, pero las mas veces tambien en el tiempo desocupado que consagra á la filosofia, á la poesía y á la humanidad.

En el Japon habia en otro tiempo una academia de ciegos, que acaso veia mas claro que muchas academias. Sus miembros se consagraban á la historia del pais, á la poesía y á la música. Ponían los mas hermosos rasgos de los anales del Japon en verso, y despues en música. Cuando se reflexiona sobre los caprichos y delirios de una porcion de sôlitarios, se detiene uno con placer en estos ciegos del Japon : entre ellos la vista interior del alma estaba tanto mas abierta, cuanto su triste suerte les privaba mas del goze de la luz corporal ; la luz, la vida y la felicidad, salian para ellos del seno de las tinieblas por la tranquila reflexion y por ocupaciones solitarias.

Vivamos, pues, solitarios y libres, entreguémonos á menudo á aquella calma feliz de que se goza en el jardin ingles de mi inmortal amigo, de M. Hinuber en Marienwerder, donde todo invita á sentimientos piadosos y apacibles y á pensamientos elevados, ó bien bajo los pinos antiguos del majestuoso Hapsbourg (1), cuando queremos examinar profundamente grandes objetos para no dejarnos abrumar y aniquilar por el vacío de la sociedad.

Si la soledad nos invita á pensar, el pensamiento es tambien el primer móvil de nuestras acciones. Se ha dicho que las acciones no eran sino pensamientos llegados al ser y á la sustancialidad ; que en consecuencia cada uno de nosotros no tenia mas que examinar de buena fe las ideas en que insiste con mas gusto para profundizar todo el misterio de su verdadero carácter ; y que el que no estaba acostumbrado á preguntarse á si mismo, aprenderia allí algunas veces verdades que el mundo no le dice.

Libertad y tiempo desocupado es cuanto necesita en la soledad

(1) Montaña sobre la cual se ven las ruinas de un castillo, de donde salió la célebre casa de Austria.

un hombre que aspira á la actividad. Dejadle solo y todas sus fuerzas se pondrán en movimiento ; dadle libertad y tiempo desocupado y se elevará incomparablemente mas que si se arrastrase cada dia entre vosotros con una alma oprimida. Sabios que no piensan jamas, que no hacen sino acordarse y nada producen de sí mismos, compilan allí y son felices. Mas, es un placer mucho mas grande aun para el espíritu, el de hacer siempre en la soledad alguna cosa que pueda producir bien, aunque sus producciones irriten algunas veces á los locos y confundan á los pícaros. Las tinieblas y una tranquilidad general calman una cabeza viva, reúnen todos sus pensamientos hácia un punto y dan al alma un valor que nada detiene con tal que hiera. Legiones enteras de enemigos no le espantarían ; sabe que puede herir cuando quiera, y todo lo que desea es que tarde ó temprano se haga justicia á cada uno. Sin duda no ve sin pesar ir tantas cosas al revés en el mundo ; el vicio tantas veces elevado, tan generalmente honrado por el sufragio del pueblo, dominar tan poderosamente la preocupacion. Dice bien algunas veces : « Esto deberia ser así y no lo es » ; y despues con una pluma, marchita al hombre vicioso, y con otra trastorna y aniquila la preocupacion.

La verdad se descubre mucho mejor en la soledad á los ojos del pensador atrevido, del filósofo profundo, del hombre de genio. Un grande hombre, un sabio, M. Blair, en Edimbourg, ha dicho : « No ocuparse sino de las cosas inconstantes de la vida, es la señal « de las almas pequeñas y vanas, todos sus deseos se limitan á correr « tras los placeres sensuales ; solos ellos les ofrecen la esperanza « de la felicidad que conviene á su modo grosero de sentir ; pero « una alma mas pura y mas activa, deja al mundo léjos tras ella ; « siente una vocacion por los placeres mas exaltados y los busca « en la soledad. El patriota se retira á ella para ocuparse de los « objetos relativos al bien público ; el hombre de genio, para en-

« tregarse á sus ocupaciones favoritas ; el filósofo, para proseguir « sus descubrimientos ; el justo, para aumentar en la gracia. »

No siendo aun mas que simple particular, Numa, el legislador de Roma, se habia retirado al campo despues de la muerte de su mujer y se paseaba allí siempre solo. Pasaba sus dias en los bosques de los dioses, en los prados sagrados y en los lugares mas solitarios. Tambien se decia que no era la melancolía ni la desesperacion lo que hacia huir á Numa del comercio de los hombres ; que tenia en su soledad una sociedad mas respetable y mas sagrada ; que la diosa se habia enamorado de él, y al presente le colmaba de felicidad ilustrando su espiritu y llenándole de la mas sensible sabiduria. Se decia igualmente de los druidas, que sobre rocas y en los bosques solitarios enseñaban á los nobles de su nacion la sabiduría y la elocuencia, la naturaleza de las cosas, el curso de las estrellas, los misterios de los dioses y la esencia de la eternidad. Que esta alta idea de los druidas no sea sino una fábula agradable, como la historia de Numa, no obstante, muestra con qué entusiasmo se ha escrito y hablado en todos tiempos de aquellos seres respetables, que en el silencio de los bosques y la calma de la soledad se consagraban al estudio de la sabiduría.

La soledad sola escita frecuentemente el genio por su fuerza interior, sin ningun socorro de los grandes, sin ningun apoyo y aun con la mas mezquina recompensa. En medio de todos los horrores de las guerras civiles, la Flandes estaba llena de pintores tan pobres como célebres. Corregio fue tan mal recompensado toda su vida, que un pago de diez doblones, moneda de Alemania, que estaba obligado á ir á recibir en Parma, le costó la vida de gozo (1).

(1) El pago se le hizo en *cuadrini* moneda de cobre. El gozo que tuvo Corregio de llevar tanto dinero á su mujer, le impidió reflexionar en la carga que tenia y en el calor del dia. Tenia que caminar cuatro leguas ; volvió á su casa con una pleuresía y murió.

Era menester que el conocimiento interior de su mérito, recompensase á estos artistas : pintaban para la inmortalidad.

Profundas meditaciones en lugares solitarios elevan algunas veces el espíritu sobre sí mismo, acaloran la imaginacion y hacen nacer los sentimientos mas sublimes. El alma gusta allí de una satisfaccion mas pura, mas continua, mas durable y mas fecunda. Allí vivir no es otra cosa que pensar ; á cada paso marcha el alma á lo infinito, y guiada por su entusiasmo en este libre goze de sí misma, se fortifica en la habitud de pensar en grandes cosas y de tomar resoluciones heroicas. Se dice que fué en un lugar muy solitario, sobre una bella montaña cerca de Pirmont, donde se pusieron los fundamentos de una de las aventuras mas notables de nuestro siglo. Viniendo aquí el rey de Prusia á tomar las aguas se sustraia de la sociedad, y se paseaba siempre solo sobre esta bella montaña, que entónces estaba aun muy salvaje y hoy se llama la montaña del rey, y fué en este desierto, hecho desde el siglo de la afectacion y disipacion, que el jóven monarca, segun se dice, formó el proyecto de su primera guerra de Silesia.

La soledad enseña mucho mejor que la vida ligera del mundo, el precio inestimable del tiempo, que no conoce ni sabe apreciar el ocioso. El que se ocupa con ardor, que no quiere haber vivido del todo en vano, no considera jamas sin temblor y sin espanto el vuelo de un reloj de terceros, la verdadera imágen de nuestra vida, el emblema mas tocante de la carrera rápida del tiempo.

Sin duda, que jamas un buen comercio es una pérdida del tiempo, cuando conserva el espíritu y el corazon en una cierta elevacion, que estiende la esfera de nuestras ideas, y arroja nuestros cuidados. Pero si se hace la única necesidad del alma, si se muda en amor, si trasforma las horas en minutos, si rechaza todas las ideas, para no ofrecernos ya sino la imágen favorita, ¡ ah ! el amor absorbe tambien el tiempo, y los años desaparecen como minutos.

El tiempo jamas es muy largo ; parece, al contrario, demasiado corto al que lo emplea útilmente segun su vocacion, sus deberes y su capacidad. No se alarga, se apresura. Conozco un príncipe á quien seis domésticos rizan y visten en dos minutos. No se puede decir que va en carruaje, porque su carruaje vuela. En su escelente mesa se acaba de comer en un momento. Se me dirá que este es el uso de los príncipes : quieren que todo vaya pronto. Mas he visto á este príncipe, lleno de talento y de elevacion en el carácter, recibir él mismo todas las súplicas y sé que responde á todas. Sé que cada dia tiene cuidado él mismo de los negocios de su estado con el mayor escrúpulo, y que todo el año emplea cada dia sin escepcion, siete horas en la lectura de los mejores autores ingleses, italianos, franceses y alemanes. Este príncipe conoce el precio del tiempo.

Todo el tiempo que el mundano pierde, es ganado por el solitario, y por el que lo emplea útilmente ; y no hay en la tierra gozo que dure mas largo tiempo. Pero el hombre tiene mucho que hacer ; así que, el bien que puede hacerse debe hacerse prontamente, si se quiere que el dia presente no sea arrancado del libro de la vida, como una foja vacía. Detenemos el curso del tiempo por nuestro trabajo, prolongamos lo duracion de nuestra vida por pensamientos sabios y acciones útiles. Vivir, es para aquel que no quiere haber vivido en vano, pensar y obrar. Jamas se piensa tan rápidamente, tanto y tan alegremente, como en las horas que se han ganado en lugar de una visita enfadosa é insípida.

Usariamos mas económicamente del tiempo, si pensásemos siempre cuántas horas hay que se nos escapan contra nuestro gusto. Un grande escritor ingles dijo : « Si deducimos todo el tiempo que « el sueño absorbe, todo el tiempo que ocupan las necesidades inevitables de la vida, ó que la tiranía de la política nos quita irremisiblemente ; todo el tiempo que se pasa en adornarse, ó que

« se sacrifica en tributar á los otros una tonta é insípida política ;
« todo el tiempo que nos es arrancado por fuerza por las enferme-
« dades, ó robado insensiblemente por la fatiga y la debilidad ; la
« parte de nuestra existencia de que pudiéramos decirnos verdade-
« ramente dueños, ó disponer enteramente á nuestro gusto, seria
« muy pequeña. Muchas horas se consumen en un círculo de pe-
« queños cuidados, en una repeticion continua de las mismas fun-
« ciones. Una gran parte de lo que podíamos esperar de reposo y
« de felicidad, desaparece siempre con el dia presente ; y una gran
« parte de nuestra existencia, no sirve sino para aniquilar el goze
« de la que nos resta. »

Jamas se pierde mas tiempo, que cuando se queja de no tenerlo bastante. Se hace entónces todo con fastidio. No obstante el yugo parece menos pesado seguramente cuando se lleva con docilidad. Pero cuando la política manda, es menester sin ruido sacudir con valor sus cadenas ; es menester saber hacer al ménos en una semana cincuenta visitas de etiqueta. Esto es una buena cerradura á la puerta para que nadie tenga nada que decirnos, y despues, formar todas las mañanas el plan mas exacto, y todas las tardes la cuenta mas severa consigo mismo, prolonga la vida con una mitad. Cuando alguno se hacia anunciar en casa de Melanchton, este se informaba no solamente de la hora sino del minuto en que vendria, á fin de que el dia no se pasase en una ociosa incertidumbre.

La tristeza sobre el tiempo perdido, sobre el trabajo descuidado, desaparece desde que uno está acostumbrado á usar económicamente de su tiempo, y vive libre y retirado en el campo. Entónces ya no hay visitas que pagar ; entónces no es uno continuamente invitado á comer, á pesar de su repugnancia ; entónces no está molestado de una afluencia de extranjeros, que no quieren saber sino cómo teneis la nariz en la cara ; entónces no está uno ligado á cien mil deberes de la sociedad, que todos juntos no valen una

sola virtud. Entónces los importunos no vienen á robarnos las horas que esperamos pasar de una manera mas útil.

Pero tambien se dice con mucha razon : ¡ Cuán pocas horas de la soledad son marcadas por un efecto útil y constante ! ¡ cuántas son perdidas ligeramente por sueños y quimeras, ó abandonadas á una reflexion inquieta y descontenta, á pasiones peligrosas, á deseos desarreglados y punibles !

La soledad no siempre es una prueba de que se piensa y de que no se entretiene en bagatelas. Puede ser mas peligrosa que todas las disipaciones del mundo. ¡ Cuántas veces en un verdadero tiempo desocupado, una indisposicion nos pone incapaces de hacer alguna cosa útil ! La mas triste manera de vivir en la soledad es la de un enfermo, que no piensa mas que en su enfermedad. El hombre mas disipado no pierde mas tiempo en el torbellino del mundo, que un melancólico en el mas perfecto alejamiento y la mas profunda separacion de todos los hombres. El mal humor hace perder tanto tiempo como la melancolía, y es ciertamente uno de los mas grandes obstáculos á nuestra felicidad interior. La melancolía es un enemigo que tememos y á quien resistimos ; el mal humor nos sorprende y somos vencidos ántes de haber pensado en la resistencia.

Se escapa del mal humor, se resiste al ménos á sus excesos, cuando se reflexiona que nos hace perder no solamente dias sino semanas y meses enteros. Las mas veces un solo pensamiento desagradable de que nos inquietamos y atormentamos inútilmente nos quita por largo tiempo la capacidad de hacer alguna cosa fuera de la esfera de nuestras ocupaciones diarias. Por esto es que es menester hacer siempre sus esfuerzos para no permitir á ningun desagrado de la vida demasiada influencia sobre la esfera de nuestra actividad. Miéntras trabajamos, nos entristecemos menos : se arroja el mal humor en un momento, cuando se escribe un libro, y

con permiso y privilegio, se imprime inmediatamente. Así es que las mas veces se toma la pluma con un aire de ceño, y se sonrie dejándola.

Tuviera uno tiempo desocupado para todo, si solamente perdiera aquel que indispensablemente es menester perder, y no lo perdiera tambien por su propia voluntad. El que en su juventud no hubiese aprendido sino el arte de emplear útilmente cada cuarto de hora, habria ganado ya mucho y podria hacerse un grande hombre de negocios. Mas sea mal humor, sea falta de energia, antes de hacer una cosa, queremos siempre tomar nuestras comodidades, ponemos siempre nuestras condiciones, siempre creemos que aun no es tiempo de hacerla. Nuestra pereza quiere siempre que se le gane por caricias ántes de determinarse á obrar. Que nuestro negocio principal sea pues desde luego el de fijarnos un objeto invariable, procurar sobreponernos á los acontecimientos. Con toda la dulzura y flexibilidad exterior es menester que un hombre de negocios tenga alguna cosa de duro en el carácter. Ciertamente ningun hombre sobre la tierra sabia emplear mejor el tiempo que el monarca de quien se ha dicho : él es cortés y duro como el mármol.

Un objeto fijo es siempre el contraveneno de la pérdida del tiempo y de la vida. Desde el rey hasta el jornalero, es menester que todo hombre sepa lo que tiene que hacer hoy, y es menester que lo haga. Así cada pensamiento, cada accion del hombre, debe siempre ser dirigida hácia el destino, donde está escrito : « Para esto es que tú estás aquí. » El monarca que dió el nombre á su siglo, que será para siempre un modelo para todos los futuros monarcas, se levantaba en verano á las cuatro y en invierno á las cinco. Todas las cartas que sus súbditos le escribian, todos los mémoires y papeles que llegaban por la noche, estaban delante de él sobre una mesa. El monarca lo abria todo, recorria todo. De estos papeles hacia tres partes ; á la una se respondia al instante ;

otra se remitía con notas puestas en el márgen de su mismo puño á los intendentes, á los ministros y á los tribunales; y la tercera, que no tenia rima ni razon, se arrojaba al fuego. Venian en seguida los secretarios del gabinete y todo se les entregaba por el monarca para su despacho en el momento. Despues montaba á caballo, iba á ver sus legiones y recibir á los extranjeros que querian verle. En seguida se sentaba á la mesa donde mostraba una vivacidad y presencia de espíritu continua, y decia cosas que darian golpe en todos los siglos por su verdad y sabiduría. Despues de comer volvian los secretarios que traian á firmar todo el despacho, cuyo primer proyecto habian recibido por la mañana, y habian trabajado y puesto en limpio. Entre cuatro y cinco de la tarde todo el trabajo del dia estaba concluido. Entónces reposaba el monarca. Y este reposo consistia en hacer leer hasta la hora de cenar los mejores escritos de los antiguos y modernos, ó en leerlos él mismo á su lector. Un monarca que emplease así su tiempo, podria muy bien exigir de sus ministros, generales y oficiales, que ningunode ellos dispase el suyo.

Muchos hombres querrian no hacer jamas sino cosas importantes, no ocuparse sino de grandes objetos y porque no quieren tomar tiempo para esto, nada hacen. Hay otros que nada hacen porque no saben distribuir su tiempo. Podrian hacer alguna cosa útil y aun grande si tomasen todos los cuartos de hora sueltos y los empleasen en su objeto, porque muchas grandes cosas no se hacen sino poco á poco. Pero si es uno siempre interrumpido, y si quiere serlo; si espera siempre despues la gana del trabajo y el buen humor, que no vienen sino trabajando; si no tiene el gran tiempo que se exige y que ningun hombre encuentra jamas, concluye por creer que no tiene ni gusto ni tiempo, y para abreviar este y la vida se pasea y se va á caballo por la mañana, al medio dia y por la tarde.

Uno de los mas grandes y honrados hombres que hayan vivido jamas en la Suiza, mi difunto amigo Iselin, escribió en el senado de Basilea (1) sus *Efemérides*, libro que todos los grandes señores de Alemania habrian debido leer y que han leído muchos. Nuestro Meser en Osnabruek, que, como hombre de negocios y como patriota, es amado y honrado de nuestro rey, de su príncipe y de todos nuestros ministros; y en Osnabruek de la nobleza, del clero, de los aldeanos y paisanos, se eleva jugando (2) á una altura que pocos escritores alemanes han alcanzado.

Carpe diem, decia Horacio, y esto se entiende de cada hora. Los voluptuosos, los bebedores y los cantores anacreónticos nos dicen, que se debia dejar todo cuidado, estar siempre alegre y gozar de todos los instantes; tienen razon, mas no en el sentido en que lo entienden y para emplearlos en beber; sino para marchar hácia el objeto que nos hemos propuesto. Se puede ser solitario en medio del tumulto de la vida del mundo. Puede uno emplear el medio dia en el tocador, remitir tarjetas de visitas, mostrarse en las asambleas, y no obstante conservar para sí la mañana y la tarde. Es menester solamente tener un género de vida invariable, tener gusto en quedarse en su casa y continuar su trabajo. Solo el hombre aplicado y laborioso, el que todo el dia ha servido al estado y á su prójimo puede en conciencia clavarse por la noche en una mesa de juego sin decir ni oír una sola palabra interesante, y sin llevar á su casa otro pensamiento, que el de haber ganado ó perdido tanto en el juego.

(1) M. Iselin era escribano. Mientras escribia sus *Efemérides*, los consejeros de Basilea creian que llevaba registro de todo lo que decian; como en otro tiempo los consejeros de Zurich creian que el inmortal Gesner recogia todas sus palabras en libros de memoria, mientras dibujaba sus retratos en caricaturas.

(2) M. Meser ha dictado á su hija durante el juego casi todos sus papeles sueltos, los verdaderos garantes de su inmortalidad.

La mayor ventaja del tiempo y el único objeto donde quisiera dirigir estas reflexiones, nos lo ha enseñado Petrarca así : « Si « queremos servir á Dios, dice, en lo que consiste la mayor libertad « y la mas grande felicidad ; si queremos elevar nuestro espíritu « por las bellas letras, que, despues de la religion, nos procuran « el mayor placer ; si por nuestros pensamientos ó escritos quere- « mos dejar alguna cosa que conserve nuestra memoria, que « detenga el curso rápido de nuestros dias y prolongue esta corta « vida ; si queremos todo esto, ¡ ah ! huyamos, os lo ruego, y pa- « semos en la soledad los pocos dias que nos restan. »

En cuanto á esto no todos lo podemos, pero muchos hombres son mas ó menos dueños de su tiempo y pueden á su eleccion tener relaciones con los otros hombres ó sustraerse de ellos. Es pues para estos para quienes voy á continuar considerando las ventajas de la soledad.

La soledad da al espíritu un gusto mas esquisito, pensamientos mas estensos, una actividad mas grande y le procura placeres que le elevan sobre todo y donde nadie le levanta.

En la soledad se purifica el gusto por una eleccion mas cuidada de las hermósuras con que se ocupa el espíritu. Depende allí de nosotros, no ver nada mas que lo que nos complace, no leer nada ni pensar sino lo que rectifica nuestro gusto, y le ofrece una mas grande variedad de objetos. Allí se libra de las falsas ideas que se adoptan tan fácilmente en el mundo cuando se reposa mas sobre los sentimientos de otro que sobre sí mismo. Es tan insoportable verse obligado á decirse : « Ved aquí lo que es menester sentir. » ¿ Por qué no se querrá mas bien hacer esfuerzos para experimentar uno mismo su sentimiento ; y no fijarlo por las ideas arbitrarias de otros, sino por su eleccion libre y reflexiva, segun la naturaleza de la cosa ? ¿ Qué me importa si el bello mundo encuentra bueno un libro que me agrada ? ¿ Qué me enseñan vuestras

miserables y frias críticas? ¿Me hacen sentir mejor lo que es verdaderamente hermoso, verdaderamente noble, verdaderamente bueno? ¿Cómo podré ceder ante este tribunal parcial que determina el valor de las cosas por convenciones arbitrarias, ve siempre todo al reves y de una manera falsa? Qué podré pensar del gran número de los que repiten lo que dices, que jamas tienen otra opinion que la vuestra y del público? ¿Qué prueban todos vuestros sentimientos, pues que en general encontrais todo escelente en el libro mas detestable, cuando una persona de crédito hace su elogio; y que, sobre su palabra, no veis sino tontería en un buen libro?

A menos de huir enteramente de esta especie de lectores, es imposible sentir y ver la verdad, porque está uno infectado antes de dudarlo. Mas con aquel gusto seguro que distingue por todas partes las hermosuras y los defectos, que se llena de entusiasmo, y se apasiona por todo lo que es hermoso, y siente un natural disgusto por todo lo que es malo, que goza viendo bellas cosas y padece viendo necedades, absurdos, discursos confusos; se retira de buena gana del tumulto, y solo, ó bien con un pequeño número de amigos escogidos, se entrega á las dulzuras de un comercio tranquilo, con todo lo que la antigüedad ó los siglos modernos han tenido de mas distinguido.

Esperimentamos un sentimiento agradable de nuestra existencia, cuando aprendemos cuánto somos capaces de contribuir nosotros mismos á nuestra perfeccion y felicidad. Entónces nos regocijamos de tener tantas fuerzas, de emplearlas, de poder con ellas todo para nuestra instruccion y nuestro placer, para el placer de nuestros amigos y acaso tambien algun dia para el placer de almas simpáticas que no nos conocen aun, y á quienes la verdad de nuestra pluma podrá no desagradar.

La soledad nos da conocimientos é ideas mas estensas, y al espíritu una mas grande actividad volviendo nuestra curiosidad mas

viva, nuestra aplicacion mas sostenida y nuestra perseverancia mas constante.

Un hombre que conocia bien todas sus ventajas ha dicho : « Todas
« las fuerzas de nuestro espiritu son allí ejercitadas ; las tinieblas
« que hacian nuestro camino penoso son disipadas y volvemos á la
« vida ocupada y social con mucha mas serenidad y tranquilidad.
« Nuestro horizonte se ha estendido por la reflexion ; hemos apren-
« dido á ver mas cosas y ligarlas entre sí, dirigimos una mirada
« mas segura, juicios mas exactos y principios mas invariables al
« mundo donde vivimos y donde tratamos, y entónces podemos
« aun en medio de toda suerte de distracciones conservar nuestra
« atencion tanto mas largo tiempo, pensar y juzgar sobre todo tanto
« mas exactamente, cuanto nos hemos ejercitado y preparado con
« la costumbre que hemos contraido en la calma. »

¡ Ah ! ¡ que en el comercio ordinario la curiosidad de un hombre racional es muy pronto saciada ! En la soledad se aumenta cada dia. El espiritu humano en sus indagaciones no ve siempre el fin. Se encadenan ensayos á observaciones, esperiencias á conclusiones, y una verdad se desenvuelve siempre de otra. Los primeros que observaron el curso de los astros no habian previsto, sin duda, qué influencia tendrian sus descubrimientos sobre los negocios y felicidad de los hombres ; se complacian en considerar el estado del cielo durante la noche, y viendo que estos astros brillantes mudaban de lugar, tuvieron la curiosidad de comprender lo que admiraban y determinaron su curso. Así es cómo se aumenta cada fuerza del alma en una silenciosa actividad y el espiritu contemplador gana siempre mas terreno á medida que reflexiona sobre todas las relaciones, los efectos y las consecuencias de una verdad conocida.

Si la razon aplica á la imaginacion su nivel, entónces se va mucho ménos ligero ; mas el paso que se ha dado adelante no se

vuelve jamas atras. Los hombres que se dejan arrastrar por su imaginacion, construyen mundos que revientan como globos de jabon : los hombres de espiritu discuten todo, y no guardan sino lo que es bueno ; así dice Locke, que el grande arte de aprender mucho es emprender poco á la vez.

El célebre escritor ingles Johnson dice muy bien : « Todas las « obras del arte humano, que miramos con trasporte y asombro « son unos ejemplos de la fuerza irresistible de la perseverancia. « Ella es quien hace de la cantera una pirámide : ella quien une « por canales las provincias lejanas. Si se quisiese comparar el « efecto inmediato de una pala ó de una azada con el objeto general « y la última consecuencia se perderia bajo el sentimiento de su « poco fruto, y no obstante estos pequeños efectos son los que con- « tinuados superan las mayores dificultades, aplanan las montañas, « estrechan la madre del océano. Tambien los que se proponen « apartarse de los caminos fragosos de la vida, y adquirir una « gloria mas grande que estos nombres diarios que caen á cada mo- « mento en el olvido y que son borrados por el tiempo con los « elogios que no han merecido ; esos deben emplear todo su espí- « ritu y valor para perseverar en su carrera ; deben aprender á « minar lo que no se puede romper, y vencer una resistencia obsti- « nada por ataques mas obstinados aun. »

La actividad anima el desierto mas salvaje, hace de una celda un mundo, concede una gloria inmortal al genio que medita en el silencio de su gabinete, al artista ingenioso que produce sus obras maestras en la tranquilidad de su taller. El espiritu encuentra placer en ejercitar sus fuerzas ; y es tanto mas escitado á hacer esfuerzos, cuanta mayor dificultad y resistencia ve. Cuando se reprochaba á Apeles el pequeño número de sus cuadros y la atencion continua con que corregia sus obras, se contentaba con decir : « Pinto para la posteridad. »

Las ideas monacales sobre la soledad y tranquilidad estéril de un claustro, serian una estravagancia para los hombres, que, despues de una seria preparacion en la calma y un comercio asiduo consigo mismo, son capaces de hacer alguna cosa buena y grande en el mundo. Los príncipes no pueden vivir como los monjes; ya no se sacan los ministros de los conventos; no se escogen ya generales entre los hombres de iglesia. Petrarca en consecuencia decia muy bien: « No quiero que la soledad sea ociosa, ni el tiempo des-
« ocupado, perezoso é inútil. Es menester que la soledad sea útil
« para mucho. Un hombre ocioso, negligente y desaficionado del
« mundo, se hace infaliblemente triste y desgraciado. Nada puede
« hacer de bueno, entregarse á ninguna ciencia útil, ni sostener la
« mirada de un hombre grande. »

Pero puede procurarse los placeres de espíritu, aquellos placeres preciosos y fáciles que están al alcance de todo el mundo. Solo sobre los placeres que se venden á precio de plata, y en los que el espíritu no tiene parte alguna, que no tienden mas que á arrojar el enfado ó á aturdir los sentidos, tienen los grandes un derecho esclusivo; mas no tienen este derecho sobre los que el espíritu se procura á sí mismo que son los frutos de su propia actividad, de sus reflexiones, de sus pensamientos y de sus indagaciones, y que se aproximan mas á las cosas invisibles, al conocimiento y á la contemplacion de la verdad, y al sentimiento de nuestra perfeccion interior y personal.

Un predicador suizo ha dicho en un púlpito de Alemania: « Los
« placeres del espíritu, aquellos, por consecuencia, que pertenecen
« á todos los hombres y en todos los estados, manan siempre los
« unos de los otros; el que hemos gustado mas á menudo no pierde
« nada por eso de su valor ni de su precio, adquiere aun siempre
« una nueva dulzura, un nuevo encanto. La materia de estos pla-
« ceres es tan inmensa como el reino de la verdad, tan ilimitada

« como el mundo, tan infinita como la perfeccion divina. Tambien
« los placeres espirituales son mucho mas durables que todos los
« otros. No desaparecen con la luz del dia, no se pierden con la
« forma exterior de las cosas, no descenden con nuestro cuerpo á
« la tumba ; nos duran tanto cuanto existimos, nos acompañan en
« todas las mudanzas de nuestro estado presente y porvenir, nos
« indemnizan en las tinieblas de la noche y en las de nuestros des-
« tinos. »

Tambien hombres de un espíritu elevado han conservado en medio del gran mundo, y en la carrera brillante del heroismo el gusto de los placeres del espíritu. En los mas grandes negocios, á pesar de todos los motivos de distraccion eran fieles á las musas, y leian las obras de los grandes genios. No creían que un gran señor no tuviese necesidad de leer nada, ó de saber nada. No se avergonzaban tampoco de hacerse ellos mismos algunas veces escritores. Cuando Filipo, rey de Macedonia, tuvo á su mesa en Corinto á Dionisio el jóven, quiso mofarse del padre de este que habia sido á la vez príncipe y poeta, y que aun habia hecho odas y tragedias. ¿ Dónde podia tu padre, dijo Filipo, encontrar tiempo desocupado para escribir estas chucherías ? En las horas, replicó Dionisio en que tú y yo bebemos como borrachos y conversamos.

Alejandro amaba infinitamente la lectura. Cuando llenaba el mundo de victorias, de sangre y de carnicería, cuando arrastraba con su carro reyes cautivos, y marchando por sobre ciudades humeantes, provincias devastadas y tronos despedazados, era siempre conducido á nuevas victorias con un nuevo ardor ; experimentaba disgusto en el fondo del Asia, porque no tenia libros. Escribió, pues, á Hárpalo le enviase escritos de Filisto, muchas tragedias de Sófocles y de Esquilo y los ditirambos de Talestes.

En el ejército de Pompeyo, Bruto, el vengador de la libertad de Roma, pasaba con sus libros todos los instantes que le dejaba el

servicio. No solamente leía y escribía cuando el ejército estaba en reposo, lo hizo aun la víspera de la batalla de Farsalia, de aquella célebre batalla que decidió del imperio del universo. Esto sucedía precisamente al medio del verano; hacia un calor excesivo, y el ejército estaba acampado en los fondos pantanosos. Los domésticos que llevaban la tienda de Bruto llegaron tarde. Estremadamente fatigado se bañó esperándoles y se hizo frotar con aceite hácia el medio día. Después de haber comido alguna cosa, mientras los otros dormían, ó se ocupaban del acontecimiento del siguiente día, Bruto trabajaba sin tienda, y hasta por la tarde al rayo del sol, en copiar un extracto de la historia de Polibio.

Nadie conocía los placeres del espíritu mejor que Cicerón, que dijo en su discurso para Archias: «¿Cómo me avergonzaré de estos
«placeres, pues que desde tantos años jamás me han impedido
«servir á los otros en sus necesidades, jamás me han quitado el
«valor de atacar el crimen y defender la virtud? ¿Quién podrá,
«quien se atreverá á reprocharme el consagrar á las musas y á las
«bellas letras el tiempo que otros emplean en ocupaciones fútiles,
«en fiestas y espectáculos, ó que prodigan el juego, á la mesa, á
«los placeres y á la ociosidad?»

Lleno del mismo espíritu, Plinio el mayor empleaba todos sus momentos. Al comer se hacía leer; en sus viajes tenía siempre un libro y sus apuntes de memoria á lado. Hacía extractos de cuanto leía; por esta aplicación quería doblar su existencia, y no creía vivir durante su sueño.

Plinio el joven leía donde podía, en la caza, en la mesa, en los paseos, todo el tiempo que le dejaban sus negocios. A la verdad se había hecho una ley de dar la preferencia á sus deberes sobre las ocupaciones que no eran sino de agrado. Por esto es que sentía siempre un deseo tan instante de la soledad y del reposo. «¿No
«romperé jamás, decía en sus momentos de disgusto, los lazos

« que me retienen? ¿Son indisolubles? No, no me atrevo á especularlo. Cada dia añade nuevos tormentos á los antiguos. Apenas se ha acabado un negocio, cuando viene otro nuevo. La cadena de mi trabajo se hace siempre mas larga y mas pesada. »

Petrarca estaba siempre hipocóndriaco cuando no leía, ó no escribía, ó que al menos no se entregaba á las quimeras de la poesia, en la soledad, cerca de las fuentes claras, sobre las montañas, las rocas y en los valles esmaltados de flores. Para no perder tiempo en sus frecuentes viajes, escribía en todas las posadas. Un amigo suyo, el obispo de Cavaillon, temiendo que el calor con que leía y escribía en Vaucluse, no arruinase enteramente su salud debilitada, le pidió un dia le diese la llave de su biblioteca. Petrarca se la dió al punto, no sabiendo lo que queria con ella. El buen obispo cerró allí sus libros y su escritorio, y le dijo : « Te prohibo leer y escribir durante diez dias. » Petrarca obedeció haciéndose la mayor violencia. El primer dia le pareció mas largo que un año ; el segundo le dolió la cabeza desde la mañana hasta la noche ; el tercero sintió desde muy temprano algunos movimientos de fiebre. El obispo, tocado de su situacion, le volvió su llave y su salud con ella.

Pitt, el padre, lo sé de la boca de su sobrino mi amigo, fué en su juventud corneta de un regimiento de dragones de guarnicion en una pequeña ciudad de Inglaterra. Hacia su servicio con la mayor exactitud ; pero todo el tiempo restante estaba solo, no iba á casa de nadie, á nadie veía y leía continuamente á los mas grandes autores griegos y romanos. Su alimento era estraordinariamente frugal, porque queria vencer de este modo una gota hereditaria que le atacó desde muy temprano. Su salud quebrantada le hizo acaso solitario, mas en esta soledad fué ciertamente donde puso los fundamentos de la grandeza á que llegó en seguida.

Ya no se encuentra de estos hombres, se dirá ; me parece que no se debe ni decirlo, ni pensarlo. ¿ Pitt el padre fué ménos grande

que un romano? ¿Su hijo que desde su infancia brillaba ya en el parlamento de Inglaterra como Demóstenes, y cautivaba los corazones como Pericles, y que hoy de veinticinco años sabe hacerse temer y respetar como primer ministro de Inglaterra, pensará y obrará jamas ménos grandemente que su padre en cualquiera situacion en que se encuentre? Lo que los hombres han sido una vez, pueden serlo siempre. La Grecia y Roma jamas han tenido sobre el trono y á la cabeza de los ejércitos un grande hombre, que el dia de hoy no tenga su igual en nuestra patria. Desde que se quiere, la sabiduría y la virtud aprovechan en la corte como en la vida privada, en los palacios de los reyes, como en la choza. Una sabia soledad en ninguna parte es tan respetable como en un palacio. Allí en la calma se pesan las mas grandes cosas. Allí se puede vivir tranquilo, feliz y contento, cuando se hace sin ostentacion todo lo que se debe, y se sabe sustraer del contagio de las cabezas frívolas y ligeras. Puede uno ilustrarse en todas partes y en todos tiempos. Si no se puede retroceder sobre sus pasos y volver á comenzar una nueva carrera, es al menos prudente emplear el tiempo que resta, á no ser que aquel hombre que pudiera hacer brillar la linterna de la verdad, no quiera mas bien contentarse con el brillo pasajero de la luciérnaga.

La soledad nos hace al fin superiores á todos los acontecimientos y á todas las miserias de la vida. El que no es feliz por las riquezas, las orjías y la grandeza, puede con un libro en la mano olvidar todos sus tormentos á la sombra de cada árbol. En la soledad gusta infinitamente mayor placer, un placer mas variado, mas puro; un placer siempre vivo, siempre renaciente. En su gabinete, su espíritu toma nuevas fuerzas. El empleo que hace de él, le da el sentimiento agradable de su existencia, y de lo que puede ser un dia, si lo quiere. Si sus miras son grandes, sus inclinaciones puras, sus placeres en la soledad vienen á ser por lo

misimo mas grandes ; y aprende á temer siempre mas el veneno que los aduladores le ofrecen, y á despreciar siempre mas las diversiones ociosas y frívolas.

El que huye de los hombres para ganar su amor y su reconocimiento, el que se levanta con el sol para vivir con los muertos no está, sin duda, engalanado desde el principio del dia. Sus caballos reposan en el pesebre, y su puerta está cerrada al hombre ocioso. Pero estudia al hombre y á la humanidad sin perder jamas de vista al mundo. Todo cuanto ha aprendido y experimentado es examinado. Cada observacion hecha en el mundo le confirma una verdad, ó refuta una preocupacion. Todo es descubierto allí, despojado de su falso resplandor y representado en su estado natural. La verdad en el comercio marcha siempre vestida ; aqui se muestra desnuda. ¡ Ah ! ¡ que uno se encuentra bien desde que está en una situacion en que no se ve obligado á mentir !

Estos placeres de la soledad son compatibles con todos los deberes públicos, porque ellos mismos son el ejercicio mas noble que uno pueda hacer de sus facultades para el bien público. ¿ Dónde seria un crimen honrar la verdad, adorarla y amar el decirla ? ¿ Seria un crimen tener algunas veces el atrevimiento de anunciar públicamente lo que un hombre ordinario no piensa sino temblando, y preferir una libertad generosa á una continua servidumbre ? ¿ No es por el conducto de los escritores que la verdad se esparce entre el pueblo y parece á los ojos de los grandes ? ¿ Los buenos escritores no inspiran el valor de pensar ? ¿ La libertad de pensar no es causa de los progresos que hace la razon ? Es precisamente por eso que quiere uno libertarse en la soledad de las cadenas que lleva en el mundo. Es precisamente por eso que el pensador solitario dice atrevidamente lo que acaso en la sociedad no se atreveria á aventurar sino con precaucion. La cobardía no penetra en la soledad. El que no teme retirarse bajo sus sombras

apacibles, no se acostumbra en ninguna parte á mirar tan fijamente el orgullo y la insolencia de los grandes, y á arrancar al ciego despotismo la máscara que le cubre.

La soledad procura placeres sublimes que jamas se pierden, al ménos mientras el alma no habita en un cuerpo enteramente marchito. Estos placeres dan serenidad en todas las circunstancias de la vida, consuelo en todas las desgracias, jamas se agotan, y se hacen al fin una necesidad tan urgente como lo es para el mundano desazonado, su inaccion, su avidez en correr tras los placeres despreciables que busca de puerta en puerta, y en ninguna parte encuentra. Ciceron dijo de estos placeres del espíritu: « Nutren la « juventud, regocijan la vejez, aumentan la felicidad; son en las « adversidades nuestro consuelo y nuestro recurso; nos recrean « en casa, y no son una carga por defuera; nos abrevian las noches, nos acompañan en nuestros viajes y en el campo. Las « bellas letras, dice Plinio el jóven, son mis amores y mi consolacion; nada conozco que sea mas agradable, no hay adversidades « que no ablanden. En las inquietudes que me dan las indisposiciones de mi mujer, las enfermedades de mis domésticos y la « muerte de algunos, no encuentro socorro sino en mis estudios; « aunque sienta la grandeza del mal, no obstante todo se me hace « mas soportable. »

La soledad sola conserva este amor á las bellas letras, á la filosofia y á todo lo que ocupa agradablemente el espíritu en la tranquilidad. Es imposible que el gusto se conserve entre todos esos importantes, mientras muchos de ellos hablan de esto las mas veces con desprecio, y os dicen siempre con una carcajada de risa: « ¡Yo nada sé de eso! » La habitud de pensar, de ver modos de hacer nuevas observaciones, de adquirir nuevas ideas es un recurso continuo para el que se cree enriquecido en cada observacion, y sabe sacar partido de todas sus ideas. Cuando Demetrio tomó la ciudad

de Mégara, y todo fué saqueado por los soldados, hizo venir al filósofo Stilpon, y le preguntó si en el tumulto no habia perdido nada. «No, respondió el filósofo, porque cuanto tengo está en mi cabeza.»

La soledad es el canal de donde sale todo lo que se oculta en el comercio. Allí se alivia el corazon si se puede y si se quiere escribir. A la verdad, no siempre escribimos, por que somos solitarios; mas es menester que lo estemos, cuando queremos escribir. El que quiere filosofar ó hacer un poema, debe tener una entera libertad; es menester que no oiga gritar á cada instante á sus hijos ó llamar á su puerta; es menester que desde la mañana no parezca su doméstico cien veces ante él, y le entregue veinte tarjetas. Es menester que se le deje solo. Es menester que siga todos los movimientos de su cabeza, que puede ponerse donde quiera y cuando le agrade, al aire ó en su casa, á la sombra de un árbol coposo ó en su silla. Para escribir con fruto, es menester sentir en su alma una necesidad irresistible, un impulso inevitable; poder entregarse á su gusto y á su ardor sin incomodidad, sin ostáculos. Si no se reunen todas estas calidades, está uno siempre interrumpido; es menester quedar en reposo hasta que se sienta la presencia de Dios y se pueda vencer todos los inconvenientes, romper todos los hierros. Jamas se escribe bien sin una vocacion interior, sin espiar los instantes en que la cabeza está libre y el corazon ardiente. Es menester ser escitado por un aspecto mas vivo, reanimado por sentimientos mas nobles, armado con el desprecio de los embrazos: entónces se hará un poderoso esfuerzo; los pensamientos, las espresiones vendrán á presentarse bajo la pluma. Ya no se preguntará á sí mismo: ¿Debo escribir ó no? Es menester escribir, aunque se arruine su fortuna, su familia; se pierda el amor de los amigos, el favor de los grandes y todo cuanto se posee.

Petrarca sentia esta vocacion interior cuando se arrancó de la mas viciosa y mas corrompida de todas las ciudades de su tiempo,

de la ciudad de Aviñon, donde los papas habian trasladado la santa silla. Aunque honrado de la proteccion del santo padre, de los príncipes y cardenales, jóven aun y lleno de un noble ardor, se des-terró de esta corte brillante, y fué á seis leguas de Aviñon, á su famosa soledad de Vacluse, donde no tenia mas que un criado para su servicio, y no poseia mas que una casita y ún jardinsito. Enamorado de la belleza de esos lugares, hizo trasportar allí todos sus libros y vivió muchos años. Allí es donde todas sus obras han sido acabadas, principiadas ó bosquejadas. Petrarca ha escrito mas en Vacluse que en todos los otros lugares de su residencia. Pero limó allí continuamente sus obras y estuvo muy largo tiempo sin poder resolverse á hacerlas publicar. Virgilio llama innoble y oscuro el tiempo desocupado de que gozó en Nápoles. Mas en este tiempo escribió sus *Georgicas*, la mas perfecta de todas sus obras, la que descubre, en cada verso, que Virgilio supo que escribia para la inmortalidad.

Todo grande escritor tiene este noble presentimiento, y echa esta mirada entusiasta hácia la posteridad. El que no es sino el bueno pide una menor recompensa, y algunas veces obtiene lo que pide. Empero es menester que el uno y el otro se separen de los hombres, que busquen bosques y sombras frescas y entren en si mismos. Asi todo lo que hacen y todo lo que obtienen es un efecto de la soledad. Conviene que el amor de la soledad ocupe é interese toda su alma, si quieran producir alguna cosa que llegue á la posteridad, ó que sea digna de la atencion de los sabios contemporáneos. Todo cuanto puede un profundo sentimiento sobre un escritor es debido á la soledad. Allí reve y recoge todo lo que en el mundo le ha hecho impresion. Allí afila sus armas contra la antigua preocupacion y la estúpida opinion. Las faltas de los hombres inspiran moral al escritor, y el deseo de corregirles le eleva el alma, tanto cuanto á muchos otros el de complacerles. Mas el deseo de la in-

mortalidad es el último que un gran escritor pueda permitirse. Ninguno lo puede si no tiene el genio de Bacon, y si en su género no escribe tan bien como Pascal y Fenelon; si no está en estado de producir como ellos las grandes obras que pasan á la posteridad. Ved ahí los únicos que pueden decir: nos sentíamos animados por aquel dulce y consolante pensamiento de que se hablaría aun de nosotros cuando ya no existiéremos; por aquel sordo y voluptuoso ruido, que nos hacía oír de la boca de alguno de nuestros contemporáneos lo que dirían un día de nosotros los hombres, para cuya instruccion y felicidad nos hemos sacrificado, á quienes hemos amado, estimado, aunque no hubiesen nacido aun. Sentíamos desenvolverse en nosotros aquel gérmen de emulacion que quiere sustraer á la muerte la mejor parte de nosotros mismos, que arranca á la nada los solos momentos lisonjeros de nuestra existencia.

A la débil luz de una lámpara, como sobre el trono ó como sobre un campo de batalla, el amor á la gloria engendra acciones cuya memoria no se borra con nosotros, ni se sepulta con nosotros en la tumba. El medio día de la vida es entónces tan hermoso como su aurora. « Los elogios que reciben las almas fuertes y « enérgicas, dice Plutarco, no hacen mas que apurar y avivar su « emulacion. Semejante á un torrente rápido, la gloria ya adquirida los arrastra irresistiblemente á todo lo que hay de grande y « de hermoso. Jamás se ven como suficientemente recompensados. « Sus acciones precedentes no eran sino una prenda de lo que se « debía aun esperar de ellos; se avergonzarian de no vivir fieles á « su gloria, y de no hacerla mas ilustre aun por mayores acciones. »

El que no experimenta mas que disgusto recibiendo una vana aprobacion, un insipido cumplimiento, siente su corazon abrazado de un vivo ardor viendo con qué entusiasmo dijo Ciceron: « ¿ Por « qué queremos disimular lo que no es imposible ocultar? ¿ Por qué

« no nos hacemos mas bien un honor de confesar francamente
« que aspiramos todos á la gloria, y que las almas mas nobles son
« aquellas en quienes esta inclinacion tiene mas fuerza? Los filóso-
« sos mismos que escriben sobre el desprecio de la gloria, ponen
« sus nombres á la cabeza de estos libros, y prueban que, predi-
« cando el desprecio de una grande fama, ellos mismos descan
« que se les nombre y que se les alabe. La virtud no pide otra
« recompensa por todos los trabajos que se toma, por todos los
« peligros á que se espone. ¿Qué le quedaria si se le privase de
« este premio lisonjero en esta vida tan corta y tan miserable? Si
« el alma no tuviese un presentimiento de lo venidero, si no diese
« á sus pensamientos limites mas estendidos que los estrechos de
« esta vida, no emprenderia trabajos tan penosos, no se espon-
« dria á tantos cuidados y vigiliass, no iria tan frecuentemente hasta
« exponer su vida. Pero los hombres mas virtuosos llevan en sí
« mismos una inclinacion noble é irresistible, que les atormenta
« noche y dia con el deseo de la gloria, y lleva á las almas mas
« enérgicas á no abandonar enteramente en la generacion presente
« la memoria de su nombre, sino á hacerla llegar á la posteridad
« mas distante. Nosotros todos los que servimos al estado, que
« cada dia nos exponemos á peligros por él, ¿querriamos pasar
« nuestra vida entera sin tener un solo momento de tranquilidad,
« y creer cobardemente que todo lo perdemos perdiendo la vida?
« Cuando tantos grandes hombres han tenido cuidado de dejar á la
« posteridad las facciones de sus rostros esculpidos en el mármol
« y en el bronce ¿no debemos mas bien desear dibujarle nuestro
« espíritu y nuestro corazon? En cuanto á mí, al ménos, en todo
« todo lo que he hecho he creido sembrar para lo venidero y es-
« pareir en todo el universo el recuerdo eterno de mi nombre. Que
« despues de mi muerte sea sensible ó no á mi gloria, me importa
« poco; mas hoy gozo de esta lisonjera esperanza.»

Ved aquí el entusiasmo que se debiera inspirar á los hijos de los grandes. ¡ Ah ! si alguno fuese bastante feliz para encender esta generosa llama en sus tiernos corazones y fortificarles de este modo en una aplicacion sostenida, ¡ cómo los veria huir de los placeres perniciosos de la juventud ! ¡ cómo los veria entrar noblemente en la carrera de los héroes ! ¡ Qué acciones no harian esperar ! ¡ qué gloria ! ¡ qué luces ! Para elevar el espíritu de los grandes basta inspirarles aversion por todo lo que es pequeño, disgusto por todo lo que enerva el cuerpo y el alma ; alejar de ellos los aduladores viles y despreciables, que no les persuaden sino los placeres de los sentidos, y no buscan fortuna y crédito cerca de ellos sino aficionándoles al crimen, rebajando á sus ojos todo lo que es grande, y haciéndoles sospechoso todo lo que es bueno. El deseo de estender su gloria por acciones, y aumentar su crédito por su dignidad interior y su grandeza de alma, tiene ventajas que no dan el nacimiento ni el rango ; que ni aun se adquieren jamas sobre el trono, sin virtud y sin tener los ojos fijos continuamente en la posteridad.

Nadie siembra tanta semilla para lo futuro como el escritor animoso que se atreve á herir el amor propio de sus conciudadanos y dibujar sus preocupaciones y sus disparates con rasgos picantes é indelebles. No escribe para ellos, pero lo que escribe puede obrar en sus hijos, en los hijos de sus hijos y acaso hacerles sabios. Una instruccion juiciosa, un grande ejemplo, una gloria merecida producen su efecto, cuando se ve en la tumba al hombre de mérito que la envidia persigue hoy. ¡ O Lavater ! olvidará uno las almas bajas y corrompidas que no hacen sino vegetar un instante para desaparecer para siempre ; mas á tí se te amará, se te honrará, se olvidarán tus debilidades, pues que en efecto sin ellas no habrias sido tan grande, y no se verá sino lo que te distingue de los otros ! Por la riqueza de tu lenguaje, por la osadía con que creas y re-fundes palabras, por la sólida brevedad de tu estilo, y el cuadro

tocante de las costumbres y debilidades humanas, tus fragmentos sobre la fisonomía, como lo predijo el autor de los caracteres de los poetas y prosadores alemanes, llegarán hasta la posteridad mas remota, como uno del pequeño número de los originales alemanes hechos para honrar nuestro siglo. Nadie sabrá entónces que Lavater, aquel genio que ha descubierto nuevas verdades, que se ha creado un lenguaje tan rico, creía en los juegos de pasa pasa de Gamer.

Tal es la gloria que espera á los grandes escritores. Lo que Ciceron esperó con tanto entusiasmo, sucedió. La aprobacion que Lavater presentia, á pesar de todas las injurias con que se le abrumaba en Suiza y en Alemania, la tendrá su fisonomía. Mas si Ciceron no hubiese sido sino cónsul, y Lavater taumaturgo, quedaria poco del uno y del otro en los archivos del tiempo, que traga lo comun, y no guarda para la eternidad sino lo que es digno de la eternidad.

Las invectivas del vulgo, la cólera del bello espíritu irán á chocar inútilmente contra aquellos nombres célebres, y contra todos los que se propongan imitarles. ¿ Por qué, se le dirá al chistoso insípido, quieres interpretar todo lo que escribo miéntras que mis mas hermosos rasgos resbalan por tu alma y no producen sino ideas mezquinas? ¿ Quién eres tú? ¿ Con que título pretendes ser aquí el archivero de la tontería y el guia de nuestro gusto? ¿ Dónde están tus escritos? ¿ Cuándo y dónde se ha nombrado tu nombre á la nacion? ¿ Cuántos de sus mas grandes hombres tienes en el número de tus amigos? ¿ En qué pueblo lejano se sabe que tú existes? ¿ Por qué predicas siempre tu *nihil admirari*? ¿ Por qué quieres marchitar todo lo que hay de bueno, de grande, de sublime, sino es porque sientes tu pequeñez y pobreza? ¿ Buscas la aprobacion de una multitud débil é indiscreta, porque por otra parte nadie te estima? Si desprecias una alabanza durable, porque nada quieres

hacer tú de loable, el nombre que quieres ridiculizar, quedará, y el tuyo será olvidado.

El deseo de la gloria es muy natural y muy permitido con gentes tan poco sensibles y juiciosas. Mas no es á ellas á quienes se llama; es á las cabezas reflexivas é imparciales, á aquellas almas virtuosas y desconocidas para quienes únicamente se ha arrancado uno de la multitud, y cuyo corazon se abre con sinceridad á un escritor, cuando ven con qué confianza desea descubrirse á él. Es para obtener su aprobacion sola, que huye á la soledad. Despues de los que escriben sus nombres en los muros y planchas de vidrio, nadie me parece ménos hecho para la gloria, que el que escribe únicamente para la ciudad en que vive.

Mas un escritor que tiene corazon y alma, sabe que los hombres imparciales y racionales de todo el universo, tienen para juzgar de un buen libro, otros principios que sus conciudadanos. Aquellos preguntan : « ¿El libro tiene relacion al hombre ? ¿ Tiene un objeto útil y moral ? ¿ Obra sobre el espiritu y el sentimiento ? ¿ Está escrito atrevida y libremente ? ¿ Eleva el alma ? ¿ Lleva en todo el sello de la sinceridad y de la honestidad ? ¿ No ridiculiza nada bueno y grande ? ¿ reina en él un tono serio al lado de la agudeza, del chiste y de la alegría ? ¿ encierra verdades nuevas y útiles ? Si hace nacer sentimientos nobles, resoluciones generosas, nuestro juicio está fijado : el libro es bueno, y su autor es un maestro.

En el comercio ordinario del mundo, en aquel comercio de la lisonja y de la falsedad donde cada uno engaña y es engañado, parece bajo una forma fingida, atestigua una estimacion que no siente, y da alabanzas para recibirlas, se inclina una delante del hombre que mas desprecia, y se llama á cada loca *vuestra gracia* (1). Mas el que se separa de aquel círculo de la mentira, no

(1) Tratamiento que se da en Alemania á las personas de calidad.

pide cumplimientos, ni los hace á quien no los merece. Mil de estos visajes honestos con que se nos honra en la sociedad son nada en un comercio tranquilo con un amigo que nos inspira una noble osadía, nos hace insensibles á todas las injusticias, nos impulsa en la carrera del verdadero honor, y el mismo nos acompaña en ella.

¿Qué son todas las charlas y habladurías de las sociedades comparadas con el precio de la felicidad doméstica, que se gusta en el comercio de una mujer amable que despierta las fuerzas dormidas de nuestra alma; que nos da mas vigor y energía que nosotros mismos no tendríamos; que en la ejecucion de nuestros proyectos nos hace vencer todas las dificultades por su influencia y su aprobacion; que nos inspira por la elevacion de sus ideas y la sublimidad de sus sentimientos; que pesa y examina con una penetracion juiciosa todo lo que pensamos, todo lo que hacemos, todo lo que somos; que ve todos nuestros falsos pasos; que nos advierte siempre seriamente, nos reprende con amor; que por una comunicacion afectuosa de todas sus observaciones y de todos sus pensamientos nos da nuevas luces, y por la inclinacion de su corazon hácia el nuestro, nos anima siempre á nuevas virtudes; que acaba de pulir nuestro carácter por la dulce atraccion de su amor y la conformidad deliciosa de sus sentimientos?

En un tal comercio todo lo que hay de noble en nosotros se conserva, y lo malo se disipa. Nuestros conciudadanos nos ven como debemos ser en público y no como somos en la soledad. En el mundo se presenta siempre el lado plano afuera, y se oculta el cortante angular. Por este medio se pasa sin herir á nadie y los hombres encuentran placer con nosotros (1).

(1) Lo material hace el primer mérito del hombre, me escribió una vez un grande hombre, y uno de mis amados y mas respetables amigos de Alemania; y para vivir en paz se debe uno guardar de hacer apercibir la otra parte de sí mismo.

Mas nos mostramos otros á nuestros conciudadanos que á nuestros contemporáneos. Allí, al traves de lo bueno, nuestras faltas parecen tambien ; porque nuestros escritos prueban las mas veces contra nosotros si somos sinceros. ¡ Qué consolante es esta idea para nuestros amados conciudadanos, entre quienes nuestro elogio retumba acaso, y se ven obligados á conceder que hay en el mundo hombres que hacen algun caso de nosotros ! Es verdad que somos algunas veces una singular mezcla de virtud y de pasion, de elevacion y debilidad, ¿ y por qué lo ocultáramos ; nuestras debilidades van á la tumba con todo lo que hay de terrestre en nosotros, caen con el cuerpo que las producía. La mas noble parte queda si se ha obrado alguna cosa : nuestros escritos son el bien que dejamos muriendo.

Independientemente de este entusiasmo, queda al escritor en la soledad un placer, que nadie puede quitarle y que vale mas que todos los honores del mundo.

No se ocupa solamente de lo que producirá su obra, porque es menester aun que la acabe ; ¡ y cuántos gozos deliciosos, cuántos dias serenos le procura este trabajo ! Escribiendo, ¡ qué placer mana ya de una atencion sostenida y del tranquilo entusiasmo que á ella está ligado ! ¡ Cuántos pesares son desterrados por esta ocupacion ! ¡ cuántos dolores olvidados ! ¡ Ah ! no daría yo una sola hora de tranquilidad por todas las ilusiones lisonjeras de una gloria eterna de que Ciceron estaba siempre embriagado. La tranquilidad en medio de padecimientos continuos es un goce que aplica el alma con razon al momento presente ; pero que la hace tambien capaz de todo lo que hay de bueno, y la eleva allí. El placer interior de haber al menos producido aun alguna cosa, cuando se creía que no se podía ya producir nada absolutamente, es desconocido al hombre sano porque tiene confianza en sus fuerzas. Mas para todo escritor enfermo, una dificultad vencida, una disposicion bien

tomada, una proposicion clara, una version rica y elegante, un período armonioso, una palabra feliz, son un bálsamo saludable y bienhechor, un contraveneno de la melancolía, y una de las mas preciosas ventajas de la soledad. Estas ventajas son infinitamente superiores á aquellos sueños, á aquellos pensamientos del honor y de la gloria despues de la muerte. ¡ Ah ! ¿ quién no renuncia de buena gana por un tal goce aquel entusiasmo contra el cual nuestra razon tiene tantas objeciones poderosas que hacer, y que no parece verdaderamente satisfactorio sino tanto cuanto no goza uno de toda su presencia de ánimo ?

Bastarse á sí mismo sin ningun socorro extranjero, pasar en un trabajo, que acaso no será del todo inútil, horas que la tristeza, el pesar, arrancaban ordinariamente de nuestra vida ; ved ahí la mayor ventaja de la vida de autor, y esta ventaja me satisface sola y enteramente. ¿ Quién es el que no tiene placer en la calma, al ver lo que puede hacer en una sola tarde, mientras que doscientos carruajes ruedan por su calle, y hacen temblar los muros de su casa ?

Las singularidades de algunos escritores son algunas veces efectos y muchas veces ventajas verdaderas de la soledad. En un largo alejamiento del comercio de la sociedad se hace uno siempre ménos flexible y ménos blando. Mas aquel mismo que conserva los usos del mundo, no quiere verse obligado á mostrarse en sociedad del todo diferente de lo que es, y entónces toma la pluma por humor, no haciéndolo sino por aliviar una vez su corazon.

En esto es en lo que el escritor se engaña, dirá el mundo, y esta agradable manera de entretener á su lector no es hecha para contribuir á su placer y á su instruccion. Esta manera tiene por tanto su mérito ; nuestra literatura adquiere siempre por ella mas libertad ; se aleja de un modo de pensar servil y bajo, y mas apropiado á las necesidades del tiempo. Si la nacion no es aun todo lo

que sus mas grandes hombres querrian que fuese, puede llegar á serlo, si al ménos fuera del comercio se atropellan las antiguas preocupaciones, si la libertad de pensar crece siempre, y si en cada provincia se encuentran algunos autores filósofos que expongan francamente sus observaciones. Entretener á su lector no es otra cosa, á mi parecer, que decir libremente en sus escritos lo que en el comercio general no se puede decir con cortesía y con seguridad. Ved ahí lo que llamo libertad, tesoro inestimable de que goza cualquiera que vive en calma bajo un gobierno sabio y moderado.

En un tratado sobre el estilo, impreso en Weimar, un gentil-hombre parece elevarse fuertemente contra esta nueva manera. En honor de la soledad y de la libertad que la han producido, tendria muy bien alguna cosa que decirle, aunque esté de acuerdo con él sobre muchos puntos. Él querria una regla generalmente recibida para el estilo; y yo quiero la libertad de estilo en libros escritos para hombres de toda suerte de gusto. Él quiere que se tengan en la cabeza modelos extranjeros; y yo creo que uno mismo es su mejor modelo. Quiere que se busque un estilo extranjero, y yo querria que se hiciese propio cuanto fuese posible, no solamente su estilo, sino tambien todo su libro. Quiere él que el escritor no se muestre á sí mismo en su obra; y me parece tan permitido desarrollar públicamente el estado de su alma y hacer observaciones sobre sí mismo para el bien de otros, como dejar por testamento su cuerpo á un profesor de anatomía. Él quiere que se marche con paso medido; y yo no quiero aprender de otro cómo debo caminar. Él dice: que hoy es una rabia entre los escritores el dejar ver cuál era el tono de su alma cuando escribian; y yo no puedo ocultar jamas del todo, cómo me encuentro cuando converso con mis lectores. No parece querer que se haga como si se estuviese solo, cuando se escribe un libro; y las mas veces no escribo sino por poder decir una palabra solo.

En general este tratado sobre el estilo encierra una crítica verdadera y juiciosa; el fin, sobre todo, está lleno de ideas profundas y exactas. Solo este artículo me ha chocado, porque aunque todas las irregularidades, todas las extravagancias, las digresiones ridículas de nuestros bellos espíritus, me desagradan tanto como á este gentilhombre, creo, no obstante, que ésta manera de escribir libre y cómoda, que no se adquiere sino en la soledad, ha producido ya mas libertad que habia ántes y que esta libertad empleada con gusto y discrecion hará circular mas verdades útiles, que preocupaciones peligrosas pueden aun subsistir.

Las luces no han penetrado todavía en muchos lugares precisamente porque el estilo de las sociedades, la voz del pueblo y la opinion pública, siguen siempre una marcha uniforme. Cada uno mira y escucha siempre á su vecino. Nadie se aparta de la forma ordinaria. Los hombres del mundo, que saben apropiarse las ideas mas nuevas y mas sutiles de los extranjeros, están obligados á conservarlas para sí mismos y seguir la marcha general. Pero que nuestros escritores solitarios se acostumbren en el retiro á parecer sin temor ante el público; que vayan á estudiar la vida, las costumbres y el modo de pensar de todos los pueblos; que se atrevan á nombrar una vez con valor y arrogancia las cosas por su verdadero nombre; que en sus escritos hablen de todo cuanto es permitido hablar á un hombre racional; entónces la instruccion circulará poco á poco entre el pueblo, la filosofía de la vida se esparcirá y cada uno, en fin, se atreverá á pensar por sí mismo y sin consultar la opinion pública. Mas para esto es menester que nuestros escritores conozcan otro mundo que el de su universidad ó el de su pequeña ciudad. Es menester que estén formados por el comercio de hombres de todas naciones y de todos estados. No es menester que teman el comercio de los grandes, ni que huyan el de los hombres de una clase inferior. Empero es menester que

se retiren frecuentemente de todo comercio, que vivan solitarios las mas veces y largo tiempo ; que sepan renunciar á todos los placeres, á todos los lazos de la sociedad, y que, sobre todo, cesen de pretender la aprobacion del lugar de su morada, para no tener necesidad de escribir lo que no es, ó de ocultar lo que es.

Los alemanes encontraban una aspereza helvética de gusto y de estilo en todo lo que he escrito en otro tiempo ; y esta aspereza era sin duda una consecuencia de mi vida solitaria. Cuatro años ha que en el *Espectador de Thuringe* se me defendió con gracia y viveza contra reproches bastante graves : que yo era un filósofo caprichoso é hipocondríaco ; que nada alababa ; que veia casi siempre las cosas del lado malo ; que nada estaba á cubierto de mi crítica y de mi mordaz sátira ; que la nacion era demasiado modesta, demasiado honesta, demasiado delicada y demasiado tierna para leer cosa igual ; en una palabra, que los ingleses eran insoportables para la delicadeza alemana, y por consiguiente los suizos.

Pero me parece que se confunde el estilo del comercio con el de los libros. La aspereza es sin contradiccion descompasada en la sociedad, miéntras que al contrario la verdad desnuda en los libros, y de cuando en cuando en las cartas, da golpe algunas veces y hace efecto. « Yo soy casto, decia un poeta, pero mis versos no lo son ; » y de la misma manera se podria ser tambien cortes en el comercio y austero en sus escritos. ¿ Por qué escribir siempre como se habla, si jamas se habla como se piensa ? ¿ No es suficiente que en el comercio se quiera agradar á todo el mundo ; que, puesto una vez en sociedad, se someta uno sin escepcion á cuanto allí exige la cortesía, que ceda siempre, que no sostenga nada sin necesidad, que siempre deje hablar á los otros, y que parezca como si no fuese á ninguna parte sino para oir y aprender ? ¿ Muchos de los bellos espíritus no son insoportables en el comercio por lo mismo que creen que sus escritos son los últimos modelos de elegancia

y urbanidad? ¿No vale mas corregir en el comercio las faltas que se escapan á su pluma, que contener su pluma y jamas su lengua? ¡Ah! el que en el comercio es dulce y complaciente puede muy bien aventurar una vez en sus escritos una espresion atrevida y aun algo dura, y decir aquí ó allí una verdad con disfraz, cuando otros mienten á claras. Toda idea enérgica es desterrada del lenguaje de nuestra conversacion. Mas si la franqueza de un escritor fuese insoportable en el comercio, el lenguaje lisonjero del comercio seria tambien una chocarrería en un libro. Es menester que la verdad se diga. Que se acostumbre solamente á sentirla siempre en el trato, y á callarla tan frecuentemente como sea necesario. Que forme uno sus maneras en el mundo y su carácter en la soledad, y se verá luego donde se adquiere docilidad, y donde se adquiere libertad, firmeza, espresion, dignidad y nobleza.

La soledad da al espíritu elevacion y nobleza. El que no tiene el valor de sobreponerse á las preocupaciones y usos de la moda, el que no teme nada tanto como el reproche de la singularidad, que se forma y se conduce siempre por los otros, aquel ciertamente no tendrá jamas el valor de vivir solitario, si por lo demas nada le obliga á ello. Se ha dicho muy bien, que la soledad es indispensable para dar á nuestros pensamientos exactitud, solidez, firmeza y fuerza, como la sociedad lo es para darles riqueza, claridad y para aprender á hacer de ellos una feliz y sabia aplicacion.

Todas las impurezas con que la ociosidad mancha al alma vacía, desaparecen cuando el espíritu está ocupado de alguna cosa noble é interesante. Libre y tranquila el alma entónces siente mejor toda su energía, y despliega fuerzas que no conocia antes. La voluntad se fortifica en la soledad. Se exige allí de sí mismo mucho mas que en el mundo, porque se puede infinitamente mas en una tal situacion con esta libertad y tranquilidad; porque las ideas son allí mas estendidas, mas claras, mas luminosas con que se ven mejor las

cosas convenientes. Mas para esto no es menester que la tranquilidad del solitario sea una tranquilidad ociosa, un estado de atontamiento y estupefaccion; no basta estar mirando siempre á la ventana sin pensar en nada, ó pasearse gravemente en su gabinete, con una bata andrajosa y viejas chinelas. La tranquilidad exterior no eleva al alma; no la hace sentir toda su actividad, sino cuando está persuadida de que la soledad es para ella una necesidad. Solo entónces es que una libertad preciosa anima á la vez el espíritu, la razon y la imaginacion.

Un grande amigo mio me ha asegurado positivamente, que jamas sentia tanta necesidad de escribir, como en los dias de revista, en que para ver maniobrar un batallon, salian cuarenta mil hombres de una ciudad á pié, á caballo y en carruajes. Ha publicado excelentes obras sobre las ciencias; pero no ha escrito pedazos llenos de espíritu y de jocosidad sino en los dias de revista. Yo mismo, en mi juventud no me sentia jamas tan bien dispuesto á ocuparme de pensamientos serios sino los domingos por la mañana, cuando todos mis conciudadanos, ocupados en sus devociones, se fregaban y empolvaban para ir á la iglesia, y que á lo lejos, en el campo, oia el sonido agrio y chillador de una campana de pueblo.

Una interrupcion continua destruye todos los buenos efectos de la soledad. La turbacion impide recoger sus ideas; ved ahí porque un estado quita mas espíritu que lo da. Cada uno está obligado á ser en su empleo y en el mundo lo que se exige de él; en la soledad puede ser lo que quiere, y lo que es. Así que, si un filósofo juicioso, un hombre de genio no sigue exactamente en su estado todos los usos recibidos, se dirá de él: «Ese es un loco; no hace sino escribir libros,» ó bien: «Sus libros son buenos; pero él es un borrico.»

En la soledad se ataca á la preocupacion y al error con tanta fuerza y valor como un atleta combate con su contrario. Cuanto

mas se examine, y mas de cerca se examine, mas seguramente se verá y mas fuertemente se sentirá lo que se ha visto. Si el alma entra enteramente en sí misma, entónces se le hará mucho mas fácil obrar afuera con eficacia. Un hombre reflexivo é intrépido, retirado en su propio corazon, toma la verdad donde la ve, y por lo demas mira con una sonrisa tranquila y piadosa á los que se creen autorizados por allá á despreciarlo; ve sin desconcertarse, desenfrenarse la envidia y la preocupacion contra él; gritar en alta voz una multitud imbécil desde que abre su mano y suelta una de las verdades que encierra.

La soledad disminuye, si se quiere, el número de nuestras pasiones, porque de cien pequeñas hace una grande. No digo que ella no pueda tener sobre estas pasiones efectos peligrosos; pero, á Dios gracias, tambien tiene saludables. Si desconcierta las cabezas, las endereza tambien. Hace salir todo lo que está en nosotros: pero todo lo reune en uno. Sí, allí se siente y se aprende lo que son y lo que pueden las pasiones; ellas se elevan contra nosotros como olas irritadas, y quieren tragarnos; mas la filosofía las divide. Si no se cede sin batallar ántes, la virtud y la abnegacion dan una fuerza gigantesca; se arrancan árboles, se ablandan rocas. La virtud y la resolucion todo lo hacen posible, desde que se sabe que una pasion no es vencida sino por otra pasion.

La nobleza de alma adquirida en el comercio consigo misma es zelosa de su dignidad, aleja de sí todo lo que es innoble, en todas partes se separa de la mala sociedad. En vano una alma noble ve todo lo que la rodea revolcarse en la corrupcion, en vano oye decir por todas partes, que la sensualidad es una de las primeras necesidades del hombre, y que, para todo jóven que sabe vivir, es tan necesario entretenir muchachas desde su mas tierna juventud, como comer y dormir; siente, ve que la corrupcion hace á los hombres y á los jóvenes cobardes, insensibles á los encantos de

la virtud y de la honestidad; que destruye en ellos toda resolucion, los vuelve tímidos y pusilánimes en el peligro, y les impide emprender nada de grande. En el libertinaje el alma pierde toda su fuerza, todo su fuego, todo su entusiasmo y su amor á lo grande y lo hermoso. Por esto es que él quiere aun parecer con honor en el mundo, debe renunciar para siempre á la ociosidad. Desde que no agote ya sus fuerzas en la sensualidad, y que no quiera repararlas por escesos en el beber y comer, no tendrá ya necesidad de tomar temperamento tan frecuentemente, ni de andar á caballo todo el dia. Para todos los hombres, sin escepcion, hay siempre alguna cosa que aprender. Se desea tener un rango distinguido en el mundo, jamas se llegará á ser grande sino por su grandeza personal. Quanto mas ejerciteis en la tranquilidad las fuerzas de vuestro espiritu, tanto mas se percibirá que lo teneis. ¿La sensualidad seria vuestra ocupacion favorita? ¡Ah! sabed que nada puede vencerla tan fácilmente como una emulacion continua por grandes y bellas acciones, como el odio de la pereza y de la inutilidad, como el estudio de las ciencias, un freeuente comercio consigo mismo y una nobleza de alma que mira con desden todo lo que es vil y despreciable.

En la soledad es donde esta generosa arrogancia se muestra con su grandeza y dignidad: en ninguna parte obra tan libremente la pasion por las grandes cosas. La misma pasion que llevaba á Alejandro al Asia cerró á Diógenes en su tinaja. Heráclito dejó el trono para entregarse á la investigacion de la verdad. El que quiere que sus meditaciones sean útiles al mundo debe haber visto al mundo, mas sin haber tomado mucho gusto en él, ni haber permanecido allí largo tiempo. El mundo enerva y quita todo el vigor. Al cabo de algunos dias César se arrancó de Cleopatra, y se hizo el señor del mundo. Antonio la tomó por dama, estuvo siempre en sus brazos y por su molicie perdió la vida y el imperio del universo.

La soledad, cierto, inspira fácilmente al alma ideas exaltadas é incompatibles con la vida actual. Mas el amor de las grandes cosas y una pasión viva y ardiente, muestran al solitario la posibilidad de sostenerse sobre alturas que harían dar vueltas la cabeza del mundano. Todo lo que le rodea al solitario estiende el espíritu, inflama el corazón, eleva al hombre sobre sí mismo, siente que es inmortal. Al ver la vida del hombre del mundo, se diría que cada día debe ser el último de su existencia. La soledad recompensa todas las privaciones, mientras que el mundano lo cree todo perdido si falta á la asamblea ó al club, ó si no corre á admirar al jugador de cubiletes, cuyo cartel ha leído, al saltador desconocido, á los hombres que muestran animales extranjeros.

Jamás puedo acordarme, sin sentir en el alma un calor delicioso, el pasaje donde Plutarco dice : « Yo vivo enteramente en la historia « y mientras contemplo los cuadros que me ofrece, mi espíritu se « embelesa en las imágenes de los mas grandes y virtuosos hombres. Si el comercio de los hombres, que es menester necesariamente que vea, produce en mí alguna cosa de corrompido, de « vicioso, deshonesto, procuro entre tanto deponerlo y deshacerme « de ello. Mi alma se aleja de todo eso, y libre de toda pasión innoble, me inclino fuertemente á todos aquellos grandes ejemplos « de virtud que son tan dulces, tan satisfactorios, y que se convienen « tan perfectamente con nuestra naturaleza. »

El alma aficionada por la soledad á estas grandes imágenes, olvida todo cuanto la atraía hácia la tierra, va siempre subiendo y echa con desden la vista sobre lo que la encadenaba en el mundo y tendía á abatirla y enervarla. A esta altura, sus necesidades y sus fuerzas se desenvuelven. Acaso cada hombre puede mas de lo que hace. Por esto es prudente y glorioso dirigirse á todo aquello de que no se siente uno del todo incapaz. ¡ Cuántas ideas dormidas despiertan ! ¡ Entonces cuántas impresiones antiguas, que se creía

olvidadas, reviven y se presentan bajo nuestra pluma! Siempre podemos mas de lo que creemos con tal que no cesemos de ejercitarnos, con tal que la pasion encienda el fuego, que la imaginacion lo entretenga y que la vida nos parezca insoportable, desde que no nos sintamos ya animados de este dulce calor (1).

Un estado sin pasion es en la soledad, como en todas partes, la muerte del alma. Durante muchos años, enfermedades y padecimientos inesplicables me ponian por intervalos en este estado horrible, desde que no respiro ya el aire de la Suiza. Cuando al rededor de mí, todos los hombres á quienes mi estado interior era desconocido, creian que estaba irritado y que me armaba de lanza y broquel, pasaba tranquilamente mi camino, y me entregaba con todo mi corazon y con cuidado á mis ocupaciones benéficas. Cuando la cólera contra mí era general, yo permanecia insensible y guardaba silencio; estaba enfermo, tenia el corazon herido de dolor, estaba abrumado por la desgracia doméstica que aprisionaba todos mis pensamientos, y me hacia insensible á toda otra cosa. Durante años enteros estuvo mi cabeza como una piedra; estaba muchas horas al dia sin poder pensar; decia muchas lo contrario de lo que queria decir; no tomaba casi ningun alimento, no podia soportar nada de lo que fortifica á los otros, creia caer á cada paso y padecia todos los martirios del infierno cuando me sentaba y escribia. Nada de cuanto veia en el mundo me interesaba, escepto el objeto de mi tristeza, que encerraba en mi ensangrentado corazon.

La pasion no nace sino en el instante en que los órganos cor-

(1) La fuerza de las pasiones, dice un grande filósofo, es la única que puede contrarestar en nosotros la fuerza de la pereza y de la inercia, arrancarnos del reposo y de la estupidez hácia que gravitamos sin cesar y dotarnos, en fin, de aquella constancia de atencion á la que está adherida la superioridad del talento.

porales son capaces de ejecutar todo lo que por otra parte está en el carácter. No es menester que los órganos estén obstruidos, si el alma que debe obrar no obra sino por órganos. En la soledad como en el mundo el alma no es activa y emprendedora, sino cuando no está ya detenida por estos agentes subalternos. ¿Por qué no está siempre en nuestro poder el vivir solitarios y á nuestro gusto, pues que es verdad, que la soledad hace feliz en toda edad, y hace siempre marchar hácia ideas grandes y fecundas? ¡Cuánto se apasionaria la juventud de la soledad si pudiese sentir y creer cuan grandes ideas, sentimientos sublimes y conocimientos profundos podia adquirir allí desde sus mas tiernos años! Una sabia vejez encuentra en la soledad sus dias mas gozosos. Allí se piensa mas grandemente que en el mundo. En la calma vemos las cosas como deben ir; en la sociedad cómo van. Reflexiones no interrumpidas, profundas meditaciones, inspiran todo lo que los hombres producen de mas grande. En el mundo el espíritu se evapora por una atencion continua en pequeñas cosas. Es menester, al contrario, que la soledad tenga un encanto bien poderoso; pues que muchos hombres olvidaban allí todos los cuidados de la vida, aprendian á despreciar todo lo que pertenece al polvo; por ella dejaban su casa baldía, abandonaban sus tierras á la zizaña, y á la presa de los animales.

En general, se pierde toda estimacion á las cosas pequeñas desde que se siente entusiasmo por las grandes. Por eso es que el buen sentido vale mucho mas que el genio para los pequeños negocios. Las ocupaciones diarias aniquilan este entusiasmo; pero nada lo restituyé como la soledad el tiempo desocupado y la libertad. Tampoco hay otro recurso para el filósofo observador, para el escritor profundo, cuando están comprimidos por todo lo que les rodea. Mal entendidos, burlados con desprecio, su alma cae enferma bajo esta compresion general. Está ya medio muerta;

porque ¿para qué le serviría escribir alguna cosa distinguida, donde están persuadidos de antemano que cada uno los ridiculizará desde que sepa de quién viene? El deseo del honor muere donde ya no se espera. Pero quitad este observador, este escritor de la multitud, dadles tiempo desocupado, libertad, papel y tinta, y están vengados; lo que escriben, naciones enteras lo leerán. Una infinidad de buenas cabezas no quedan siempre mediocres en sus estados, sino porque se hacen lánguidas en ocupaciones que no les obligan á pensar, y que por lo mismo valen mas para un ignorante, que para un filósofo.

La soledad pone todo en su lugar. Allí se regocija uno de poder pensar, de complacer á tan pocos hombres al rededor de sí, y por consiguiente de tener tanto tiempo para sí. Este odio general es frecuentemente una felicidad digna de envidia. Seria una verdadera maldiccion para el que puede obrar alguna cosa buena en la calma, si se le amase generalmente y que por consiguiente cada uno quisiese visitarle, llamarle á comer y que en todas las reuniones se preguntase: ¿No viene? Mas, por lo ordinario, no son estos hombres á quienes se distingue y se quiere. Jamas tampoco se encoleriza toda una multitud contra un hombre ordinario. Confesadlo, pues; hay alguna cosa de grande en este hombre contra el cual gritais todos, á quien cada uno de vosotros tira la piedra, á quien se buscan mil ridiculeces, á quien se imputan mil crímenes sin poderle probar uno solo. La suerte del hombre de talento desconocido es mucho mas digna de envidia. Entónces se le deja solo; y como le parece natural que no se le oiga jamas, jamas se espanta tampoco de que se juzgue siempre mal todo lo que hace y todo lo que dice, y que los esfuerzos de sus amigos para enderezar los juicios del público con respecto á él, sean siempre inútiles.

Tal fué entre la multitud la suerte del famoso conde de Schaumbourg-Lippe, mas conocido por el nombre de Buckebourg. Jamas

he visto en Alemania hombre mas mal comprendido y mas ridiculizado, y no obstante su nombre merece ser citado entre los mas grandes nombres alemanes. Le conocí en un tiempo en que vivia casi siempre solitario y retirado del mundo; pero gobernaba su pequeño estado con mucha sabiduría. Tenia, á la verdad, alguna cosa chocante á primer golpe de vista, y esto era lo que impedia poner atencion en su mérito interior. El conde de Lacy ántes embajador de España en Petersburgo, me ha contado, en Hanover, que habia sido general en el ejército español contra los portugueses á quienes mandaba el conde de Buckebourg, y que el exterior de este conde habia chocado tan fuertemente á todos los generales españoles cuando le descubrieron con sus anteojos, que todos exclamaron : ¿ « Qué, los portugueses son comandados por D. Quijote ? » Mas este conde de Lacy, hombre de mucho talento, me habló con mucho entusiasmo de toda la conducta del conde de Buckebourg en Portugal, y de la grandeza de su espíritu y de su carácter. Es verdad que tenia de lejos un aire romanesco, á causa de su continente heróico, de sus cabellos flotantes, de su cara flaca y larga, y sobre todo á causa de la anchura extraordinaria del óvalo de su cabeza, que podia sin duda recordar un poco á D. Quijote. Mas de cerca se veia y se pensaba de otro modo. Rasgos vivos y animados anunciaban su elevacion, su penetracion, su finura ; la dulzura, la bondad y la serenidad de su alma. Sentimientos elevados y pensamientos heróicos le eran tan fáciles y tan naturales como al mas grande de los griegos y romanos. El conde nació en Lóndres, y era sin duda bizarro. Hay pocos tal vez que sepan lo que me contó un grande príncipe aleman, pariente del conde Guillermo, que queria disputar con los ingleses en todo. Apostaba, por ejemplo, que iria á caballo de Lóndres á Edinburgo con la espalda vuelta, es decir, que la cabeza del caballo estaria vuelta hácia Edinburgo, y la del conde hácia Londres. Así recorrió á

caballo algunas provincias inglesas. No solamente viajó á pié una parte de la Inglaterra, sinó que con un príncipe alemán atravesó tambien muchas provincias de mendigo. Se le habia dicho que en algunas partes, abajo de Regensburg, el Danubio era tan rápido que nadie habia podido atravesarlo á nado; él nadó tan léjos, que costó trabajo el salvarlo. Uno de los mas grandes hombres de estado, y un filósofo muy profundo en Hanover me ha contado, que en la guerra en que el conde mandaba la artillería en el ejército del duque Fernando de Brunswick contra los franceses, invitó un dia á algunos oficiales de Hanover á comer en su tienda. Cuando toda la compañía empezó á alegrarse, muchas balas de cañon pasaron por sobre la tienda. Los oficiales dijeron : « Sin duda que los franceses no están léjos. — No, replicó el conde, los franceses están léjos de nosotros ; » y rogó á estos señores continuasen comiendo. Luego vinieron algunas balas que rosaron lo alto de la tienda. Los oficiales se levantaron entónces, diciendo : « Los franceses están aquí. — No, dijo el conde, los franceses no están aquí : así que permaneced sentados, señores, y creedme sobre mi palabra. » Las balas venian siempre. Los oficiales comian y bebian tranquilamente, y en secreto contemplaban esta fiesta singular. En fin, se levantó el conde, y les dijo : « Señores, he querido mostraros cuanto puedo contar con mi gente de artillería ; porque les mandé que miéntras estuviésemos en la mesa, tirasen cañonazos sobre el boton de nuestra tienda, y lo han hecho con la mayor exactitud. » Lectores reflexivos no desconocerán en estos rasgos al hombre que queria ejercitarse y ejercitar á los otros en todo lo que parecia difícil. Estuve un dia con el conde al lado de un almacen de pólvora que habia hecho construir bajo de su dormitorio, en el fuerte de Wilhemstein. « No dormiria yo tranquilo en las calurosas noches del verano, » le dije. El conde me probó, ya casi no se cómo, que el mayor y ningun peligro, todo era uno. Cuando ví á este hombre

extraordinario por la primera vez, me conversó durante dos horas, hablando de la Fisiologia de Haller, que sabia de memoria : á los dos dias por la mañana tuve que ir con él en un barquito al fuerte de Wilhelmstein, que construyó en medio del agua, y sin encontrar pié en tierra, segun unos planos que me mostró; él mismo manejó el remo. Un domingo, en el grande corredor de Pymont, en medio de muchos millares de hombres ocupados en hacerse admirar, en bailar y enamorar, me habló durante dos horas en el mismo lugar, y con tanta tranquilidad, como si hubiésemos estado solos en el mundo, de todas las pruebas que se han dado hasta el dia de la existencia de Dios, de lo que falta á estas pruebas, y como le parecia que se les podia sobrepujar á todas. Para que no me distrajese de esta leccion durante las dos horas, me contuvo siempre por un boton de mi vestido. Me mostró, cuando residia en Buckebourg, un gran libro de á folio, escrito de su mano, sobre el arte de defender un pequeño estado contra un gran poder. La obra estaba destinada para el rey de Portugal, y era acabada. Pero me leyó muchos pasajes que trataban de la defensa de la Suiza. El conde miraba la Suiza como invencible. No solamente me nombró todos los puestos importantes que seria menester ocupar contra el enemigo, sino tambien caminos que apenas pasaria un gato. No creo que se haya eserito para mi patria cosa de mas importancia que esta obra; porque me mostró en este manuscrito respuestas convincentes sobre todas las objeciones que un suizo hubiera podido hacerle. Mi amigo M. Moises Mendelssohn, á quien el conde habia leído el prólogo de esta obra en Pymont, la miraba como una obra jefe de estilo y de filosofía. Cuando queria el conde escribia el francés casi tan bien como Voltaire; pero en alemán era muy afectado, muy embrollado y muy difuso. Lo que añade á su elogio es, que á su vuelta de Portugal tuvo consigo, durante muchos años, dos de las mejores cabezas de Alemania, primero á

Abbt y despues á Herder. Los que le han observado mas largo tiempo, de mas cerca y con ojos mas penetrantes que yo, podrian contar mil cosas mas notables de este hombre verdaderamente grande y estraordinario. No diré ya de él sino una cosa, y sirviéndome de las espresiones de Shakspeare: « El conde Guillermo de Schaumbourg-Lippe no llevó prisiones; leyó mucho; fué un grande observador; vió á los hombres de parte á parte: no fué aficionado á ningun juego; se sonrió rara vez, ó fué una sonrisa burlesca. »

Tal era el carácter siempre tan mal comprendido de este solitario. Un tal hombre puede muy bien sonreirse cuando ve á los hombres mofarse de él. ¿ Pero cuál será la vergüenza y la confusion de estos jueces parciales cuando vean el monumento que le ha elevado el gran Mendelssohn, ó la juiciosa historia de su vida, que un jóven acaba de publicar en Hanover, y en la cual la posteridad imparcial reconocerá un sentimiento profundo, un estilo noble, y muchas verdades y sinceridad?

Aquel de quien se rien, como he visto reir mil veces del conde de Schaumbourg-Lippe, á causa de su cara larga, de sus cabellos flotantes, de su sombrero grande y de su espadita, pero que como él es un grande hombre, un héroe, puede muy bien sonreirse algunas veces. No obstante, el conde de Buckebourg no se reia jamas del mundo y de los hombres, sino con bondad. Sin odio y sin misantropía habitaba una tranquila casa de campaña en medio de un bosque, frecuentemente solo, ó con la mujer virtuosa que se habia escogido por esposa, de quien no me pareció enamorado, pero por la cual murió de amor cuando ella acabó su existencia.

Así es como la multitud se reia de Temístocles en Aténas: se mofaban de él en alta voz, porque no tenia las maneras del mundo, el tono de la bella sociedad y no conocia los usos de Aténas. Temis-

tocles respondió un día á estos necios de una manera muy picante. « Es verdad, dijo, no sé templar la lira, no sé tocar el salterio ; pero que se me dé una ciudad por pequeña y desconocida que sea, la haré célebre, y le adquiriré un gran nombre. » Así la soledad y la filosofía inspiran sentimientos de que el mundo se rie á la verdad ; pero hacen desaparecer las ideas pequeñas y mezquinas, para dar lugar á mas grandes y mas sublimes. El que se ha acostumbrado á estudiar á los hombres grandes y los sentimientos elevados, adopta fácilmente alguna cosa romanesca, que da frecuentemente amplia materia para reir. Las cabezas romanescas querrian siempre ver las cosas de otro modo que son ni pueden ser, y la habitud siempre de contemplar lo grande y lo hermoso, vuelve lo malo insipido é insoportable. Así los hombres de este carácter muestran siempre una nobleza de alma que las mas veces choca al bello mundo ; pero que no es ménos una verdadera nobleza. Los filósofos indianos se desempeñaban mejor, que una vez al año dejaban su soledad, iban al palacio del rey, y cada uno á su vez daba su parecer sobre el gobierno del estado, sobre las mutaciones y limitaciones que se podia hacer en las leyes. El que por tres veces seguidas comunicaba observaciones falsas ó poco importantes, perdía por un año el derecho de hablar ante el rey. Otros filósofos romanescos querian mucho mas y nada hacian. Plotin pidió al emperador Galiano la soberanía de una pequeña ciudad de Campania y las tierras que dependian de ella ; la ciudad debia llamarse Platonopolis. Plotin prometió encerrarse en ella con sus amigos y realizar la república de Platon. Pero sucedió lo que sucederia hoy en muchas cortes á filósofos menos quiméricos. Los cortesanos se rieron de la proposicion, dijeron al emperador que el filósofo Plotin estaba loco, y la experiencia no acreditó el suceso.

El cuadro de la grandeza y de la virtud de los antiguos, obra siempre infinitamente en la calma sobre las almas susceptibles de

estas ideas y sentimientos. Algunas veces, chispas del fuego precioso que animaba á los grandes hombres, tienen efectos los mas inesperados. Para restablecer el espíritu de una señora enferma en la campaña y atacada de nervios, le aconsejé se ocupase frecuentemente de la historia griega y romana. Al cabo de tres meses me escribió : « ¡ Qué respeto me habeis inspirado hácia la antigüedad ! « ¿ qué es el pueblo de moscas que nos rodea cerca de aquellos « hombres ? En otro tiempo la historia no era mi lectura favorita ; « hoy no vivo sino por ella. A fuerza de leer, quiero entrar efectivamente en la Grecia y en Roma. Esto será para mí una fuente « inagotable de placer y de salud ; jamas hubiera creído poder encontrar en mis libros un tesoro tan precioso, me será mas amado « que todos mis bienes. En seis meses no me oireis ya quejarme ; « mi Plutarco me es mas amado, que todos los triunfos de la galantería, y todo lo que se escribe de sensible para señoras de campaña, que quieren ser todo alma, y entre quienes el demonio « juega chascos de amores con tanta destreza, como un buen músico ejecuta su violon. »

Esta señora, sabia á la verdad, no me decia ya cómo iban las cosas en su cocina, en su corral ; pero ha recobrado la salud, y pienso que encontrará desde ahora tanto placer en su familia y en sus gallinas como ántes en su Plutarcó.

La historia de la grandeza y de la virtud de los antiguos no puede obrar largo tiempo, sino en la calma y entre un pequeño número de hombres ; empero puede producir felices efectos para lo futuro. En paseos solitarios un hombre de genio tiene una multitud de ideas, que parecen ridículas á sus ciudadanos ; mas llega un tiempo en que conducen á millares de hombres á ejecutar acciones dignas de la inmortalidad. Las canciones suizas de Lavater parecieron en una época desgraciada para ellas, y cuando la república estaba en un instante de debilidad. La sociedad suiza de Schintznach, que

habia encargado á este genio ardiente componer estas canciones, chocó con el embajador de Francia, y desde entónces se declamó casi por todas partes contra esta sociedad. El grande Haller mismo lanzaba epigramas contra ella en todas las cartas que me escribia; porque largo tiempo habia rehusado recibirlo en el número de sus miembros. Nos miraba como enemigos de la ortodoxia y como discípulos de Juan Jacobo Rousseau, hombre abominable á sus ojos. El presidente de la censura de libros prohibió en Zurich la impresion de las canciones suizas de Lavater, por el bello motivo de no ser menester volver á encender el antiguo fuego. No obstante, ningun poeta de la Grecia escribia con mas calor y fuerza por su patria, como Lavater por la Suiza; he visto á niños cantar estas canciones con un verdadero entusiasmo: he visto los mas hermosos ojos derramar lágrimas oyéndolas; he visto centellear los ojos de los aldeanos suizos á quienes se les cantaba, inflarse sus músculos, inflamarse sus mejillas. He conocido padres que han ido con sus hijos á la capilla de Guillermo Tell, para cantar allí en alta voz la canción de Lavater sobre este grande hombre. Oia retumbar las rocas todas las veces que yo cantaba estas canciones, en el aire que mi corazon compuso para ellas, en los campos y sobre las colinas célebres, donde aquellos héroes nuestros abuelos se señalaron por su valor inmortal; donde estaba rodeado de sus sombras respetables; donde creia aun verlos con sus masas nudosas, destrozando las testas coronadas de Alemania, y, aunque inferiores en número, obligar á una huida precipitada á aquella orgullosa nobleza alemana.

Ved aquí cosas romanescas, se me dirá, y las ideas romanescas no pueden agradar sino á hombres solitarios y aislados, que ven siempre las cosas de otra manera que el mundo que los rodea. Mas las grandes ideas hieren algunas veces á pesar de una obstinada resistencia; en las repúblicas insensiblemente inspiran sen-

timientos elevados que podrian llegar á ser muy útiles en tiempos de tempestad y turbacion.

Todo se reúne en la soledad para elevar el alma y fortificar el carácter; porque allí se acostumbra uno mucho mejor que en el mundo á sentimientos nobles y resoluciones heróicas. El solitario tiene un encanto contra todos los tiros de la estolidez, de la envidia y de la maldad. Resuelto á pensar y hacer todo lo que es menester para no agradar jamas á cabezas limitadas, se prepara á todas las contrariedades que experimenta, y no se espanta de ninguna. Sin ser insensible á una estimacion justa y razonable de sus amigos, sabe tambien que todos van ordinariamente demasiado léjos como los enemigos; que todos son parciales y siempre inclinados á juzgar muy favorablemente. Es pues al público á quien llama, mas no al público de su ciudad que jamas juzga de la cosa, sino de la persona, que no se decide sino despues de la opinion de dos ó tres bellos espíritus; es al público del universo, á aquel tribunal imparcial, que, con su obra en la mano, viene á pedir justicia.

Pero si la soledad eleva los sentimientos, se piensa muy comunmente que vuelve al espíritu inepto para los negocios. Yo no creo eso. No puede ser jamas sino muy útil elevar su alma en la tranquilidad, para vacilar ménos en el mundo, y ejercitar su talento en la soledad, de manera que pueda uno tenerlo despues para todo acontecimiento de la vida social. El amor de la verdad se conserva mejor en la soledad, la virtud adquiere allí mas constancia, aunque confieso que no sea menester siempre decir la verdad en los negocios, y que la virtud severa tiene mal suceso frecuentemente en el mundo.

La virtud y la simplicidad de costumbres que produce la soledad son en todas partes honradas de los hombres grandes y de los sabios. Estas calidades preciosas fueron las que, en medio de la

guerra entre la Francia y la Inglaterra, merecieron al filósofo Juan Andres de Luc la acogida que recibió en Versalles, é inspiraron al virtuoso, al inmortal de Vergennes el deseo de hacer enderezar por un filósofo las cabezas de los ciudadanos de Ginebra, que el primer ministro de Francia no podía enderezarlas. De Luc, á la peticion del ministro, hizo el ensayo. No salió bien, y se le obligó, como es sabido, á enviar un ejército para curar á los Ginebrinos. Sobre sus montañas queridas fué que el filósofo Juan Andres de Luc adquirió esa simplicidad de costumbres que conserva aun en medio del lujo de Lóndres, donde sabe soportar todas las privaciones, rehusarse todas las comodidades y todas las necesidades de nuestra vida social. En Hanover, no noté sino un solo artículo de lujo en el filósofo de Luc. Cuando se incomodaba un poco mascaba un pedazo de azúcar, y por consiguiente llevaba siempre una pequeña provision de ella en su faltriquera.

La soledad no solamente da simplicidad de costumbres; fortifica tambien el espíritu para los negocios. Nutrido en la calma se hace mas activo en el mundo, y de los negocios del mundo entra en la tranquilidad, para reposar y prepararse para un nuevo combate. Pericles, Focion, Epaminondas, adquirieron en la soledad toda su grandeza; allí aprendieron el estilo que no se aprende en las chancillerías, el estilo de sus vidas y de sus acciones. Cuando Pericles estaba ocupado en grandes cosas jamas pareció en las calles sino para ir á sus negocios. Renunció de repente los banquetes, las sociedades públicas y todos los placeres de esta especie. Miéntras gobernó la república, no fué sino una sola vez á comer á casa de un amigo, y no permaneció mucho tiempo en ella. Focion se entregó luego á la filosofía, no con el orgulloso deseo de ser llamado sabio, sino para ponerse en estado de trabajar con mas fuerza y resolucion en los negocios del estado. Se espantaban y se preguntaban mutuamente, cuándo y cómo Epaminondas, despues de haber

pasado toda su vida en los estudios, pudo no solamente aprender, sino abrazar de repente el arte militar en su perfeccion? Fué avaro de su tiempo, se entregó enteramente al estudio, se sustrajo de todos los empleos públicos, y no deseó nada tanto como ser escusado de ellos. Sus compatriotas le arrancaron de su soledad para ponerle á la cabeza de su ejército, y salvó la república.

Un carácter en el que jamas pienso sino con trasporte, el carácter de Petrarca, se formó enteramente en la soledad, y en ella se hizo capaz de desempeñar negocios políticos los mas complicados. Petrarca fué algunas veces lo que se llega á ser frecuentemente en la soledad, bilioso, mordaz y colérico. Se le han reprochado los cuadros demasiado vivos que hace de las costumbres de su tiempo, y sobre todo el retrato de la vida que se llevaba en Aviñon bajo el reinado del papa Clemente VI. Pero Petrarca conoció perfectamente al corazon humano; supo manejar los espíritus con una destreza poco comun y conducirlos á su objeto. Es poco conocido, dice su mejor historiador, el abate de Sades, y solo como un poeta tierno y elegante que amaba con fuego y cantaba con gracia á su dama: no se sabe mas. No se sabe todo lo que le debe la literatura, que sacó de la barbarie donde estaba sepultada desde tan largo tiempo; no se sabe que salvó de la podre y del polvo los mejores escritos de la antigüedad, y que todos estos tesoros estuvieran perdidos para nosotros, si él no los hubiese desenterrado, y no nos hubiese proporcionado buenas copias. Se ignora tal vez que fué el primero que impulsó el estudio de las bellas artes en Europa: que purificó el gusto, que pensó, que escribió él mismo como ciudadano de la antigua Roma ántes que fuese subyugada; que derribó á tierra muchas preocupaciones, que conservó su valor y su firmeza hasta la muerte, y que su ultima obra sobrepujó á todas las precedentes. Se sabe aun ménos que Petrarca fué un grande hombre de estado, que los mas famosos soberanos de su

siglo le confiaron las negociaciones mas espinosas, y le consultaron en los negocios mas importantes; que en el décimocuarto siglo tuvo una reputacion, un crédito y una influencia que ningun sabio ha tenido en nuestros dias; que tres papas, un emperador, un rey de Francia, un rey de Nápoles, una multitud de cardenales, los mas grandes príncipes de Italia buscaron su amistad, y desearon su comercio; que, como hombre de estado, ministro y embajador, le dieron parte en los mas grandes negocios de su tiempo; que esto le puso en estado de decirles las verdades mas útiles y mas importantes; que la soledad sola le dió esta fuerza; que nadie conocia ni amaba como él sus ventajas; que nadie la alababa mas enérgicamente, y que, al fin, preferia siempre su tiempo y su libertad á todos los placeres del mundo. Pareció largo tiempo enervado por el amor, al que habia consagrado los mas bellos años de su vida; pero de repente abandonó este tono blando y afeminado con que habia suspirado á los piés de su Laura. Habló entónces como hombre y con energía á reyes, á emperadores, á papas, y siempre con la firmeza que dan los talentos raros á una grande reputacion. Con una elocuencia digna de Demóstenes y de Ciceron exortó á los príncipes de Italia á la paz entre ellos, y á la reunion de sus fuerzas contra sus enemigos comunes, los bárbaros que destrozaban el seno de su patria. Animó, guió y apoyó á Rienzi, que pareció enviado del cielo para restablecer el antiguo brillo de la ciudad de Roma. Escitó y llevó á un emperador pusilánime á penetrar en la Italia, y tomar allí, como sucesor de los Césares, las riendas del imperio del mundo. Conjuro á los papas volviesen á poner sobre el Tiber su silla que habian trasportado sobre los bordes del Ródano. Al mismo tiempo que confesaba en uno de sus escritos, que estaba lleno de mal humor, atormentado por el amor que queria vencer incesantemente, lleno de odio contra los hombres y las ciudades, el papa Clemente VI, que sin duda ignoraba

lo que pasaba en su corazon, le confió un negocio difícil en la corte de Nápoles. Petrarca se encargó de él. Confesaba él mismo, que la vida de la corte le hacia ambicioso, activo, impaciente, y que se complacia en ver un ermitaño acostumbrado á vivir en los bosques y atravesar las llanuras, recorrer al presente los magníficos palacios de los cardenales con un monton de cortesanos en su comitiva. Cuando Juan Visconti, arzobispo, príncipe de Milán, y soberano de toda la Lombardía, hombre que reunia los mayores talentos á una ambicion insaciable, que amenazaba tragarse toda la Italia, tuvo la felicidad de fijar á Petrarca en su servicio, y que aceptase un lugar en el consejo del príncipe con todo lo que podia desear un filósofo y un sabio, que estimaba la soledad mas que todo, los amigos de Petrarca se dijeron mutuamente: « ¡Qué! ¿esté orgulloso republicano, que nó respiraba sino libertad é independencia, este toro indómito, que mugia á la sombra del menor yugo, que no queria llevar sino las cadenas del amor, aunque casi siempre las encontró demasiado pesadas; que habia rehusado las mas bellas colocaciones en la corte de Roma porque no queria cargar los grillos de oro; se entrega él mismo á los yerros del tirano de Italia? ¿Este misántropo que no podia ya vivir sino en la calma de los campos, este grande apóstol de la soledad, habita hoy en medio del tumulto de Milán? » « Tienen razon, dijo Petrarca, el hombre « no tiene mayor enemigo que él mismo; he obrado contra mi « gusto y mi modo de pensar. ¡Ah! toda nuestra vida hacemos lo « que no queríamos hacer, y jamas lo que queremos. » Mas Petrarca pudo decir á sus amigos: « Quería probaros lo que se puede en el mundo cuando ha ejercitado uno bastante tiempo sus fuerzas en la soledad, y cuánta libertad, firmeza, espresion, solidez, dignidad y nobleza da ella en los negocios. »

La aversion al comercio del mundo y á los deberes pueriles de la ciudad, puede dar el valor que resiste á las preocupaciones y á

la opinion del pueblo, y que en consecuencia no se encuentra sino entre los solitarios. El comercio del mundo, lejos de fortificar el alma, no hace mas que debilitarla, del mismo modo que un goce demasiado repetido embota la sensacion para todos los placeres. ¡ Oh ! ¡ cuántas veces los mejores planes no tienen buen efecto á pesar de toda su bondad y toda su exactitud, á causa de las dificultades que experimentan ! ¡ Cuántas ideas felices son ahogadas en su nacimiento, porque han parecido desde luego demasiado atrevidas ! ¿ Parece un libro ? no se busca lo bueno que tiene ó si está bien escrito ; se quiere adivinar las intenciones del autor, se interpretan al revés ; se ven sátiras donde no las hay, y donde no puede haberlas. Se sabe desfigurar hasta las verdades respetables que el autor ha dicho en la sinceridad de su corazon, y de que el hombre justo le agradece en silencio.

Esto es lo que experimentó en el dia claro y luminoso de París el señor presidente de Montesquieu. Por esto es que dice en la defensa de su obra del *Espíritu de las Leyes* : « Nada sofoca mas la « doctrina, como poner á todas las cosas un capirote de doctor. « Los hombres que quieren enseñar siempre impiden mucho el « aprender ; no hay genio que no se estreche cuando se le envuelve « con un millon de escrúpulos vanos. ¿ Teneis las mejores intenciones del mundo ? Se os forzará á dudarlo vos mismo. Ya no « podreis ocuparos en decir bien, cuando estais retenido por el « temor de decir mal, y que en lugar de seguir vuestro pensamiento, no os ocupais sino de los términos que pueden escapar « á la sutileza de las críticas. Se nos acaba de poner un capillo de « niño en la cabeza para decirnos á cada palabra : « Cuidado con « caer ; quereis hablar como vos, quiero que habéis como yo. » « ¿ Vais á tomar el vuelo ? os detienen por la manga. ¿ Teneis « fuerzas y vida ? Os las quitan á fuerza de punzadas de alfiler. « ¿ Os elevais un poco ? Ved ahí hombres que toman su pié ó su

« toesa, levantan la cabeza y os gritan bajeis para mediros. ¿ Cor-
« reis en vuestra carrera? Querrán que mireis todas las piedras
« que las hormigas han puesto en vuestro camino. »

Montesquieu dice que nada resiste á tales pedantes. ¿ Mas no los ha resistido él ?

Sin duda es menester que el escritor que conoce y se atreve á dibujar á los hombres tenga una triple cota de malla sobre el pecho. Mas tampoco es bueno libro alguno sin este dibujo. Hay ciertamente verdades en toda obra contra la cual se eleva la indignacion de los interesados. ¿ Por que los ingleses nos subrepujan tanto en sus mejores escritos sobre el hombre ? ¿ Por qué somos niños cerca de ellos como cerca de los griegos y de los romanos en todo lo que mira la pintura de las costumbres ? Es á causa de los clamores que se elevan contra todo autor que arriesga algunos pasos en la filosofia de la vida para el bien de sus semejantes. Nosotros, que tanto honramos el valor guerrero, ¿ por qué dejamos turbar nuestro reposo por la arruga de una hoja de rosa como si fuésemos sibaritas afeminados ? ¿ Por qué vomitamos injurias contra el valor civil, el valor sin armas, las *domesticas fortitudines* de Ciceron ?

Es falso que no se tenga corazon y alma sino en las repúblicas, que allí solo sea donde se pueda decir libre y atrevidamente la verdad, que solamente es allí donde el que piensa bien puede pensar libremente. En las aristocracias sobre todo y aun en las constituciones mucho mas libres, pero donde un solo demagogo tiene toda la autoridad, desgraciadamente ¡ ah ! se mira casi siempre el sentido comun como un crimen. Este absurdo vuelve las almas tímidas, y por consiguiente les quita toda su libertad. En una monarquía, la justicia es la que castiga casi en todas partes ; en las repúblicas es algunas veces la preocupacion, la pasion y la necesidad del estado. En las repúblicas, la primera máxima que los padres quieren inculcar á sus hijos, es la de no hacerse de ene-

migos ; y yo, aun estando muy jóven, respondí á este sabio consejo : « Madre mia, ¿ no sabe usted que el que no tiene enemigos es un pobre hombre ? » ¡ En cuántas repúblicas el ciudadano está bajo el poder y el ojo vigilante de mas de cien príncipes ! El monarca es el único de quien dependen sus vasallos. La cantidad de señores destruye el alma del republicano : el amor y la confianza de uno solo eleva al feliz habitante de la monarquía. Mas en todo pais el hombre racional que renuncia á todas las relaciones inútiles del mundo, que vive solitario, y que independiente de todo lo que ve, de todo lo que oye, se forma él mismo en la calma por el comercio de los héroes de la Grecia, de Roma y de Inglaterra, aprende á darse un carácter invariable, un modo de pensar noble é independiente de los caprichos del vulgo.

Ved aqui lo que tenia que decir sobre las ventajas de la soledad para el espíritu. Muchas cosas acaso no están bastante reflexionadas, y ciertamente muchas mas no están bien dichas. ¡ Amado y virtuoso jóven, entre cuyas manos puede caer este libro, recibe con amor lo bueno que contiene, y rechaza todo lo que es frio y malo, todo lo que no te toca ni te penetra ! ¡ Me regocijaré en la sinceridad de mi corazon, me creeré ricamente recompensado de mi trabajo si me agradeces de mi libro, si me bendices, si dices que te he ilustrado, que te he corregido, tranquilizado ! No pediré ya otra bendición para mi obra, si leyéndola crees poder justificarte de tu inclinacion hácia una soledad sabia y activa ; de tu aversion á las sociedades que no sirven mas que para matar el tiempo, de tu repugnancia á emplear medios viles y vergonzosos para hacer tu fortuna. Si no te atreves á abrir la boca, si temes siempre decir alguna cosa ridícula delante de los que se han atribuido el monopolio del espíritu y del buen gusto, y que en virtud de esta usurpacion van declamando las cosas mas absurdas : ¡ ah ! piensa entónces que en una tal sociedad, soy yo tan bestia como tú.

El corazon y el sentimiento me han guiado en todo lo que he escrito sobre la soledad. Esto es lo que hizo decir á una señora de mucho talento, viendo las dos primeras partes de esta obra, que yo me descubria sobre todo lo que sentia, y que dejaba la pluma cuando ya no sentia nada. Este método me ha hecho caer ciertamente en faltas en que un filósofo sistemático no cae. Pero me consolaré de esto si este capítulo hace solamente entrever cuales son las ventajas de la soledad para el espíritu, la razon y el carácter; y si el siguiente hace sentir bastante vivamente qué placeres verdaderos, nobles y elevados produce la soledad por una contemplacion tranquila y afectuosa de la naturaleza, y por una sensibilidad esquisita para todo lo que es hermoso y honesto.

CAPÍTULO IV.

Ventajas de la soledad para el corazon.

La paz del alma es sobre la tierra la felicidad suprema. La sencillez del corazon procura esta paz al sabio mortal que, renunciando el tumulto del mundo, poniendo límites á sus pretensiones y deseos, sometién dose á los decretos del cielo, viendo con indulgencia todo lo que le rodea, no tiene mayor placer que el de oir el dulce murmurio de un arroyuelo que cae en cascada de lo alto de las rocas, el soplo refrescante de suaves zéfiros y los melodiosos acentos de los cantores de nuestros bosques.

¡Cómo se purifican nuestros sentimientos cuando han pasado las tempestades de la vida, cuando todo lo que nos affigia se desvanece, cuando no percibimos ya al rededor de nosotros sino la amistad, la paz, la simplicidad, la inocencia, el reposo y la libertad! El corazon mismo no tiene necesidad de estar tranquilo para gustar los encantos del retiro. ¡Ah! ¿quién no prefiriera á todos los otros goces esta dulce melancolía que inspira? ¿Quién no renunciará todo el universo por una sola lágrima del amor? El corazon es susceptible de esta felicidad, cuando sabe admirar igualmente la naturaleza en sus hermosuras las mas sublimes, y en la flor modesta que esmalta nuestros vallesillos; cuando sabe gustar á la vez de este conjunto imponente que dilata nuestra alma, y de estas particularidades deliciosas que le ofrecen las imágenes mas dulces y mas agradables. Estos placeres mismos no están reservados esclusivamente á las almas fuertes y enérgicas, cuyas sensaciones son tan vivas como delicadas, y en los cuales por lo mismo el bien y el mal hacen una igual impresion. La felicidad mas pura, la tranquilidad mas encantadora, son concedidas tambien á los hombres de un temperamento frio, que, dotados de una imaginacion ménos viva y ménos atrevida, ven siempre algun exceso en la expresion enérgica de una sensacion mas enérgica aun. Es menester solamente, en los retratos que se les presenta, no reforzar el colorido, observar que los fintes no sean vivos, pues que, por lo mismo que el mal les hiere ménos, son tambien ménos susceptibles de goces demasiado fuertes.

A la imaginacion debe el corazon los goces mas agradables que encuentra en la soledad. El aspecto tocante de la bella naturaleza, el matizado verde de las florestas, el ruido de un torrente impetuoso, la dulce agitacion de los follajes, el canto de los pájaros, una estension imponente, enagenan nuestra alma tan enteramente, y absorben de tal manera todas nuestras facultades, que todos

nuestros pensamientos se mudan en sensaciones. La vista de un paisaje agradable escita en nosotros dulces emociones, hace nacer sentimientos honrados y virtuosos, todo esto por el encanto de la imaginacion.

La imaginacion derrama sobre todo un hechizo tocante y lisonjero con tal que todo lo que nos rodea esté libre y tranquilo. ! Ah ! ¡ qué fácil es renunciar los placeres ruidosos y las sociedades tumultuosas para entregarse á esta melancolía filosófica que inspira la soledad ! Un estremecimiento religioso y un dulce enajenamiento son escitados alternativamente por la sombría oscuridad de los bosques, por la altura espantosa de las rocas escarpadas, y por la multitud de objetos majestuosos y sublimes unidos á situaciones deliciosas en un agradable paisaje. No hay sensaciones penosas que no cedan á estas serias emociones, pero agradables, y á los dulces pensamientos á que nos invita la calma que nos rodea.

La soledad y el silencio de la naturaleza entera hacen volver á salir entónces el contraste feliz de la simplicidad unida á la nobleza. Las sensaciones son mas profundas, y nuestra admiracion mas viva como tambien nuestros placeres.

Hacia largo tiempo que estaba familiar con todo lo que la naturaleza tiene de mas sublime, cuando por la primera vez vi un jardin ingles muy cerca de Hanover, y poco tiempo despues otro mucho mas grande en Marienwerder á una legua de allí. No conocia aun este arte que se juega con el suelo mas ingrato, y por una nueva suerte de creacion muda en un alegre paisaje colinas en otro tiempo cubiertas de arena. Este arte mágico obra en el alma una impresion asombrosa ; escita en el corazon de aquel que no ha perdido aun el gusto de la bella naturaleza todos los placeres que pueden procurar la soledad, el reposo campestre y el alejamiento de los hombres. No me acuerdo sino con lágrimas de reconocimiento de un dia de los primeros tiempos de mi residencia en Ha-

nover. Arrancado del seno de mi patria, de mi familia, robado de cuanto tenia de mas amado, no conocia otro sentimiento que la negra melancolia; entré en el jardincito de mi difunto amigo M. Hinuber, frente de Hanover, y olvidé en este dia mi patria y mi dolor.

El encanto era nuevo para mí. No sabia aun que sobre un terreno tan pequeño fuese posible representar la agradable variedad, y la noble simplicidad de la naturaleza. No sabia aun que su aspecto fuese suficiente para hacernos olvidar á primer golpe de vista todo lo que nos oprime en las ciudades, y escita en nuestra alma el deleite mas puro, y todos los sentimientos que nos hacen amar la vida. Aun todavía bendigo el dia en que aprendí este secreto por la vez primera.

Esta nueva reunion del arte y de la naturaleza, que no se inventó en la China, sino en Inglaterra, está fundada sobre el gusto mas puro por las hermosuras de la naturaleza, y confirmada por la esperiencia y por el sentimiento reflexivo de los efectos de una imaginacion casta sobre el corazon. Hirschfeld, este grande pintor de la naturaleza, este filósofo amable y sensible, el primer aleman que nos lo ha hecho conocer por su teoría de jardines, ha llegado á ser por esto uno de los mas grandes bienhechores de la Alemania.

Sin duda existen muchos jardines germánico-ingleses, cuya distribucion bizarra y ridícula solo puede inspirar piedad y desprecio. ¿Quién no se reiria, en efecto, al ver florestas de álamos que bastarian apenas para calentar una estufa durante pocos dias, montoncitos de tierra que llaman montañas, casitas de animales salvajes y amansados, de pájaros y anfibios dibujados de tamaño natural en hojas de lata, puentes numerosos sobre rios que un par de gallinas pudieran secar, pescados de madera en canales que la bomba provee de agua todas las mañanas? Todo esto es ciertamente mucho ménos natural aun, que el gusto mezquino de nuestros ascendientes; mas

sí, al contrario, en el jardín de M. Hinuber en Marienwerder, cada mirada me eleva hácia Dios, cada punto de vista me ofrece un reposo sublime; si de cada banco descubro escenas siempre agradables y siempre nuevas; si mi corazón se siente aliviado al aspecto de este lugar encantador, ¿iré á conversar, á discutir si lo que es pudiera ser de otra manera, y las insípidas chocarrerías de frios maestros de gusto disminuirán mi placer? Imágenes de reposo, ya sean creadas por el gusto y por el arte, ó ya existan realmente en la naturaleza, traen siempre la tranquilidad al corazón, y es un beneficio que este debe á la imaginación. Si una dulce paz me rodea por todas partes y bajo las formas mas agradables, si una morada campestre absorbe toda mi atención, si disipa los pesares que he podido llevar allí; si una amable soledad me encanta, y apoderándose poco á poco de mi alma no deja en ella sino benevolencia, amor y contento de su suerte, debo agradecer á Dios de mi imaginación, que en verdad turba frecuentemente mi vida, pero que me hace encontrar siempre en el retiro una roca donde me asilo, y desde donde contemplo con la mayor serenidad la tempestad de que acabo de salvarme (1).

Un célebre escritor inglés ha dicho, que, á primer golpe de vista, la soledad inspira espanto, porque todo lo que lleva consigo la imagen de la privación es espantoso, y por lo mismo sublime,

(1) Un escritor francés ha hermoñado esta idea con todas las riquezas de la elocuencia: «No hay alma sensible que no haya gustado en la soledad estos instantes deliciosos en que el hombre, apartando los prestigios de la mentira, entra en su propio corazón para buscar en ellas chispas de la verdad. ¡Qué placer, después de haber sido durante algún tiempo el juguete de las olas del mar de este mundo, retirarse sobre una apacible roca para considerar en seguridad las tempestades y naufragios que en aquel se suceden! Feliz el que puede entonces olvidar un instante las vanas preocupaciones de que está llena su alma. Las miserias de la humanidad desaparecen á sus ojos, la augusta verdad llena su corazón de un gozo puro. Solo en estos instantes y en los que preceden á la muerte, puede aprender el hombre lo que es sobre la tierra y lo que la tierra es para él.»

como el espacio, la oscuridad y el silencio. En la Suiza, y sobre todo cerca de la ciudad de Berna, los Alpes tienen de lejos un aire de magnitud increíble; mas de cerca no escitan ya en el alma sino imágenes sublimes á la verdad, pero asombrosas. Aquella especie de grandeza que acompaña á lo infinito, maravilla la vista á la distancia. No se experimenta sino enagenamiento cuando uno ve elevarse y brillar á lo lejos la cadena no interrumpida de esas inmensas montañas, de esas masas enormes amontonadas unas sobre otras. La dulzura y ligereza de los matices temperan la impresion y dan á ese inmenso muro de rocas mas agrado aun que sublimidad. Al contrario, ninguna alma sensible ve de cerca aquellas montañas por la primera vez sin experimentar un estremecimiento involuntario. La vista contempla con terror sus nieves eternas, sus abismos escarpados, sus cavernas oscuras, los torrentes que se precipitan con estremado ruido formando multiplicadas cascadas, las negras florestas de abeto, cuyas ramas están sobrecargadas, y las enormes rocas que las tempestades han desprendido de sus cimas desde millares de años. ¡Cómo palpitaba mi corazon, cuando por la primera vez trepé por un camino estrecho y escarpado sobre aquellos sublimes desiertos, y ví siempre nuevas montañas sobre mi cabeza, y la muerte que amenazaba al menor deslíz bajo mil formas diferentes! ¡Pero tambien cómo se eleva luego la imaginacion cuando uno se ve solo en medio de toda esa grandeza de la naturaleza, y considera desde esas alturas la nada de las fuerzas humanas y la debilidad de los monarcas!

La historia de los suizos nos hace ver que los habitantes de aquellas montañas no son hombres de una especie degenerada, y que sus sentimientos nada tienen de bajo, ni de frio. La osadía es innata en ellos, la libertad da alas á su alma, menosprecian la tirania y los tiranos. Mas la libertad no viene verdaderamente bien sino en los Alpes, porque no todos los suizos son libres; pero

todos tienen fantasmas de libertad, todos aman su patria, todos agradecen á Dios de esa preciosa paz, que deja permanecer á cada uno tranquilo cerca de su viña, y bajo la sombra de su higuera.

Un pueblo á veces salvaje, pero siempre bueno y generoso, habita los desiertos de los Alpes de la Suiza. Su clima rígido los hace duros y robustos, pero su vida pastoril suaviza su carácter. Un ingles ha dicho que el que no ha oido jamas el trueno en los Alpes no podia formarse una idea del estruendo, del estallido y de la continuacion del rayo resonando por todas partes sobre el horizonte de aquellas inmensas montañas. Así tambien los habitantes de los Alpes que jamas han visto mejores casas que sus cabañas, ni otro pais que sus rocas, toman todo el universo por una obra bruta y une mansion tempestuosa.

Mas el cielo no está siempre amenazador, no se oye en él siempre tronar el rayo; luego, despues de una tempestad espantosa, se despeja poco á poco, y queda sereno : sucede lo mismo con las cabezas y corazones de los suizos; la bondad se sucede á la cólera y la generosidad al furor mas brutal; lo que es fácil probar por las historias y los hechos. Uno de aquellos habitantes de los Alpes, el general Reding, nacido en el canton de Schwitz, habia entrado muy jóven en las guardias suizas, y habia llegado al grado de teniente general. Mas su residencia en Paris y Versailles nada habia mudado de su carácter, y era siempre suizo. El nuevo reglamento que formó en 1764 la corte de Francia para los suizos que estaban en su servicio, hizo muchos descontentos en el canton de Schwitz. Se miró esta innovacion como estremamente porjudicial á los antiguos privilegios y se le atribuyó la falta al general de Reding. En esta época la mujer del general, que habia quedado en su tierra, hacia reclutas; pero el tambor frances se habia hecho odioso en el canton de Schwitz, y se afectaron de ver la cucarda blanca en el sombrero de un aldeano. El magistrado, que temia que esta fermen-

tacion no causase algun motin en el pueblo, creyó deber prohibir á madama de Reding el continuar sus levass. Esta exigió un certificado por escrito de esta prohibicion ; mas el magistrado no queria aun hacer esta novedad contra la Francia, y la mujer del general continuó en hacer sus reclutas. Esta osadía irritó á los habitantes del canton, se convocó los estados del pais, y madama de Reding se presentó ántes los cuatro mil. « El tambor, dijo, no cesará de tocar miéntras no me deis un certificado que pueda justificar á mi marido en la corte si no completa sus hombres. » Se le concedió su peticion, y al mismo tiempo se le mandó al general interesarse en la corte por su patria. Despues de esta disposicion se esperaba en el canton recibir de Paris mejores noticias. Desgraciadamente sucedió lo contrario. Entónces los espíritus irritados no guardaron ya medida ; los que tenian autoridad y crédito pretendieron que el nuevo reglamento ponía en peligro la libertad y la religion. El descontento general se mudó en furor. Se reunieron los estados del pais ; se decretó públicamente no proveer desde entónces con ninguna tropa al rey de Francia. La alianza de 1713 fué arrancada de los registros del pais y se le ordenó al general de Reding volviere con sus soldados, bajo la pena de ser desterrado para siempre de su patria. Reding obtuvo del rey su retiro y el de su regimiento, y volvieron todos á su pais. Reding entró á su cabeza á Schwitz, capital del canton, con banderas desplegadas y golpe de tambores. Se dirigió hácia la iglesia. Reding colocó su bandera al lado del altar mayor ; se puso de rodillas y dió gracias al Señor. Despues se despidió de sus soldados que lloraban con él, les pagó cuanto se les debia, y les dejó sus vestidos y armas. Pareció redoblarse el furor cuando se vió dueño del hombre que todo el pais miraba como un pérfido, un traidor, que habia favorecido el nuevo reglamento en la corte de Versailles, y que habia trabajado en dar á su patria el golpe mortal. Se reunieron los estados. Reding fué citado

á contar la manera cómo las cosas habian pasado, á fin de que se pudiese saber cómo estaban con la Francia, y conocer los delitos del traidor, para en seguida hacerle gracia ó justicia. Reding sabia muy bien que en la actual circunstancia toda elocuencia seria inútil contra espíritus tan acalorados. Se contentó, pues, con decir en pocas palabras y secamente, que todo el mundo sabia cómo habian pasado las cosas, y que él estaba inocente, tanto con respecto al nuevo reglamento, como á su abdicacion. « ¡ Con que el traidor no quiere confesar ! exclamaron los mas furiosos, que se le cuelgue en el árbol mas próximo y se le haga pedazos. » Inmediatamente fueron repetidas estas amenazas por toda la asamblea furiosa. Reding entre tanto permanecia tranquilo. Una tropa de paisanos mas acalorados subió á la tribuna, donde estaba cerca de los magistrados. Él lloraba. Un jóven ahijado de Reding sostenia un quitasol sobre su cabeza : un atrevido rompió este quitasol con un palazo, diciendo : « ¡ Que el pícaro este al descubierto ! » Entónces se encolerizó el que llevaba el quitasol : « ¡ Ah ! ¡ ah ! no sabia yo que mi padrino hubiese traicionado su pais. Pues que es verdad, venga una cuerda que yo le ahorco. » Los miembros del consejo formaron un círculo al rededor del general, y le pidieron con la mas viva espresion viese modo de salvar su vida y confesar que acaso no se opuso con bastante energía á las innovaciones, y que ofreciese en satisfaccion todos sus bienes con tal que se le perdonase la vida. Entónces Reding salió del círculo con un aire grave y tranquilo, y mandó hacer silencio con la mano. Toda la multitud esperaba con impaciencia la confesion del general, y ya el mayor número se lisonjeaba de poderle perdonar. « Amados compatriotas, dijo el general, vosotros sabeis que he servido cuarenta y dos años al rey de Francia. Sabeis, y muchos de entre vosotros que estaban conmigo han sido testigos, cuántas veces iba delante del enemigo, y cómo me comportaba en muchas batallas. Cada uno de aquellos

días lo miraba yo como el último de mi existencia. Mas os protesto aquí á la faz del cielo, que todo lo sabe, que me escucha y que es el juez de todos nosotros, que jamas iba al enemigo con una conciencia tan tranquila, tan pura y tan inocente, como ahora que estoy pronto á marchar á la muerte, si me condenais á ella, porque yo no confieso una infidelidad que no he cometido. » La dignidad con que el general habló, y el aire de verdad que reinaba en su rostro, calmaron á la asamblea, y fué salvo. Pero salió al momento del canton con su esposa. Esta entró en Uri á un convento de religiosas, y él se retiró á una caverna de rocas, y vivió en ella dos años solitario. Entre tanto el furor de sus compatriotas se disipó; Reding volvió á su patria, y pagó su ingratitud con las mas señalados servicios. Cada uno reconoció la integridad del magnánimo general, y para indemnizarle de las injusticias que habia sufrido, se le nombró bailli, esto es, primer oficial del canton, y, lo que sucede rara vez, se lo confirmó por tres veces consecutivas en esta dignidad.

Tal es constantemente el pueblo que habita los Alpes de la Suiza, alternativamente violento y pacífico, según se determina por una imaginacion viva y atrevida. Su carácter experimenta las mismas vicisitudes que su clima. Pero confieso tambien que quisiera mas bien vivir solitario en las rocas de Uri, que ser primer oficial del canton de Schwitz.

Mas si la vista continua de los sublimes desiertos de los Alpes hace tal vez á los suizos groseros, al ménos su corazon gana allí en la calma de los campos; y el aspecto de hermosuras agradables y tranquilas inspira allí, como en todas partes, la dulzura y la bondad. Unos ingleses han dicho que en la Suiza la naturaleza era demasiado sublime, demasiado majestuosa para que el pincel pudiera retratarla fielmente. Empero, ¡qué dulce placer no se experimenta sobre sus colinas románticas, en sus valles agradables, sobre los

bordes afortunados de sus transparentes y tranquilos lagos(1)! ¡Ah! allí es donde la naturaleza quiere ser observada de cerca; allí es que parece con toda su pompa y toda su riqueza. Si el aspecto de la encina, del olmo, de los negros abetos que pueblan esas inmensas florestas, no os agrada; si la vista de esos árboles imponentes y majestuosos no tiene para vos nada de lisonjero, os queda aun el mirto de Vénus, el almendro, el jazmin, el granado y aquellas colinas cubiertas de una rica vendimia. Acordaos de que en ningun pais del mundo es la naturaleza mas rica ni mas variada que en la Suiza, y que el paisaje de Zurich, y el lago de esta ciudad, son los que han inspirado sus idilios al mas agradable de todos los cantores de la naturaleza, al inmortal Gessner.

Estas hermosuras sublimes elevan é inflaman el corazon, y obran en la imaginacion mucho mas vivamente que imágenes agradables; del mismo modo que una bella noche ofrece un espectáculo mas

(1) ; Cuánto me complazco al ver en las cartas sobre la Suiza del señor profesor Meiners, con qué amable sensibilidad iba este filósofo á sentarse sobre los bordes del lago de Biel, y entregarse apaciblemente á las diferentes impresiones de su alma!

« Cuando estoy fatigado, escribe el señor Meiners á un amigo mio de Guttingue, y « tengo deseo de considerar mas atentamente los diversos objetos que me rodean, voy « á sentarme sobre el primer terrado, ó sobre el muro de una viña, debajo de la cual « pasa continuamente mucha gente. Jamas lo hago sin experimentar una calma inescapable. La última vez que fui allí era poco mas ó ménos las seis, y el sol comenzaba « á bajarse tras la cima del Jura. Los negros abetos que crecen casi solos hasta una « cierta altura de la montaña, las encinas de un verde ménos oscuro que les siguen, « las viñas mas claras aun, en medio de las cuales estaba yo sentado, y, enfin, una « tension considerable del lago, que aun se descubria mas allá, estaban en la sombra; « la otra parte del lago, la ribera opuesta, Biel y Nidau, finalmente los montes de hielo, « estaban aun aclarados por los últimos rayos del sol. Encima de mí oía los gritos de « los ganados que me trasportaban en la imaginación á las llanuras agradables de la « Arcadia, y abajo las voces de los labradores y pescadores cuyas barquillas apenas descubria mi vista, y, enfin, el murmurio tocante del lago que arrastraba dulcemente « sus olas contra las rocas de que estaban abordadas sus riberas. »

solemne y mas augusto que el mas hermoso dia. Cuando uno viene de Frascati, siguiendo el pequeño lago Nemi, que está en un valle muy profundo, y de tal manera cercado de montañas y de bosques, que jamas agita el viento su apacible superficie, no se puede dejar de esclamar con el poeta ingles : « Aquí está sentada la negra melancolía en el silencio de la muerte y en una quietud espantosa ; « su presencia siniestra vuelve triste la mas bella naturaleza, empaña el resplandor de las mas brillantes flores, y marchita la « verdura. » ¡ Pero cómo se dilata el alma, cómo todo viene á ser en ella mas sereno y mas libre, cuando desde el jardin de los capuchinos, cerca de Albano, se descubre á primera vista el pequeño lago melancólico con todas las montañas y las florestas que le rodean, y el castillo de Gandolfo ! Por el un lado Frascati con todas sus casas de campo, por el otro la preciosa ciudad de Albano, la aldea y el castillo de la Riccia, y Gensano, sus vallados cubiertos de pámpano ; mas allá las vastas llanuras de la campaña, en medio de las cuales se eleva Roma, en otro tiempo reina del universo ; y en fin, al cabo de todo aquello, las colinas de Tivoli, los montes Apeninos, y el mar Mediterráneo (1).

Así es como vistas agrestes ó agradables obran diferentemente sobre el corazon ; aquellas no escitan sino horror y espanto, estas no hacen nacer sino sensaciones dulces y agradables. Todas estienden la esfera de nuestra imaginacion, y nos hacen gozar mas enteramente de nosotros mismos.

Empero, para experimentar tales sentimientos, no hay necesidad de retirarse hácia los lugares mas solitarios de la Suiza y de la Italia.

(1) Una señora alemana dotada de una imaginacion muy viva emprendió un viaje á Italia para restablecer su salud. Sus fuerzas se aumentaban de dia en dia. Pero cuando se encontró en el sitio de Albano, de que hablo, quiso esplicar á sus compañeros de viaje la emocion que le causaba este aspecto, perdió la voz, y permaneció algunos dias sin poder hablar.

No hay persona que sin correr, como Kleist (1), tras ideas poéticas, pero recorriendo tranquilamente las montañas con un fusil, no aprenda á sentir cuanto el aspecto de la naturaleza puede influir sobre el corazon, con el socorro de la imaginacion. La vista de un paisaje agradable, la mutacion continua de los puntos de vista en las llanuras espaciosas, la frescura de los zéfiros, un cielo hermoso, el apetito que procura una larga caza, le dan una sensacion de sanidad que le hace encontrar los pasos demasiado cortos. El alejamiento de todo lo que le recuerda su dependencia, su casa, su empleo y sus ocupaciones, le dan una libertad de pensar, un calor de imaginacion, que presentan á su espíritu las imágenes mas agradables, y embriagan su corazon de sentimientos los mas deliciosos. Con una bella imaginacion seria uno mas feliz en una prision oscura, que sin imaginacion en la comarca mas magnífica. Pero tambien, sin esta feliz imaginacion, la calma sola de la vida campestre, el solo aspecto de la cosecha obran aun maravillas en el corazon. ¡Ah! ¡quién de nosotros no ha experimentado en aquellos instantes de disgusto y enfado lo que puede el espectáculo encantador de los placeres del campesino, y como se quiere participar su júbilo! ¡Con qué libertad, con qué cordialidad, con qué bondad se le estiende la mano y se escucha sus sencillos discursos! ¡Cuán pronto todo lo que nos rodea se hace interesante para nosotros! ¡Cómo nuestras mas secretas inclinaciones se purifican, se dilatan, se mejoran! ¡En el campo hay placeres para almas que en la ciudad no saben ya lo que es placer!

De vuelta á su patria, despues de largos viajes, un oficial frances esclama : « Solamente en el campo se goza de los bienes « del corazon, de sí mismo, de su mujer, de sus hijos, de sus « amigos. Tiene tambien el campo en todos respectos una gran ventaja sobre las ciudades. El aire es puro, la vista agradable, el

(1) M. Kleist, célebre aleman conocido sobre todo por un poema de *La primavera*.

« andar suave, la vida cómoda, las costumbres sencillas, y los
« hombres virtuosos. Las pasiones se desenvuelven allí sin dañar
« á nadie. El que ama la libertad no depende allí sino del cielo.
« El avaro recibe presentes que se renuevan continuamente. El
« guerrero puede cazar, el voluptuoso plantar jardines, el filósofo
« pensar á su comodidad. » ¡Ah! ¡cuánto me conmueve y me intere-
« sa este oficial, cuando me dice en este pasaje tocante de su libro :
« Yo preferiría los campos de mi patria á todos los otros, no porque
« sean los mas hermosos, sino porque he sido criado en ellos. La
« mansion de nuestros primeros años tiene un encanto secreto,
« un hechizo inesplicable, que no nos proporciona ningun otro
« goce sobre la tierra, y de que ningun otro pais nos indemniza.
« ¿ Dónde están los juegos de mi primera infancia, aquellos juegos
« pasados sin cuidados y sin inquietudes ? La caza de un pájaro me
« llenaba de gozo. ¡ Qué placer no sentia al acariciar una perdiz,
« al hacerme picotear, al sentir palpar su corazon en mis manos
« y temblar sus plumas ! ¡ Feliz el que vuelve á encontrar el lugar
« de su primer amor, aquel lugar donde amaba cuanto le rodeaba,
« donde todo le parecía amable, las praderías donde se ejercitaba
« en correr, los vergeles que talaba ! »

Estos sentimientos deliciosos graban para siempre en nuestros corazones el recuerdo de nuestra mansion en la campaña, de aquellos deliciosos tiempos en que recorriamos con tanto placer las soledades de nuestra patria. Tambien en toda edad, y en todo pais, una sombra agradable, la calma y la libertad de los campos, robaran nuestra alma, y nos haran esclamar con el orador sagrado :
« ¡ Cuán feliz es aquí el sabio y virtuoso mortal que sabe gozar tran-
« quilamente de una perfeccion y de una dignidad verdaderas é
« independientes de todo lo que lo rodea ! ¡ Cuán preferible es la
« calma feliz que allí gusta al ruido aturdidor, al deslumbrante
« esplendor del gran mundo ! ¡ Cuántos sentimientos puros, nobles

« y generosos despiertan y se desenvuelven en el retiro cuando en « el tumulto de los negocios y disipaciones duermen en el fondo « del alma, y temen la risa del ligero y del malo ! »

¡ O mi amado Zollikofer (1) ! He sentido en el campo y en lo interior de una vida doméstica las verdades que nos anunciabas en Leipsick ; aquellas verdades útiles que no te inspira una teología fria y estéril, sino un corazon sensible y bueno. He visto, como tú nos lo decias, que, en el retiro, el hombre de negocios olvidaba sus chismes y sus penosas discusiones ; que allí derramaba sus cuidados en el seno de amigos íntimos, si no sabia desterrarlos enteramente ; que su corazon se abria entónces á los encantos del consuelo y de la esperanza ; que su rostro se aclaraba ; que las penas é inquietudes se alejaban hasta que hubiese recogido nuevas fuerzas para soportarlas, ó que hubiese puesto remedio á ellas. He visto al sabio abandonar el hilo de sus indagaciones laboriosas, salir del laberinto, y encontrar frecuentemente en el goce de la inocencia y de la noble sencillez de los suyos mas verdad y tranquilidad, mas alimento para su corazon y su espíritu, que en todos los preceptos de la erudicion y del arte. He visto obtener allí á cada uno la aprobacion y los elogios que merecia, y obtenerlos de personas cuya aprobacion y elogios eran cuanto podia desear. Allí he visto al desgraciado aliviado, al inquieto tranquilizado, al que se estraviaba vuelto al camino recto ; en fin, he visto á todo el mundo encontrar allí poco á poco el contento y la satisfaccion.

Algunas veces, á la verdad, la tranquilidad de los campos, la vista de la bella naturaleza, nos inspiran una suerte de melancolia dulce y tranquila. Entónces los placeres ruidosos nos parecen insípidos ; pero tambien por esta razon gustamos mejor los encantos del reposo y de la soledad. La preciosa ociosidad de los italianos,

(1) Célébre predicador de Alemania.

que bajo un cielo puro son pobres y jamas miserables, no es sin grandes ventajas para el corazon. El clima templado, la fertilidad de su suelo, su natural apacible, religioso y contento, les indemnizan de todo. Un escelente viajero ingles, que amo infinitamente, el doctor Moore, dice que los italianos son los mas grandes holgazanes del mundo; pero que cuando se pasean en sus campos, ó cuando están tendidos á la sombra, gozan de la serenidad y del agradable calor de su cielo con una embriaguez que les es del todo particular. Jamas dan en las estravagancias de los bretones, y sin tener la vivacidad ni la alegria de los franceses, tampoco tienen la flema invencible de los alemanes. En fin, el pueblo de Italia manifiesta para los goces de toda especie una sensibilidad moderada que acaso le hace mas susceptible de la verdadera felicidad que al resto de los hombres.

A la verdad en este alejamiento lisonjero de todo lo que nos affige y atormenta, acaso es imposible no abandonarse algunas veces á quimeras agradables, á sentimientos fabulosos; pero á pesar de todas estas desventajas, esta situacion tiene por lo mismo un bello aspecto. Puede ser que especulaciones fabulosas nos conduzcan á resultados estravagantes, á sistemas erróneos; que frecuentemente fomenten pasiones viles y despreciables, que tal vez nos den un modo de pensar poco justo y poco sólido; que algunas veces tambien vuelvan al alma incapaz de entregarse con ardor y actividad á esfuerzos racionales, y encontrar la felicidad en una vida sencilla y moderada. Puede ser tambien que el alma no deje sin pesar este mundo ideal donde se ha detenido con tanta complacencia, que adquiera una aversion formal al comercio de los hombres; y aun quizá estas ilusiones le impidan llenar los deberes ordinarios de la vida, y gustar sus placeres. Pero sentimientos fabulosos no nos hacen ciertamente siempre desgraciados. ¡Ah! ¿quién de nosotros ha estado jamas tan contento en la rea-

lidad como lo ha podido estar algunas veces en la imaginacion?

Rousseau habia leído en su juventud muchos romances, y luego arrastrado por el amor de objetos imaginarios que habia hecho nacer esta lectura, y por la felicidad de ocuparse de ellos, renunció cuanto le rodeaba. Tal fué tambien el origen de este gusto á la soledad que conservó hasta la edad mas avanzada, de este gusto en la apariencia dictado por la melancolía y la misantropía que él atribuía al impulso irresistible de un corazon demasiado afectuoso, demasiado amante, demasiado tierno, que, no encontrando por otra parte sentimientos tan vivos y tan ardientes, se veía obligado á vivir de ficciones.

En la soledad hay para la imaginacion estravíos que hacen bien al corazon, sin poder hacer ningun mal á este ni al espíritu. Por todas partes donde he estado, he encontrado á alguno á quien mi corazon se ha inclinado en la calma. ¡Ah! si los antiguos amigos que tengo en la Suiza, supiesen cuántas veces, en el silencio de las noches, paso en conversar con ellos horas consagradas al sueño, si supiesen que ni la distancia ni los años borran de mi alma lo que han sido para mí en mi infancia, en mi juventud y en mi edad viril; si supiesen cuan fácilmente disipa este dulce recuerdo todos mis pesares, y me hace olvidar todos mis males, acaso se regocijarían tambien de que viva aun con ellos en la imaginacion, aunque esté muerto para los mismos en la realidad.

¡Ah! que no se mire jamas como desgraciado á un solitario cuyo corazon está aun encendido por un sentimiento noble y puro. Frecuentemente aquel á quien el vulgo estúpido compadece tan gratuitamente, aquel á quien cree continuamente presa de las ideas mas negras, afligido por imágenes las mas sombrías, gusta un placer inesplicable. Los franceses tomaban al buen Rousseau (1)

(1) En este libro se encontrarán muchos elogios á Rousseau : bien pueden elogiarse los

por un hombre sombrío. No lo era durante una gran parte de su vida. Ciertamente no lo era cuando escribia á M. de Malesherbes, hijo del chanciller: «No puedo espresar á V. S. cuanto me he afechado al ver que V. me cree el mas desgraciado de los hombres. «Sin duda juzgará el público de la misma manera, y esto es lo que «me aflige. ¡ Oh! ¡ que la suerte de que he gozado no es conocida «de todo el universo! Cada uno querria formarse una semejante, la «paz reinaria sobre la tierra; los hombres no pensarian ya en hacerse mal, y no habria ya malos, cuando ninguno tuviese interes «en serlo. ¿ Mas de qué gozaba, en fin, cuando estaba solo? De «mí, del universo entero, de todo lo que existe, de todo lo que «puede existir, de todo cuanto hay de bello en el mundo sensible, «y de imaginable en el intelectual; reunia al rededor de mí todo «lo que podia lisonjear mi corazon. Mis deseos eran la medida «de mis placeres. No, jamas los mas voluptuosos han conocido «semejantes delicias, y yo he gozado cien veces mas de mis quimeras, que ellos de sus realidades. »

En esto hay sin duda entusiasmo; pero, ¿quién no prefiriera los errores de Rousseau á vuestra fria razon? ¿Quién no renunciaria de buena gana el vacío de todas vuestras felicidades, vuestra urbanidad, vuestras asambleas ruidosas, vuestros juegos y vuestras preocupaciones? ¿Quién no amarà mas bien una vida dulce y contenta en lo interior de su casa? ¿Quién no buscarà mas de buena gana en la calma de los bosques sobre los bordes afortunados de un lago tranquilo, los placeres de la sencilla naturaleza que dejan un recuerdo tan delicioso, aquellos goces tan puros, tan tocantes y tan distantes de nosotros?

Las églogas son tambien ficciones, pero son las ficciones mas agradables y mas graciosas; es la espresion mas pura y mas sublime

buenos pensamientos y cualidades de un hombre sin aprobar por eso ni consentir en sus errores. — *Nota del traductor.*

de la felicidad campestre. ¿Quereis conocer la verdadera felicidad? Buscadla en la calma, donde el alma se cree del todo libre de lo que en las ciudades la atormenta y la oprime; donde no siente ya aquellas necesidades artificiales que no sirven sino para volverla desgraciada, sea que las satisfaga ó que las busque sin esperanza, donde no ama sino la naturaleza; donde no quiere sino su pureza, su sencillez. El que nada ve, que nada escucha de cuanto puede afligirle, que, contento con poco, satisfecho de todo, no respira sino amor é inocencia, ve revivir para él la edad de oro de los poetas, cuya pérdida llorais tan injustamente. El amor y el respeto, el gusto de la bella naturaleza no eran ventajas particulares á los bosques de Arcadia. Todos vivis en la Arcadia si lo quereis. Por todas partes el goce del corazon, los placeres inocentes se encuentran en una pradería esmaltada de flores, cerca de una fuente cristalina y bajo una sombra agradable.

Pope hace retroceder el origen de la poesia hasta los tiempos que siguieron inmediatamente á la creacion. La primera ocupacion del hombre fué el cuidado de sus ganados, y las églogas fueron tambien probablemente sus primeros poemas. Aquellos pastores sin duda buscaban medios de emplear el tiempo desocupado de sus hermosos dias; pero en su soledad; qué ocupacion mas agradable que el canto! y en sus canciones; qué mas natural que el elogio de su felicidad! Tal fué probablemente, segun Pope, el origen de las pastorales, descripciones de aquellos tiempos tranquilos y felices, destinadas á hacer renacer el amor de las antiguas virtudes.

La felicidad se comunica por estas dichosas ficciones, y se bendice al poeta que en el entusiasmo de su felicidad quiere hacer á los otros tan felices como él mismo. La Sicilia y Zurich produjeron dos de estos bienhechores de la humanidad. Jamas se encuentra la naturaleza tan bella, jamas se respira tan fácilmente, jamas palpita el corazon tan dulcemente, jamas es uno tan feliz, como cuando

lee los *Idilios* de Teócrito y de Gessner (1); esta es mi única indemnizacion, amado Gessner, cuando recuerdo todo el placer que encontraba en tu comercio.

Por estos medios sencillos y fáciles, el aspecto de la naturaleza obra en el corazon con la ayuda de la imaginacion; la vida campestre inspira al alma dulces sentimientos; la soledad nos dispone para la felicidad. Es verdad que frecuentemente arrastrado por estas imágenes agradables, se abandona uno tal vez demasiado fácilmente á ideas fabulosas; pero tambien se crea uno quimeras que hacen bien al corazon sin dañar á este ni al espíritu, y ficciones felices, recuerdos agradables, vienen á esparcir flores en los senderos espinosos de la vida.

Las mas veces el corazon no encuentra sino en la soledad el reposo, la suprema felicidad sobre la tierra. Mas el reposo no siempre significa la ociosidad ó la indolencia. El paso de lo que es oneroso á lo que es agradable, de la violencia de los negocios á la filosofía, es tambien un reposo. Por esto es que P. Scipion decia que jamas estaba ménos ocioso, que cuando tenia tiempo desocupado, y que nunca estaba ménos solitario que cuando estaba solo. Para las almas fuertes y enérgicas, el tiempo desocupado y la soledad no son un sueño, sino un nuevo estímulo; y cuando se regocijan de un trabajo ejecutado con suceso, para volver á comenzar otro al instante, es para el corazon y no para el espíritu que piden reposo.

¡ Ah! ¡ con cuánta verdad se ha dicho que el que buscaba un estado esento de toda inquietud, perseguia una quimera; que si se queria gozar de la vida no era menester aspirar al reposo como al fin; sino solamente como á un medio de reanimar nuestra acti-

(1) Quizá nadie en toda la Europa ha juzgado mejor de los *Idilios* de Gessner que el incomparable Blair en sus *Lecciones sobre la retórica y las bellas letras*, impresas en Lóndres en 1783, tomo 2, pág. 348 y 349.

vidad ; que así es menester preferir lo que nos ocupa de una manera proporcionada á nuestras fuerzas, y no nos promete recompensa y placer, sino despues de pena y trabajo, á lo que deja una parte de nuestras fuerzas en la inercia, nos adormece en la pereza, y nos promete placeres y ventajas que cuestan muy poco.

Es menester no buscar el reposo de la inaccion, sino aprovechar al instante del primer impulso que nos obliga á obrar. Si la desgracia de los que amamos causa siempre la nuestra ; si los dolores de los que vemos padecer despedazan nuestro corazon ; si la compasion por los desgraciados emponzoña todos nuestros placeres ; si envuelve el mundo á nuestra vista de tinieblas melancólicas ; si hace nuestra existencia penosa, nuestro espíritu incapaz de ningun trabajo y nos quita hasta la fuerza de practicar la virtud ; si hemos pasado en vano meses y años en librarnos de padecimientos los mas crueles ; entónces es menester absolutamente huir á la soledad ; pero que la belleza que allí nos acompañe sea un ángel de virtud, que á nuestro descenso al valle de la muerte, nos conduzca y nos sostenga por su sabiduría en una noble y sublime tranquilidad.

En medio de este encadenamiento de pasiones y de desgracias de que fui el juguete y la victima, no conocí jamas horas mas felices que aquellas en que olvidaba el mundo, y en que estaba olvidado de él. Siempre encontraba estas horas de reposo en el silencio de los campos. Todo lo que me oprimia en las ciudades, todo lo que en el torbellino del mundo no me inspiraba mas que disgusto, espanto ó violencia, estaba entónces léjos de mí. Admiraba la tranquilidad de la naturaleza, gozaba de ella, y no experimentaba ya sino sensaciones dulces y deliciosas.

¡ Cuántas veces en la embriaguez de un placer puro é inefable admiraba en la primavera aquel magnífico valle, donde las ruinas de la habitacion de Rodolfo de Hapsbourg se elevan solas sobre

la pendiente de una colina cubierta de bosque, cuya frondosidad variada ofrece todos los matices posibles de verdura! Allí veía descender el Aar como un torrente de lo alto de las montañas, ya derramarse en un vasto estanque cerrado por rocas escarpadas, ya precipitarse al traves de peñascos que no le dejan mas que un estrecho paso; despues serpentear tranquila y majestuosamente por medio de llanuras agradables y fértiles, miéntras que por otro lado el Rufs, y mas abajo el Limmat vienen á ofrecerle el tributo de sus ondas y unirse apaciblemente con él. En medio de aquel rico tapiz de verdura veía la soledad real, donde yacen en silencio los huesos del emperador Alberto I^o; de tantos príncipes de la casa de Austria y de las mejores familias de Alemania, condes, caballeros, gentileshombres, muertos por los suizos. Mas léjos descubria el ancho valle donde se encuentran las ruinas de la célebre ciudad de Vindonisa (1), sobre las cuales iba frecuentemente á sentarme y reflexionar sobre la nada de la grandeza humana. Mas allá de esta magnífica comarca se elevan antiguos castillos sobre colinas agradables, y el horizonte mas lejano estaba terminado por las alturas sublimes é imponentes de los Alpes. En medio de todas estas grandes escenas mis ojos se bajaban involuntariamente al

(1) Vindonisa era una ciudad romana muy grande y muy fortificada que servía de plaza de armas á los emperadores contra las irrupciones de los alemanes. Tenian allí continuamente una guarnicion muy numerosa contra estos vecinos peligrosos, que frecuentemente se establecian sobre el Rin, pillaban las llanuras del Aar á pesar de todas las fortificaciones que los romanos habian construido sobre el Rin. Entre tanto el emperador Constancio Clorus batió á los alemanes el año 297 entre el Rin y el Aar. Pero al principio del cuarto siglo perdieron los romanos todo su poder en este pais, y Vindonisa fué tomada y destruida por los alemanes. A la verdad, parece que esta ciudad fué reconstruida, porque bajo los emperadores franceses se estableció allí una silla episcopal que en otra segunda destruccion hácia el año de 579 fué trasladada á Constancia. Sobre los destrozos de esta célebre ciudad quedaron en el décimo siglo los condes de Windich y Altembourg, autores de los condes de Hapsbourg. De todas estas grandezas no queda ya sino ruinas bajo las cuales está la pequeña ciudad de Brugg, mi patria, cerca de los castillos de Windich y de Altembourg.

profundo valle que estaba á mis piés, y permanecian fijos en la pequeña ciudad que me habia visto nacer : reconocia todas las casas y todas las ventanas de la que habitaba. Cuando reflexionaba sobre mis sensaciones actuales, sobre lo que habia experimentado, y las comparaba entre sí, entónces me decia á mi mismo : ¡ ah ! ¿ por qué mi alma se comprimía así en medio de tantos objetos propios para inspirar grandes sentimientos ? ¿ Por qué aquel invierno tan hermoso, tan sereno me parecia tan sombrío ? ¿ Por qué tenia allí abajo tantos enfados, disgustos y pesares, miéntras que ahora delante de estos imponentes objetos no siento sino amor y tranquilidad, perdono todos los falsos juicios, y olvido todas las injusticias ? ¿ Por qué aquel tan pequeño número de hombres reunidos á mis piés está tan poco tranquilo y tan poco avenido ? ¿ Por qué el hombre virtuoso está allí tan espantado ? ¿ Por qué el que gobierna es tan grande, y pequeño el que es gobernado ? ¿ Por qué hay allí tan poca libertad y valor ? ¿ Por qué hay tan pocos hombres que sepan conocerse y apreciarse ? ¿ Por qué es tan orgulloso el uno, y tan vil el otro ? ¿ Por qué, enfin, entre seres nacidos iguales hay tanto orgullo y tanta envidia, miéntras se ve á los pájaros de estos bosques colocarse indistintamente sobre sus ramas y unir sus cantos para celebrar las alabanzas del Criador ? Entónces bajaba yo de mi montaña satisfecho y apacible ; hacia á los señores campesinos profundas reverenciās ; estendia amigablemente la mano á cada uno de mis inferiores, y conservaba esta feliz situacion del alma hasta que hubiese olvidado de nuevo entre los hombres las sublimes montañas, el agradable valle, y los pacíficos pájaros.

La soledad campestre disipa tambien todo lo que nos desagrade entre los hombres, muda frecuentemente en placeres los mas amargos sentimientos, inspira un entusiasmo y un contentamiento que no se experimenta en las ciudades. La tranquilidad de la naturaleza hace olvidar siempre al corazon corrompido sus inclina-

ciones criminales ; nos hace afables, amables, francos, confiados ; siempre nos fortifica en la virtud, con tal que dirijamos sabiamente nuestras pasiones y que una imaginacion demasiado fogosa no nos forge penas quiméricas.

Todo esto es sin duda un poco mas difícil en la soledad de las ciudades. Parece fácil, á la verdad, retirarse á su habitacion y elevarse allí sobre todo lo que nos rodea. Mas son pocos los que tienen bastantes fuerzas para ejecutarlo, porque en casa mil cosas vienen á interrumpir el curso de nuestras reflexiones ; en las calles y en las sociedades mil accidentes incómodos vienen á desconcertar nuestra vana sabiduría, y muy luego sentimientos tristes y penosos agrian el corazon y debilitan el espíritu que no está sostenido por objetos bastante imponentes.

Rousseau estaba siempre estremamente desgraciado en Paris (1). Este grande genio escribió allí, á la verdad, obras notables ; mas, desde que salia á las calles era abatido por un tropel de sentimientos contrarios, le abandonaba su espíritu, y el escritor brillante, el filósofo atrevido, el que conocia tan bien todos los dobleces del corazon humano, se volvia casi un niño.

En el campo sale uno de su casa con mas seguridad, y sobre todo está uno mas afable y mas satisfecho. ¿Se cansa el solitario de reflexionar en su habitacion ? No tiene mas que salir, encuentra por todas partes reposo, y cada uno de sus paseos no le ofrece sino placer. Estiende las manos á todos los que encuentra, ama á todos los hombres que ve, y es amado de todos los que le ven. Nada viene jamas á irritar su bilis. En ninguna parte tiene que soportar los desdenes de una mujer imperiosa, presumida de su nobleza, ó de un hombre orgulloso. Jamas un opulento le derriba con su

(1) Puedo decir que todo el tiempo que he vivido en Paris no ha sido empleado sino en buscar recursos para vivir alejado de él.

carruaje. Jamas el descarado vicio viene á escandalizarle impunemente al abrigo de pergaminos viejos, ó de un rico cofre.

Pero tambien en Paris, y en cualquiera otra ciudad de Alemania un hombre que se separa del tumulto de la vida, jamas tendria tales sentimientos si viviese en paz con su corazon y no padeciese de los nervios. Esto es lo que nos hace el juguete de pasiones indignas de un hombre. Con nervios débiles todos los objetos nos desagradan y nos irritan.

Aun con una débil constitucion corren nuestros dias apaciblemente en medio del tumulto de los hombres con tal que vivamos en paz con nosotros mismos. Nuestras pasiones son los dulces zéfiros, con cuya ayuda deberia el hombre conducir su barquilla en el océano de la vida. Las pasiones ponen al alma en movimiento ; empero cuando llegan á ser impetuosas, la barquilla está en peligro y se va á pique. Para cualquiera que está libre de remordimientos, la pena y el pesar son poca cosa. Así, que se olvide lo pasado, que no se hagan especulaciones sobre lo venidero, y que no se procure afinar, sobre tal ó tal cosa que está bien, pero que pudiera estar aun mejor. Todo está siempre mejor de lo que creemos. La satisfaccion no viene de que se desee ardientemente, pues que casi siempre despues de haberlo obtenido aun está uno descontento. Todo contentamiento tiene su origen en nosotros mismos y viene de la voluntad reflexiva de conocer, de buscar el bien y gozarle, por pequeño que pueda ser.

Para encontrar esta preciosa tranquilidad que se busca en la soledad, no basta mirar negligentemente y con asombro todo lo que se presenta á nuestra vista. El que sin trabajar y sin tener un plan de conducta bien visto y bien determinado quisiese ser feliz en la soledad, se aburriria en su casa de campo como en la ciudad, y haria mejor en cortar leña todo el dia, que haraganear de botas y espuelas. Mas el que, en la mas profunda soledad, se pone

siempre en obra con ardor, llega por el trabajo á la verdadera tranquilidad y perfecta felicidad.

Petrarca hubiera encontrado esta tranquilidad en su soledad de Vacluse, si su corazon no hubiese siempre suspirado por su Laura. Entendia perfectamente el arte de vencerse á sí mismo. « Me levanto, dice, á la media noche, salgo al romper el dia; estudio en los campos como en mi habitacion, leo, escribo, pienso. Combato la pereza, disipo el sueño, la molicie, la sensualidad. Recorro todo el dia montañas áridas, valles húmedos y profundas cavernas. Corro frecuentemente solo con mis cuidados lo largo de las orillas de mi rio. No encuentro un solo hombre que me distraiga; los hombres se me hacen de dia en dia ménos incómodos; los coloco léjos delante ó tras mí. Me acuerdo de lo pasado, y delibero sobre lo porvenir. He encontrado un escepticismo medio para hacerme á la separacion del mundo. Me acostumbro al lugar de mi morada, y estoy convencido de que me acostumbraria en todas partes, escepto en Aviñon. Aquí en Vacluse encuentro Aténas, Roma ó Florencia, segun agrade mas á mi espíritu. Gozo aquí de todos mis amigos, tanto de aquellos con quienes he vivido, cuanto de los que han muerto largo tiempo antes de mi existencia, y que no les conozco sino por sus obras. »

En la soledad se puede todo lo que se quiere, cuando uno está resuelto á ello, y encuentra en sí mismo tales recursos. Mas Petrarca no queria todo lo que podia porque estaba enamorado. No estaba en reposo su corazon, y el reposo es ciertamente, como lo dice Lavater, el medio de ser siempre feliz, y de hacer todo bien.

El trabajo hace encontrar el reposo en los desiertos mas espantosos. El emperador del Japon enviaba á la isla de Fatsisio á los grandes de su imperio que habian incurrido en su desgracia. Las riberas de esta isla, en otro tiempo inhabitadas, son de una altura sorprendente. No tiene puerto; es estéril y tan inaccesible, que es

preciso subir á ella á los desterrados con gruas, lo mismo que los víveres que allí se trasportan. Toda la ocupacion de estos desgraciados en esta triste mansion es fabricar estofas de seda, tisúes de oro, que son de la mayor hermosura, y que por esta razon jamas se venden á los extranjeros. A la verdad, no quisiera caer en la desgracia del emperador del Japon ; pero creo por tanto que en la isla de Fatsisio se encuentra mas reposo interior que cerca de él, y en toda su corte.

Es menester reunir todo lo que lleva solamente una chispa de reposo al alma y sin afanarse por mantener en ella un fuego eterno, es menester cuidar solo de que no se apague la última chispa. Así es que en el campo se encuentra el reposo que huye de las ciudades, y los bienes que no conocen los mundanos.

¿Qué grande ha estado jamas tan contento en medio de sus espléndidos festines, como Rousseau lo estaba de su frugal sustento? « Volvia despacio, dice, con la cabeza un poco fatigada, pero el « corazon contento ; reposaba agradablemente de vuelta entre- « gándome á la impresion de los objetos, peso sin pensar, sin ima- « ginar, sin hacer otra cosa que sentir la calma y la felicidad de « mi situacion. Encontraba mi cubierto puesto sobre mi terrado ; « comia con grande apetito con mi doméstico ; ninguna imágen de « servidumbre ni de dependencia turbaba la benevolencia que á « todos nos unia. Mi perro mismo era mi amigo, y no mi esclavo ; « teníamos siempre la misma voluntad, pero jamas ha dejado de « obedecerme ; mi alegría durante toda la noche testificaba que « habia vivido solo todo el dia ; era bien diferente cuando habia « visto compañía ; rara vez estaba contento de los otros y jamas « de mí. Por la noche estaba regañon y taciturno : esta observacion « es de mi aya, y desde que me lo ha dicho, la he encontrado « siempre justa observándome. En fin, despues de haber dado aun « algunas vueltas en mi jardin, ó cantado algun aire en mi espi-

« neta, encontraba en mi cama un reposo de cuerpo y de alma cien veces mas dulce que el sueño mismo. »

La naturaleza y un corazon tranquilo son para la divinidad un templo mas hermoso y mas majestuoso que la basilica de san Pedro en Roma, ó la de san Pablo en Lóndres. Los desiertos mas salvajes están llenos de la inmensidad de Dios, y su presencia santifica la colina solitaria sobre la cual un corazon puro y apacible viene á ofrecerle su sacrificio. Por todas partes lee en nuestros corazones, por todas partes escucha el ruego del que le invoca sinceramente. Que subamos ó que descendamos, no encontramos un solo grano de polvo que su poder no llene. Pero tampoco hay lugares que inspiren ideas mas religiosas que estos felices sitios, que reuniendo las hermosuras mas agradables y mas sublimes de la naturaleza, roban el corazon y nos embriagan con voluptuosas sensaciones, que no escitan en nosotros mas sentimientos que la admiracion, el amor y el reposo.

No me acuerdo jamas sin la emocion mas dulce la sublime escena de que gozé en 1775, cuando en un hermoso dia subí con mi amigo Lavater á la azotea de la casa que habitaba entónces en la que nació y fué educado. Ya pasease ó me sentase, experimentaba casi la misma sensacion que mi amado Bridone en la cima del Etna (1). Abrazaba de un golpe de vista toda la ciudad de Zurich, las agradables campiñas del contorno, su tranquilo y trasparente lago, y mas allá las montañas mas altas que suspendian hasta los cielos sus majestuosas cabezas cubiertas de nieve y escarcha. Una tranquilidad celestial me rodeaba á este aspecto.

En la azotea de Lavater comprendí cómo con un sentimiento

(1) Bridone dice: « A medida que nos elevamos sobre las habitaciones de los hombres, parece que nuestros sentimientos bajos y comunes nos abandonan, que acercándose el alma á las regiones etéreas, se desnuda de las pasiones terrestres, y casi siente ya alguna cosa de su inmutable pureza. »

tan delicioso de su existencia y de sus fuerzas, puede él pasearse tranquilamente en Zurich á la vista de los sabios de esta ciudad, que no cesan de injuriarle diariamente, y á quienes pide tan humildemente perdon de su existencia inocente, y que al ménos, segun las leyes, no puede ser destruida.

En la azotea de Lavater comprendi cómo puede aun amar tan tiernamente á sus implacables enemigos los señores sabios de Zurich, que su nombre solo pone en cólera, que no ven sino con la mayor repugnancia alguna cosa de loable en él, y hacen notar muy placenteros las faltas y ridiculeces que puede tener; que no pueden oir, sin estremecerse de cólera, que se diga de él alguna cosa buena que se pueda probar, y que se le disculpe de alguna cosa mala que nó sea probable; que rechazan con aversion todas las verdades que están á su favor y se apresuran á escuchar con un aire de triunfo todas las mentiras que tienden á deshonorarle, que son humillados por su gloria tanto cuanto podrian serlo por la infamia de ellos, y que se complacen tanto de su deshonor cuanto del honor personal de ellos, por lo cual todo lo que les parece felicidad, para Lavater es una desgracia, y todo lo que creen ser la desgracia de Lavater, es una felicidad; que procuran callar todo el bien que saben de él, y se gozan de abultar sus faltas y esparcir las de todos los modos posibles, pero que se hacen mayor mal que á él, y frecuentemente escuchan su gloria queriendo aniquilarla; que inspiran á todo extranjero imparcial el deseo de experimentarlo personalmente, y que siempre tienen el pesar de ver que Lavater es hallado muy diferente de lo que los representan las lenguas y plumas envenenadas de sus enemigos en Zurich.

En una posicion aun mas deliciosa y mas tranquila que la de Lavater, y en medio de todo lo que la Suiza ofrece de agradable, de risueño y de sublime, en el pueblo de Richtenwyl, á algunas leguas de Zurich, vive un gran médico. Su alma es dulce y sublime

como la naturaleza que le rodea. Su casa es el templo de la salud, de la amistad y de todas las virtudes apacibles. El pueblo de Richterswyl está situado cerca del lago de Zurich, en el lugar donde dos puntas sobresalientes forman un puerto natural de cerca media legua. Por el otro lado, el lago, que tiene casi una legua de ancho, está rodeado de Norte á Este por agradables colinas cubiertas de pámpanos y entremezcladas de praderías, de vergeles, de campos, de matorrales y de bosques sembrados de poblaciones, de iglesias, de casas de campo y de chozas.

Un vasto y magnífico anfiteatro, que ningún pintor se ha atrevido aun á dibujar sino por partes, se abre del Este al Sur. La vista hácia la parte superior del lago, que por este costado tiene la longitud de cuatro leguas, ofrece puntas de tierra, islás dispersas, el pueblecito de Rapperschwyl arrimado á una colina sobre el puente que se estiende de un borde del lago al otro. Mas léjos se eleva en medio círculo el inespugnable anfiteatro. Sobre el primer plano está la punta de tierra y sus colinas, que no tienen mas distancia que media legua una de otra; despues suceden montañas poco elevadas, cubiertas de árboles y de verdura, y en las cuales se alzan aldeas y casas esparcidas. Mas lejos se descubren las montañas fértiles y majestuosas de los Alpes entrelazadas unas con otras, y matizadas alternativamente de un azul claro y oscuro. Detras de estos Alpes se elevan hácia el cielo rocas cubiertas de una nieve eterna. Hácia el Sur se abre el anfiteatro continuado por una nueva cadena de montañas. Una vista tan rica será siempre nueva, imponente, incomparable.

Las montañas se prolongan del Sur al Oeste. El pueblo de Richterswyl está situado á su pié, al borde del lago; negros bosques de abetos cubren la cima, y el medio está lleno de árboles frutales, que mudan en jardín ricos barbechos y sazonados pastos, donde de espacio en espacio se perciban algunas casas. El pueblo de Rich-

terswyl es aseado, sus calles están enlosadas, las casas, construidas de piedra, son pintadas por defuera. Al rededor del pueblo hay paseos formados sobre los bordes del lago por calles de árboles frutales y sobre las colinas por bosques sombríos, y todos ofrecen vistas agradables ó sublimes que hieren y arrebatan al viajero. Se detiene para contemplar cuidadosamente tantas hermosuras, su pecho se dilata, y su respiracion se debilita. Parece temer interrumpirse él mismo. No hay un palmo de esta bella tierra que no esté empleado, plantado, cultivado; todos los brazos trabajan; niños y viejos, todos se ocupan útilmente.

Las dos casas del médico están rodeadas cada una por su jardin, y, aunque en medio del pueblo, están tan aisladas como si estuviesen en campo raso. Debajo de la habitacion del amigo de mi corazon, y á lo largo del jardin, corre un cristalino arroyo; mas allá está el grande camino por el cual, desde muchos siglos enteros, se ve casi diariamente pasar una multitud de peregrinos que van al convento de la ermita. De las habitaciones y jardines se ve elevarse hácia el sur el majestuoso Ezelverg, que no está distante sino una legua; negros bosques sombrean su cima, y abajo se levanta una poblacion con una bella iglesia, sobre la cual se detiene el sol cada tarde ántes de terminar su carrera. Se presenta delante el lago de Zurich, que jamas es agitado por tempestades peligrosas y cuyo puro cristal reverbera sus deliciosas riberas.

Si en una noche oscura, se pone uno á la ventana, ó, solitario, respira en el jardin las refrescantes exhalaciones de las flores, cuando la luna levantándose sobre las montañas arroja sobre la superficie del lago un grande rayo de luz; en medio de este sueño de la naturaleza entera se escucha de un lado de la ribera cada golpe de las campanas campestres, y del otro la voz agria y chilladora del vigilante, y el aullido de los perros fieles del lugar. Se oye á lo léjos el barquichuelo del navegante que hiende dulcemente las

olas con sus remos ; se le ve atravesar el surco de luz y jugar con las olas brillantes. Sí, cuando se descubre el lago de Ginebra en toda su estension, la majestad de este sublime cuadro enmudece al espectador, que cree ver la obra mas sublime de toda la creacion. Pero aquí delante del lago de Zurich en Richterswyl, los objetos están mas próximos, mas agradables, mas dulces, y mas tocantes. El lujo y la riqueza no se ostentan en parte alguna de las casas de este filántropo. Se siente en sillas de paja, escribe en mesas de madera del país, come y hace comer á sus amigos en platos de barro. La limpieza y la comodidad reinan por todas partes. Una coleccion numerosa de retratos, dibujos y grabados es su único gasto. Los primeros rayos de la aurora alumbran la pequeña habitacion donde este sabio duerme y reposa en paz y le recuerdan para una nueva vida. Al recordar es saludado por el arrullo de las tortolillas y por el canto matutino de los pájaros que dormian con él en una habitacion vecina.

La primera hora de la mañana y la última de la noche son suyas. Todas las demas las consagra al grande número de enfermos y afligidos que vienen diariamente á consultarle. Su bienhechora vocacion absorbe toda su vida, pero tambien hace el gozo y la felicidad de ella. Todo el pueblo de las montañas de la Suiza y los valles de los Alpes, llega á su casa, y busca en vano espresiones para esponer sus necesidades y su reconocimiento ; cada uno está persuadido de que el doctor lo ve y lo sabe todo ; responde á sus cuestiones con fidelidad y franqueza ; escucha todas sus palabras, reúne todos sus consejos como granos de oro, y se va en seguida lleno de deseo, de consuelo, de esperanza y de buenas resoluciones, como dejando su confesor en la ermita. Despues de un tal dia ¿ se cree que falte alguna cosa á la felicidad de este amigo de la humanidad ? Si ; cuando una aldeana sencilla é ingenua, que habia temblado por los dias de su esposo, entra en su habitacion

y le aprieta la mano exclamando : « Mi marido, señor, estaba muy malo cuando vine á vos ; pero desde ahora dos dias va mucho mejor. ¡ Ah ! ¡ qué agradecida os estoy, mi buen señor ! » Entónces este filántropo siente lo que un rey debe sentir cuando hace bien á todo un pueblo.

Tal es el pais de la Suiza, donde reside uno de los mas grandes médicos de nuestro siglo, el doctor Hotze, médico y filósofo, que la vasta estension de sus luces, la profundidad de su juicio y su esperiencia ponen al lado de dos amigos de mi corazon, Tissot é Hirzet. Así es como trascursan sus dias uniformes y felices. A la verdad, no vive solo sino dos horas al dia, pero consagra el resto al alivio de la multitud de desgraciados que diariamente vienen de sus casas á esta region celestial. Su espiritu activo y lleno de vigor jamas reposa ; pero un reposo celestial habita en su corazon. ¡ Ah ! no hubiera encontrado uno semejante en la corte. Empero todo el mundo puede gozar de la misma felicidad, aun cuando no habitase en una tan bella posicion como la de mi amado doctor Hotze en Richterswyl del convento de los capuchinos, cerca de Albano, ó en la casa de mi rey en Windsor.

Cualquiera que no desee mas de lo que tiene, es feliz. Una tal felicidad se encuentra fácilmente en Richterswyl sobre el borde del lago de Zurich ; pero se encuentra tambien mas fácilmente de lo que se cree, en la habitacion donde escribo este libro sobre la soledad, y donde desde siete años no veo sino algunos miserables techos y la cima de una antigua torre de iglesia.

Es menester que el reposo tenga siempre su origen en el corazon, pero en la calma penetra en él mas fácilmente con todas las virtudes que le acompañan. ¡ Cuán bueno y amable se hace uno cerca de una fuente pura, ó despues de un ligero sueño tomado á la sombra de un árbol coposo ! La tranquilidad de la naturaleza se comunica á nuestro corazon, porque entre los hombres hay mas

motivos de huir de sí mismo, que de huir de los otros. La paz consigo mismo es la paz con el universo. Con un corazón tranquilo se ve siempre á los hombres y á las cosas por el buen lado. En la soledad de los campos, donde no se experimenta sino sentimientos agradables, se aprende á amar á los hombres. Cuando toda la naturaleza está risueña para nosotros, cuando abundamos de contento, entónces no nos falta ya sino un corazón para participar con nosotros esta felicidad.

También para las almas dulces y apacibles, la felicidad doméstica es mucho mas grande en el campo que en ninguna otra parte. Las cortes mas brillantes de Europa nada tienen que oponerle, y sus vanos entretenimientos no podrían templar el justo dolor del que se viese arrancar á su pesar de una tal felicidad, aprisionado en el palacio de un rey, y obligado á conformarse con la vida frívola que en él se lleva, donde no se hace mas que jugar y bostezar, tener enfado y darlo, aborrecerse y envidiarse, acariciarse y despedazarse (1).

No se ve ya revivir sino en los campos los placeres verdaderos, el amor, la buena fe y las costumbres sencillas de nuestros mayores. Por esto es que decía Rousseau tan sinceramente á los habitantes de las ciudades, que la vida campestre tenia placeres de que no se dudaba, que estos placeres eran ménos insípidos, ménos groseros de lo que creían, y que el gusto, la eleccion y la delicadeza podían reinar allí; que un hombre de mérito que se retira con su familia al campo, y se hace allí un arrendatario vé correr sus dias tan dulcemente como en las asambleas mas brillantes. Que una buena ama en el campo podía ser también una mujer hermosa, una mujer llena de agrados y tener [gracias mucho

(1) La señora de Maintenon escribía de Marly á la señora de Caylus: « Llevamos aquí una vida singular. Quisiéramos tener saber, galantería, invencion y todo esto nos falta enteramente. Se queja, se duerme, se enfada, reúnen alguna miseria los unos de los otros, se aborrecen, se envidian, se acarician y se despedazan. »

msa tocantes que las mujeres mentecatas que se ven en las ciudades.

Se olvidan todos los desagradados del mundo bajo sombras frescas y valles agradables y solitarios. En las ciudades mismas no se aborrece á los hombres mas pícaros, desde que ya no se les ve. Solo en el tumulto de la vida civil y bajo el yugo pesado de la subordinacion, es que el choque continuo del buen sentido y de la razon contra la estupidez de los que mandan esparsen un torrente de miserias en la vida humana. Tontos en colocaciones elevadas hacen amarga la vida de sus subalternos, emponzoñan su satisfaccion, trastornan todo el órden social; cubren de espinas la vida de los que tienen mas saber que ellos, y les hacen de este mundo un valle de desaliento, de indignacion y de lágrimas. Cuantos hombres de honor en la corte, cuantos oficiales bravos y juiciosos, cuantos empleados instruidos tendrian derecho de esclamar con el filósofo: «¡Oh! ¡si tuviera alas como la paloma, si pudiera volar á mi antojo y fijar mi morada al acaso, me alejaria y permaneceria en el desierto! Me apresuraria á escapar de la tempestad; porque veo que la falsedad, la malicia, la mentira, y la discordia, dominan en la corte, en el ejército y en la ciudad. »

La estupidez que tiene crédito y autoridad se hace sobre todo dañosa y peligrosa, porque quiere volverlo todo tan pequeño, como ella lo es, porque da siempre á las cosas un falso nombre, porque toma á cada hombre por lo contrario de lo que es; en una palabra, porque la estupidez llama siempre lo blanco negro, y lo negro blanco. Es menester que los hombres libres, francos y honrados, si quieren librarse de ella, conozcan todos sus ardises y todos sus enredos tan bien como el zorro de Sadi, fabulista indiano.

Viendo uno un día correr apresuradamente un zorro hácia su madriguera, le preguntó: ¿Dónde vas tan apurado? ¿Has cometido algun mal y temes que se te castigue? No, respondió el zorro, de

nada me acusa mi conciencia; pero acabo de oír á los cazadores que tienen mucha gana de tener un camello para llevarlo consigo. ¡Y bien! ¿que se te da de eso? Tú no eres un camello. ¡Buen Dios! replicó el zorro, las buenas cabezas tienen siempre enemigos. Si alguno me mostrase á los cazadores, y les dijese: « Veis allí un camello que corre, » esas gentes me atormentarian y me cargarían de hierros sin examinar si realmente era el animal por el cual se me hubiese anunciado.

El zorro tenía razon. Pero que los hombres sean tan malos como estúpidos, ó que no sean malos sino por envidia; si me es imposible escapar de sus persecuciones, y si soy siempre para ellos un objeto de cólera, porque me creen mas feliz que ellos, no me vengaré yo sino haciéndoles ver, que ningun hombre sobre la tierra es para mí un objeto de escándalo.

Nada puede herir el amor propio del que no pide mas de lo que tiene. Las ideas pacíficas que nos inspira la soledad sobre la sencillez, el órden y el reposo libran nuestro corazon de todo deseo esceseivo. En el comercio continuo con nosotros mismos no podemos disimularnos cuantas cosas nos faltan, y cuan necesario es que seamos todo lo que no se nos cree. Todo el bien que nos sucede, toda la felicidad que tenemos nos parece en consecuencia una gracia; y por esta razon misma es imposible que nos aflijamos de la felicidad de otro. Así es que, en el hombre que vive continuamente consigo mismo, y que es de buena fe, la dulzura nace de las reflexiones sobre sus propias faltas, y de la justicia que hace al mérito superior de otros hombres.

Hubiera querido acabar mis dias en las amables soledades de la Luisiana, dice un frances historiador de aquel pais, léjos del tumulto del mundo, de la avaricia y del engaño. Allá se goza de mil placeres inocentes que se renuevan sin intermision; allí se libra de los malos discursos, de las charlas, de la envidia, de la

maledicencia y de los zelos. Sobre aquellas agradables praderías, cuya grandeza no puede medir la vista asombrada, no se podria ver, sin admirar la bondad del Criador, andar vagando apaciblemente tantos animales diversos, tantos pájaros que llenan los bosques con su canto, tantas maravillas de la naturaleza que invitan á una tranquila contemplacion.

Pero me parece que por cualquiera parte por donde se vuelve la vista en Alemania, se encuentra en toda casa tranquila como en las soledades de la Luisiana, muchos mas placeres verdaderos y puros que en el gran mundo. El industrioso ciudadano que corre por la noche á reunirse con su esposa y sus hijos despues de haber acabado su trabajo honradamente, está, sin duda, tan tranquilo como ningun cortesano. Si el mundo, si sus conciudadanos no tributan al hombre de negocios la justicia, la estimacion y el honor que merece, si su zelo, si sus beneficios son recompensados con la indiferencia y la ingratitud ; ¡ que olvide luego esta injusticia volviendo al seno de los suyos, cuando se vea recibido con los brazos abiertos, y obtenga de ellos la aprobacion y el elogio que dignamente merece ! ¡ Cómo siente todo el precio de su amor y de su afecto ! Si el brillo del gran mundo, el esplendor de la corte, el triunfo de la grandeza y del poder han dejado su corazon frio ; si el espectáculo del fraude, de la astucia, de la falsedad, de la vanidad pueril le ha agriado y fatigado ; luego en el circulo de los que ama, vendrá á reanimar su corazon abatido un dulce calor ; bien luego, sentimientos mas dulces y mas nobles, levantarán su valor ; y la verdad, la franqueza, la probidad, la inocencia, que reina al rededor de él, le conciliarán con la humanidad. Si gozase, al contrario, de una fortuna cien veces mas brillante ; si fuese el favorito de los ministros y de los grandes ; si fuese el querido de las damas, el que diese el tono en las sociedades mas brillantes ; si fuese el mismo grande y rico, pero que su habitacion fuese la

morada de la discordia y de los celos, y que no pudiese encontrar en lo interior de su palacio el reposo que el sabio, el virtuoso gustan bajo la choza, ¿aquella felicidad deslumbrante, y del todo estranjera le indemnizaria de esta pérdida irreparable?

Tales son mis sentimientos sobre las ventajas de la soledad para reconciliarnos con los hombres y con el mundo; pero yo no hago aquí mas que citar las palabras de otro. Estas palabras son de un doctor de mi religion, de un teólogo juicioso; pero que no anuncia una religion imperiosa, una teología que choque al corazon. Son las palabras de su sermon sobre la felicidad doméstica; de aquel discurso incomparable que todos los hombres debieran leer, como todos los sermones de Zollikofer.

« La soledad, dice el mismo doctor, defiende de las burlas, de « la frivolidad, del desprecio injusto y del juicio severo de la en- « vidia; ella nos evita el triste espectáculo de las locuras, de los « crímenes y de la miseria que manchan tan frecuentemente el « teatro de la vida activa y social; apaga en nosotros el fuego de « las pasiones demasiado vivas y demasiado ardientes, y afirman la « paz en nuestro corazon. » Esto que dice mi amado Zollikofer, lo he experimentado. Cuando mis enemigos creian que ligeros accidentes turbaban mi vida; cuando se me contaba, como se regocijaban en sus reuniones, y como hermosas damas saltaban de júbilo y formaban un círculo al rededor del que les daba noticia de las injurias que se me habian hecho y de las que se me preparaban; me decia á mí mismo: « Cuando mis enemigos me hubieran jurado mil muertes, qué mal podia hacerme esto? ¿Qué pueden probar epigramas y chocarrerías? ¿Qué pueden probar las pinturas satíricas que hacen circular en toda Alemania, y en toda la Suiza? »

Las espinas y cardones sobre los cuales marchan sin dolor piés duros, ó que los arrojan á un lado con indiferencia, no causan sino á los hombres afeminados llagas y úlceras, y lo que para otros

podia ser nada, se hace para ellos una enfermedad formal. Ved aquí los hombres que es menester tratar, como las flores de las tiernas plantas, con consideracion y atencion, y no tocar jamas con manos duras y groseras. Empero al que ha ejercitado sus fuerzas contra los mayores peligros, contra los reveses mas crueles que siente su alma sobrepuesta á los falsos juicios y á las preocupaciones, no se le da cuidado de tales golpes, no los siente. Abandona las bagatelas á las pequeñas almas que ellas ocupan, y mira con indiferencia y con intrepidez las bravatas de esos miserables insectos.

Para olvidar el furor de sus enemigos no siempre hay necesidad de suaves zéfiros, de fuentes claras, de rios poblados de pescados, de espesos bosques, de frescas cavernas, de bancos de césped ni de praderías esmaltadas de flores. ¡Oh! á aquellos se les olvida siempre en la calma. Todos los pequeños obstáculos de la vida, todas las burlas, todas las injusticias, todos los cuidados minuciosos vuelan como el polvo delante de quien tiene bastante ánimo para vivir á su gusto y á su voluntad. Lo que se hace de buena gana es siempre mas agradable que lo que se está obligado á hacer. Solo la violencia del mundo y la servidumbre que emponzoñan la vida de las almas libres les quitan todo reposo, todo contento, toda fuerza aun en una comodidad brillante, en la riqueza y la abundancia.

Así que, la soledad no solamente procura el reposo del corazon; no solamente hace buenos y virtuosos, eleva sobre la estupidez, la maldad y la envidia, sino que tiene aun otras muchas ventajas mas preciosas. La libertad, la verdadera libertad, no se encuentra en ninguna parte como en el alejamiento del tumulto de los hombres, y de toda relacion involuntaria con el mundo. Se ha dicho muy bien, que en la soledad el hombre volvia de la distraccion que lo habia arrancado de sí mismo; que se sentia, que tenia un conocimiento claro é íntimo de lo que era y de lo que tenia, y que vivia

mas en sí y para sí, que en los objetos exteriores ; que en la soledad, entraba en un estado natural y libre, que no jugaba ya un papel artificial, que no representaba ya un personaje extranjero ; que pensaba, hablaba, obraba segun su carácter, segun sus sentimientos ; que en la soledad era enteramente lo que es en efecto, y nada otra cosa ; que no temia ya allí un señor severo, un tirano imperioso ; que allí de nadie se mofaba, que nada le escandalizaba ; que ni la violencia de los negocios ni la de la política le inquietaba, que allí rompía todos los lazos de la habitud y de la servidumbre arbitraria, que su espíritu podia siempre pensar con elevacion, y su corazon abandonarse siempre á sus sentimientos.

La señora de Staal miraba como un grande error creerse libre en la corte, donde en sus menores acciones está uno obligado á tener cuidado de cien cosas diferentes, donde jamas se puede pensar con elevacion, donde es menester que nuestros sentimientos se reglen sobre todo lo que nos rodea, donde todo lo que se nos aproxima parece tener el derecho de probarnos, y donde no gozamos jamas de nosotros mismos. « El goce de sí mismo, decia ella, no « se encuentra sino en la soledad : en la Bastilla fué donde por la « primera vez tomé conocimiento de mí misma. »

Los hombres libres son tan poco á propósito para ser camareros y estar á la cabeza de los negocios de la corte, como nuestras mujeres para ser religiosas. El cortesano teme lo que le rodea ; está siempre acechando, siempre atormentado por una sospecha roedora ; no obstante en medio de todo esto, tiene un rostro sereno y satisfecho, y como una vieja, enciende siempre una cera al arcángel Miguel y otra al demonio, porque no sabe de cual de ellos tendrá necesidad.

Una tal prevencion y violencia son insoportables á quien no ha nacido para ser cortesano. Pero tambien en unas relaciones mucho ménos estendidas con el mundo, los hombres libres, sólidos y

activos, rompen todas las cadenas. Es menester estar elevado en la corte para encontrar placer en el vapor de la politica. La falta de juicio, sin duda, hace alli importantes muchas minuciosidades, y la larga violencia del alma hace tambien parecer alli fáciles muchas cosas que atormentarian á otro falto de esta costumbre. ¿Quién no ha experimentado jamas lo que es verse obligado á sentarse y conversar toda una noche, aun en una sociedad ordinaria, sin saber de lo que se debe hablar, y por consiguiente sin decir nada? ¿A quién no le ha sucedido jamas encontrarse con hombres que querian sacar de nosotros ideas, sin dar ninguna? ¿Quién no ha visto caer sus pensamientos sin producir otros, y resbalar en el espíritu de los oyentes como el agua en el encerado?

¡Cuántos pensadores son esclavos en medio de una tropa de necios é insensatos! ¡Cuántos hombres racionales son esclavos por tener la desgracia de pertenecer á un cuerpo irracional! ¡Cuántas buenas cabezas hacen un triste papel en muchas pequeñas ciudades! No se sufre largo tiempo el comercio de un hombre que se mofa de todo lo que se honra, y rechaza todo lo que se ama y estima. No hay peores tiranos que las preocupaciones de los hombres, y nuestra servidumbre es tanto mas pesada, cuanto que se nos entiende menos. ¡Ah! que no basta proponerse seriamente agradar en el comercio de la vida; si se quiere salir bien, es menester no pensar; es menester no tener sentimiento de sí; aun es menester despreciar todo lo que los hombres racionales estiman, y estimar todo lo que un hombre de espíritu y de buen sentido desprecia; ó bien chocando de frente la ceguedad general aventura uno su reposo, su tranquilidad y su fortuna.

La mansion en los campos, ó bien en la ciudad una vida tranquila y doméstica garantizan de toda esta incomodidad. Solo así se hace uno independiente y libre de todo lo que repugna al espíritu y choca al buen sentido. Pero si la soledad debe ser sin violencia,

no es menester tomar la capilla de fraile, ni tampoco llevar una corona como el dux de Venecia. Este pobre esclavo no puede ir á ver un amigo, ni hacer una visita á un embajador extranjero sin un permiso particular del senado. El dux de Venecia es tan miserable, que cada uno está obligado á confesar que la soledad y la dependencia son las propiedades mas esenciales de su estado.

Si en la soledad no se tiene al rededor de sí nada que ligue, que retenga y que atormente, entónces es que se siente así mismo ; es entónces que se tiene un conocimiento claro é íntimo de lo que puede y de lo que uno es ; y así es que la libertad y el tiempo desocupado hacen siempre á un hombre racional y activo, indiferente á toda otra felicidad.

La soledad y el amor de la libertad hacian odiosos á Petrarca todos los placeres del mundo. En su vejez debia llegar á ser secretario de diferentes papas á cualquiera costa que fuese ; le fueron armados todos los lazos posibles para llevar sus miras á este fin. Pero Petrarca decia : « Riquezas que se adquieren á espensas de la libertad, son una verdadera miseria ; un yugo de oro ó de plata no oprime ménos que otro de madera ó de plomo. » Representó á sus protectores y amigos que no podia resolverse á perder su libertad y comodidad, porque los miraba como los mayores bienes del mundo ; que no podia renunciar á los placeres de las ciencias ; que habia despreciado las riquezas en el tiempo que mas necesidad tenia de ellas, y que le seria vergonzoso buscarlas cuando se le hacia mas fácil pasar sin ellas ; que era menester arreglar su provision para un viaje con atencion á la distancia del camino, y que él que comenzaba ya á aproximarse al término de su carrera, debia pensar mas en la hostería que en los gastos del viaje.

El disgusto de la vida de la corte condujo á Petrarca á la soledad á los veintitres años, aunque en todo su exterior, en su atencion á su lucimiento y aun en su temperamento tubiese todo lo que se

desea en un cortesano. Nada le faltaba para agradar, era tan hermoso que la gente se paraba en las calles y le señalaba con el dedo cuando pasaba. Sus ojos estaban llenos de fuego y toda su fisonomía anunciaba su espíritu. Con el colorido mas fresco tenia rasgos grandes y espresivos, y un talle esbelto, noble y alto. Su temperamento le arrancó desde luego al comercio de las mujeres al cual le escitaba tambien el calor del clima de Aviñon, donde vivia, el fuego de la juventud, la hermosura de tantas mujeres que se reunian en la corte del papa de todas los paises de la Europa, y sobre todo el ejemplo de esta lujosa corte. Pasaba una gran parte del dia en el tocador y en vestirse. Usaba siempre vestido blanco, y la menor mancha en este vestido, una arruga le causaba la mayor incomodidad. En sus zapatos mismos evitaba todo lo que no le parecia elegante; estaban tan estrechos, y le constreñian tanto, que al fin le hubiera sido imposible caminar, si no hubiese reconocido que valia mas chocar la vista de las damas por sus zapatos, que maltratarse. En las calles evitaba el viento con la mayor atencion, no porque tuviese miedo de resfriarse, sino porque temia le descompusiese los cabellos. No obstante, un amor mucho mas elevado y mas ardiente á las bellas letras y á la virtud contrabalanceó siempre su inclinacion al bello sexo. A la verdad por el amor de las señoras escribió todas sus poesías en italiano, y no se sirvió del lenguaje de los sabios, sino para objetos serios é importantes; pero á pesar del calor de su temperamento, fué siempre casto. Tenia horror á toda estravagancia; el arrepentimiento y el disgusto seguian al instante en él al mas ligero placer que tomaba con el bello sexo. Le pesaba mucho no haber sido insensible. « Quisiera mas bien, decia, ser tan duro como una « piedra, que estar siempre atormentado por pasiones tan seduc-
« toras. » Entre las bellas mujeres de Aviñon, hubo, con todo eso, algunas que quisieron conquistar el corazon de Petrarca. Seducido

por sus encantos y arrastrado por la facilidad de ser feliz cerca de ellas, hizo poco mas ó menos todo lo que estas mujeres quisieron; pero las inquietudes y los tormentos del amor le espantaron tan fuertemente, que lo evitó. Era mas salvaje que un ciervo antes de haber visto á Laura; y si es menester creerle, hasta los veinte y tres años de su edad no tenia aun ningun reproche que hacerse sobre su conducta. El temor de Dios, la idea de la muerte, el amor de la virtud, los principios de la religion, frutos de la educacion de una buena madre, le salvaron de los escollos que le rodeaban. La jurisprudencia era entónces el único medio de adelantarse en la corte del papa; pero Petrarca tenia horror á este medio y maldecia este arte. Antes de hacerse eclesiástico habia ejercitado algun tiempo la profesion de abogado, y habia ganado algunas causas. Se arrepintió de ello en lo sucesivo. « En mi juventud, » decia, me consagré al arte de vender palabras, ó mas bien mentiras, pero lo que se hace contra su gusto sale siempre mal, porque amaba la soledad, y tenia horror al foro. » El sentimiento interior de su mérito daba, á la verdad, á Petrarca toda la confianza de su edad, y el orgullo con el cual se cree poder pretender todo; pero su odio á la vida de la corte le arrancó de todo. « No » tengo esperanza, decia á los veinte y tres años de su edad, de « hacer fortuna en la corte; seria menester para ello que visitase « asiduamente los palacios de los grandes, que lisonjease, que mintiese, que engañase. » Petrarca no era capaz de nada de esto. No aborrecia los honores ni el adelantamiento, sino los medios que era menester emplear para llegar á ellos; buscaba la gloria, mas no por las vias ordinarias. Quería caminar por senderos poco frecuentados, y en consecuencia renunció al mundo.

Es sobre todo su aversion á las cortes la que ha producido la obrita de Petrarca sobre la soledad. En 1346 estaba segun su costumbre en Vacluse, durante la cuaresma. El obispo de Cabaillon,

curioso de hablar con él, y de gozar en su compañía de los frutos de la soledad, fijó allí su residencia en el castillo que está sobre la cima de una roca, y parece estar construido mas para pájaros que para hombres. Hoy no queda de él mas que ruinas. Todo lo que el obispo y Petrarca habian visto en Aviñon y en Nápoles les daba un estremado disgusto para habitar en ciudades, y el mayor desprecio de las seducciones de la corte. Pesaban todos los desagradados que habian experimentado antes, y los comparaban con las ventajas de la soledad. Este era allí el objeto ordinario de sus conversaciones y lo que hizo nacer en Petrarca la resolucion de profundizar una tan bella materia, y de reunir en una obra todas sus ideas, y las de los otros á este respeto. Al punto puso manos á la obra al principio de cuaresma, y la obra estaba acabada por Pascua. Pero la revisó y corrigió despues con mucho cuidado ántes de darla á luz, y le añadió todo lo que le pareció conveniente. Y no fué sino á los veinte años, en 1366, que la remitió al obispo de Cabaillon, á quien la dedicó.

Si se reune todo lo que digo aquí de Petrarca, se verá cuan grandes eran los sacrificios que hizo á la soledad. Pero tambien su espíritu y su corazon gozaban de sus ventajas, como nadie ha gozado tal vez ; toda esta felicidad se la procuró por su disgusto á la vida de la corte y por su amor á la libertad.

El amor de la libertad era tambien en Rousseau la causa de su disgusto para toda sociedad ; y en la soledad el origen de todos sus placeres. Sus cartas á M. Malesherbes son tan notables por el conocimiento que dan del verdadero carácter de Rousseau, como sus confesiones, que no han sido mejor entendidas que su carácter. Dice en una de sus cartas : « Largo tiempo me he engañado yo mismo sobre la causa del invencible disgusto que he experimentado siempre en el comercio de los hombres ; lo atribuia al enfado de no tener el espíritu bastante vivo para mostrar en la conver-

« sacion lo poco que tengo, y por consiguiente al de no ocupar en
« el mundo el lugar que creia merecer. Pero cuando despues de
« haber hecho borrones en papel estaba bien seguro, aun diciendo
« disparates, de no ser tomado por un tonto ; cuando me he visto
« buscado de todo el mundo, y honrado de mucha mayor conside-
« racion de la que mi mas ridicula vanidad no se hubiese atrevido
« á pretender, y que á pesar de esto, he sentido este mismo dis-
« gusto mas aumentado que disminuido ; he concluido que venia de
« otra causa, y que esta especie de satisfacciones no eran las que
« me convenian.

« ¿ Cuál es pues enfin esta causa ? Ella no es otra que el indo-
« mable espíritu de libertad que nada ha podido vencer, y delante
« de la cual los honores, la fortuna y la reputacion misma no me
« importan nada. Es cierto que este espíritu de libertad me viene
« ménos de orgullo que de pereza, pero esta pereza es increíble,
« todo le ojea ; los menores deberes de la vida civil le son insopor-
« tables ; una palabra que decir, una carta que escribir, una visita
« que hacer, desde que lo exige el deber, son para mí suplicios.
« Ved aquí por qué, aunque el comercio de los hombres me sea
« odioso, la intima amistad me es tan cara : porque ya no hay
« deberes para con ella ; se sigue su corazon y todo está hecho.
« Ved aquí aun por qué he temido siempre tanto los beneficios.
« Porque todo beneficio exige un reconocimiento, y yo me siento
« con el corazon ingrato por solo el motivo de que el reconoci-
« miento es un deber. En una palabra, la especie de felicidad que
« necesito no es tanto de hacer lo que quiero, cuanto de no hacer
« lo que no quiero. Nada tiene la vida activa que pueda tentarme ;
« consentiria cien veces mas bien en no hacer jamas nada, que
« hacer alguna cosa á pesar mio, y he pensado mil veces que no
« hubiera vivido demasiado desgraciado en la Bastilla, no estando
« obligado á mas que á permanecer allí. »

Nadie sentia mejor que Rousseau todas las ventajas de un tranquilo tiempo desocupado y todos están al alcance de gozar de esta felicidad cuando lo quieran. « Cuando mis dolores, dice este amable « filósofo, me hacen tristemente medir lo largo de las noches y la « agitacion de la fiebre me impide gustar un solo instante de sueño, « frecuentemente me distraigo de mi estado presente, pensando en « los diversos acontecimientos de mi vida ; y los arrepentimientos, « los dulces *recuerdos, los pesares, el enternecimiento, se com- « parten el cuidado de hacerme olvidar por algunos momentos mis « padecimientos. ¿ Qué tiempo creeriais, señor, que recuerdo mas « frecuente y gustosamente en mis pensamientos ? No son los pla- « ceres de mi juventud ; fueron demasiado raros, muy mezclados « de amarguras, y están ya muy léjos de mí. Son los de mi retiro, « son mis paseos solitarios, son aquellos dias rápidos pero deli- « ciosos que he pasado enteros conmigo solo, con mi buena y sen- « cilla ama, con mi perro muy amado, mi vieja gata, con los pájaros « del campo y las ciervas del bosque, con la naturaleza entera y con « su incomprensible autor. Levantándome ántes que el sol para ir « á contemplar su salida desde mi jardin, cuando veia principiar « un bello dia, mi primer deseo era que ni cartas ni visitas viniesen « á turbar su encanto. Despues de haber empleado la mañana en « diversos cuidados que todos los llenaba con placer, porque podia « remitirlos á otro tiempo, me apresuraba á comer para escapar de « los importunos, y proporcionarme una mas larga tarde. Antes de « la una, aun en los dias mas ardientes, partia en lo mas fuerte del « sol con el fiel *Achate*, apresurando el paso con el temor de que « no viniese alguno á apoderarse de mí, ántes que hubiese podido « librarme ; pero cuando ya habia doblado una cierta esquina, ¡ con « qué latido de corazon, con qué satisfaccion de gozo comenzaba á « respirar, sintiendome libre !, diciéndome : ¡ veisme aquí dueño « de mí mismo para el resto de este dia ! Iba entónces con un paso

« mas tranquilo á buscar algun lugar agreste en el bosque, algun
« lugar desierto donde nada muestre la mano de los hombres, no
« anuncie la servidumbre y la dominacion; algun asilo donde pueda
« creer haber sido el primero que lo ha penetrado y donde ningun
« tercero importuno venga á interponerse entre la naturaleza y yo. »

¿ Quién no renunciaria de buena gana todas las disipaciones del mundo, por estos placeres tranquilos del corazon; la servidumbre brillante de la sociedad, por esta preciosa libertad? Sé muy bien que no todo el mundo está en el caso de gozar tan completamente de sí mismo; pero que se ensayen los placeres puros del campo, y se verá que un solo dia de libertad, una sola hora de reposo, curaran muy ciertamente de la avidez por las fiestas, los espectáculos, los paseos, los adornos y todas las reuniones ruidosas del enfado y de la locura.

El papa Clemente VI habia ofrecido á Petrarca, á mas del cargo de secretario apostólico, muchos obispados considerables. Petrarca rehusó todo con constancia. « Tú rehusas cuanto te ofrezco, dijo enfín el santo padre, pide lo que quieras. » Dos meses despues escribió Petrarca á un amigo suyo: « Toda elevacion me es sos-
« pechosa porque veo la caida muy cerca de ella. Que se me con-
« ceda esta mediocridad preferible al oro, y que se me ha prome-
« tido, la acepto de todo mi corazon y con reconocimiento; mas si
« se me quiere dar un empleo importante lo renuncio, sacudo el
« yugo y mas bien quiero ser pobre que esclavo. »

Un ingles pregunta en cierta parte: « ¿ Por qué los habitantes de
« las ricas llanuras de la Lombardía, donde la naturaleza reparte
« sus dones con tanta prodigalidad, son ménos ricos que los mon-
« tañeses de la Suiza? Es porque la libertad tiene sobre la felicidad
« de los hombres una influencia mas dulce que el sol y los zéfiros.
« Ella cubre de frutos la roca árida, deseca la laguna estéril y rea-
« nima el verde amortiguado de las oscuras praderías. Hace son-

« reir al campesino que ve con satisfaccion crecer su familia naciente. La libertad ha abandonado las bellas campiñas de la Lombardía y habita en la Suiza. »

Allí hay entusiasmo poético ; pero todo es verdadero en Uri, Schwitz, Underval, Zug, Glaris y Appensel. Porque el que tiene mas de lo que demandan sus necesidades, es rico ; y el que puede pensar, hablar y trabajar por sí mismo, es libre.

La suficiencia y la libertad son, pues, el verdadero agrado de la vida. Aquel estado del alma tan raro y tan dulce, en el que se puede decir, tengo lo bastante, es la obra mas sublime de la filosofía. No tener mucho, pero tener lo bastante, hé aqui la felicidad. Los reyes y los príncipes no son felices, porque necesitan siempre mas de lo que tienen, y porque siempre se les exige hacer mas bien del que pueden. Los mas grandes y los mejores reyes no deben ser vituperados si dicen algunas veces : « Hijo mio, hoy tengo enfermo el oido izquierdo. »

Ordinariamente los hombres quieren parecer mas felices de lo que son en efecto, y miran como una desgracia real todo lo que falta á esta apariencia. Pero si tú eres feliz de cualquiera manera que sea, haz desde luego de manera que nadie lo sepa, sino tus amigos mas íntimos. Encierra todo lo que tienes y lo que gozas, porque la envidia quiere penetrar en una vida tranquila, y muy luego altera su serenidad.

Quien tiene necesidad de poco tiene siempre lo bastante. « Estoy contento, escribia Petrarca á sus amigos los cardenales Talleyrand y de Bolonia ; nada quiero ya ; he puesto límites á mis deseos. Tengo todo cuanto necesito para vivir. Cincinnato, Curio, Fabricio, Régulo, despues de haber vencido pueblos enteros y conducido reyes en triunfo, no eran tan ricos como yo. Seria siempre pobre si quisiese abrir la puerta á las pasiones. El lujo, la ambición, la avidez, no conocen límites ; la concupiscencia es un

« abismo sin fondo. Tengo vestidos para cubrirme, de que alimentarme, caballos para conducirme, tierras para recostarme, para searme y recibir mis despojos despues de mi muerte. ¿Qué mas « tenia un emperador romano? Mi cuerpo es sano : domado por el « trabajo, es menos rebelde al espiritu. Tengo libros de toda « especie ; son para mí un tesoro inapreciable, embriagan mi alma « con un placer que jamas le acompaña el disgusto. Tengo amigos « que miro como mi mas precioso bien, con tal que sus consejos « no se dirijan á privarme de mi libertad. No conozco otros enemigos que los que me ha formado la envidia. Los desprecio en « el fondo de mi corazon, y acaso me disgustaria no tenerlos. « Cuento aun entre mis riquezas la benevolencia de todos los hombres de bien que están esparcidos en el mundo aun de aquellos « que jamas he visto, y que tal vez no veré jamas. »

Se ve, á la verdad, por este lugar de Petrarca que lo perseguia la envidia hasta en su soledad. Se queja frecuentemente de ello ; pero aquí la trata como se debe. Desprecia sus envidiosos y le desagradaria dejar de tenerlos.

La soledad muestra al hombre sus verdaderas necesidades. En una grande sencillez de costumbres se tiene bastante. Si no veo lo que teneis ni aquello que necesitais : tampoco me ocupo de su utilidad. Dieron un dia á un anciano predicador de campo, sobre una alta montaña cerca del lago de Thun en el canton de Berna, un gallo silvestre. El buen hombre no conocia este animal ; deliberó, pues, con su cocinera sobre lo que se debia hacer. El pastor y la cocinera convinieron en enterrarlo. ¡ Ah ! si nosotros no conociésemos los gallos silvestres seríamos todos tan felices como el buen pastor de la montaña cerca del lago de Thun.

El que se limita á sus indispensables necesidades es mas sabio, mas rico y mas feliz que todos nosotros. Su sistema de conducta es sencillo y noble como su alma. Encuentra su felicidad en la vida

mas oscura, en el mayor alejamiento del mundo. No ama sino la verdad y la sencillez, y esta filosofia que exige poco necesita poco, y no busca su mayor felicidad sino en la tranquilidad del alma.

A la edad de doce años Pope escribió sobre la soledad un pequeño poema tocante y agradable, que encierra la quinta esencia de esta filosofia. « Feliz, dice, quien limita sus deseos y cuidados « á algunas yugadas de tierra, que tiene por heredad y que gusta « respirar en su campo el aire puro de su patria, que bebe la leche « de sus ganados, como el pan de su campo, se cubre con la lana « de sus corderos, á quien sus bosques le proveen de fuego en el « invierno, de sombra en el estío ! ¡ Feliz aquel cuyas horas, dias « y años se trascursan dulcemente y sin inquietud con la salud « del cuerpo y el reposo del alma, sin ninguna interrupcion de su « trabajo, ni de su sueño en un dulce descanso, y una inocencia « activa ! Cualquiera que consiga todo esto, puede vivir y morir « desconocido, no tiene necesidad de un epitafio que diga donde « yace. »

El campo de la sensualidad se hace mas sencillo, mas apacible, y ménos espantoso para cualquiera que ame una vida dulce y tranquila ; para los mundanos está este campo lleno de lugares vacíos y salvajes, lleno de ruido y de tumulto ; allí se ven viñas y mesas opíparas, bailes disolutos y de espacio en espacio enfermerías, tumbas sobre las cuales se marchitan las rosas, y bosques donde los amantes van á buscar sus originales. Mas para el que huye todo placer brutal, toda voluptuosidad grosera, el placer de los sentidos, es de una naturaleza mas noble, es dulce y sublime, inocente y puro, durable y tranquilo.

Todo el disgusto que ocasiona la abundancia desaparece en la sencillez de la vida campestre. Allí se aprende á sentir todo de otra manera que en el mundo. Todas nuestras sensaciones se hacen mas puras y mas libres ; no son ahogadas por la abundancia y una

saciedad continua. Invitando un día Petrarca á su amigo el cardenal Colonna á venir á su soledad de Vacluse, le escribía : « Si prefieres
« la tranquilidad del campo al tumulto de las ciudades, ven acá á
« gozar de ella ; pero no te espantes de la sencillez de mis manjares
« campestres y de la dureza de mis camas. Los reyes mismos en-
« cuentran algunas veces disgusto en las mesas mas esquisitas y
« piden un alimento mas grosero. La variacion les agrada ; un
« placer interrumpido se hace mas vivo. Si tú no piensas de la misma
« manera ¿ qué es lo que te impide traer contigo manjares mas
« esquisitos, vinos del Vesubio, platos de plata y todo lo que li-
« sonjea tus sentidos ? Por lo demas descuida en mí. Te prometo
« una cama de césped á la sombra, el concierto de los ruiñeñores,
« higos, uvas, agua pura tomada de fuentes frescas ; en una
« palabra todo lo que las manos de la naturaleza ofrecen de verda-
« dero placer. »

¡ Ah ! ¡ que de buena gana se renuncian los bienes que inquietan el corazon por los que lo llenan de contento ! Sabiendo sujetar á propósito su imaginacion, su gusto y sus pasiones, se encuentra en todas partes un goce nuevo y desconocido de un placer sin pena, y de un deleite sin arrepentimiento. Los sentidos estragados renacen por nuevos goces. El gorjeo de los pájaros y el murmurio de las aguas lisonjean los oidos mas deliciosamente que los cantos de ópera, que la música mas sabia. La vista se recrea mas agradablemente en el cielo, en el agua y en las montañas, que en los bailes, en las asambleas y convites. En la soledad se acostumbra á todo lo que ántes era insoportable, y en el seno de la sencillez se renuncia fácilmente todos los vanos placeres. Petrarca escribía de Vacluse á un amigo suyo : « Aquí hago la guerra á mi cuerpo por-
« que es mi enemigo. Mis ojos, que me han hecho hacer tantas
« locuras, no ven ahora mas que una mujer seca, negra y quemada
« por el sol. Si Elena y Lucrecia hubiesen tenido su rostro, Troya

« no hubiera sido ciertamente reducida á cenizas, ni Tarquino arrojado de su imperio. Pero en recompensa nada hay mas fiel, mas sumiso ni mas laborioso. Pasa dias enteros en los campos; su duro cutis desafia al sol ardiente de la canícula. Aunque tengo hermosos vestidos, no los uso ya. Me tendrias por un labrador ó por un pastor, á mí que en otro tiempo era tan lujoso en mi adorno. Pero no tienen ya lugar las mismas razones; los hierros que me encadenaban están rotos; los ojos que queria complacer están cerrados, y si estuviesen aun abiertos, quizá no tendrian ya sobre mí el mismo imperio. »

La soledad destruye toda vana ambicion despojando á los bienes de la tierra del falso brillo que les presta la imaginacion. Acostumbrado á los placeres campestres, é indiferente á todo el resto, un hombre prudente no encuentra ya los empleos y los adelantamientos dignos de sus deseos. Un romano derramó lágrimas porque, estando obligado á aceptar el consulado, iba á estar un año sin cultivar su campo. Cincinnato, que fué arrancado del arado para ponerlo á la cabeza del ejército romano, batió al enemigo, se apoderó de sus provincias, entró triunfante en Roma, y á los diez y seis dias volvió á su arado.

No es del todo indiferente habitar en una humilde cabaña, ó en una casa vasta y adornada, encontrar su alimento pronto, ó estar obligado á buscarlo uno mismo. Pero que se pregunte á quien ha experimentado lo uno y lo otro, ¿en cuál de estas dos épocas de su vida ha estado mas contento? ¿Quién podrá contar todos los cuidados, todas las inquietudes que en los palacios se experimentan mas que en la casa de un simple ciudadano? ¿Quién podrá negar que el descontento emponzoña allí todos los goces, y hace de la comodidad y de lo superfluo una miseria disfrazada? Ningun principe de Alemania digiere todo el veneno que los cocineros le preparan tan bien como un aldeano de los arenales de Limburg digiere

su pasta de trigo negro. Pero el que en todo esto no conviniese conmigo, se verá por lo mismo obligado á confesar que hay mucha exactitud en la respuesta de una preciosa aldeana francesa, á quien un gran señor joven y amable proponia sacarla de su morada solitaria y campestre, para conducirla consigo á Paris. « ¡ Ah! señor marques, le dijo, cuanto mas se aleje uno de sí mismo, mas se aparta de la felicidad! »

Una sola pasion que no se puede ni se quiere satisfacer llena frecuentemente la vida de amargura. Hay tiempos en que uno está descontento de sí mismo y de toda su existencia. Se cansa de todo, y no está bueno ni para la soledad, ni para la disipacion. No encuentra absolutamente reposo, y no sabe lo que podria complacerle. El tiempo parece horriblemente largo, y no obstante no se le emplea. No pudiera uno penetrar el caos de sus sentimientos y de sus ideas. No goza de lo presente, y espera lo futuro con impaciencia. En una palabra falta la verdadera sal de la vida, y sin ella toda la vida es insípida.

¿ Pero dónde volver á encontrar esta sal preciosa? ¿ Será en el amor? El amor sin duda conserva frecuentemente la vida, la reanima algunas veces, pero una pasion que mira y que consume no podria dar tranquilidad y fuerza durable. Es menester que el amor que quiere elevarse á la fuerza y al vigor de la eternidad se haga una buena amistad ó bien se destruye á sí mismo, ó destruye su objeto abrasándolo con un fuego penetrante, que muy luego hace del amador y de la amada un monton de cenizas. La sal de la vida no será pues sino la pasion que no tiene necesidad de ningun socorro extranjero, que se nutre ella misma, se sostiene ella misma, adquiere siempre una nueva fuerza por su duracion, y que independiente y libre se eleva sobre todo lo que la rodea.

La soledad y necesidades limitadas son una verdadera felicidad para el hombre de estado depuesto ó desterrado. En verdad, que

no todos los grandes ministros se retiran de su lugar, como Necker, por la puerta de la inmoralidad. Pero todos debieran levantar manos reconocidas hacia el cielo, viéndose de repente trasportados del mar tempestuoso del mundo al reposo de los campos, bajo los árboles que plantaron sus ascendientes, y cerca de sus ganados. Pero si en Francia desagrada un ministro á su rey, y este le ordena retirarse, esto es, irse á sus tierras que ha hermoscado, y donde ha hecho su habitacion mas agradable; ¡ ah! esta deliciosa habitacion es para él lugar de destierro. No puede permanecer en él, ya no digiere, ya no duerme desde que es su señor. El tiempo desocupado y la libertad hacen de él un hipocondríaco impaciente que todo lo contradice y se incomoda de todo por su mal humor. La desgracia es frecuentemente la muerte de un frances. No sucede así en Inglaterra, se felicita al ministro que se retira como á un hombre que acaba de sanar de peligrosa enfermedad. Puede contar entónces con mas amigos, y mejores que ántes; porque sus amigos actuales los tiene por estimacion y los precedentes los debia al interes. ¡ Que Dios recompense á los ingleses porque nos dan el ejemplo de hombres bastante atrevidos para pesarlo todo en el mundo en la balanza de la razon, y no hacer de cada cosa sino el caso que merece! Porque á pesar de la locura con que muchos ingleses se rebelan contra el Ser Supremo, á pesar de los tiros satíricos con que insultan tan frecuentemente á la virtud, á las costumbres y á la benevolencia; hay tambien muchos entre ellos, que, sobre todo, en una edad mas avanzada entienden perfectamente el arte de vivir consigo mismos; que en sus tranquilas y agradables casas de campo piensan mucho mas noblemente, con mas libertad y elevacion que algunos pares ignorantes y presuntuosos en el parlamento.

Se ha dicho que de veinte ministros despedidos con agradecimiento, ú obligados por la edad á retirarse á descansar, habia

siempre doce ó quince que acababan por hacerse jardineros y campesinos; tanto mejor para esos ex-ministros porque ellos tienen ciertamente como el excelente chanciller de la Roca en Espira, mas reposo con la escopeta y la pala, que en los mejores dias de su ministerio.

Se ha añadido que esta era una excelente materia para los que, no conociendo ni el mundo, ni los hombres, quieren moralizar y elogiar el desprecio de las grandezas humanas; que los entretenimientos y la inocencia campestre, los placeres puros y sencillos de la naturaleza, y el goce de un reposo adquirido con tanto trabajo, no tenian frecuentemente sino muy poca parte en esta soledad tan decantada: que el hombre que en su posicion, en medio de infinitos obstáculos, estaba obligado á atormentarse, á fatigarse, á emplear ya el arte, ya la astucia para llegar á su intento, empezaba entónces á ser lo que no habia podido ser hasta ese instante, « señor y soberano: » que podia crear y destruir, plantar y desarraigar, ensayar cuando quisiese y donde quisiese; que podia destruir un vergel, y poner un bosque ingles en su lugar, hacer colinas donde no las hubiese y allanar alturas, dirigir á su agrado el curso de las aguas, echar arboles altos abajo, engertar ó podar como se le antojase, abrir ó cerrar puntos de vista, hacer construir ruinas donde no las haya, templos de que él mismo sea el gran sacerdote, y ermitas donde se pueda permanecer cuanto se quiera; que esto no era solamente una indemnizacion de la violencia en otro tiempo experimentada, sino una inclinacion natural; pues que al presente podia mandar sin obedecer, y que un ministro queria por habitud mandar y reinar hasta el fin de su vida, sea que se encontrase á la cabeza de un grande imperio ó de un corral.

Sin duda seria no conocer el mundo ni los hombres, y querer moralizar muy mal diestramente el sostener que es menester renunciar todas las pasiones humanas para gozar de las ventajas de

la soledad. Lo que hay en el hombre debe quedar en el hombre. Si pues el ministro que se ha retirado no está cansado de reinar y mandar, si tiene la debilidad de no estarlo, ¡ muy bien ! que mande á sus gallinas cuanto quiera, con tal que esto le haga feliz, y le haga perder el antojo de esponerse de nuevo á tempestades y naufragios que no puede evitar sino en la tranquilidad campestre (1). Tarde ó temprano el ex-ministro aprenderá tambien ciertamente á despreciar todas las grandezas humanas, cuando sienta que la verdadera grandeza del hombre principia casi siempre por lo que los ministros miran como un vacío espantoso; que el pesar de no poder hacer ya bien, no es sino una ambicion disfrazada, y que los habitantes de la campaña cultivando sus coles y espárragos, son cien veces mas felices que el mas grande ministro.

Bastarse á si mismo, es todo lo que se necesita en tales circunstancias. Olvidar la abundancia, hace sabroso lo poco que se tiene. El primer año que Petrarca pasó á Vaucluse, estuvo casi siempre solo. No tenia otra compañía que la de su perro, y un pescador de Vaucluse era quien le servia; él hacia todo lo que necesitaba. Los criados que tenia en Aviñon no podian acostumbrarse á su manera de vivir, y todos le dejaban. Por otra parte estaba mal alojado, tenia una casa de aldeano, que, con el tiempo, la hizo reconstruir absolutamente sin arte para hacerla habitable. Hoy no quedan ya vestigios de ella. Su alimento era frugal y grosero. En su casa no se encontraba nada de lo que lisonjea los sentidos. Sus mejores amigos no le veian sino muy rara vez, y no se detenian en su casa sino muy poco tiempo; los otros no iban absolutamente alli sino por caridad, y como se va á ver á un enfermo ó un prisionero.

(1) « El mariscal de Boufflers fué á plantar, decia la señora de Maintenon. Creo que este Cincinato no se incomodaria de que se le fuese á buscar en el arado, esperando nos ha obligado á todos pensemos en él si vaca alguna cosa durante su ausencia, que debe ser de quince dias. »

Escribió á su amigo Felipe de Cavanola, obispo de Cabaillon, que estaba entónces en Nápoles : « Que otros corran tras la plata y los « honores ; que sean príncipes y reyes ; yo no pretendo impedir- « selo. Yo soy poeta y esto me basta. Y tú, obispo, ¿ quieres siempre « andar errante acá y allá, estar siempre de camino ? Tú conoces « las cortes de los príncipes, los lazos que allí se arman, los cui- « dados que allí remuerden, los riesgos que uno corre, las tempes- « tades á que se espone ; vuelve á tu diócesis, vuelve al reposo. « Lo puedes hacer con honor miéntras te lisonjea aun la fortuna. « Tú encontrarás aquí lo necesario ; deja lo superfluo á los avaros. « Si no tenemos tapicerías, nos vestiremos cómodamente. Si « nuestra mesa no es suntuosa, tendremos al ménos de qué vivir. « Nuestras camas no están cubiertas de púrpura ni de oro ; pero « dormiremos mejor. La hora de la muerte se acerca, y me advierte « que renuncie toda estravagancia. No tengo otro placer que cul- « tivar mis jardines. Planto en ellos árboles frutales ; quiero que « me cubran con su sombra cuando pesco bajo mis rocas. Los « árboles que tengo son viejos ; tienen necesidad de ser reempla- « zados. Di á tus gentes, te lo ruego, que me traigan de Nápoles « albérchigos y perales. Trabajo para mi vejez, y para conseguir pla- « ceres futuros, que no quiero participar sino contigo. Esto es lo « que te escribe en medio del bosque el ermitaño de las riberas « de la Sorga. »

No procuraria la soledad todas estas ventajas si no se renunciase en ella la mania de afinar la felicidad. A fuerza de reflexionar sobre lo que podria ser mejor se olvida todo lo que es bueno. El que toma siempre las cosas por la parte mala, el que quiere que todo lo que está torcido, y que debe quedar torcido, esté derecho, pierde voluntariamente mucho placer ; porque sin el gran número de cabezas trastornadas no seria la vida tan divertida.

Es un escelente medio para vivir feliz, el de encontrar bien todas

las cosas como ellas están, ó admitir con un famoso filósofo alemán, por base de toda la moral, que es menester hacer tanto bien, cuanto sea posible, y por lo demas estar contento de la disposicion de todas las cosas tales cuales sean. Esta es sin duda la moral de la indulgencia y de la dulzura, pero degenera muy fácilmente en una moral relajada (1), no vale nada para los hombres atrevidos, y no hace libres á los pueblos. No obstante, es verdad que nadie en el mundo es tan desgraciado como el que desaprueba siempre todo lo que existe.

Mi barbero en Hanover, preparándose para afeitarme, dijo con un gran suspiro : « ¡ Hoy hace un estremado calor ! « Usted pone, le dije, al cielo en un gran compromiso ; desde ahora nueve meses me dice regularmente cada dos dias : « ¡ Qué frio hace hoy ! » ¿ Ya no podrá, pues, Dios gobernar la tierra sin que los señores barberos encuentren alguna cosa que desaprobamos ? ¿ No seria mejor tomar el tiempo como viene, y recibir de la mano de Dios los dias calientes con el mismo reconocimiento que los frios ? « ¡ Oh ! si señor, » respondió el mancebo.

Yo puedo, pues, sostener con certidumbre que la suficiencia y el contento de su suerte son en general muy útiles al hombre, y que en muchas circunstancias la soledad favorece lo uno y lo otro.

Una de las ventajas que se le debe aun, es la de acostumbrarnos á pasar sin el comercio de los hombres. Como es imposible tener siempre una sociedad agradable é interesante, se pierde luego el gusto de ella, y se consuela con la idea de que es incomparablemente mas fácil arrojar el enfado en la soledad que en el mundo. Por otra parte, como es muy raro que saliendo de una grande

(1) Dejar ir al mundo como va, dice un escritor ingenioso, cumplir con su deber medianamente y hablar siempre bien del señor prior, es una antigua máxima de los frailes ; pero ella puede dejar al convento en la mediocridad, en el relajamiento y en el desprecio.

sociedad éntre uno á su casa de buen humor, esta debe ser aun una razon de mas para renunciar aquella fácilmente. Entónces, cuantas menos relaciones tenemos con los otros hombres, tanto mas propios nos hacemos para el comercio con nosotros mismos é independientes del mundo.

¡Cuán difícil es algunas veces encontrar un ser amante y sensible con quien se pueda uno ligar, á quien pueda comunicar libremente sus pensamientos, sus placeres, y sus penas! En este caso solo el trabajo y la actividad pueden distraernos. El hombre que está sin ocupacion no disipa su enfado bostezando. Solamente el holgazan espera del porvenir lo que todo hombre ocupado encuentra en el momento presente. Solamente el frio de la pereza deseca el corazon, y el disgusto del trabajo turba todo placer. Mas el que se propone seriamente un género de vida útil, que hace al instante lo que está obligado á hacer, se basta siempre á si mismo. Los dias le parecen muy cortos y las noches demasiado largas. Desaparece todo disgusto cuando jamas se remite á los dos dias lo que se puede hacer en el actual, cuando no se cuenta indiscretamente sobre un porvenir incierto, y no se cree dueño sino del presente.

Sobre todo en las pequeñas ciudades y en el campo es donde está uno á propósito para este género de ocupacion. La muchedumbre de una gran ciudad se agita todo el dia, y nada aprovecha propiamente del dia. En una pequeña ciudad y en el campo se piensa y se hace todo con mucho interes y placer. No se lee como los lectores del gran mundo, para poder decir que han leído, sino para poder gozar de lo bueno que se lee. Cada lectura hecha en el silencio y en la calma va mas profundamente al alma, se une mas estrechamente á nuestros pensamientos, obra mas fuertemente en el corazon. Con un sabio empleo del tiempo en las pequeñas ciudades, y en la calma de los campos, se pierde de tal manera la

habitud de la sociedad, que al fin se estima uno feliz precisamente porque no la tiene.

Por esta razon el silencio campestre se hace frecuentemente para las mujeres una escuela de verdadera filosofia. En Inglaterra, donde la naturaleza es tan bella, y donde se le hermosea aun cada dia, la vida campestre tiene ya en sí misma encantos inesplicables ; pero, entre este agitado pueblo, el amor de la soledad es tal vez mas fuerte, en general, entre las mujeres que entre los hombres. Un lord que se pasea todo el dia á caballo y caza en sus tierras no goza de la soledad como su esposa, que se ejercita en ella en las obras de mano y lee en sus jardines románticos un libro tocante ó instructivo. En Inglaterra, donde las ideas circulan tan frecuentemente, donde en general se quiere pensar tanto, la calma se hace mas preciosa, y el goce de sí mismo mas interesante. La instruccion que de tal manera se aumenta hoy entre nuestras señoras alemanas, ha tomado ciertamente su origen de la campaña ; y entre las señoras que pasan en ella mucho tiempo, llevan una vida retirada, y no leen sino para sí, se encuentra en general incomparablemente mas ingenio y sentimiento, que entre los bellos espíritus de la ciudad.

Los habitantes de la campaña ; cuánto no abreviarían su permanencia en las ciudades, si pesasen y sintiesen bastante las ventajas de su situacion ! Es casi imposible que nuestras vanidades no les inspiren enfado ; que no se disgusten muy luego de ver hombres que se ocupan tan poco de sí mismos, que corren sin cesar tras todo lo que les es extranjero, pasan toda su vida en adornarse, jugar, hacer visitas, y se entregan tan rara vez á las reflexiones sublimes que elevan y ennoblecen el corazon. Con bondad, franqueza y sencillez, vive uno demasiado feliz en el campo para que pueda aun enfadarse en él cuando ha vivido en las ciudades, y cuando no es negligente, ni perezoso, ni enamorado, ni enfermo.

¡Cuán dulce es tambien, cuán consolante en la calma campestre acordarse de sus amigos ausentes! ¡Ah! este recuerdo solo nos hace gustar de nuevo, en nuestra soledad, todos los placeres que habíamos tenido con ellos. Tú estás lejos de mí, y por lo mismo yo estoy siempre cerca de tí. Ved aquí donde solias sentarte; aun conservo la misma silla; tú me diste este cuadro, este hermoso, este tranquilo paisaje. ¡Con qué dulce efusion, con qué natural contento de nuestros corazones y pensamientos nos embelábamos en la vista de este grabado, de estas imágenes de una feliz tranquilidad! ¿Nos creeremos desgraciados cuando podemos escribirnos? Jamas se llega á estar mas gozoso ni mas activo; jamas se siente mejor los placeres de la espera y de la esperanza, como cuando se llega á estar solo á la distancia de una posta el uno del otro. Con la ayuda de estos ligeros artificios de la imaginacion, de estas ilusiones lisonjeras inventadas en la soledad, dos amigos se crean una sociedad entre ellos, y todavia viven el uno en el otro aun cuando están separados por mares, y que ninguno de ellos oye la voz, ni distingue ya el paso del que ama.

Los amigos separados por el destino, en ninguna parte ven jamas ennoblecerse y purificarse sus sentimientos como en los lugares donde nada turba este dulce recuerdo y donde el mundo no se encuentra jamas entre sus corazones. El mal humor recíproco, los pesares que puede causar diariamente el tumulto del mundo y una porcion de pequeños accidentes, hacen frecuentemente ménos dulce la presencia de las almas mas tiernas. En estos momentos desgraciados solo se piensa en que al presente no es el uno para el otro, y no en que lo ha sido en todos los negocios importantes, y que aun lo seria hoy y siempre. El que hasta ahora me ha atraído por su amor, me repugna hoy por su mal humor; ¡y cuántos sentimientos agradables, cuántos placeres perderé en la vida si no leo siempre lo pasado en lo presente, y corresponde con mal humor

á su mal humor! Un corto disgusto y un cúmulo de pesar tan fácil de levantarse, no oscurecen, á la verdad, sino por un instante, la imágen lisonjera, en que mi amigo acostumbra presentárseme, y que obra siempre tan deliciosamente sobre mi corazon. Él espárese siempre felicidad y agrado en mi vida; por lo regular suaviza mis pesares, disipa mi mal humor, y en este momento es, cuando no me oculta el suyo. Sin duda es esto una consecuencia de nuestra franqueza; pero los amigos no deben descubrirse el uno al otro su descontento, pues que participan siempre juntos de todas las desgracias de la vida, sufren y hacen todo el uno por el otro. La amistad exige sinceridad; pero tambien para la felicidad comun pide una tolerancia recíproca y una condescendencia mutua; quiere que se oponga la dulzura á la cólera, la paciencia á la acritud. Esto es lo que no sucede siempre en el que demuestra en su semblante todo su mal humor, y contrariado por todos los embarazos de la vida se hace caprichoso, olvida los miramientos, y se queja de que no se observan. Pero ¡cómo desaparecen todos estos inconvenientes en la soledad! ¡Cómo santifica la memoria de todos aquellos que nuestra alma quiere, y borra el recuerdo de todo lo que no era goce de la amistad! La constancia, la seguridad, la confianza vuelven á parecer en ella con todo su brillo y vuelven á tomar su imperio sobre corazones amantes. Todo está ahora de acuerdo; oigo siempre á mi amigo, y siempre soy escuchado de él. Aunque alejado está siempre cerca de mí, siempre puedo comunicarle todos mis pensamientos, todas mis sensaciones. Conservo como una cosa sagrada todas las flores que esparcía en el sendero espinoso de mi vida, y todas las que yo puedo percibir las recojo para él.

Pero la soledad no solamente purifica los goces de la amistad; ella nos hace aun encontrar amigos que nadie nos roba, de quienes nada nos separa, y á quienes jamas llamamos en vano.

Los amigos de Petrarca le escribían algunas veces para disculparse de no ir á verle : « Es imposible vivir contigo, decían ; la « vida que llevas en Vaucluse es contraria á la naturaleza humana. « Por el invierno estás sentado como un buho cerca del fuego ; por « el verano corres sin cesar por los campos. Rara vez se te encuentra sentado á la sombra de un árbol. » Petrarca se reía de estas representaciones. Decía : « Estos hombres ven los placeres « del mundo como su bien supremo, no conciben que se les pueda « renunciar. Tengo amigos, cuya sociedad me es estremadamente « agradable, son de todo pais y de todos los siglos. Se han distinguido en la guerra, en los negocios de estado y en las ciencias. « Es fácil encontrarlos ; están siempre á mi servicio. Los llamo y « los despido cuantas veces quiero. Jamas son importunos, y responden á todas mis preguntas. Algunos me cuentan los acontecimientos de los siglos pasados ; otros me descubren los « secretos de la naturaleza. Estos me enseñan á vivir bien y morir « tranquilamente. Aquellos destierran mis cuidados con su alegría « y me regocijan con su viveza. Hay quienes fortalecen mi alma « para los padecimientos, y me enseñan á no desear ya nada y á « soportarme á mí mismo. En una palabra, me abren el camino de « todas las ciencias y de todas las artes, y descanso en ellos en « todas las necesidades. En recompensa de tan grandes servicios « no piden mas que una habitacion bien cerrada en un rincon de « mi pequeña casa, donde esten en seguridad de les gusanos. En « fin los llevo conmigo á los campos, cuya calma les agrada mas « que el tumulto de las ciudades. »

En la soledad, el menor goce del corazon, cada sombra de felicidad doméstica ó campestre, hacen desaparecer el mal humor y la impaciencia. El mal humor es un estado del alma incómodo é insoportable, al cual se entrega uno fácilmente cuando está irritado por una multitud de pequeños pesares que se encuentran á cada

paso en el curso diario de la vida. No tiene mas que cerrar su puerta para librarse de esta plaga. En cuanto á la impaciencia, es una cólera ahogada que los hombres manifiestan por gestos y miradas, y que las almas débiles demuestran ordinariamente por una descarga de quejas. El regañon nunca está ménos en su lugar que en la sociedad ; la soledad debe ser su único asilo.

Hay muchos pesares que la soledad cura mejor que todas las disipaciones del mundo. Cuando gozamos de una tranquilidad este-rior que nada nos contraria, nada nos impide, ni nos irrita cuando hemos llegado á vencernos á nosotros mismos, nada hay ya en el mundo que pueda oponérseos. Así es como frecuentemente han desaparecido una profunda melancolía y un disgusto total de la vida. A la verdad, en estos casos, los progresos son siempre mas rápidos entre las mujeres que entre nosotros. Señoras jóvenes vuelan ya cuando hombres melancólicos se arrastran aun apenas. Una mujer tierna es fácilmente abatida, y se vuelve á levantar de la misma manera ; pero por medios ménos abstractos que la soledad ; necesita mas bien alguna cosa que escite sus sentidos, y que con su socorro penetre hasta su corazon. Los males de los hombres, al contrario, se aumentan lentamente, echan profundas raices y se afirman. Para arrojarlos son menester remedios eficaces, y una constancia inmóvil : aquí pruebas débiles para nada sirven. No se puede esperar buenos sucesos sino ensayando todo lo que el alma puede sobre el cuerpo. Una alma fuerte disipa frecuentemente grandes males, es un poderoso escudo contra todos los tiros del destino. Las almas enérgicas arrostran y arrojan léjos de sí todo lo que irrita y consume á las otras, apartan valerosamente la vista de lo que es, para no ver, sino lo que debe ser. Una alma vigorosa restablecerá tambien ciertamente el cuerpo que anima, cuando una alma débil perderá el que le ha sido confiado.

Lo principal es que el alma se encuentre siempre en circuns-

tancias en que se complazca mas, segun su naturaleza particular. Las mesas de juego, los festines, las asambleas, son, para la mayor parte de los hombres, un alimento y un bálsamo saludable ; pero para el que aspira á la soledad, porque conoce sus ventajas, no hay tranquilidad ni gozo de corazon sino bajo sus apacibles sombras.

Todas estas reflexiones sobre las ventajas que el corazon saca de la soledad me conducen, en fin, á esta cuestion importante : Si es mas fácil ser virtuoso en ella que en el mundo.

En la sociedad se hace mucho bien por deber. El religioso instruye y consuela ; el jurisconsulto hace justicia ; el médico hace sus visitas, cura bien ó mal, y todo por humanidad, dicen estos señores.

Todo esto es falso : se consuela, se hace justicia, se cura, no siempre por una inclinacion decidida de su corazon, sino porque así es menester, porque son llamados para ello, porque se lleva un manto negro, porque se está incorporado á un tribunal, ó que se ha puesto tal ó tal insignia. *Vuestra conocida humanidad*, palabra que siempre me choca, y por la que comienzan muchos millares de cartas que se me han escrito, no es otra cosa que un estilo de moda, una lisonja, una mentira. La humanidad es una virtud, una nobleza de alma de primer orden, ¿ y de donde sabes tú que yo hago tal ó tal cosa por virtud, y no porque me veo obligado á hacerla ?

Las buenas obras no son pues siempre actos de virtud. El corazon del que no se desprende jamas enteramente de los negocios del mundo se cierra muchas veces á todo lo que es bueno. Se puede hacer bien, y no obstante no ser virtuoso ; se puede ser grande en los negocios y pequeño en el corazon (1). La virtud es mas rara

(1) *Viri potestatibus sublimes*, dice el chanciller Bacon, *ipsi tibi ignoti sunt. Et dum negotiis distrahuntur, tempore carent, quo sanitati aut corporis, aut animæ suæ consulat.*

de lo que se cree. Por esto es que se deben economizar las palabras de humanidad, de virtud, de patriotismo y todas las demas de esta especie. Es menester no servirse de ellas sino en grandes ocasiones, porque, pronunciándolas con demasiada frecuencia, se debilitan y se hacen despreciables. ¿Quién no se avergonzaria de que le llamasen sabio, cuando escucha elogiar la ciencia de tantos ignorantes y alabar la *conocida humanidad* de tantos malvados?

Es probable que se hagan mas bienes en la soledad que en el mundo. En efecto el hombre virtuoso, cualquiera que sea, no le es por el ejemplo, porque desgraciadamente los buenos ejemplos son muy raros en el mundo, sino porque en una tranquila reflexion siente que la grandeza del corazon sobrepuja á todas las otras, y es la única verdadera. Tambien la mayor parte de las acciones virtuosas se ejecutan en el silencio y en la oscuridad.

La virtud se ejerce en la soledad mucho mas fácil y libremente que en el mundo. En la soledad nadie se avergüenza de la virtud, mientras que en el mundo se arrastra humildemente y parece temer la luz del dia. Nuestro comercio con el mundo es una educacion para el crimen. Con la mejor voluntad estamos rodeados de tantos lazos y peligros, que diariamente cometemos faltas. A tal hombre que representa un gran papel en el mundo le faltan buenas resoluciones; en tal otro las resoluciones son buenas y las obras malas. Por la mañana en nuestra habitacion ántes que el torbellino de los negocios llegue, tal vez somos aun buenos, imparciales y libres; nadie se nos opone. Pero con la mayor atencion, la vigilancia mas exacta, no se permanece jamas todo el dia enteramente dueño de sí mismo, cuando se está abrumado de cuidados y pesares, que es menester proseguir una multitud de negocios incómodos, tratar con muchos hombres, y que relaciones absurdas é inesperadas vienen á rompernos la cabeza. Ved tambien cual era la idea de los solitarios místicos; era la de olvidar que su alma estaba sujeta

á un cuerpo, y aspirar en consecuencia al término mas elevado de la virtud especulativa. Por estar en una ermita no es uno ménos hombre. En ninguna parte es fácil la virtud, sino donde no hay peligros; pero entónces pierde todo su mérito. Dios crió muchos ermitaños demasiado débiles para salvarse del abismo porque los hizo bastante fuertes para no caer en él.

Añadiré aquí una excelente observacion de un célebre filósofo escocés: « Es un efecto particular á la virtud el de proporcionar « la mayor felicidad á un hombre que la posee. El pícaro es absolutamente una criatura del mundo. Depende de su favor, vive de « sus caricias, y es feliz ó miserable segun le va en él. Pero en el « hombre virtuoso, el feliz suceso de sus empresas no es sino una « mira secundaria y subordinada; cuando ha llenado su deber, su « alma está tranquila, deja el acontecimiento á la Providencia. Su « testigo está en el cielo, y el que le conoce habita en lo alto. Contento con la aprobacion de Dios, y el testimonio de una buena « conciencia, goza de su inocencia, y desprecia los triunfos de la « maldad. A medida de que nuestros corazones son gobernados « por estos principios sublimes, nos hacemos independientes del « mundo, y no nos quejamos ya de que nos quita el ánimo. »

Predicar esta independendencia del mundo ha sido el objeto y primer fin de la poca filosofía que se encuentra en esta obra sobre la soledad. No quiero conducir á los hombres á los desiertos ni á la mansion de los buhos; pero quisiera quitarles el temor excesivo del mundo y de los hombres; quisiera, cuanto sea posible, hacerlos independientes; quisiera romper sus hierros, inspirarles desprecio al mundo y amor á la soledad, á fin de que pudiesen decirse al ménos un par de horas al dia: Somos libres.

Una tal independendencia no podria desagradar aun á los mayores enemigos de la libertad, porque conduce sencillamente á un uso racional de la soledad. Es el recogimiento del alma para afirmarse en

los sentimientos nobles y puros que nos hacen siempre mas propios y mas exactos para llenar todos los deberes de nuestro estado.

Unos verdaderos apóstoles de la soledad han dicho : « Solamente empleando bien las horas de un feliz tiempo desocupado, tomamos firmes y sólidas resoluciones para gobernar nuestra conducta. Solamente entónces podemos reflexionar tranquilamente sobre las circunstancias de nuestra vida, sobre las tentaciones á que estamos mas espuestos, sobre las debilidades de nuestro corazon, que debemos guardar con mas cuidado, y que podemos armarnos de antemano contra lo que pudiera hacérse nos peligroso en el comercio. Tal vez á primer golpe de vista, la virtud, alejándonos así de los placeres del mundo, parecerá acortar los limites de nuestros placeres ; pero una reflexion mas exacta nos hará ver que realmente los estiende. Si prohíbe los escesos en algunos placeres, favorece otros por lo mismo, y los hace mas vivos. Los placeres de que nos aparta son fantásticos é imaginarios, perniciosos y destructores. El rico propietario gusta ocuparse en sus posesiones, el voluptuoso en sus diversiones, el hombre de mundo con sus amigos y con sus sociedades ; mas el hombre verdaderamente bueno se complace en llenar exactamente los deberes augustos de la vida. Cree ver brillar delante de sí un nuevo sol ; un resplandor mas vivo y mas puro le rodea ; todos los objetos le parecen bellos, y prosigue alegremente su carrera. El que penetra las cosas mas secretas, que lee en las tinieblas respetables de una tal soledad, nos recompensa públicamente. Ya nos desempeñamos mas perfectamente en nuestros negocios, résistimos mejor á las tentaciones del vicio ; y debemos todo esto al piadoso recogimiento de la soledad, á nuestra separacion y nuestra independencia del mundo.

La libertad y el tiempo desocupado, la calma interior y el alejamiento de la sociedad, son, pues, los medios seguros é infalibles de llegar á la virtud. Entónces no se contienen sus pasiones sola-

mente para evitar los desórdenes públicos ; pero ni aun se permite á su imaginacion tranquilizarse sobre cosas que se dejan de buena gana como están porque se teme la risa. Entónces la vida doméstica no es ya, como en el bello mundo, la morada del enfado y del disgusto, el campo de batalla de pasiones bajas y brutales, la habitacion del pesar, del mal humor y de la envidia. La paz y la felicidad habitan con el que renuncia á todas las fuentes impuras del placer, y que por lo mismo es tanto mas capaz de esparcir aquellas al rededor de él. El que se aleja del circulo emponzoñado de los viciosos, huye de la mirada insolente de la estupidez orgullosa y de la dichosa maldad, y ve el vacio de todas nuestras diversiones, de todas nuestras pretensiones, jamas es turbado en su casa.

Todo placer del mundo pierde sus encantos á cada sacrificio que se hace á la virtud en la soledad. Mas bien quiero derramar lágrimas que hacerlas derramar, me decia un dia una señora alemana. No parecia saber que se pueda pensar ni hacer cosa mas generosa. Una virtud semejante contenta el corazon mucho mas que todos los placeres del mundo, y cuanto se busca para pasar el tiempo, y robarse á sí mismo. Siempre está uno feliz cuando encuentra en sí fuerzas que no se conocian. La soledad abre el alma á todos los placeres nobles, esparce la luz y la serenidad, la tranquilidad y la satisfaccion, donde no se esperaban mas que lágrimas ; y repara cada pérdida por mil placeres nuevos é inalterables.

No hay pícaro que no convenga en secreto que la virtud es la piedra fundamental de toda felicidad, así en el mundo como en la soledad. No obstante el vicio arma siempre sus lazos de seda y toma tropas enteras de hombres de todo rango y de todo estado. Vigilar sobre todos los deseos seductores, no cuando están presentes, sino cuando están aun léjos de nosotros ; vencer la concupiscencia ocupando su corazon de placeres mas nobles ; tal ha sido en todos

tiempos la victoria mas grande del alma sobre el mundo y sobre si misma, y la paz interior ha sido siempre su precio.

Feliz quien lleva esta paz á la soledad quien la conserva sin alteracion. ¿ A qué serviria dejar las ciudades, buscar el retiro, la calma y la tranquilidad, si llevase uno siempre la misantropía en su corazon, y allí se sacrificase aun á esta funesta pasion? Una satisfaccion divina, un rostro tranquilo y franco se encontraria entónçes tan rara vez en los prados esmaltados de flores, como en la noche profunda de la soledad y en las sombras silenciosas de las oscuras celdas. Purificar y guardar nuestro corazon, ved ahí lo primero y último que tenemos que hacer en la soledad; tras esto encontraremos siempre la felicidad, y sabremos apreciar la tranquilidad, el tiempo desocupado y la libertad. No es menester huir de los hombres por odio; se puede sustraer de ellos, y, no obstante, desearles bien á todos.

Una parte esencial de la felicidad que gusta el solitario, es saber apreciar las cosas segun su justo valor, é independientemente de la opinion pública. Cuando Roma despues de la guerra contra los piratas quitó el mando de sus tropas á Lúculo para darlos á Pompeyo, y entregó así el imperio á la discrecion de uno solo; este ciudadano artificioso demostró pesar recibiendo este honor, se hirió el pecho, y exclamó : « ¡ O Dios ! ¿ me cargareis de un trabajo sin fin ? ¿ No hubiera sido mas feliz sin nombre y sin gloria ? ¿ Es menester pues que esté siempre en campaña, que cargue siempre la coraza ? ¿ No podré escapar jamas de la envidia que me persigue siempre, y vivir dulce y tranquilamente en el campo con mi mujer y mis hijos ? » Pompeyo hablaba bien, pero mentia; porque no estimaba aun bastante lo que los hombres de su natural desprecian, y aun no despreciaba lo que entónçes todos los romanos envidiosos de reinar estimaban mas que todo. Pero Manio Curio lo hizo, Manio Curio, el mas grande romano de su tiempo. Despues de haber ven-

cido á pueblos belicosos, arrojado á Pirro de Italia, gozó tres veces de los honores del triunfo, se retiró á una casita que tenia en el campo, y cultivó allí con sus manos victoriosas su jardincito. Cuando los embajadores de los samnitas vinieron á ofrecerle una muy grande cantidad de oro, que rehusó, estaba sentado cerca de su hogar, y hacia cocer nabos.

Ningun rey ni principe fué jamas tan feliz como lo era Manio Curio cuando hacia cocer sus nabos. Los principes saben muy bien que en muchas circunstancias no tienen amigos; ved ahí porque piden consejo á muchos, y frecuentemente de nadie se fian. Todos los hombres honrados de una nacion, todos los hombres de talento y de buen sentido se apiadan de los buenos reyes y principes; porque en el fondo jamas están estos esentos de dudas, de temores y de tormentos. Su felicidad no llega jamas á la de un campesino laborioso y contento. La comida del aldeano es mala, pero el apetito le hace encontrarla buena; su cama es dura, pero está cansado y duerme en ella mejor que los grandes en sus mullidos plumones.

Los placeres de la soledad son para todos los hombres sin escepcion de rango ni de fortuna. La frescura del aire, los magníficos bosques, los ricos colores de las praderías, la inagotable variedad que el estío esparce en toda la naturaleza, encantan no solamente á los filósofos, los reyes y los héroes; este espectáculo enajena tambien al espectador mas ignorante. Un ingles ha dicho muy bien: « No es necesario entender las leyes de la vegetacion para admirar el color de una flor, ó estudiar el sistema de Copérnico ó de Ptolomeo para gozar de la luz del sol y sentir su benéfico calor. La vuelta de la primavera es en si misma una fuente de placer; y nada es mas juicioso que esta observacion de Milton, que ningun objeto campestre se presenta á los ojos de un hombre largo tiempo cerrado en las ciudades, sin regocijar algunos de sus sentidos. »

Los desterrados mismos han sentido frecuentemente las ventajas

y los goces de la soledad. En lugar del mundo de que se les habia desterrado, se crearon en la tranquilidad un mundo nuevo; olvidaron los placeres facticios, esclusivamente pertenecientes á la condicion de los grandes, para acostumbrarse á otros mas nobles y mas dignos de hombres racionales (1); y para pasar sus dias tranquilamente, inventaron mil pequeñas felicidades que no se encuentran sino léjos de toda sociedad, léjos de todo consuelo, léjos de sus amigos y de su patria.

Para ser felices es menester que los desterrados se adhieran siempre á alguna cosa, que tenga algun objeto que haga nacer en ellos esperanzas lejanas ó les procure un placer actual. ¡ Ah! ellos aspiran tambien á la felicidad, quisieran vivir aun para la dicha. Mauricio, príncipe de Ysembourg, se distinguió durante veinte años por su valor, bajo las órdenes del duque Fernando de Brunswick, del mariscal de Brolio, y en las campañas de los rusos contra los turcos. La ambicion y el deseo de la gloria le hicieron perder su salud y su reposo. En la época en que servia en Rusia, cayó en desgracia y fué desterrado. Se sabe lo que es el destierro entre los rusos; ¡ pues bien! él se hizo esta situacion agradable. Desde luego todos los disgustos del destierro abrumaron su espíritu y su cuerpo; su vida no era ya sino una sombra. El pequeño escrito de lord Bolingbroke sobre el destierro vino á sus manos. Lo leyó muchas veces; « Y á medida que leia, dice este príncipe en el prefacio de la bella y nerviosa traduccion que ha hecho de esta obra, sentia desvanecerse todos mis pesares. »

El escrito de lord Bolingbroke sobre el destierro es una obra maestra de filosofía estóica y de buen estilo. Mira con un corazon grande todas las adversidades de la vida presente y pasada. En

(1) Ciceron dice : *Multa præclare Dionysius Phalereus in illo exilio scripsit non in usum aliquem suum quo erat orbatus; sed animi cultus ille, erat ei quasi quidam humanitatis cibus.*

lugar de sustraerse de ellas, ó entregarse á su sentimiento por una larga y vergonzosa paciencia, quiere vencerlas. En lugar de remedios suaves, aconseja la piedra infernal y el cuchillo, persigue la llaga hasta su raiz para curarla radicalmente. Sin duda se endurece uno en un destierro continuo como en una soledad no interrumpida. La habitud da las fuerzas necesarias para soportar su desgracia. Pero la soledad se hace ciertamente fácil para los desterrados que quieren entregarse en ella á todos los sentimientos agradables del corazon, porque se acostumbra uno á los placeres que no conocia ántes, desde que se ve privado de los que gustaba en tiempos mas felices. Cuando Bruto vió á Marcelo en su destierro de Mitilena, le encontró rodeado de toda la felicidad de que la naturaleza humana es susceptible, y aplicado, como en otro tiempo, al estudio de todos los conocimientos útiles. Penetrado de este espectáculo creia que él era quien iba desterrado entrando al mundo y no Marcelo que quedaba alli.

Algunos años antes, Quinto Metelio Numida sufrió la misma suerte, en tiempo que el pueblo, bajo la conducta de Mario, puso los fundamentos de la tirania, que César consolidó. Metelio solo, en medio de un senado aterrado y de un pueblo desenfrenado, rehusó dar su sancion á las leyes perniciosas del tribuno Saturnino. Su firmeza fué mirada como un crimen, y el destierro fué su castigo. Un partido feroz y colérico prevaleció. A la verdad los ciudadanos mas virtuosos habian tomado las armas en su defensa, decididos á perecer mas bien que ver privar su patria de tantas virtudes; mas este generoso romano, que no habia podido oponerse al mal por la persuasion, creyó, por su respeto á las leyes, no deber resistir. Se contentó con gemir sobre este frenesí de la república, como en otro tiempo lo habia hecho Platon sobre el delirio de los atenienses. « Mis ciudadanos me llamaran, dijo Metelio, si se corrigen; y si no se corrigen, en ninguna parte puedo estar

peor que en Roma. » Pero eso partió sin pesar para su destierro, plenamente convencido de sus ventajas para un corazon que no podia encontrar reposo sino sobre riberas lejanas, y que en Roma habria sido despedazado sin cesar por la vista continua de un estado desgraciado y de una república espirante.

Rutilio se alejó de Roma corrompido con un igual desprecio por el modo de pensar y las costumbres de su tiempo. Habia defendido el Asia contra los cohechos de los abastecedores. Esta generosidad irritó la órden de los caballeros, y unos motivos tan despreciables indispusieron contra él el partido de Mario. El hombre mas inocente de la ciudad fué acusado de corrupcion; el ciudadano mas virtuoso fué llamado á juicio por el más vil, el infame Apicio. Los autores de la falsa acusacion fueron los jueces de Rutilio; por consiguiente sufrió el juicio mas injusto. Apenas se dignó defender su causa; buscó un asilo en el Oriente, donde recibieron con veneracion á este respetable romano, cuyo mérito habia desconocido su patria ingrata. Cuando su destierro fué terminado, mostró todavía mejor su indiferencia para su patria; pues que á su llamamiento no solamente no fué á Roma, sino que se alejó mas de ella.

De todos estos ejemplos de desterrados felices y contentos, Ciceron es la escepcion conocida. Tenia en el alma todos los recursos, todos los sentimientos necesarios para sacar partido de la soledad, pero no tenia bastante fuerza para soportar el destierro. Ciceron, el libertador de su patria, no temió en la prosperidad ni las puñaladas de los asesinos, ni las amenazas de un partido poderoso, pero sucumbió desde que padeció. Se quejaba ya frecuentemente de la debilidad de su constitucion; pero en su destierro se hizo enteramente melancólico, y, cuando uno lo es allí, ya no vale nada; el alma pierde toda su energía, y se hace incapaz de acciones atrevidas y resoluciones vigorosas. Ciceron y su melancolia han des-

honrado el destierro y la soledad. No sabiendo donde debia ir, ni lo que debia hacer, temeroso como una mujer, caprichoso como un niño; lloró la pérdida de su rango, de sus riquezas, de su crédito; se acongojó de la ruina de su casa, que Clodio habia hecho destruir: gimió de verse separado de Terencia, á quien repudió algun tiempo despues. Tal es el funesto efecto de la melancolia. Se lastima uno amargamente de la pérdida de bienes en cuya posesion no se ponía interes alguno. Amigos y enemigos creían que Ciceron se habia vuelto loco. César vió, con una satisfaccion interior, llorar bajo el azote de Clodio al hombre que habia rehusado ser su colega. Pompeyo creyó que su ingratitud iba á ser borrada por el desprecio á que se esponía el amigo á quien habia abandonado cobardemente. Aticó mismo, cuyos grandes talentos eran la usura y la magnificencia, que, sin estrecharse con ningun partido, se entendía con todos, se avergonzó de Ciceron; creyó que estaba muy bajamente pegado á su primera fortuna, y le hizo reproches en el estilo de Catón. La soledad perdió toda su fuerza en Ciceron, porque sentimientos débiles y dolorosos no le inspiraban sino ideas enfadosas, y le representaban siempre las cosas por la parte mala. No obstante Ciceron murió como héroe, y de ninguna manera como hombre melancólico. « Acércate, viejo guerrero, gritó de su litera á Pompilio Laenas, su cliente y asesino, y si tienes valor quítame la vida. »

Un desterrado no puede esperar ver correr sus dias dulcemente en recreos campestres y en un reposo filosófico, sino cuando ha pagado al mundo lo que le debia y aun da á la posteridad el ejemplo que le debe, el de un hombre que es tan grande despues de su caída como en el período mas brillante de su fortuna.

La soledad nos promete á todos una felicidad inalterable cuando la vejez se acerca y nuestra vida declina. La vida del hombre es un viaje de corta duracion, y su vejez un dia rápido. En la so-

ledad podemos olvidar las tempestades de que hemos sido el juguete tan largo tiempo. La vejez tambien es una de las situaciones mas agradables de la vida si se le considera como el instante del reposo, como un intervalo agradable entre los negocios del mundo y la muerte, como el puerto de donde miramos tranquilamente las rocas contra las cuales hemos pensado naufragar.

El hombre quiere ordinariamente haber agotado todo lo que le es extranjero, ántes de ocuparse de sí mismo. Así es como principiamos frecuentemente por viajar entre las otras naciones, ántes de procurar conocer lo que hay de interesante en nuestra patria : mas el jóven prudente, y el sabio anciano se conducen por principios muy diferentes. Para uno y ótro, la soledad y el comercio de sí mismo son el principio y fin de la sabiduría. Si la soledad hace melancólicos en la juventud y en la edad viril, por lo regular tambien la melancolía desaparece en la vejez.

Una alternativa continua de deseos de buena fe, de esperanza, y de ilusiones, tal es la historia de nuestra entrada en la vida. Los años que siguen son la edad de la melancolía ; pero nada atemoriza ni espanta al hombre de mucha esperiencia. El que no está ya obligado á ocuparse en los medios de vegetar, y ha conocido temprano los enredos del mundo, se queja poco de la ingratitud con que se ha pagado su trabajo y sus penas. Dejadle reposo, ved ahí todo lo que pide. Todo lo demas lo cuenta por nada, si ha entrado con tiempo en sí mismo, si se ha visto obligado á comenzar temprano á hacerse sabio, y que de esta manera haya conocido con anticipacion al mundo.

Es una muy bella observacion de un célebre aleman, la de que hay cartujos políticos como religiosos, y que unos y otros son las mas veces los mejores y mas piadosos hombres. « En la espesura « mas profunda de los bosques, dice este escritor, es donde se encuentra al sabio apacible, al tranquilo observador, al amigo de la

«verdad y de su patria, que no deifica, ni tampoco calumnia. Se
«ama su sabiduría; se regocija de sus luces; se admira su amor á
«la verdad y á los hombres; se desea su amistad y su confianza;
«se asombra de la sabiduría de sus discursos y de sus acciones, de
«igual modo que de la oscuridad de su nombre y de su existencia;
«quisiera uno hacerle dejar su soledad; pero luego lee escrito en
«su frente con un fuego sagrado: *Odi profanum vulgus et arces*.
«En lugar de seducirle, se hace uno su prosélito. »

Ya no existe el cartujo político que en otro tiempo vien la Weteravia, que me inspiró un respeto y un amor filial, y cuya figura animada anunciaba la alta sabiduría y la feliz tranquilidad. Tal vez no existia entónces en ninguna corte de Alemania hombre mas profundo; conocia algunos de los mas célebres soberanos de Europa por un comercio personal con ellos. En ninguna parte he conocido un observador que supiese penetrar mejor á los hombres y sus acciones, que juzgase con mas exactitud del mundo y de los que hacen en él un gran papel. Jamas he encontrado una alma mas libre, mas franca, mas enérgica ni mas dulce; una vista mas viva ni mas penetrante. No he conocido otro hombre que este, con quien hubiera querido vivir y morir. Su casa de campo era sencilla y modesta, su jardin sin arte, y su mesa frugal: yo gustaba un encanto inesplicable en aquella soledad de la Weteravia, donde vivia el respetable baron Schautenbach.

¿Qué jóven mostró mas fuerza ni energía, ni empleó mejor su soledad, como Rousseau en sus últimos años? En su vejez fué cuando escribió la mayor parte de sus obras. A la verdad, cuando se vió mas cerca del término de su carrera, buscó la tranquilidad del corazon en la soledad; pero el pobre filósofo no la encontró. Rousseau habia experimentado mucho el furor de los enemigos de la verdad; habia padecido persecuciones demasiado vivas y demasiado constantes. Antes de ponerse en cura estaba ya

muy enfermo, tanto por su mala constitucion, cuanto por el poco cuidado que habia tenido de su salud. Atormentado por los médicos durante muchos años, y martirizado por los dolores de la piedra, fué en esa época cuando se hizo autor. En los últimos años de su vida, el efecto del pesar y de la melancolía fué mas fuerte que nunca. Sucumbia entónces y hablaba sin razon algunas veces porque estaba enfermo.

En la vejez parece uno mas propio para la meditacion. El fuego ardiente de la juventud se ha apagado, el calor del medio dia de la vida ha pasado, y no se siente ya sino la dulce tranquilidad y la calma refrescante de la tarde. Por eso puede ser útil consagrar aun algun tiempo á la meditacion, ántes de dejar este mundo, si se puede procurar un poco de reposo. El solo pensamiento de este dulce tiempo desocupado, nos recrea; este es el primer dia hermoso de la primavera despues de un largo invierno.

Petrarca conoció apenas su vejez. Por su actividad sabia hacer su soledad siempre feliz, y sus años trascursaban dulce y agradablemente. Desde un gabinetito de verdura en la vecindad de una cartuja á tres leguas de Milan, escribia á su amigo Settimo con una sencillez que no se encuentra en nuestras costumbres: « Semejante á un viajero fatigado redoblo los pasos á medida que me acerco al término de mi viaje. Leo y escribo noche y dia, lo uno me alivia de lo otro. Estas son todas mis ocupaciones y todos mis placeres. Yo velo, sudo, me divierto, hago esfuerzos; cuantas mas dificultades encuentro, tanto mas redoblo mi ardor. La novedad me escita, los obstáculos me estimulan; el trabajo es cierto, el suceso incierto. Mis ojos se secan por las vigiliass, mi mano se cansa con la pluma. Mi deseo es que la posteridad me conozca. Si no lo consigo, mi siglo me ha conocido, ó al ménos me conocen mis amigos, y esto me basta. Mi salud es tan buena, mi cuerpo tan robusto, mi temperamento tan ardiente, que una edad mas

madura, ocupaciones mas serias, la continencia y los golpes, no pueden conseguir vencer este enemigo rebelde que ataco sin cesar. Confio en la Providencia, sin esto sucumbiria, como frecuentemente ha sucedido en otro tiempo. Las mas veces es menester que al concluir el invierno vuelva á tomar las armas contra mi propia carne; en este mismo momento combato por mi libertad y contra sus enemigos peligrosos. »

En la vejez la vida campestre mas oscura no hace mas que añadir gloria á las almas ardientes y enérgicas, que huyen del mundo para ir á terminar su carrera en la soledad. Alejados del teatro de su gloria, son todavia mas grandes que en los dias de su juventud (1). « Era en la soledad, en el destierro, en el « lecho de la muerte, dice Pope, donde los mas grandes hombres de la antigüedad brillaban con mas resplandor; entónces « era que hacian mas bienes, porque comunicaban sus luces á los « hombres. » Esto es lo que dice Rousseau. « Es alguna cosa, « dice, dar á los hombres el ejemplo de la vida que todos deberian « llevar. Es alguna cosa atreverse desde su retiro á hacer oir la voz « de la verdad, cuando ya no se tiene fuerzas ni salud para « bajar con sus brazos. Es alguna cosa advertir á los hombres de « la locura de las opiniones que los hace miserables... Yo seria « mucho mas inútil á mis compatriotas viviendo en medio de ellos, « que no puedo serlo en tiempo de mi retiro. ¿ Qué importa el lugar « en que habito, si obro donde debo obrar? »

Pero una jóven alemana no tomaba así las cosas. Opinaba que Rousseau era un seductor dañoso para la juventud, y que hizo muy mal en descubrir en sus confesiones sus faltas, sus inclinaciones viciosas, y la parte mala de su corazon. Un tal libro, escrito por un hombre virtuoso, seria ya un objeto de escándalo : ¡ pero Rous-

(1) *Eo ipso præfulgebant quod non visebantur.*

seau, que se dejaba llevar tanto de lo malo, que en la historia del robo de la cinta probaba un corazon tan negro ! Habia mil lugares en ese libro en que se veia claramente que la vanidad sola conducia su pluma ; y otros en que se conocia que mentia. En fin nada llevaba señal de verdad, y todo lo que se aprendia en la obra era que la señora de Warens era el original que Rousseau habia imitado en su Julia. En general, las confesiones de Rousseau contenian muchas bellas palabras y pocos pensamientos. Si en lugar de rechazar todas las ocasiones de adelantar se hubiese dedicado Rousseau á un arte cualquiera que fuese, habria sido mas útil al mundo que por todos sus escritos peligrosos.

Esta incomparable observacion sobre Rousseau merece ser conservada.

La edad mas avanzada tiene sus placeres ; los dias del anciano virtuoso pasan alegremente, ya recibe la recompensa del bien que ha hecho, y lleva consigo las bendiciones de los que le rodean. No hay persona que tema echar una mirada sobre una vida virtuosa y honorable. Las almas enérgicas no empalidecen á la vista de su tumba. La emperatriz María Teresa hizo construir la suya. Frecuentemente se detenia delante de este terrible monumento, cuya vista soportan muy pocos hombres ; ella lo mostraba á sus hijos, y les decia : « ¿ Podemos ser orgullosos ? Ved aquí cual es, al cabo de algunos años, la morada de los emperadores. »

A la verdad pocos hombres piensan con tanta elevacion. No obstante cada uno puede retirarse del mundo, apreciar lo pasado por su justo valor, y, en los momentos que le quedan, cultivar y estender sus conocimientos adquiridos. Entónces la tumba perderá para él su aspecto amenazador, y no mirará la muerte sino como la noche de un bello dia.

En la soledad los verdaderos placeres del corazon hacen nacer frecuentemente ideas religiosas, y estas aumentan recíprocamente

los goces de la soledad. Una vida sencilla inocente y tranquila hace al corazón mucho mas propio para elevarse hácia Dios. La vista de toda la naturaleza llama á la religion, y el efecto mas sublime de la religion es la tranquilidad.

Si tu corazón está penetrado de verdaderos sentimientos de religion, el mundo pierde á tu vista todos sus encantos, y sientes ménos las miserias y los tormentos propios de la humanidad. Vives en las praderias siempre verdes, y ves al rededor de tí las aguas frescas, sobre cuyos bordes el pastor de Israel pasta sus ganados. El tumulto del mundo te parece ser el rayo que truena á lo léjos, el ruido de las aguas distantes, cuyo murmurio escuchas, cuya corriente ves, y cuyas olas chocan contra la roca en que estás sentado. Cuando Addison se vió abandonado de los médicos, y sintió aproximarse su fin, hizo llamar á un jóven pariente suyo, jóven muy virtuoso, y muy sensible á la pérdida de que estaba amenazado. Llegó este; pero el enfermo, que estaba muy abatido, y cuya vida no era mas que una débil luz pronta á apagarse, callaba. Al cabo de algun tiempo, el jóven le dijo en fin: « Señor, me habeis hecho llamar; ordenadme lo que gustáreis; lo ejecutaré religiosamente. » Addison le tomó de la mano y le respondió con una voz moribunda: « Vé cómo un cristiano muere tranquilamente. »

Tal es el consuelo y la tranquilidad que da la religion; tal es la paz del alma que procura una vida llena de sencillez y de inocencia, y que se gusta muy rara vez en el mundo. Aun quando no esté del todo en nuestro poder destruir los obstáculos de esta paz interior, ganar al mundo la victoria en todas las ocasiones; la idea de sacrificarlo todo á Dios, es imponente, y muy natural en un corazón ardiente y virtuoso. ¿Por qué, pues, somos todavía frecuentemente tan descontentos, tan miserables? ¿Por qué nos quejamos tan á menudo de no conocer el placer y la felicidad, sino porque las

mas veces nos dejamos seducir por la apariencia de las cosas ; porque la sensualidad domina siempre á nuestra razon ; porque preferimos casi siempre bienes engañosos y placeres pasajeros á los goces mas esenciales y mas durables ; en una palabra, porque no estamos penetrados de los principios augustos y respetables de la religion ?

Empero el que los ha estudiado, que los ha meditado en el silencio, no tiene ya mas que desear, si ve, enfin, lo que uno es en el mundo, lo que puede ser en la soledad, y lo que es menester que sea. Si quiere pensar como filósofo y vivir como cristiano, renuncia los placeres emponzoñados de este mundo, que enervan el espíritu, desvanecen las reflexiones mas sólidas, impiden al corazón elevarse hácia Dios. Disgustado de las quimeras frívolas de la vanidad y de la locura, se retira aparte tan frecuentemente como puede para estudiarse á sí mismo, para elevarse á mejores resoluciones y para entregarse mas entera y largamente á las emociones de su corazón. Pero si está todavía en este mar tempestuoso, evita con prudencia las rocas y los bancos de arena ; en la tempestad se aparta tranquilamente del escollo contra el que podia despedazarse, y se regocija ménos del dia en que ha bogado con un viento fresco y un cielo sereno, que de aquel en que ha vencido los mas grandes peligros.

Para un hombre que se ha acostumbrado á recoger su espíritu en la calma, las horas que consagra á Dios en la soledad son las mas bellas de su vida. Cada elevacion solitaria hácia Dios nos restablece en nosotros mismos. Nos hacemos ménos sensibles á la separacion de lo que hacia nuestra felicidad ; experimentamos ménos disgusto en retirarnos del tumulto del mundo. Poco á poco aprendemos á conocernos mejor, á estudiarnos con una vista mas filosófica. Nos juzgamos con mas severidad, sentimos mejor la necesidad de rectificar nuestra conducta, y de reflexionar con ma-

durez sobre lo que es el objeto de nuestra vida. Si sabemos lo que hace á nuestras acciones agradables á Dios, debe bastar á los hombres que hagamos bien entre ellos y para ellos ; pero todas las buenas obras admiten tantas miras secundarias, que es menester necesariamente que todo dependa de la direccion del corazon. Sin duda cada accion buena produce reposo en el corazon ; ¿ pero este reposo es siempre puro ? ¿ No hemos querido únicamente contentar miras profanas y mundanas, satisfacer un entusiasmo pasajero ? ¿ No hemos sido conducidos por el amor propio mas bien que por el amor del prójimo ? Ciertamente discutimos mejor nuestros pensamientos y nuestras acciones, profundizamos mejor los movimientos de nuestro corazon, si escogemos para el exámen de estas grandes verdades las horas solitarias en que estamos solos delante de Dios.

Así es que en la soledad renunciamos al comercio íntimo con los hombres, para mirar atras el curso de nuestra vida, para examinar nuestra conducta, para prepararnos á emplear bien el dia futuro, y tomarnos cuenta del que acaba de pasar. Así es como se curan las llagas que el mundo nos abre. En los intervalos de un reposo religioso, las resoluciones virtuosas se hacen mas fáciles, el corazon se tranquiliza mas fácilmente, descubrimos mejor el camino mas seguro entre los escollos formidables. Así es que, jamas estamos ménos solos que cuando nadie está cerca de nosotros; porque entónces está con nosotros aquel de quien nos importa mas ser observados.

La soledad nos llama siempre de la debilidad á la fuerza, de la seduccion á la resistencia, de lo presente á lo futuro. Si no siempre se va á la soledad por hablar á Dios, con todo eso es verdad que se dejan de buena gana las asambleas ruidosas y tumultuosas para entrar en la calma de su tranquila casa, á fin de no estar siempre obligado á prestarse á unos placeres que nada tienen de delicado ni

de moral. En todos los momentos pacíficos de nuestra existencia, siempre estamos mas á la vista de aquel á quien es tan importante agradar, y que observa al sabio en sus vigiliassilenciosas.

Los apóstoles de la sociedad esclaman siempre como si hubiese en todas partes muy grandes cosas que hacer en el mundo. Mas para esto seria menester que cada uno en su estado hiciese alguna cosa mas de lo que exige su deber, y desgraciadamente todos hacemos ménos, y todo va en el mundo como puede. La energía necesaria para las grandes acciones, la elevacion en el carácter, la constancia y la firmeza en la virtud, no se adquieren en ninguna parte tan bien como en la soledad, y jamas tan eficazmente como por la religion. Esta desprende al corazon de los deseos vanos, hace á uno tranquilo en las desgracias, humilde delante de Dios, atrevido delante de los hombres, lleno de confianza en la Providencia. La soledad y la religion purifican todos nuestros sentimientos morales, miéntras no están infectados del fermento del fanatismo; y al cabo de una carrera empleada en el ejercicio de todas las virtudes se recibe el precio de todas las horas consagradas á Dios en la calma, del celo religioso y constante con que se elevaba hácia él un corazon casto, y unas manos puras.

Todo deseo de las cosas temporales desaparece, si se atreve uno á entregarse algunas veces al pensamiento esforzado de que el estado actual de un contento durable y de una satisfaccion constante de nuestra alma tiene probablemente alguna analogia con los gozos de la eternidad. Una libertad entera de hacer y de ser todo lo que querramos, porque en el cielo, en aquellas regiones de la dulzura y de la amistad, no podemos querer nada injusto ni ilegítimo; una vida llena de inocencia, la justificacion de todos los caminos de la Providencia, una confianza cierta en Dios; un comercio eterno con los que nuestra alma amaba aquí; ved ahí, al ménos, deseos y esperanzas que uno puede, á mi parecer, permitirse aquí

abajo, y que lisonjean agradablemente nuestra imaginacion. Pero estos deseos y estas esperanzas que brillan hoy con una luz demasiado débil, quedarán como sueños y visiones, hasta que la tumba, las nubes y las tinieblas no cubran ya la eternidad; hasta que el velo caiga y que el Eterno nos revele lo que ningun ojo ha visto jamas, lo que ningun oido ha escuchado, lo que nunca ha entrado en el corazon del hombre; porque, convengo con una sumision interior, en que todos nuestros cálculos sobre la eternidad son para nosotros lo que era para el ciego la púrpura que comparaba con el sonido de una trompeta (1).

En este mundo lleno de incomodidad y embarazos, de turbaciones y penas, la libertad, el tiempo desocupado y la tranquilidad son unos bienes inapreciables, todos aspiran á ellos como se aspira en mar por tierra firme, y se grita victoria desde que se le percibe; pero para conocer su valor, es menester haber sufrido su privacion, sin lo cual se asemeja uno al habitante de tierra firme, que no se forma idea de los sentimientos de los navegantes. Para mí no conozco pensamiento mas satisfactorio que el que me promete en la eternidad una tranquilidad constante, aunque sienta perfectamente que no es posible determinar nada sobre la especie de aquel goce de una felicidad sin fin. Una eterna tranquilidad es la mayor felicidad que mi alma puede imaginar, porque no conozco aquí felicidad alguna que pueda igualarse á la paz del corazon.

(1) En general los hombres quieren esperar para la eternidad todo lo que aquí abajo lisonjea su inclinacion, su aficion, su gusto y sus pasiones. Soy tambien enteramente de la opinion de un célebre filósofo aleman, M. Garve, sobre que no pueden ser verdaderamente humildes de corazon los que esperan que Dios les recompense en la eternidad con honores y grandezas. Esto era lo que hacía decir á una señora alemana muy preciosa, que esperaba llevar en la eternidad un vestido de un ligero tistú de plata y una cintura de plumas de colibrí y andar en el cielo sobre un tapiz de hojas de rosa estendidas sobre e éter. Ved aquí todavía por qué en una numerosa sociedad de mujeres de condicion donde se agitaba la cuestion de si los matrimonios durarian aun en la eternidad, todas respondieron unánimemente: ; Dios nos libre de ello!

Pues que la tranquilidad interior y exterior es ya aquí un principio incontestable de bienaventuranza, puede ser muy útil creer que en un alejamiento racional y moderado del tumulto de los hombres se pueden adquirir facultades del alma que son los elementos de nuestra felicidad en el mundo venidero.

Acabo aquí mis reflexiones sobre las ventajas de la soledad para el corazon. ¡ Ojalá que puedan dar mas curso á algunos sentimientos útiles, á algunas verdades consolantes, y contribuir un poco á esparcir el goce de una felicidad que está tan cerca de nosotros ! Mis deseos serán satisfechos. Que por lo demas cada cual viva como le agrade, que ejercite la virtud donde quiera, y que se procure á su eleccion placeres por los cuales esté convencido de que tendrá aquí y en la eternidad la aprobacion de Dios y de su conciencia.

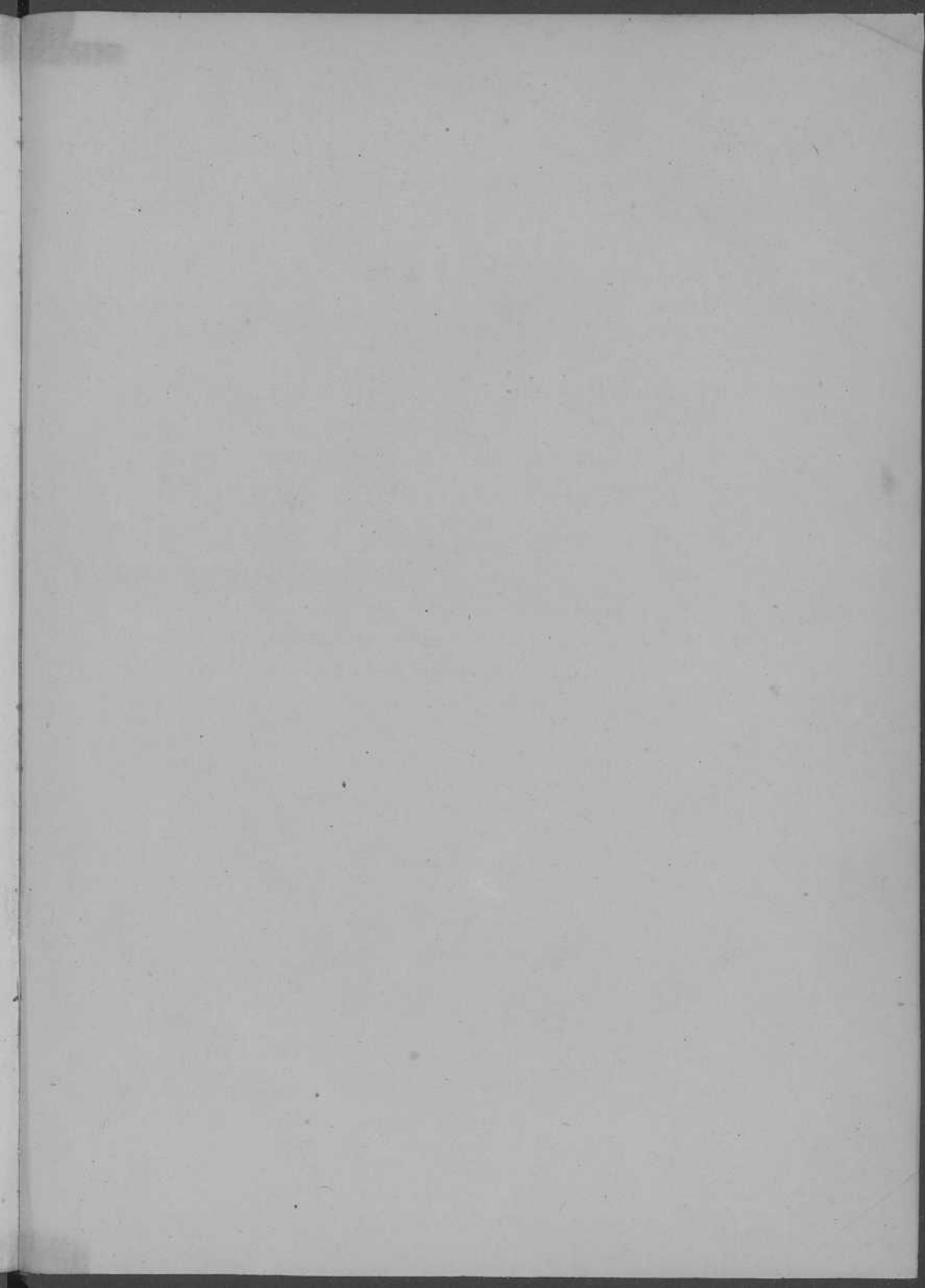
F I N.

INDICE.

CAPÍTULO I. — Introduccion	Pag.	1
CAPÍTULO II. — Ventajas de la soledad en general	»	5
CAPÍTULO III. — Ventajas de la soledad para espíritu.	»	50
CAPÍTULO IV. — Ventajas de la soledad para el corazon	»	131

INDEX

1	Chapter I. — Introduction
2	Chapter II. — Vents and related phenomena
30	Chapter III. — Vents and related phenomena
121	Chapter IV. — Vents and related phenomena



15

ESTANTE 15

Tabla 6.^a

N.º 21

DE LA
SOLEDAI

14.443